NEW YORK TIMES BESTSELLER

ELIZABETH PETERS

UN RÍO EN EL CIELO

UN RIO EN EL CIELO

Amelia Peabody 19

Elizabeth Peters

ARGUMENTO

Agosto de 1910. Proscritos del Valle de los Reyes por el Servicio de Antigüedades, Amelia Peabody y su marido, Emerson, se relajan en su casa de Kent, disfrutando de la tranquila belleza del verano. Pero la aventura pronto hace su aparición cuando son persuadidos para seguir a un presunto arqueólogo, el Mayor George Morley, en una expedición a Palestina, una provincia del decadente y corrupto Imperio Otomano y la Tierra Santa de tres religiones. En busca de los desaparecidos tesoros del Templo en Jerusalén, Morley está decidido a descubrir la legendaria Arca de la Alianza.

Introducción

Gracias a las recientes negociaciones con los herederos de la señora Emerson, el editor es capaz de presentar otro volumen de sus memorias. (Si el lector tiene curiosidad sobre la ubicación cronológica de este volumen en particular, el editor señala que Un río en el cielo narra los acontecimientos que tuvieron lugar en 1910, y por lo tanto sigue al Guardián del Horizonte [1907-1908] y precede al El halcón en la Puerta [1911]). En este caso la señora E. ha ido a mayores longitudes de lo habitual para ocultar la identidad de varias personas mencionadas. Esto puede atribuirse en parte a la delicadeza de la situación política en ese momento y, en parte, al deseo de la señora Emerson de evitar pleitos. Los estudiantes de esa época un tanto oscura pueden recordar eventos y/o personas reales. El editor no siente que sea su responsabilidad verificar o negar tales teorías.

Capítulo 1

Emerson levantó la vista del libro que estaba leyendo.

—El Antiguo Testamento -remarcó—, es una sarta de mentiras de principio a fin.

Como he dicho antes, y nunca me canso de repetir, mi marido es el mayor egiptólogo de este o cualquier otro siglo. No se puede negar, sin embargo, que sostiene opiniones poco ortodoxas sobre ciertos temas. No tiene prejuicios, sus comentarios críticos se aplican indistintamente a todas las grandes religiones del mundo, y a no pocas de las menores. Normalmente no me molesto en protestar, ya que llevarla la contraria sólo le inspira a los vuelos más escandalosos de la retórica. Sin embargo, estaba aburrida con mi propio material de lectura, un artículo sobre las formas verbales negativas en el último número de la *Zeitschrift für Sprache Aegyptische* y consideré qué respuesta era más probable que desembocara en una discusión refrescante.

El tiempo era inusualmente cálido incluso para agosto en Kent, y las rosas del jardín en el exterior del estudio de Emerson colgaban sedientas. Esta cámara, la biblioteca de hecho, es una de las habitaciones más cómodas de la casa, un desorden agradable de libros y papeles salpicados de las cenizas de la pipa de Emerson y pelo de gatos de varios colores. Todos tendíamos a reunirnos allí; los intentos de Emerson por reclamarla como suya son esporádicos e ineficaces. Sólo lo hace para provocar una discusión cuando fallan otras fuentes.

El único otro miembro de la familia presente esa mañana era Nefret, nuestra hija adoptiva. Mi hijo estaba en la actualidad en una excavación arqueológica en Palestina; su amigo egipcio David, a quien considerábamos uno de nosotros, se había trasladado a Yorkshire para poder estar con su prometida, mi sobrina Lia.

Si yo hubiera estado buscando apoyo, que no lo estaba ya que no necesito ayuda en mis conversaciones con Emerson, hubiera sabido que no podía esperar ninguno de Nefret.

Al mirarla, uno habría asumido que Nefret era una belleza inglesa clásica, de piel clara y ojos azules, con una corona gloriosa de pelo rojo dorado. Sin embargo, había pasado sus años formativos en un lugar remoto en el desierto occidental de Egipto, donde aún se adoraba a los dioses antiguos, y ella había servido como

sacerdotisa de Isis antes de que la rescatáramos y la trajéramos de vuelta a la tierra de sus antepasados. Aunque yo había procurado instruirla en la fe de esos antepasados, no me hacía ilusiones en cuanto a mi éxito. Las primeras impresiones son difíciles de eliminar y de vez en cuando, decía o hacía algo que indicaba que estaba más en sintonía con las opiniones de Emerson que con las mías. Sus frecuentes visitas a la pequeña pirámide que había hecho construir en honor de un joven que había perecido a su servicio podrían haber sido ocasionadas por el respeto y el cariñoso recuerdo; pero no me habría sorprendido enterarme que a veces dirigía una oración a una de las deidades paganas mencionadas en las inscripciones. Acurrucada en el sofá, jugando con uno de los gatos, me miró con una sonrisa de anticipación.

Volví mi atención a Emerson, cuya sonrisa no era tanto anticipatoria como una provocación. Yo me había decidido por un ataque por el flanco más que por un asalto directo.

—¡Dios mío, Emerson! ¿Estás leyendo la Biblia? ¿Te sientes bien?

La sonrisa de Emerson se amplió hasta mostrar un conjunto de grandes dientes blancos.

—Bien hecho, querida. Te aseguro que mi salud nunca ha sido mejor.

Como para verificar la declaración se puso en pie y se estiró. Los músculos ondularon en toda la amplitud de su pecho y a lo largo de sus brazos. Su ropa los mostraba admirablemente, su camisa estaba abierta en el cuello y las mangas enrolladas por encima de los codos. Su espeso cabello negro estaba despeinado y sus ojos azules como zafiros. La visión de las espléndidas dotes físicas de Emerson nunca deja de agitar emociones fuertes, pero en esta ocasión me resistí a la distracción ya que tenía curiosidad.

—¿Por qué estás leyendo la Biblia, Emerson?

—La respuesta a esa pregunta se hará evidente en su momento, Peabody. ¿No tienes ningún comentario que hacer a mi declaración original?

—Bueno, en cuanto a eso —contesté, acomodándome—, sabes tan bien como yo que la declaración es, por decir algo, inexacta y exagerada. No me digas que te has leído todo el Antiguo Testamento. ¿Hasta dónde lo has hecho?

Emerson miró el volumen abierto en su escritorio.

—Génesis y Éxodo -admitió—. Se pone terriblemente aburrido después de eso.

—Uno no lee la Biblia para entretenerse, Emerson —dije

seriamente.

—¿Por qué diablos la lees si no?

Antes de que pudiera responder, un golpe contundente en la puerta precedió a la aparición de Rose, quien anunció que el almuerzo estaba listo. Nuestra muy eficiente ama de llaves tiene permiso para entrar al estudio de Emerson sólo cuando llega a una etapa de higiene cuestionable; le dio una mirada crítica, apretó los labios y sacudió la cabeza.

Emerson vio la mirada. Levantándose de prisa, dijo:

—Entra, Rose, entra de una vez.

Una comida formal, en un clima tan cálido y cuando sólo éramos nosotros tres, era en mi opinión, una pérdida de tiempo. Gargery, nuestro mayordomo, no compartía esta opinión, sobre todo porque aprovechaba cada oportunidad para escuchar y contribuir a la conversación. (Yo no fomentaba esto, pero Emerson no tiene la menor noción del comportamiento adecuado con los criados). Después de servir jamón frío y ensalada, Gargery preguntó:

—¿Puedo preguntarle, señor y señora, si han recibido carta del señorito Ramsés recientemente?

Como a menudo le había dicho a Gargery, nuestro hijo había llegado a una edad en la que ese título infantil era inadecuado. El nombre era igualmente inadecuado, pero Ramsés había conseguido ese nombre en la infancia debido a sus modales imperiosos y al hecho de que su tez morena, ojos y cabello oscuros le daban la apariencia de un egipcio más que de un inglés. (A veces me han preguntado por esa semejanza. No veo ninguna razón por la que debería contestar).

Le respondí con una negativa bastante brusca, y Emerson, que había terminado su jamón y ensalada, preguntó:

—¿Qué sabes acerca del Antiguo Testamento, Gargery?

—Ha pasado un tiempo desde que me sumergí en el Buen Libro, señor —admitió Gargery—. Recuerdo a David y Goliat, la separación del Mar Rojo y algunas otras historias.

—Historias es la palabra —dijo Emerson—. No hay ni un ápice de evidencia histórica para ninguna de ellas.

Eso iba dirigido a mí, no a Gargery, así que por supuesto le respondí.

—Si es historia lo que quieres, mejor que saltes a los libros de Reyes y Crónicas. La validez histórica del Éxodo ha sido discutida en abundancia, no, Emerson, no me importa debatir ahora, pero la vida de los reyes de Israel y Judá están basadas en evidencias

históricas sólidas.

Emerson apartó el plato y plantó los codos en la mesa, un hábito deplorable que no había tenido éxito en romper.

—¿Es así, Peabody? Tal vez te importaría citar algunos ejemplos.

Aunque nunca lo habría admitido ante Emerson, había pasado mucho tiempo desde que me sumergí en el Antiguo Testamento. Me prometí que volvería a hacerlo inmediatamente después del almuerzo.

—Haz tu propia investigación, Emerson. No aceptarías mi palabra de todos modos. Nefret, querida, no has comido nada. Pareces de mal humor estos días. ¿Hay algo que te preocupa?

El intento falso de cambiar de tema tuvo éxito. Emerson, que adora a su hija adoptiva, la miró alarmado.

—No. Bueno… echo de menos a los chicos. No es que usted y el profesor no sean una compañía espléndida —añadió rápidamente—. Pero con David en Yorkshire y Ramsés en algún lugar de Palestina…

—No tienes a nadie con quien jugar —sugerí.

Nefret me devolvió la sonrisa.

—Supongo que así sonaba. Oh, es perfectamente comprensible que David prefiera estar con Lia; están locamente enamorados y pasará algún tiempo antes de que puedan casarse. Pero ¿por qué Ramsés se la largado corriendo a Palestina? Al menos podría tener la decencia de escribir.

—La oferta del señor Reisner de trabajar con él en Samaria fue una espléndida oportunidad —le dije—. Y sabes que Ramsés nunca ha sido un buen corresponsal.

—Bueno, señor y señora, no lo entiendo bien —declaró Gargery, sirviendo los platos de natillas—. Egipto es donde siempre trabajamos. ¿Por qué el señorito Ramsés ha ido a ese lugar pagano?

—El adjetivo es especialmente inadecuado, Gargery, ya que estamos hablando de Tierra Santa, sagrada para las tres grandes religiones del mundo. Y -agregué—, no puedo recordar haberte invitado a comentar el asunto.

Sin inmutarse por mi reprimenda, porque había oído comentarios similares con tanta frecuencia que habían dejado de causar impresión, Gargery declaró:

—Me preocupo por él, señora, y eso es un hecho. Ya sabe cómo es.

Yo sabía cómo era. Ramsés tenía un hábito, una propensión, se podría decir, para meterse en problemas. Se necesitarían muchas

páginas de este diario para compilar una lista de sus aventuras, que incluyen ser secuestrado de lo alto de una pirámide, ser enterrado temporalmente en otra, robar un león… Pero como ya he dicho, la lista es larga.

La sinceridad me obliga a admitir que algunas de las aventuras de Ramsés se debieron en parte a las actividades de su padre y mías, nuestra dedicación a la verdad y a la justicia nos habían puesto de vez en cuando en contacto con varios elementos criminales: ladrones de tumbas, falsificadores, un asesino o dos, e incluso un Maestro del crimen. Para hacerme justicia, debo añadir que yo había hecho lo posible por protegerlo, como sólo una madre puede. Algunas de sus fugas por los pelos fueron sin duda, resultado de su propia imprudencia, y a pesar de que ya se había calmado un poco a medida que se acercaba a la edad oficial de madurez, que había alcanzado este mes pasado, me había visto obligada a llegar a la conclusión de que yo ya no estaba en condiciones de controlar sus acciones. Al menos no cuando estaba en un lugar donde no podía llegar hasta él. Se me había ocurrido preguntarme en ocasiones, si Ramsés había elegido deliberadamente un lugar donde no pudiera llegar hasta él.

—Para tu información, Gargery —le dije—, el sitio de Samaria fue la capital de los reyes de Israel, después de que el reino se rompiera en dos tras la muerte de Salomón, Israel al norte y Judá al sur. La ciudad fue posteriormente conquistada por… eh… diversos conquistadores, terminando con los romanos. El templo romano en la cima del *tell*, como se denominan tales sitios, son los restos de un asentamiento encima de otro…

Tal como esperaba, mi conferencia logró aburrir a Gargery hasta tal punto que recogió la mesa y se retiró. También aburrió a Nefret, que pidió ser excusada, y a Emerson, quien declaró que ya sabía eso y salió de la habitación. Sabía que iba a la biblioteca para buscar la información que yo acababa de dar con la esperanza de que estuviera equivocada. No lo encontraría. Había sido cuidadosa de mencionar generalidades.

Por regla general, no me es difícil leer la mente de Emerson. Sin embargo, especulativa como soy, no pude dar cuenta de su repentino interés por un tema que hasta ahora había despertado sólo escarnio. Encontré tiempo ese día para refrescar mi memoria con los libros bíblicos que había mencionado. No dudaba que Emerson también los estaba leyendo, y tenía la intención de estar lista para él.

No se refirió al tema de nuevo. Cuando a la mañana siguiente

me informó, que había invitado a dos personas a unirse a nosotros para el té, mis intentos de lograr más información sobre ellos se encontraron con evasivas, y cuando insistía, una negativa lisa y llana a decir más. En lugar de darle la satisfacción de mostrar mayor interés, no continué con el asunto, pero sentí cierta aprensión. Los conocidos de Emerson incluyen jeques árabes, bandidos nubios, ladrones de diversas nacionalidades y uno o dos falsificadores.

Por tanto, me sorprendió gratamente cuando los invitados probaron estar desarmados y ser inofensivos. Eran una extraña pareja, sin embargo. Uno era el Honorable comandante George Morley, que parecía estar en cerca de los cuarenta años. De mediana estatura, con cabello castaño ya escaseando, se comportaba como el soldado que había sido, pero sus ropas bien cortadas no podían ocultar el hecho de que la vida de un caballero rural había engrosado su cintura y algunas otras partes de su anatomía.

En contraste con la solidez de Morley, el otro hombre daba la impresión de que un fuerte vendaval podría derribarle y enviarle flotando a través del paisaje. Su pelo en retroceso podría haber sido blanco o muy rubio. Su barba era del mismo tono indeterminado, de modo que su cara se veía como si estuviera enmarcada por un halo que se había emborronado. Sus ojos eran de ese pálido tono de azul que, si creemos a los fisonomistas, son característicos de los místicos y los fanáticos.

Su nombre era igualmente notable. Morley le presentó como el reverendo Platón Panagopolous. Sus ropas eran de un sombrío negro y llevaba un cuello clerical. Le pregunté, con mi tacto habitual, a que iglesia o denominación en particular pertenecía. Tuve que repetir la pregunta antes de que respondiera:

—Sirvo al Señor Dios de los ejércitos en todas sus manifestaciones.

Contribuyó poco a la conversación después de eso, a excepción de murmullos de acuerdo vago cuando alguien comentó la belleza del clima de agosto o la posibilidad de lluvia, pero de vez en cuando su mirada se centraba en mí o en Nefret, y una sonrisa singularmente dulce calentaba su cara delgada.

Mientras servía el té y ofrecía platos de galletas y sándwiches de pepino, me preguntaba qué diablos estaba tramando Emerson. Como regla evitaba a los hacendados ingleses y otros excéntricos como a la peste. Nefret, tan perpleja como yo, y tan aburrida, me dio una mirada inquisitiva. Sonreí y sacudí mi cabeza casi

imperceptiblemente.

—Sé paciente —fue mi mensaje tácito—. Emerson está obligado a estallar más pronto que tarde.

Confieso, sin embargo, que no estaba preparada para la naturaleza exacta de la explosión.

—El Antiguo Testamento —dijo Emerson, clavando en Morley una mirada penetrante—, es una sarta de mentiras de principio a fin.

—De verdad, Emerson -exclamé—. Eso es muy grosero con nuestros invitados, que probablemente tienen una visión muy diferente de las Escrituras.

Morley se rió y agitó una mano regordeta de color rosa.

—No, en absoluto, señora Emerson. Esperaba algo así del profesor. Estoy aquí para cambiar su punto de vista, si es posible.

—Proceda —dijo Emerson, cruzando los brazos.

Pero antes de que el señor Morley pudiera hacerlo, Panagopolous se levantó de un salto y comenzó a hablar en otros idiomas.

Lenguas reales genuinas, debo decir. Reconocí el hebreo y el latín, y lo que sonaba como griego; pero su discurso fue tan incoherente y su voz tan aguda que sólo entendí unas pocas palabras. Podría haber sido la reencarnación de uno de los profetas del Antiguo Testamento: ojos brillantes, pelo y barba erizados, agitando los brazos.

—Qué diablos —exclamó Emerson—. Está a punto de tener un ataque.

—No lo toque —dijo Morley—. No le pasa nada. Ya se le pasará.

Efectivamente, la diatriba se detuvo tan repentinamente como había empezado. El pelo erizado y la barba acomodados de nuevo en su lugar. Se sentó otra vez y tomó una galleta.

—¿Entendieron lo que dijo? —preguntó fríamente Morley.

—Galimatías —dijo Emerson, aún más fríamente.

Me di cuenta que estaba mirando de manera grosera (comprensiblemente) al reverendo, que estaba comiendo plácidamente su galleta de chocolate.

—Las lenguas no son la especialidad de mi marido —le dije, recuperando mi control—. Reconocí unas palabras, nombres, más bien. Se refirió, en mi opinión, a la ciudad de David, y a la conquista de Jerusalén por Nabucodonosor de Babilonia.

—Muy bien, señora Emerson. —Morley me sonrió y palmeó sus manos en un aplauso.

Emerson fulminó al reverendo, que estaba examinando el plato

de galletas con calma y concentración.

—¿Y esa es su evidencia? —exigió Emerson—. ¿Los delirios de un fanático religioso?

La puerta del salón se abrió unos centímetros. Esperaba encontrar que Gargery la hubiera abierto, frustrado en su intento de escuchar a través de un panel de madera pesada, así que me desconcertó ver a Horus apretarse por la estrecha abertura.

Tenemos un buen número de gatos, demasiados, como algunos podrían decir. Todos ellos eran descendientes de un par de felinos egipcios que habíamos traído con nosotros desde Egipto, y se habían criado fieles a su tipo, eran animales con manchas, grandes orejas y un alto grado de inteligencia. Horus era, sin duda, un gato. Era un matón y un mujeriego, cuyo desprecio por nosotros era igualado por nuestro odio hacia él. Por alguna razón inexplicable Nefret lo adoraba.

Al parecer, había aprendido a abrir puertas. Después de una insolente búsqueda de las personas presentes se paseó por la sala y saltó al sofá junto a Nefret, empujándola para poder estirarse.

—¡Qué hermoso gato! —dijo el reverendo, cuya silla estaba al lado del sofá—. Aquí, gatito, gatito, gatito bueno. ¿Quieres una galleta?

—El chocolate no es bueno para los gatos —dije. El comentario se produjo demasiado tarde; con una estocada repentina, Horus arrebató la galleta de los dedos del reverendo y la masticó, rociando migajas húmedas sobre la tapicería de terciopelo carmesí del sofá.

Emerson había tenido suficiente. Respirando con dificultad por la nariz, clavó en Morley una mirada dura.

—Estuve de acuerdo en escuchar su propuesta, señor Morley, en contra de mi mejor juicio, porque decía tener pruebas documentales sólidas que lo apoyaban. Hasta el momento esas pruebas no se han producido.

—Este documento —dijo Morley, sacando un papel generosamente doblado del bolsillo del pecho—, contiene una fotografía del rollo que mencioné cuando…

—Fotografía, bah —dijo Emerson—. Tendría que ver el propio rollo.

—Está en condiciones de extrema fragilidad, profesor, y no puede ser transportado. Varias autoridades eruditas lo han inspeccionado y pronunciado que es genuino. Puede comunicarse directamente con ellos si lo desea.

—Bueno, me gusta —declaró Emerson—. Los llamados expertos pueden ser engañados tan fácilmente como los otros hombres. De

todos modos, no tengo ningún interés en leyendas bíblicas, o en los israelitas, que eran traicioneros, sanguinarios pecadores, volviéndose el uno contra el otro cuando se les acabaron los amalecitas, jebuseos, filisteos, moabitas que matar. Además, el plan que propone es inaceptable por varias razones.

—¿Qué plan? —pregunté.

Bien podría haberme ahorrado el aliento. Habiendo recuperado el suyo, después de su larga diatriba, Emerson continuó.

—No puede estar al tanto de la situación inestable de la zona en cuestión. Su plan puede, casi seguro lo hará, inflamar condiciones que ponen en peligro la paz de toda la región.

Conseguí decir una palabra, "qué", antes de que Morley interrumpiera. Sus ojos entrecerrados indicaban su creciente temperamento pero, le doy crédito aunque su voz fue un poco ruidosa, midió su discurso.

—Con el debido respeto, profesor Emerson, es sólo su opinión. Tengo permiso de las autoridades para llevar a cabo mi plan. —Tomó un sorbo de su té.

—¿Qué plan? -Pregunté.

Cuando la ocasión lo requiere, puedo levantar la voz a un tono que es difícil de ignorar. Morley se sobresaltó y estalló en un ataque de tos porque, deduje, el té le había ido por el camino equivocado. Emerson, que conocía la futilidad de ignorarlo, respondió en un tono casi tan vehemente como el mío.

—El maldito loco está montando una expedición a Jerusalén, para buscar el Arca de la Alianza.

* * *

El silencio que siguió fue roto por la risa melodiosa de Nefret.

—Pido perdón —murmuró, tratando de mantener una cara seria.

—Tu burla está justificada —dijo Emerson—. La gente ha estado buscando la maldita cosa durante siglos. Son bienvenidos a seguir buscando, en lo que a mí respecta; se trata de una fantasía bastante inofensiva. Ese no es mi punto. Mi punto es…

—Ya lo ha dicho, profesor. —Morley puso su taza con cuidado sobre la mesa y se puso de pie—. No le robaré más tiempo.

Aunque por regla deploro los malos modales de Emerson, estaba tan ansiosa como él por conseguir que nuestros visitantes se fueran. Había esperado completamente que el reverendo cayera retorciéndose al suelo durante su arrebato inicial. Su aspecto actual era casi igual de desconcertante; levantó la vista de su

contemplación pensativa del (vacío) plato de galletas y preguntó:

—¿Nos vamos?

Acompañé a nuestros invitados al vestíbulo. Morley le quitó el sombrero a Gargery, que estaba por ahí rondando y se volvió hacia mí.

—Si el profesor cambia de opinión…

—Se asegurará de informarle —le dije—. Buenas tardes.

Nos dimos la mano, y le ofrecí la mía al reverendo. La estrechó con un apretón sorprendentemente firme y una sonrisa dulce e infantil.

—Buenas tardes, señora Emerson. ¡Unas excelentes galletas!

Gargery me siguió hasta el salón, tan de cerca que casi me pisaba los talones, y comenzó a limpiar las cosas del té con una lentitud glacial.

Emerson fue al aparador y se sirvió el whisky.

—Aquí tienes, Peabody. Los dos nos lo merecemos, creo, después de esa entrevista.

—No puede hablar en serio —exclamó Nefret—. ¿Por qué demonios se ha molestado en escuchar una propuesta tan absurda?

—Tenía mis razones —dijo Emerson. Me dirigió una mirada de soslayo—. Eran excelentes razones. Eso es todo lo que puedo decir.

—¿Puedes o quieres? —pregunté. Unos pocos sorbos de la bebida habían restaurado mi compostura y algunas ideas hervían a fuego lento en mi cabeza.

—Puedo —dijo Emerson, con énfasis considerable.

—Has jurado guardar el secreto, ¿verdad?

—Absolutamente —dijo Emerson, dándome una mirada significativa.

—Ah —dije.

—¿De qué demonios están hablando? —Preguntó Nefret.

—Estoy a la espera de que tu tía Amelia ME diga de que estoy hablando —dijo Emerson.

—Oh, muy bien -dije—. Lejos de mí hacer que rompas tu palabra. No serás culpable de ese error si te lo digo.

—Precisamente —dijo Emerson, ya no tratando de ocultar su sonrisa.

—Por favor, señora —exclamó Gargery—. No puedo soportar el suspense mucho más tiempo.

No tenía sentido pedirle a Gargery que saliera de la habitación; simplemente escucharía tras la puerta.

—Maldita sea -murmuré—. ¿Por qué no nos dejan en paz? Supongo que la reunión tuvo lugar la semana pasada, cuando me

dijiste que ibas a Londres para trabajar en el Museo Británico. ¿Qué te dieron esta vez? No quiero más malditas esmeraldas.

—No me dieron nada, Peabody. Ni siquiera la amenaza de un título. Al parecer, la familia real sólo paga contra entrega.

—Familia real —dijo Gargery con tono moribundo—. Señora…

Me dirigí a Nefret en lugar de a Gargery. Ella había sido lo suficientemente cortés para abstenerse de preguntar, aunque sus grandes ojos azules indicaban su interés.

—Hace algunos años, pudimos estar al servicio de su difunta Majestad en un asunto familiar delicado. Tras su exitosa conclusión convocó a Emerson a Windsor y le ofreció un título de caballero, que por supuesto rechazó.

Ignoré el gemido de ese consumado snob de Gargery y proseguí.

—Entonces le entregó el anillo de esmeralda vulgarmente ostentoso que has podido ver en mi joyero. Al parecer, pasó la historia a sus herederos, en caso de que surgiera otra situación delicada. Esta delicada situación, como puedes deducir, inspiró la visita de otro modo inexplicable de hoy del señor Morley. Ahora, Emerson, es tu turno. Espero que Su Majestad no espere que vayas en busca del Arca tú mismo.

Uno de los gatitos entró y saltó al regazo de Nefret. Acariciándolo, ella comentó:

—¿Existe? Por lo que recuerdo, de mis estudios en la vicaría, el Arca contenía las tablas dadas a Moisés en el Monte Sinaí.

—Los Diez Mandamientos —dije amablemente.

—Sí, tía Amelia. Pero pensé que el profesor no creía en Moisés. O el Éxodo. O…

—Eso no significa que la legendaria Arca sea pura ficción —respondió Emerson, tomando, como era su costumbre, el bando contrario—. Sabemos que Jerusalén fue sitiada y arrasada por los babilonios, que se llevaron a sus residentes en cautiverio. Hubo tiempo…

—Así que admites que no todo el Antiguo Testamento es una sarta de mentiras —le dije—. La caída de Jerusalén se menciona en el segundo libro de Reyes, si mi memoria no me falla.

—También se describe en los anales babilónicos —replicó Emerson—. Una fuente histórica, Peabody. Como iba diciendo, hubo tiempo durante el asedio para que los habitantes ocultaran sus mayores tesoros. El Arca sólo era uno de ellos, aunque el más importante. Había vasos de oro, un altar, candelabros, vasos de incienso, etc. ¿Quién puede decir que no están todavía ocultos bajo las ruinas del templo?

—¿Crees eso, Emerson?

—Por supuesto que no —dijo Emerson, cansado de sus bromas —. Jerusalén fue tomada y saqueada muchas veces. Si los babilonios no arrasaron con los tesoros del templo, alguien más lo hizo. El Arco de Titus en Roma muestra a soldados romanos llevándose algunos de los tesoros, incluyendo una menorah. Los etíopes afirman que el Arca fue llevada allí por el hijo de Salomón y la reina de Saba. La gente ha buscado en Irlanda, en el Monte Sinaí, y por lo que sé, en Birmingham. Incluso si yo creyera que existe la posibilidad de tal descubrimiento, no toleraría una expedición por un aficionado inexperto en una zona especialmente sensible del mundo.

—Gargery —dije en cierta exasperación—. ¿Terminarías por favor de despejar las cosas del té? El gatito está a punto de golpear la jarra de crema.

Nefret retiró al gato, y Gargery, que había abandonado toda pretensión de llevar a cabo sus funciones, exclamó:

—Entonces, ¿por qué ustedes no van a buscar el tesoro, señor? Harían un trabajo adecuado.

—Por favor mantente fuera de esto, Gargery —le dije—. Ya es bastante difícil mantener la pista a esta familia sin tus digresiones. No me puedo imaginar que tiene que ver el Arca de la Alianza con nada de esto, o por qué el gobierno británico debería tener interés en los planes de un aventurero como Morley.

—¿Te importaría dejar que me explique, Peabody? —preguntó Emerson en voz devastadoramente suave.

—Eso es lo que te he estado pidiendo que hagas, Emerson.

—Mmm —dijo Emerson—. ¿Supongo que estás familiarizado con la actual situación política incómoda en Oriente Medio?

—Yo no, señor —dijo Gargery ansiosamente.

—Yo tampoco -admitió Nefret.

—Realmente deberías hacer un intento de seguir el ritmo de la historia moderna —le dije. Emerson, que había abierto la boca, la cerró.

—Palestina es, por supuesto, parte del otrora poderoso Imperio Otomano, que durante el siglo XVI de la era cristiana controlaba todo el Oriente Medio, África del Norte y partes de Europa del Este -expliqué—. Como todos los imperios fundados en la conquista y la injusticia, no podía durar; gradualmente sus territorios se perdieron y en la actualidad sólo el apoyo de Gran Bretaña y Francia, que temen que el colapso del gigante envejecido abra las puertas de Oriente a Alemania y Rusia, mantiene al sultán en su trono de

Constantinopla.

—Muy poéticamente expresado —dijo Emerson, que había estado esperando mi respuesta para responder—. Por verlo de otra manera, Nefret y Gargery, el gigante envejecido está podrido en el núcleo. Provincias como Siria y Palestina están atormentadas por la pobreza y la corrupción. A Gran Bretaña y Francia les importa un comino la miseria de la gente; lo que les preocupa es que en la última década más o menos, la influencia alemana en la región se ha incrementado enormemente. Cuando Wilhelm II visitó Estambul y Jerusalén, fue recibido como un héroe conquistador. Los alemanes están construyendo una línea de ferrocarril de Damasco a La Meca, y se supone que no lo están haciendo por razones altruistas. Si la guerra estalla…

—¡Guerra! —Gritó Nefret—. ¿Y Ramsés está ahí, en medio de ella?

—Deja de preocuparte por tu hermano —dijo Emerson, impaciente—. No habrá guerra, no durante unos cuantos años más. Pero está viniendo, y Alemania ya está haciendo los preparativos, como el ferrocarril. Muy útil para las tropas y suministros.

Este discurso fue presumiblemente un intento de tranquilizar a Nefret. No es sorprendente que fallara.

—Con guerra o sin ella, si hay alguna manera de que Ramsés se pueda meter en problemas, lo hará —dijo ella con vehemencia—. Si la situación es tan inestable…

—Tonterías —le dije—. Samaria, la moderna Sebaste, está muy lejos de la zona donde los alemanes están trabajando, y el señor Reisner es un individuo responsable. Emerson le considera uno de los más cualificados de la generación más joven de egiptólogos.

—Mmm.

—O lo haría, si considerara cualificados a otros egiptólogos - corregí.

—No es tan malo —admitió Emerson—. Aunque es de suponer que tendría suficiente en su plato con sus excavaciones en Giza y Sudán, sin asumir otra responsabilidad en un área de la que no sabe nada…

—Reisner argumentaría que las técnicas básicas de excavación son las mismas en todas partes del mundo —dije.

—Bien, bien —dijo Emerson—. Mmm.

La ambigüedad de esta respuesta debería haber hecho sonar la alarma. Emerson no era ambiguo. En mi defensa debo decir que estaba más preocupada por calmar a Nefret.

—George Reisner es un individuo dedicado y maduro que sólo

vive para su trabajo. Ni siquiera Ramsés puede meterse en problemas, mientras está a las órdenes de Reisner.

DEL MANUSCRITO H

Ramsés había sido consciente desde hacía tiempo que le estaban siguiendo. El cielo nocturno estaba nublado y el bosque de olivos a través del cual caminaba proyectaba sombras pesadas, pero los débiles sonidos eran inconfundibles. Los había estado escuchando. Aminoró el paso, los oídos atentos. Cuando ocurrió, el ataque fue súbito e inesperado, porque no vino desde atrás sino desde delante. Una ligera agitación del aire y un cambio en la forma de la sombra sobre el sendero le dio sólo la advertencia suficiente para agacharse. Resultó ser un mal movimiento; en lugar de golpearle en el pecho o en el hombro, el golpe acertó el costado de su cabeza, con la fuerza suficiente para hacerle perder el equilibrio y caer sobre manos y rodillas. Aunque mareado y desorientado, sabía que no debía quedarse donde estaba. Se arrastró fuera del camino entre los troncos retorcidos de los árboles, donde se quedó quieto, escuchando y esperando que la cabeza se despejara.

Ni un sonido, a excepción de los ruidos normales de la noche.

—Maldita sea —dijo Ramsés suavemente.

El patrón era como el del último ataque, algo arrojado, una retirada precipitada. La única diferencia era que esta vez habían sido dos, uno siguiéndole para distraer su atención, el otro esperando escondido. Había esperado este momento para ponerle las manos encima al agresor, o al menos conseguir echarle un vistazo.

Regresó al sendero y encendió la antorcha. Frunció los labios en un silencioso silbido cuando vio el tamaño de la piedra que le había golpeado. Era tan grande como su cabeza. Si le hubiera golpeado en la cara… ¿Un intento deliberado de asesinato?

Probablemente no, decidió. La puntería del hombre no era muy buena, y si tenía el homicidio en mente habría elegido armas más letales. La primera piedra le había golpeado en la espalda, lo suficiente para llamar su atención, pero haciendo poco daño.

Cogió la piedra y siguió su camino sin encontrar ninguna criatura viviente, excepto unos pocos de los perros de la aldea. Cuando salió de los árboles vio las luces en las casas de la aldea de Sebaste. No había muchas ventanas iluminadas; la gente de esta

parte del mundo se iba a la cama temprano para ahorrar el costoso aceite de la lámpara. Las luces más brillantes venían de la casa que el equipo de Samaria había alquilado para la temporada. Reisner todavía estaba trabajando. Ramsés se detuvo frente a la puerta y después de buscar en los bolsillos encontró un pañuelo sucio con el que se limpió la sangre de la mejilla.

Cuando entró, su superior no levantó la vista.

—Has tardado —comentó, añadiendo una nota a uno de los papeles que tenía sobre la mesa delante de él.

—Lo siento.

Clarence Fisher, segundo al mando de Reisner, estaba tendido en el diván. Se sentó, estirándose.

—¿Qué es eso que tienes ahí?

Ramsés pensó que debía haber sabido que se centraría en un artefacto en lugar de preguntar: "¿Qué te ha pasado?" El corte había dejado de sangrar, pero su mejilla estaba manchada de sangre seca, sus ropas llenas de polvo, y su pelo adornado con hojas secas. Le entregó la piedra y se dejó caer en una silla.

—Es de la excavación —dijo Fisher, examinando los restos de la ornamentación en un lado de la piedra—. ¿Por qué estabas allí a esta hora de la noche?

—No estaba. Alguien me la lanzó hace unos minutos, cuando venía caminando por el olivar de camino aquí.

Reisner dejó su pluma y se recostó en la silla. Sus ojos se movieron sobre la forma desaliñada de Ramsés.

—¡Otra vez no! —Dijo.

—Lo siento.

—No, yo lo siento. -La repentina sonrisa de Reisner descubrió un gran número de dientes—. El comentario sonó un tanto cruel. ¿Estás herido?

—¡Dios mío! —exclamó Fisher—. Me temo que yo también he sido negligente al no hacer preguntas.

Los dos se acercaron a Ramsés. Reisner apartó el pelo enmarañado de la sien de Ramsés y pasó los dedos de expertos sobre el área. La mayoría de los arqueólogos de campo tenían que saber algo sobre tratamientos médicos; los accidentes en una excavación no eran infrecuentes.

—Vas a tener un bonito gran bulto mañana —dijo Reisner fríamente—. ¿Cuántos dedos estoy sosteniendo?

—No tengo una conmoción cerebral, señor.

—Supongo que estás demasiado familiarizado con los síntomas.

Ramsés no podía decir por la expresión de su superior si era una

crítica, sarcasmo, o una simple declaración de un hecho.

—Sí, señor —dijo.

—No tienes que seguir llamándome señor.

—Hábito —dijo Ramsés—. Es difícil de romper.

Consiguió otra de esas sonrisas dentudas.

—Entiendo. Todavía tengo que luchar contra la tendencia a tratar a tu padre de esa manera.

Reisner regresó a su improvisado escritorio, sacó su pipa y empezó a llenarla. Fisher, cacareando con remordimiento, entregó a Ramsés un vaso, que este aceptó con un gesto de agradecimiento. A diferencia de sus padres, que celebraban el final de la jornada de trabajo con un whisky con soda, o dos, su supervisor actual mantenía una escasa provisión de licor sólo para fines medicinales. No muy buen licor, tampoco, pensó Ramsés, bebiendo.

Se sentaron en silencio durante unos minutos, mientras Reisner prestaba atención a su pipa y Fisher rebuscaba en la caja de suministros médicos. La pequeña habitación tosca, la mejor que el pueblo tenía que ofrecer, estaba iluminada sólo por dos lámparas de aceite parpadeantes. La oscuridad ocultaba los muebles destartalados, y la evidencia de lo que su madre habría descrito como típico desorden masculino, un par de calcetines sobre una silla, trabajos que se derramaban fuera de las cajas que usaban para la presentación de documentos.

Reisner encendió su pipa y resopló con satisfacción.

—Saliste esta noche con la esperanza de provocar otro ataque.

—Bueno, sí, en cierto modo. Pero yo sólo quería…

—Saber si el primer ataque fue una aberración o parte de un patrón. Lógico. Si se están gestando problemas necesitamos saberlo. ¿Tienes idea de quién podría estar detrás de esto?

—No. Tal vez prefieras que me dé de baja —dijo Ramsés.

—¿Qué diablos quieres de mí, una disculpa? —Reisner apretó los dientes sobre la boquilla de la pipa. Luego dijo de repente—, probablemente piensas que he sido un poco duro contigo estas últimas semanas.

—No, señor. —La pregunta casi le sorprendió para darle una respuesta sincera. Ramsés estaba acostumbrado a la crítica. Su padre era muy exigente; sus frecuentes arrebatos de mal genio le habían ganado el título egipcio de Padre de las Maldiciones. Pero Emerson repartía elogios tan fácilmente como culpas, y sus carcajadas eran tan frecuentes como sus maldiciones.

Fisher soltó un relincho de diversión.

—No te lo tomes a mal, Ramsés. George tiene miedo de que tu

madre le regañe si algo te sucede.

Ramsés se quedó boquiabierto.

—¿Qué tiene mi madre que ver con esto?

—Él le prometió que te mantendría lejos de las travesuras —dijo Fisher, con una sonrisa que contenía cierta cantidad de malicia.

Habría sido difícil decir quién estaba más indignado, Reisner o Ramsés. Ramsés estaba demasiado furioso para hablar, lo que estaba bien. Reisner le dirigió a Fisher una dura mirada. Luego soltó un ladrido repentino de risa.

—La verdad es -dijo—, que tu padre me intimida, pero tu madre me aterra absolutamente.

Fisher se unió a su risa. A Ramsés no le hizo gracia.

—Con todo respeto, señor, no soy un niño.

—¡Oh, por el amor de Dios, no seas tan delicado! —dijo Reisner irritado—. Si tuviera alguna queja sobre ti o tu trabajo la habrías oído. Todo lo que estoy tratando de hacer es averiguar qué diablos está pasando. No tuvimos ningún tipo de problemas el año pasado. Eres el único de nosotros que ha sido atacado físicamente. Huele a venganza personal.

—Pero yo también estuve aquí el año pasado —señaló Ramsés —. Y que me aspen si puedo pensar en algo que haya hecho últimamente para despertar el resentimiento.

—Tampoco puedo pensar en nada—admitió Reisner—. Estás tan familiarizado con las costumbres y sensibilidades de Oriente Medio como yo.

—Más aún —murmuró Fisher.

Reisner reconoció la verdad de la declaración con una sonrisa irónica.

—¿Tienes alguna sugerencia, Ramsés?

Ramsés se encogió de hombros.

—A alguien no le gusta mi cara. No estoy tratando de aligerar la situación -agregó—. Es que no tengo ninguna explicación razonable.

Se sentaron en silencio un rato. Finalmente Reisner dijo con un suspiro:

—Yo tampoco. Evita los paseos solitarios a partir de ahora, ¿quieres? Y… eh… no tienes porque mencionar estos incidentes cuando escribas a la familia.

—No tengo ninguna intención de hacerlo.

—Bueno. Pon un poco de alcohol en ese corte antes de irte a la cama.

Era una despedida que Ramsés estaba feliz de aceptar. Tumbado despierto en la cama dura, repasó la conversación y comenzó a ver

el humor en ella. Él no era el único bajo el pulgar metafórico de su madre. Era un gran pulgar unido a un brazo muy largo.

Otra cosa le golpeó ahora que tenía tiempo de pensar racionalmente. Una venganza personal implicaba un enemigo personal, pero no tenía por qué ser uno nuevo. Había adquirido unos pocos durante una vida corta y malgastada; sus padres habían adquirido aún más. ¿Uno de ellos tenía el rencor suficiente para seguirlo aquí? Comenzó a repasar la lista, pero se quedó dormido antes de que hubiera llegado a la mitad.

* * *

No dudaba que la preocupación de Nefret por su hermano era genuina, aunque carecía de fundamento, pero sospechaba que estaba exagerando su angustia con el fin de salirse con la suya. Debido a la obstinación de Emerson, no habíamos realizado planes para la temporada de invierno. Después de que el Servicio de Antigüedades nos hubiera prohibido la entrada al Valle de los Reyes, Emerson se negaba a aceptar cualquier otro sitio, aunque le habían ofrecido varios. Había hablado vagamente de volver a Nubia, donde habíamos excavado antes. Nefret no quería volver a Nubia. (Yo tampoco)

—Bueno -declaró—, en realidad me importa un bledo el Arca de la Alianza o el comandante Morley. Estoy preocupada por Ramsés. Ya sabes cómo él…

—Sí —le dije, con un suspiro—. Lo sé.

—Voy a escribirle de inmediato. -Nefret tenía esa expresión que conocía demasiado bien—. Y exigiré que conteste a vuelta de correo.

—Eso puede llevar semanas —le dije.

—Entonces, cuanto antes me ponga a ello, mejor.

Cerró la puerta detrás de ella con ominosa suavidad.

—Ahora bien —dije, fijando en Emerson una mirada severa—. Fuera con ello. No me lo has contado todo.

—No quería que Nefret escuchara.

—¿Por qué no?

Emerson se levantó de su escritorio y se acercó de puntillas a la puerta. Es decir, lo que él pensaba que era de puntillas. Agarrando el pomo, abrió la puerta, miró sospechosamente al pasillo y cerró la puerta antes de regresar a su silla.

—Lo que sabes de la materia hasta ahora, Peabody, puede ser deducido por cualquier persona informada. Lo que voy a decir es un

secreto de Estado, conocido sólo por unos pocos. No debe ir más allá.

El de Emerson no es un rostro que se preste a engaño. El ceño de su noble frente, la ligera compresión de los labios bien cortados, y, más particularmente, el movimiento de su mano a la barbilla, que acostumbraba a tocar cuando pensaba, indicaba que estaba mortalmente serio.

—Tienes mi palabra, Emerson —contesté, con igual fervor—. Y puedo añadir que la confianza que me muestras… no diré nada más.

—¿De veras? —La sobriedad del rostro de Emerson se relajó en una sonrisa—. Bueno, querida, te tomo tu palabra. Para responder a tu pregunta: Morley es una complicación adicional al brebaje de la situación. Si empieza a excavar alrededor del Monte del Templo, es probable que cree problemas con los judíos y los musulmanes, quienes lo consideran un lugar sagrado. Alguien tiene que mantener un ojo sobre él y tratar de evitar que haga algo estúpido.

—¿Y ese alguien eres tú?

—Tengo una excusa legítima para protestar por sus actividades, Peabody, por razones puramente profesionales. Él hará un lío de la excavación, pero hasta que lo haga no hay forma legal de impedirle ir allí. Lo que preocupa al gobierno es harina de otro costal. El hecho es que me pasé sólo unos minutos con Su Majestad. Tras el habitual intercambio de cortesías me dejó con el director de Inteligencia Militar y otro individuo, cuyo nombre nunca fue mencionado.

—Qué extraordinario.

—Fue una conversación de lo más extraordinaria, Peabody. Estas personas de inteligencia, bien, ya sabes cómo son, ven complots y conspiraciones por todos lados. Parece que ha habido rumores de un levantamiento, no un asunto violento como la rebelión mahdista de Sudán, sino un proyecto de largo alcance tan cuidadosamente planeado que pueden pasar años en materializarse. El objeto es la expulsión de los extranjeros de Oriente Medio y la creación de un estado islámico en Siria-Palestina.

—¿Expulsión? -Repetí—. Esa es una palabra bastante suave. ¿Estás hablando de una yihad?

—Puede llegar a eso con el tiempo, Peabody. En la actualidad, la inteligencia militar se refiere principalmente a la parte que Alemania está jugando en la región. Han pasado diez años desde que Su Alteza, como sus súbditos aduladores llaman al Kaiser, visitó Damasco y Jerusalén y se declaró el defensor del Islam. Los turcos

no son tan ingenuos como para creer su retórica altisonante, pero le van a utilizar para sus propios fines. Agentes alemanes están pululando por todas partes en la región, apenas disfrazados como exploradores, ingenieros…

—¿Y arqueólogos?

Emerson asintió, y yo exclamé:

—Nosotros estamos haciendo lo mismo, por supuesto. Los arqueólogos son excelentes espías. Por favor, no me digas que George Reisner está trabajando en secreto para la inteligencia británica.

—Entonces no lo haré. Vamos, Peabody. En primer lugar, Reisner es estadounidense, son lealtades a Gran Bretaña. En segundo lugar, él es la persona menos probable que conozco para dejar que la política le distraiga de su trabajo. Hablando de distracción, Peabody, lo has hecho de nuevo. ¿Quieres saber por qué el Ministerio de Guerra está interesado en el mayor Morley?

—Supongo que sospechan que sea un espía alemán —dije con un resoplido.

La sonrisa de superioridad de Emerson desapareció.

—Maldita sea, Peabody, ¿cómo lo sabes?

—Deducción lógica, Emerson. El Ministerio de Guerra instigó a Morley a visitarnos, al Ministerio de Guerra le importa un bledo las excavaciones ineptas; el Ministerio de Guerra está obsesionado con los espías; ergo, el Ministerio de Guerra sospecha que Morley es uno. Un espía, quiero decir. Completo disparate, por supuesto. Confío que les informaras al respecto.

—No he tenido la oportunidad de hacerlo hasta ahora. Había planeado ir a Londres mañana.

—Iré contigo.

—No has sido invitada, Peabody.

—Sin embargo, voy a ir.

—La deducción lógica me informó que dirías eso —dijo Emerson.

* * *

Cogimos un tren temprano a la mañana siguiente. Nos encontramos solos en un vagón de primera clase, Emerson aprovechó la oportunidad para explicarme la organización de los servicios de inteligencia militar, y el significado de diferentes iniciales confusas. La DMO era la Dirección de Operaciones Militares, que tenía, en la actualidad, varias ramas subsidiarias.

MO2 era la rama asignada a cubrir Europa y el Imperio Otomano, y la única que nos preocupaba. Emerson iba a contarme sobre las otras ramas, pero afortunadamente varios pasajeros se metieron en el vagón en nuestra siguiente parada y se negaron a escuchar las fuertes insinuaciones de Emerson para que desaparecieran. De hecho, ya había oído todo lo que necesitaba oír. A los hombres les gusta crear organizaciones innecesarias y darles nombres impresionantes o misteriosos; esto por lo general termina en un aumento de la confusión, y por lo tanto debe ser ignorada.

El nuevo edificio del Ministerio de Guerra era un edificio imponente en Whitehall, frente al antiguo Almirantazgo. Emerson era esperado, pues había telegrafiado antes. A mí no me esperaban. Hubo algo de discusión, que ignoré. Me había puesto mi segundo mejor sombrero del verano, adornado con rosas y un nuevo traje de seda carmesí (carmesí era el color favorito de Emerson), y supongo que tenía una figura bastante inusual en ese bastión de la supremacía masculina. Los hombres, incluso los empleados, podrían haber ordenado sus trajes negros sombríos y sus corbatas grises en el mismo sastre y mercería.

Ya que Emerson se negó a dar un paso sin mí, MO2, e incluso el DMO, se vieron obligados a ceder. Un joven muy nervioso nos acompañó a una oficina impresionante en la segunda planta, donde nos encontramos con un joven secretario igualmente nervioso. Comenzó a hablar nerviosamente, pero fue reemplazado casi instantáneamente por el propio DMO, el general David Spencer, quien salió deprisa de su oficina.

—Señora Emerson, supongo —dijo, con una (muy) pequeña reverencia—. No la esperaba.

Le estudié con cierto interés, ya que nunca había conocido a un DMO antes. Un mentón largo y fláccido estaba más o menos equilibrado por una frente inusualmente alta. Bajo espesas cejas había un par de ojos marrones que me miraban sin súplica.

—Creo que puedo ofrecer un punto de vista útil —expliqué, cambiando mi sombrilla de mi mano derecha a mi izquierda y ofreciendo la primera—. Sentí que era mi deber como una leal servidora de la Corona estar presente.

Un gorgoteo mal reprimido de diversión de Emerson destruyó la solemnidad de mi declaración y provocó una mirada crítica de Spencer.

—Entre, entonces —dijo a regañadientes.

Había otra persona en la oficina, un hombre joven, delgado, poco imponente con ojos azules saltones y bigote castaño. Se

levantó cuando entré y cortésmente sostuvo una silla para mí. Supuse que era el caballero sin nombre al que Emerson se había referido. En ese momento estaba un poco impaciente por el innecesario misterio, así que me presenté.

—Señora Emerson. ¿Cómo está usted?

—Es —dijo Spencer, forzado por la educación—, es el señor Smith.

—No, no lo es —le dije, arreglando mis faldas y mi sombrilla—. Su nombre es Tushingham, le conocí hace dos años a raíz de una conferencia que dio en la Real Academia de la Ciencia. ¿Cómo van sus estudios botánicos, señor Tushingham?

Por encima de un coro de resoplidos de Spencer y risas de Emerson, Tushingham dijo:

—No me atrevía a asumir que usted me recordaría, señora Emerson. Nuestro encuentro fue fugaz, por decir algo.

—Quiere decir que esperaba no le recordara. No tenga miedo, señor Tushingham. Mi discreción es bien conocida. Ahora no perdamos el tiempo, es probable que tenga otros asuntos que atender y yo tengo que hacer algunas compras mientras estoy en la ciudad. El comandante Morley no es un agente alemán.

El general se dejó caer pesadamente en un sillón y se me quedó mirando. Tushingham se sentó y miró a Emerson.

—¿Está de acuerdo el profesor?

—Oh, sin duda —dijo Emerson, de pie detrás de mi silla—. Es un aventurero común de la variedad de jardín. No es que no sea capaz de hacer jugarretas. Su noción de la metodología arqueológica adecuada…

—¿Qué pasa con el otro hombre, Panagatopolous? —Preguntó el general.

—Panagopolous -corregí—. Si está trabajando en secreto para Alemania, o para cualquier otro gobierno, es el mejor actor que he visto en mi vida, dentro o fuera del escenario. Ya conoce, por supuesto, su papel en el proyecto de Morley.

—Hemos investigado sus antecedentes —dijo Tushingham—. En su Grecia natal es considerado como parte de los fanáticos de los eruditos bíblicos, inofensivos y posiblemente enfermos mentales. Es decir, asumimos que Morley le está utilizando a él y a sus teorías extrañas como justificación para montar una expedición.

—Estoy segura de que ese es el caso -contesté—. En cuanto a Morley, mi marido y yo somos de la misma opinión acerca de sus motivos. Él no es el primer buscador de tesoros en ser atraído a Tierra Santa.

—Absolutamente —dijo Emerson—. Shapira, Parker…

Habría seguido indefinidamente, pero yo tenía prisa por llegar a las tiendas, así que le interrumpí.

—El fanatismo religioso y la codicia, por separado o en combinación, han sido responsables de una serie de incidentes explosivos en Jerusalén. No hace falta recurrir a espías alemanes para explicar este último proyecto, o el deseo de evitarlo.

Tushingham se reclinó en su silla, se pasó el dedo índice a lo largo de su bigote y le disparó al general una mirada significativa. Tuve la impresión de que él compartía nuestra opinión, pero no había logrado convencer a su obsesionado superior.

—Morley ha sacado una gran cantidad de dinero a varias personas ricas y crédulas —dijo Emerson—. Seguramente eso constituya fraude, o al menos…

—Me temo que no -dije—. En nuestra sociedad libre, la gente está autorizada a gastar su dinero tan tontamente como les guste. Estás divagando de lo importante, Emerson, si me disculpas que te lo diga.

El general Spencer se inclinó hacia delante, con los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas.

—¿Y qué, señora Emerson, es lo importante?

Se lo dije.

* * *

—Él todavía cree que Morley está trabajando para los alemanes —dije mientras Emerson y yo salíamos del edificio—. Dios mío, que aburridos son estos militares. Una vez que se les mete una idea en la cabeza, es imposible sacarla. El señor Tushingham…

—¿Por qué no me dijiste que conocías a Tushingham?

Ese fue un reproche tan injusto que me di cuenta que Emerson estaba de mal humor, posiblemente porque yo le había sacado de la oficina del general antes de que tuviera la oportunidad de extenderse con sus opiniones. No me había ofrecido su brazo. Lo tomé, me incliné sobre él y respondí, no a la cuestión en sí, sino a la molestia que había provocado.

—La conferencia fue sobre nuevas variedades de trigo en los Altos del Golán, Emerson. Te negaste a asistir, ya que, como tan sucintamente expusiste, las variedades de plantas sólo son de interés para ti cuando están en tu plato.

—Mmm —dijo Emerson—. No es un maldito botánico, ¿verdad?

—Oh, sí, y uno bueno. ¿No fuiste tú quien mencionó que la

exploración y la arqueología suponen una excelente cobertura para los espías? Lo mismo puede decirse de otras profesiones, botánicos, geólogos, incluso ornitólogos. Proporcionan una excusa legítima para que las personas asomen las narices en lugares donde es posible que de lo contrario…

—Ya señalé eso —dijo Emerson entre dientes—. Así que no tienes que darme una conferencia sobre un tema con el que estoy familiarizado a fondo.

Su razonamiento era válido, por lo que abandoné el tema.

—Hay un taxi, Emerson.

—Ya veo —Emerson hizo un gesto, el conductor se detuvo en la acera y se detuvo.

—Buen día, señor y señora —dijo, levantando el látigo en señal de saludo.

—Mmm —dijo Emerson, ayudándome a subir—. Llévenos a la estación Victoria.

—Camino de Harrods -dije—. Tengo una gran cantidad de compras que hacer antes de irnos a Palestina.

Capítulo 2

DEL MANUSCRITO H

Desde donde Ramsés estaba en lo alto del montículo podía ver a cierta distancia por la llanura. Era un país de colinas y valles tranquilos, campos de cereales entre arroyos cuyas aguas captaban la luz del sol en un resplandor de chispas, viñedos y campos de olivos e higueras. En la vertiente oriental de la colina un grupo de edificios anodinos marcaba el pueblo moderno de Sebaste. Detrás, se asentaban las ruinas de la ciudad real construida por el rey Herodes en el siglo I. Reisner había identificado la zona del foro, el camino de columnas que rodeaba la colina al foro y el gran templo que Herodes había levantado a la gloria del emperador Augusto.

Era la última de varias ciudades que habían ocupado el mismo lugar, cada una construida sobre las ruinas de su predecesora. Colinas como esta se encontraban por toda Palestina, elevándose sobre la llanura como las colinas artificiales que eran. En teoría, debería haber sido posible separar cada nivel de ocupación secuencialmente, de arriba abajo, con cada nivel sucesivo anterior en el tiempo al de arriba. En la práctica real, los niveles separados eran a veces casi imposibles de separar. Los nuevos colonos habían desmantelado las estructuras anteriores y reutilizado las piedras, cavado cimientos a través de los estratos anteriores, a veces hasta la roca madre. El resultado se parecía un poco a cuando mezclabas con una cuchara una mezcla de frutas, pastel y crema. (Él lo había hecho una vez cuando tenía seis años de edad, la sensación de que ya que todo se mezclaba en su interior de todos modos, bien podría ahorrar tiempo haciéndolo de antemano. La explicación, aunque bastante lógica, no había logrado impresionar a su madre.)

La única forma práctica de hacer frente a tal sitio era la que Reisner había adoptado: cavar hacia abajo junto a una pared de cimientos y tratar de localizar la línea divisoria entre un nivel de ocupación y el de arriba. Luego limpiar para continuar horizontalmente a lo largo de esa línea. Ramsés estaba esperando que Reisner viniera y confirmara su creencia de que habían encontrado un nivel de estrato. No podía continuar hasta que el Mudir aprobara sus conclusiones.

De hecho, pensó Ramsés, tenía un poco más de autoridad que

los trabajadores egipcios cualificados que Reisner había traído con él para actuar como capataces. Para ser justos, no había tenido mucha experiencia en excavar un sitio como éste, sólo una temporada corta con Reisner el año anterior. Pero su obra debía haber sido satisfactoria, o Reisner no le habría pedido que volviera…

Ramsés se movió con impaciencia y ahogó un bostezo. Había soñado con Nefret, un sueño tan vívido e íntimo que no había sido capaz de volver a dormir después. Había estado enamorado de ella durante años. Sólo recientemente había descubierto la batalla cuesta arriba que tenía que librar si esperaba ganársela. Ella le amaba también, como hermano y mejor amigo. A veces pensaba que tendría una mejor oportunidad si le mirara con indiferencia o incluso con disgusto. Sus propios instintos, así como el consejo que le había dado una fuente inesperada pero incontrovertible, le decían que su mejor curso de acción era la paciencia. Era difícil, sin embargo, cuando cada fibra de su cuerpo y mente sufría por ella. Estar lejos ayudaba un poco. Había aceptado la oferta de Reisner, en parte porque era una excusa para estar lejos de Inglaterra durante todo el verano.

Miró al sol. Reisner se estaba tomando su tiempo. Los obreros que esperaban se habían agachado y fumaban, escuchando a medias su conversación en voz baja, Ramsés se preguntó si alguno de ellos era el lanzador de piedras. ¿El muchacho con suaves ojos marrones, cuya barba apenas había comenzado a crecer? ¿El anciano encorvado, que manejaba un pico con la fuerza de un hombre joven? Al igual que sus padres, que siempre se habían esforzado en conocer a los hombres que trabajaban para ellos, preguntando sobre sus familias, asegurándose que tuvieran atención médica cuando era necesario. Su madre se había ganado el título de Señora Doctor, y algunos de los hombres preferían sus tratamientos a los de Nefret, que había sido entrenada médicamente. En el caso de su madre, era probablemente la pura fuerza de voluntad lo que la hacía tan exitosa. No te atrevías a morir si la Sitt Hakim decía que vivirías.

Con una plantilla de más de cuatrocientos hombres, como era el caso aquí, era imposible aprender mucho acerca de los trabajadores, pero Ramsés había logrado establecer relaciones de amistad con varios de los hombres. De uno de ellos salió una tos cortés y una suave pregunta.

—¿Todavía esperamos, Hermano de los Demonios? No tengo más cigarrillos.

Un murmullo de desaprobación mezclado con diversión surgió

de los otros hombres, pero Mitab, el que preguntaba, sólo sonrió inocentemente. Ramsés se dio cuenta de que los supervisores que Reisner había traído de Egipto debían haberles dicho a los lugareños su apodo árabe. Había una especie de regla no escrita sobre el uso de estos nombres; por lo general eran empleados para dirigirse directamente cuando eran halagos, como el Nur Misur de Nefret, Luz de Egipto, y el Sitt Hakim de su madre. Él se había ganado su denominación debido a su supuesto control de las fuerzas sobrenaturales. Podría haber sido pensado como un cumplido, pero Ramsés había dejado claro que no apreciaba mucho la distinción. Mitab no era, por decirlo con suavidad, el más inteligente de los hombres. No había querido ofender.

Ramsés sonrió y tiró una lata de cigarrillos. Había traído un amplio surtido, sabiendo que serían pequeñas regalos de bienvenida.

—Aquí está Ali, con las noticias del Mudir.

La noticia no era lo que había esperado Ramsés:

—El Mudir quiere que vayas.

Ali hablaba el árabe idiomático de El Cairo, que era tan familiar para Ramsés como su inglés.

—¿Ahora? —preguntó Ramsés sorprendido—. Le he estado esperando para decirle a los hombres cómo seguir desde aquí. Creo que hemos encontrado un nivel del suelo.

Ali echó un ojo experto sobre el área Ramsés había indicado.

—Tienes razón, creo. Pero el Mudir dijo que fueras ahora.

No tuvo que añadir: cuando el Mudir dice ahora quiere decir ahora. Ramsés asintió. Cogió la chaqueta que se había quitado cuando el sol se elevó y comenzó a regresar a través de la superficie irregular de la cumbre, donde sus excavaciones habían expuesto estructuras que databan de épocas pre-romanas. Cuando se acercaba a la vertiente occidental, donde Reisner trabajaba, vio a un grupo de personas cerca de una de las grandes torres circulares que habían formado parte de la muralla defensiva.

Ramsés maldijo entre dientes. Con frecuencia eran interrumpidos por visitantes. Sebaste estaba fuera de la ruta de los peregrinos habituales, cuyas visitas estándar a Tierra Santa permitían poco tiempo para nada más que Jerusalén y los lugares bíblicos cercanos, pero algunos de los reaccionarios (fanáticos, como Reisner una vez dicho) llegaban hasta allí. Como el miembro más joven y menos importante de los empleados, Ramsés era el designado para mostrar a los visitantes los alrededor y mantenerlos fuera del camino de Reisner.

La tumba de Juan el Bautista era el principal atractivo, con una enorme puerta que decía que era su prisión. Había una tumba, o al menos una cúpula que cubría algo, en el patio de lo que había sido una iglesia cruzada antes de que se convirtiera en mezquita. Los restos de la iglesia tenían algunos puntos de interés, pero no para Ramsés, que los había visto demasiadas veces. También había oído más de lo que quería sobre el rey Acab, cuyo carro ensangrentado había sido lavado en un estanque ante la puerta de Samaria. Había una puerta, pero la estructura existente era romana, construida unos ochocientos años después de que Acab gobernara en Samaria. Había aprendido que era una pérdida de tiempo mencionar esto a los peregrinos o señalar que según el historiador Josefo, Juan el Bautista había sido decapitado en un castillo del mar muerto.

No tenían aspecto de peregrinos. Dos de ellos parecían ser parte de una escolta oficial, vestidos con uniformes en mal estado adornados con un exceso de galones de oro deslustrado. Un tercer hombre vestía una túnica blanca y el turbante verde restringido a los descendientes del Profeta. Era una figura impresionante, más alto que la mayoría, con los rasgos esculpidos de un beduino, pero la atención de Ramsés estaba en manos de la mujer que era el centro del grupo.

Su traje era, por decir algo, inusual: botas de montar y pantalones, rematados por una prenda hasta la rodilla de vívido verde esmeralda. Un manto gris colgaba de sus delgados hombros; su cabello rubio había sido recogido en una corona alrededor de su cabeza. Sus manos estaban cubiertas con guantes de cuero flexible. Una sostenía una fusta.

Al ver Ramsés, Reisner interrumpió su conferencia con alivio no disimulado.

—Madame von Eine, le presento a mi colega, Ramsés Emerson. Él estará encantado de mostrarle los alrededores de la Acrópolis.

Una sorpresa ligera e incómoda recorrió a Ramsés cuando ella centró sus ojos en él. Eran de un tono inusual de pálido azul-grisáceo, pero en sus profundidades vio una chispa de luz, como una llama bajo el vidrio empañado. Su mirada se movió de su rostro a su pies y viceversa, con la fría evaluación de un potencial comprador al inspeccionar una pieza de mercancía.

—Ramsés -repitió—. Qué nombre tan extraordinario.

Ramsés no podría haber dicho que le impulsó a responder en alemán. Su ligero acento había sugerido que era de esa nacionalidad, pero fue en parte una respuesta a su tono condescendiente.

—Es un *Kosename*, señora, utilizado por mis amigos y familia.

—*Aber natürlich*. Usted debe ser Walter P. Emerson, quien escribió ese pequeño y bonito libro sobre gramática egipcia.

—Me siento halagado —dijo Ramsés falsamente.

—Mme. von Eine es una especialista en restos hititas —dijo Reisner, cortando los saludos—. No hemos encontrado nada de ese periodo, señora, pero Ramsés le mostrará el área del foro de Herodes y los niveles de Israel, si quiere.

—Gracias. —Ella asintió amablemente, una dama noble reconociendo la cortesía de un inferior—. No le entretendré más tiempo, señor Reisner. Está ansioso, lo sé, para seguir adelante con su trabajo.

—No, en absoluto, en absoluto —murmuró Reisner.

Sin esperar a Ramsés para liderar el camino, ella empezó a subir la pendiente, sus asistentes detrás. Ramsés tuvo que dar grandes zancadas para alcanzarla. No se había dado cuenta de lo alta que era hasta que se paró a su lado.

—El terreno es un poco irregular —dijo, ofreciendo el brazo.

Después de una vacilación casi imperceptible apoyó la delgada mano enguantada sobre la suya. Cuando llegaron a la cumbre retiró la mano y miró expectante a Ramsés. Este se lanzó a su conferencia.

—Después de la muerte de Salomón, su reino se dividió en dos reinos separados, Israel al norte y Judá al sur. Samaria era la capital del reino del norte, cuyos gobernantes más famosos fueron Omri y Acab. Fue Omri…

Al ver su expresión, se interrumpió con cierta confusión.

—Lo siento. Me temo que me deslicé en la conferencia estándar. Usted ya sabe todo eso, por supuesto.

—Por supuesto. —Ella se hizo a un lado y miró los restos de muralla justo debajo—. Seléucida —dijo ella.

—Absolutamente. Fechada aproximadamente en el 125 a.C por medio de las monedas que se encuentran encima y debajo del estrato.

Continuó con su discurso a medida que avanzaban hacia adelante, no obtuvo más respuesta que algún asentimiento ocasional, hasta que ella interrumpió en medio de una descripción de los restos babilónicos y griegos.

—¿Y las llamadas estructuras israelitas?

—Es un poco difícil distinguirlas —dijo Ramsés—. Como puede ver, el sitio es muy complejo. Pero estratigráficamente las paredes se encuentran debajo de las estructuras griegas y babilónicas, y ya que sabemos por el Segundo de los Reyes que Omri construyó su

palacio aquí…

—¿Esa es su evidencia? —La ligera curvatura de su labio indicó lo que pensaba de la evidencia.

La lealtad a Reisner hizo que Ramsés se ofendiera por la crítica implícita, aunque él también tenía ciertas reservas.

—Uno no puede dejar de estar influenciado por el relato bíblico —dijo secamente—. Ofrece una ordenada cronología escrita, la única cronología que tenemos de esta parte del mundo, hasta que empecemos a obtener referencias de los registros asirios y babilonios. Pero le aseguro que ni el señor Reisner ni yo lo seguimos ciegamente. Los restos que hemos encontrado hasta ahora indican una estructura de tamaño considerable. Podría ser un palacio, y parece haber sido la primera estructura en el sitio. Y —se había guardado lo mejor para lo último—, esta temporada hemos descubierto una serie de documentos escritos en hebreo.

—Documentos. —Volvió esos ojos notables hacia él—. ¿Rollos? ¿Tabletas?

—No hay nada tan impresionante —admitió Ramsés—. Parece que son registros de la recepción de diversos productos como vino y aceite.

—¿Así que lee hebreo antiguo?

—No soy un experto, pero estoy copiando las listas y espero trabajar con ellas después de volver a casa. La forma de la escritura parece indicar una fecha sobre el siglo VIII A.C., lo que está de acuerdo con la evidencia arqueológica.

—Ya veo. -Girando hacia el hombre que estaba a su lado, habló brevemente en árabe. Su voz era tan suave que sólo comprendió la palabra "nada".

—¿Su dragomán se interesa por la arqueología? —Preguntó Ramsés—. Puedo continuar en árabe o turco, si lo desea.

—Mansur no es mi dragomán. Se podría describir como un compañero de viaje.

Los oscuros ojos hundidos y oscuros del hombre se encontraron con los de Ramsés. Inclinó la cabeza ligeramente. No era una reverencia a un superior, sino más bien un reconocimiento cortés de un igual.

—Debemos irnos. ¿Señora? —Hablaba árabe, con un acento que Ramsés no pudo identificar. Mme. von Eine tomó su brazo extendida y se alejó, dejando a Ramsés detrás de ellos. Estaba empezando a disgustarle Mme. von Eine. No había sido abiertamente descortés, pero se acumulaban un pequeño pinchazo tras otro. Si Mansur no era un siervo, ¿por qué no le había

presentado? ¿Y qué demonios significaba ese ambiguo término de "compañero de viaje"?

Decidió que tenía derecho a unos pequeños pinchazos. Alcanzándolos, dijo:

—Me disculpo por no estar familiarizados con su trabajo. ¿Excavó en Boghazkoy o Carcemish?

—No hay ninguna razón por la que deba estar familiarizado con él —fue su respuesta fría—. La cultura hitita no es su especialidad.

Ella no había contestado a su pregunta. Insistió.

—Carcemish es por cierto una concesión británica, y nadie ha trabajado allí durante más de veinte años. Winckler estaba en Boghazkoy hace unos años. ¿Estaba usted presente por casualidad cuando encontró los archivos reales hititas?

—Desafortunadamente, no.

¿No presente en aquel momento, o nunca en Boghazkoy? ¿Por qué no daba la mujer una respuesta directa?

—Fue, a todas luces, una excavación muy inepta -insistió—. Algunas de las tabletas se perdieron o fueron robadas.

Alargó la mano hacia ella cuando se tambaleó, pero Mansur, a su otro lado, fue más rápido.

—Tenga cuidado, señora —dijo en voz baja, cerrando la mano sobre el brazo.

Cada vez más intrigado por la extraña pareja, Ramsés dijo:

—Puedo mostrarle un camino más fácil, un poco más largo, pero no tan difícil. ¿Dónde se encuentra su campamento? ¿O se aloja en el pueblo?

Los labios de la señora von Eine se separaron en una sonrisa. Le dio a su rostro una calidez atractiva y, como Ramsés era el hijo de su madre, sospechosa. Al parecer, había pasado algún tipo de prueba. ¿O había fallado una, dado el modo que mostraba su satisfacción?

—En el pueblo no, pero cerca —dijo ella.

—Por aquí entonces. Si no le importa andar.

Ella se dio la vuelta y dirigió a una severa reprimenda a los dos hombres uniformados, que estaban detrás, pateando trozos de escombros.

—Debería haberles dicho que se quedaran abajo —comentó ella con los labios apretados—. Ellos y sus compañeros son una molestia, pero las autoridades insistieron en que los llevara conmigo. Para mayor protección, dijeron.

—Esta parte de la región es bastante segura -dijo Ramsés—. Pero algunas de las tribus del norte y el oeste pueden ser rebeldes a

veces.

Ella se inclinó ante esa pregunta implícita, confinando su respuesta a un breve:

—Eso he oído. No debemos alejarle de su trabajo por más tiempo. Conozco el camino desde aquí.

—No es ningún problema en absoluto —dijo Ramsés verazmente.

* * *

Como Emerson, yo no creí ni por un momento que el comandante Morley estuviera a sueldo de los alemanes. Era obvio, que estaban tratando de extender su influencia en la región, pero dudaba que estuvieran lo suficientemente desesperados para emplear a tales lerdos. Sin embargo, nuestro acuerdo para investigarle proporcionó a Emerson una excusa para hacer lo que quería hacer, así como un medio para lograr ese objetivo. Conseguir el permiso para trabajar en cualquier parte del Imperio Otomano era un procedimiento frustrante y tedioso, podría llevar meses y requeriría una visita personal a Estambul. Emerson se había asegurado que se solucionara este problema. Además, trabajar en Palestina resolvería el problema de dónde íbamos a excavar ese invierno y daría a Emerson una excusa para "dejarse caer sobre" Reisner y criticar sus procedimientos.

Como una inglesa leal me sentí obligada a responder a una llamada personal de la soberana. (Por cierto, no me había llamado a mí, pero Emerson y yo somos uno). Sin embargo, también se mezclaban mis propios motivos. Nefret había estado en lo correcto sobre Ramsés; si podía meterse en problemas, lo haría, y no habíamos sabido nada de él desde hacía algún tiempo. El área era desconocida para mí, y llena de interés. Compartía el escepticismo de Emerson sobre la validez histórica de algunos acontecimientos descritos en el Antiguo Testamento, pero de la época de Cristo había una gran cantidad de pruebas documentales verificadas por los relatos de los evangelistas. Para una cristiana devota como yo, la idea de caminar por las calles que el Salvador había pisado, ver el Monte de los Olivos, el Gólgota, la Iglesia del Santo Sepulcro y otros lugares sagrados, tenía un atractivo irresistible.

Los arreglos no concluyeron rápidamente. En el transcurso de la semana después de la visita de Morley, Emerson fue y volvió de Londres varias veces. Ocupé mi tiempo refrescando mi conocimiento de las Escrituras. Dado que en mi opinión un enfoque

racional de la Biblia es, en el mejor de los casos confuso y en el peor imposible, nunca la había abordado desde el punto de vista de un historiador preocupado solamente con hechos verificables. Mi investigación ha confirmado esta opinión.

Cuando Emerson volvió de su última visita a Londres yo estaba en la biblioteca. El tiempo era húmedo y lúgubre y estaba a punto de dormirme cuando la puerta se abrió de golpe. No había esperado que volviera tan pronto. Se sacudió como un gran perro húmedo y se sentó detrás de su escritorio.

—Todo está resuelto -anunció—. Saldremos para Jaffa en dos semanas.

—¿Nosotros? —Repetí, levantando las cejas—. ¿Tú y tus humildes seguidores, quieres decir?

Emerson se tocó el hoyuelo de la barbilla.

—Bueno, Peabody, sabes que no quería…

—Sí, querías. De verdad, Emerson, deberías saber que es mejor no intentar esas tácticas conmigo. Nunca han tenido éxito y nunca lo harán.

—Pero me gusta ver tus ojos brillar y tu labio curvarse —dijo Emerson—. Venga, Peabody, sabías perfectamente cómo iba a salir esto. Estás haciendo listas.

—¿Y si lo hago?

—¿Puedo verlas?

—Si me muestras las tuyas.

—Bah —dijo Emerson—. Yo nunca hago listas, mantengo mis notas en mi cabeza. Tenía la intención de confiar plenamente en ti tan pronto como los arreglos se completaran. ¿Qué hiciste con tus malditas listas? No estaban en tu escritorio, o debajo del colchón, o…

—Las guardo conmigo todo el tiempo —contesté, sacando unos papeles doblados del bolsillo—. Y la próxima vez que busques en mi escritorio, por favor, no lo desordenes.

Sonriendo, Emerson le tendió una mano grande y callosa.

Tras rebuscar en mis listas, frunció los labios y asintió.

—Como esperaba, parece que tienes todo bajo control. ¿Estás segura que has tenido en cuenta el hecho de que vamos a ir directamente a Jaffa?

—Naturalmente. Supuse que lo haríamos, ya que es el principal puerto de Palestina. Hasta que no sepa cuantos seremos, no puedo calcular las cantidades adecuadamente —continué.

—Asumí que ya habrías resuelto eso. Tú, yo… ¿confío que me permitas acompañarte?

—No hay necesidad de ser grosero, Emerson. Supongo que te refieres a llevar un equipo de nuestros hombres entrenados para actuar como supervisores, pero la decisión sobre quiénes y cuántos es suya. Selim, por supuesto, y Daoud y… Como ya he dicho, la decisión es tuya.

Los labios bien formados de Emerson se crisparon, ya fuera por diversión o (más probablemente) por el esfuerzo por reprimir una palabrota, no podía decidirlo.

—Selim y Daoud serán suficientes -dijo—. Contigo, Nefret y yo…

—¿Te propones llevar a una mujer joven y atractiva a lo que tú mismo has descrito como una región peligrosa e inestable?

—Venga, Peabody, sólo estás tratando de crear dificultades. No es más inestable que el Oasis Perdido o más peligroso que el desierto occidental.

—No pude evitar que se nos uniera a esa expedición, Emerson. Ella estaba decidida a…

—Y todavía lo está. Es mayor de edad, querida. Tampoco puedes impedírselo esta vez. De todos modos, la necesitaré.

En la medida que se refiere a Emerson, eso fue todo. No tenía temores por la seguridad de Nefret; ¿no estaría él presente para protegerla de cualquier peligro que pudiera surgir?

Bueno, yo también estaría presente. Y Nefret no era una señorita inglesa de la aristocracia malcriada. Podía usar un cuchillo con eficacia a sangre fría en caso de necesidad. Estaba razonablemente segura de que si no le permitíamos que nos acompañara, iría a Samaria por su cuenta… y llegaría allí, también.

—Ramsés, por supuesto —continuó Emerson—. Le llevaremos con nosotros cuando dejemos Samaria.

—¿Has informado al señor Reisner que le visitaremos, o tienes intención de aparecer en un estallido de gloria, anunciado, tal vez, por trompetas angelicales?

Emerson frunció los labios y pareció reflexionar.

—Podríamos contratar una troupe de músicos locales para que nos precedan. Tambores en vez de trompetas, bailarinas…

—Estaba bromeando, Emerson.

—No, estabas siendo sarcástica. Admito —dijo Emerson, mostrando los dientes—, que no ha sido un mal esfuerzo. Como sea, he escrito a Reisner. Ayer.

Yo también. Diez días antes.

—Pero, Emerson, ¿supongamos que el señor Reisner no ha terminado su temporada y no quiere que Ramsés se vaya?

—Reisner difícilmente puede rechazar mi solicitud personal —dijo Emerson complacientemente—. Necesitaremos a David también. Un artista experto y dibujante será esencial. ¡Bien! Creo que hemos resuelto los puntos importantes. —Apartó la silla del escritorio e hizo ademán de levantarse.

Hasta el momento había conseguido hablar en voz baja y racionalmente. La mirada de complacencia y suficiencia en la cara de Emerson hizo que mi temperamento se rompiera.

—Apenas hemos comenzado —grité indignada—. ¿En qué lugar de Palestina tienes la intención de excavar? Si, como supongo, ese es nuestro propósito aparente, nos conformaremos con un sitio específico. No podemos pasear por el campo como un grupo de peregrinos; nadie que te conozca creería ni por un instante que te has convertido de repente en un converso. Me has mantenido en la oscuridad durante días, Emerson, insisto en respuestas a todas mis preguntas. —Mi control de la respiración es admirable, pero tiene sus límites, me vi obligada a hacer una pausa en ese punto para inhalar, y Emerson dejó escapar el aliento con un rugido.

—¡Infierno y condenación, Amelia! ¿Cómo te atreves a…?

Afortunadamente para él, un golpe en la puerta le detuvo antes de decir algo que lamentaría.

—Entra, maldita sea —gritó Emerson, al mismo nivel de decibelios que antes.

La puerta se abrió lo suficiente para permitir que Gargery asomara la cabeza.

—Hay una persona —comenzó.

Emerson soltó otro, aún más enfático, juramento.

—Te dije que no queríamos que nos molestaran. Que se vaya.

—Le ruego me disculpe, señor, pero la persona es un poco insistente.

Emerson saltó de su silla.

—Insistente, ¿verdad? Voy a enseñarle a…

—Un momento, Emerson -dije—. ¿Quién es esa persona, Gargery?

—Un policía, señora.

DEL MANUSCRITO H

Ramsés había asumido que los alojamientos disponibles en aldeas como Sebaste no serían lo bastante buenos para una dama de

gusto exigente, pero no estaba preparado para la extravagancia de su caravana. El campamento se encontraba a la orilla de un pequeño arroyo gratamente sombreado por acacias y moreras. Además de una docena o más de soldados turcos, estaba presente un pequeño ejército de obreros, descargando cajas de embalaje y varios artículos de muebles de los carros tirados por burros. La mayor de las tiendas de campaña, sus aposentos personales, sin duda, ya se había levantado; porteadores llevaban alfombras enrolladas, una mesa de caoba y varias cajas grandes de madera. ¿La dama insistía que le pusieran la mesa con cristal, manteles y vajilla de porcelana, como la viajera británica Gertrude Bell? Había oído el comentario mordaz de su madre sobre los hábitos y actividades aristocráticas de la señorita Bell. (En ese momento ella había estado fregando las paredes de una casa en Luxor con carbólico.)

Al parecer, el trabajo no se estaba desarrollando tan rápidamente como había esperado madame. Frunció el ceño y emitió una breve orden en turco a uno de los guardias uniformados. El hombre echó a correr, gritando en el mismo idioma. Los porteadores aceleraron el paso imperceptiblemente. Eran un montón variopinto, su atuendo tan diversificado como su tez. Su lentitud y miradas agrias dieron la impresión de que no era un grupo feliz.

Estaba a punto de hablar cuando ella se volvió y le tendió una mano enguantada.

—Adiós. Gracias por su compañía.

Ramsés le tomó de la mano, preguntándose si se suponía que debía besarla. Se conformó con inclinarse.

—Ha sido un placer, señora. ¿Seguro que no hay nada más que pueda hacer?

—Gracias, no. Por favor, dele recuerdos a sus distinguidos padres.

Le dejó de pie con la boca abierta y la mano extendida vacía. Ella había controlado la conversación, ignorando cuidadosamente las tácticas que había arrojado con la esperanza de averiguar algo acerca de sus viajes, pasados y futuros. ¿Por qué era tan reacia a admitir que había visitado Carcemish, o cualquier otro lugar, para el caso? Si esto era una peregrinación profesional, de un sitio arqueológico a otro, ¿por qué había evitado hablar de ellos?

Obviamente su caravana acababa de llegar. Ella podría haber llegado antes, podía ver varios caballos atados cerca del arroyo, pero ella había ido directamente al *tell*, sin detenerse a descansar o

refrescarnos. ¿Por qué la prisa? ¿Por qué venir aquí, para el caso?

Su madre afirmaba que la curiosidad ociosa era su pecado dominante. Tendría razón en este caso; no era de su incumbencia lo que la dama y su grupo estaban haciendo, ni por qué. Pero se quedó mirando mientras un par de mujeres con velo salían de su tienda de campaña para saludarla con la cabeza gacha y las manos levantadas en un gesto de respeto. Debían ser sus sirvientes personales. Una señora bien educada no viajaría sin ellas.

Cuando se volvió para regresar, vio una forma arrugada de blanco inmaculado en el suelo justo detrás de él. Era un pañuelo sin adornos de encaje o bordados, pero ciertamente no era de los suyos, demasiado pequeño, muy limpio, de fino lino. Mirando hacia atrás, llegó a tiempo de ver la puerta de la tienda revolotear.

Con un encogimiento de hombros, Ramsés se guardó el pañuelo en el bolsillo.

Regresó a través de la aldea. Al pasar junto a la mezquita, vio un hombre alto vestido de blanco deslizarse por la puerta. Ninguno de los aldeanos era tan alto. El hombre era el taciturno compañero de viaje de la señora von Eine. Debía haberse largado mientras Ramsés espiaba a la dama.

Deja de buscar misterios, se dijo Ramsés. ¿Por qué no iba a aprovechar la oportunidad para las oraciones formales? Era casi mediodía, y madame obviamente no tenía ninguna intención de moverse durante ese día.

La fina voz del muecín llegó a sus oídos cuando alcanzó la torre. Los hombres habían sido despedidos y Reisner y Fisher estaban sentados a la sombra, comiendo un almuerzo frugal. Era el mismo todos los días, pan sin levadura, queso, uvas, higos y aceitunas.

—¿Te has desecho de la dama? —Preguntó Reisner, ofreciendo la cesta de comida.

—La acompañé de regreso a su campamento. ¿Qué demonios estaba haciendo aquí?

—Que me aspen si lo sé —dijo Reisner plácidamente—. La gente se deja caer por una variedad de razones inexplicables.

—¿Es realmente arqueóloga?

—Maldito si lo sé.

—Su nombre me es familiar —dijo Fisher, rebuscando en la cesta—. Uno de los alemanes lo mencionó, creo que… Winckler o Schumacher.

El nombre de su predecesor en Samaria provocó una mueca en el rostro de Reisner. Se había quedado horrorizado por los métodos de excavación descuidados de Schumacher, y su crítica vehemente

había llevado a la destitución de este del sitio.

—Parecía estar interesada en el ostraca hebreo -ofreció Ramsés.

—Tal vez es filóloga —dijo Fisher.

—La modestia me impide mencionar que si ese fuera su campo habría reconocido su nombre —dijo Ramsés.

—Olvida la maldita mujer —dijo Reisner irritado—. No me podría importar menos quien o que es; nunca vamos a verla de nuevo. A menos —añadió, con una mirada de reojo a Ramsés—, ¿te invitó a visitarla?

—¿Por qué iba a hacerlo?

Reisner rio entre dientes.

—¿Ese pequeño jueguecito, fingiendo no reconocerte? Ella te conocía, de acuerdo. Preguntó por ti.

—Está bromeando.

—Bueno, no por tu nombre. Pero ella me preguntó si mi "joven ayudante" podría mostrarle los alrededores. ¿Cómo iba a saber que tenía uno si no sabía quién eras?

—¿Los arqueólogos distinguidos no tienen siempre asistentes jóvenes a su alrededor? -preguntó Ramsés.

—Hmm. Bueno, de vuelta al trabajo. Puedes comenzar con los hombres en la sección siguiente.

Ramsés volvió a la excavación de un humor reflexivo. Reisner había disfrutado burlándose de él, pero su silogismo tenía cierta cantidad de sentido. Y la dama sabía quiénes eran sus padres.

Esa misma tarde, Ramsés dio un corto paseo hacia el arroyo. No se atrevió a acercarse al campamento, pero por lo que pudo ver a distancia no había indicios de que fueran a moverse al día siguiente. No había ni rastro de la dama. La puerta de la tienda seguía cerrada.

El sol se ponía cuando regresó. Pasando ante la mezquita en su camino a la aldea, tuvo un impulso repentino. Se detuvo y miró hacia el patio. Era casi la hora de la oración de la tarde, pero el número de fieles que se estaban congregando era más grande que la habitual multitud. Por lo que podía recordar, este no era un día santo en particular; ni siquiera era viernes.

Cuando llegó a la casa de excavación encontró que los otros ya estaban allí. Esperaba una reprimenda, le habían ordenado no pasear solo, pero Reisner lo saludó con un alegre anuncio.

—El correo acaba de llegar. Varias para ti.

La llegada del correo era un motivo de celebración, ya que su entrega era esporádica en el mejor de los casos. Después de llegar a Jaffa, el puerto más cercano, se quedaban allí hasta que alguien,

por razones que sólo él conocía, decidía enviarlas. El placer de Ramsés fue silenciado por el recuerdo de que no había respondido a la última tanda de cartas. De hecho, ni siquiera podía recordar que había hecho con ellas. Anticipando un fuerte reproche, estaba a punto de abrir la primera de varias de Nefret cuando Reisner dejó escapar un gemido. El sobre que acababa de abrir estaba escrito por una mano con la que Ramsés estaba demasiado familiarizado.

—¿Qué pasa? —Preguntó, esperando lo peor.

—Él quiere —dijo Reisner en tono hueco—. Él dice que…

Su voz se desvaneció. Sin mediar palabra le entregó la hoja de papel.

Como había esperado Ramsés, su padre no malgastaba palabras.

—Llegaré a Sebaste en breve para llevarme a Ramsés conmigo para ayudar a mis próximas excavaciones en Jerusalén. Saludos, R. Emerson.

—No puede ser verdad -jadeó Ramsés—. ¿Qué excavaciones? ¿Dónde? ¿Hay otras cartas de él?

Comenzó a buscar en su propio montón. Unos momentos frenéticos más tarde había logrado ordenar las cartas en secuencia. Finalmente Reisner dejó escapar un suspiro de alivio,

—Esta de tu madre parece ser la más reciente. Dice que en vez de venir aquí a recogerte, quiere que te reúnas con ellos en Jaffa en… Dios mío, esto es menos de una semana.

—Me ha escrito lo mismo a mí —dijo Ramsés—. Por lo menos tuvo la decencia de pedir disculpas, y darnos más información de lo que padre se dignó a hacer. ¿Alguna vez ha oído hablar de este hombre Morley?

—No, pero no sería el primero en seguir algunos fuegos fatuos bíblicos y destrozar un sitio arqueológico en pedazos —respondió Reisner—. Tu padre se asegurará de que eso no ocurra, por lo menos.

Había recurrido a su pipa al inicio de la conversación y apretó las mandíbulas en ella. Ahora se recostó en su silla y le dio a Ramsés una sonrisa amistosa.

—Mejor que empieces a guardar tu equipo.

Ramsés terminó de leer la última carta de Nefret, que tenía tanto reproches como amenazas, y se lo entregó a Fisher, que las estaba coleccionando.

—No me voy a ir así sin más, señor. No tienen derecho a esperar eso.

—Eso es bastante cierto —dijo Reisner, la mirada perdida en el espacio.

—¿Quiere que me vaya?

—No quiero que te vayas. Pero si no lo haces… —¿Se lo había imaginado, se preguntó Ramsés, o el rostro curtido de Reisner había palidecido?—. Si no lo haces, vendrán aquí.

* * *

Gargery está secretamente emocionado ante la perspectiva de "otra de nuestras investigaciones criminales", como las denomina, pero siente que es su deber como nuestro mayordomo estar ofendido por la presencia de policías vulgares en nuestra casa. (No quisiera dar a entender que nos entretenemos con frecuencia con policías, vulgares o de otra manera, pero ha ocurrido en varias ocasiones). En este caso, su esnobismo era particularmente desagradable, ya que el policía en cuestión resultó ser nuestro alguacil local, George Goodbody. Gargery le había dejado en pie en el vestíbulo, uno nunca habría supuesto por la mirada helada de Gargery que él y George disfrutaban a menudo de un vaso de cerveza en el bar del Jabalí Blanco. Observando la expresión herida del pobre George, me propuse ser agradable.

—Qué alegría verle, alguacil. Confío en que su familia esté bien.

George se quitó el casco y lo apretó contra su pecho grande, como una madre acunando a un bebé.

—Sí, señora, gracias. Las píldoras que me dio para el catarro de Mariah funcionaron bien.

—Por Dios -soltó Emerson—. ¿Has estado recetando a la población local, Peabody? Sería posible que, al menos, limitaras tus dudosos experimentos médicos a Egipto.

—Funcionaron muy bien, señor —insistió George—. Mariah dijo…

—No importa, no importa. —Emerson hizo un ademán desdeñoso—. ¿Qué quiere, Goodbody?

Emerson pone a George muy nervioso. (Tiene ese efecto en la mayoría de las personas). La policía mantuvo un apretón convulsivo sobre su casco, y comenzó a tartamudear.

—Bueno, señor, es algo peculiar, a decir verdad, y lo siento, señor, molestarle, pero no podía ver qué más hacer, ya que no había nada en el cuerpo excepto su…

—¡Cuerpo! -gritaron Emerson y Gargery a dúo. El tono de Emerson fue uno de indignación, el de Gargery de deleite.

—¡Basta! —dije, observando que George estaba a punto de perder el control sobre su casco—. Dejadlo hablar. O más bien,

dejadme dirigir el curso de la conversación. Sólo tiene que responder a mis preguntas, alguacil. ¿Es un cuerpo sin vida de lo que habla? ¿Un cadáver?

—Bueno, como se vio después, señora…

—¿Sí o no?

—No. Eh… como se vio después. Pero al principio pensamos…

Requirió una considerable habilidad extraer la información necesaria, por lo que ahorraré al lector las divagaciones de Goodbody. Para resumir: el cuerpo inconsciente de un individuo desconocido había sido encontrado en una habitación de la posada local (la ya mencionada Jabalí Blanco). Había llegado la noche anterior. Cuando la camarera le llevó su té de la mañana, lo encontró tieso y rígido (cito a Goodbody) en su cama. Estaba completamente vestido excepto la chaqueta, que colgaba sobre una silla. Goodbody, convocado por el agitado propietario, había enviado a por el Dr. Membrane, nuestro médico local, quien había examinado el cuerpo y declarado que el individuo estaba vivo. Aplicó algunos métodos obvios de reanimación sin resultado y luego señaló que la víctima probablemente había sufrido un ataque y que no había nada que pudiera hacer. (Este diagnóstico se produjo después de una búsqueda apresurada entre las prendas de vestir y el equipaje del desconocido donde no habían encontrado ningún dinero, excepto unos pocos billetes de una libra arrugados). Tampoco había ningún medio de identificación, excepto…

—Este pedazo de papel —dijo Goodbody, sacándolo del bolsillo de la camisa—. Todo arrugado y metido en uno de los bolsillos del pantalón, señor. Con su nombre en él, señor.

Emerson se lo quitó.

—Maldita sea -remarcó.

—Así que pensamos… —reanudó Goodbody.

—Sí, absolutamente —le dije—. Muy sensato. Iremos de inmediato.

Es sólo un corto paseo desde las puertas de la finca a la aldea y al Jabalí Blanco. Aproveché el tiempo para señalar a Emerson hechos que él conocía muy bien pero que estaba demasiado irritado a admitir.

—Es nuestro deber investigar este asunto, Emerson; estamos obligados, por la costumbre y por nuestra posición en esta pequeña comunidad, a asumir la responsabilidad. Seguramente te pareció muy sospechoso que no hubiera ninguna identificación en el hombre, ni siquiera un libro de bolsillo. Alguien debe de haber eliminado esa identificación después de drogar o tratar de

envenenarlo…

Parando a mi lado, Emerson dejó escapar un gruñido como el de un oso enojado. Sabía lo que iba a decir, así que levanté la voz y continué.

—Es una suposición, ya lo sé, pero una que se ajusta a los hechos conocidos. El hombre fue asaltado y dejado por muerto. El doctor Membrane no reconocería un caso de envenenamiento por arsénico a menos que la víctima llevara un cartel con la palabra "arsénico" en él. Una vez que supo que el hombre no tenía medios para pagarle, se fue.

—Así que ahora —dijo Emerson resignadamente—, hemos pasado de envenenamiento en general a un veneno específico. Me desespero contigo, Peabody. Me niego a hablar de la situación hasta que… eh… hayamos examinado el individuo.

El pueblo de Camberwell St. Anne en Underhill consiste en unas pocas casas, una forja, una pequeña tienda, una oficina de correos y el Jabalí Blanco. Es un edificio pintoresco cuya parte principal data del siglo XV. Las adiciones y renovaciones de los últimos años le han dado un aspecto en expansión, y el edificio original estaba hundido de tal manera que el entramado de madera y el techo parecían estar en peligro inminente de colapso. Sin embargo, era una posada confortable y el bar era el centro social para muchos residentes de la zona.

La señora Finney, la propietaria, nos estaba esperando en la puerta, saltando arriba y abajo y retorciéndose las manos. Cuando aparecimos estalló en un discurso agitado. Nada como esto había sucedido jamás en El Jabalí Blanco. (Muy poco probable, en mi opinión, ya que la posada había visto las Guerras de las Rosas y la Guerra Civil, por mencionar sólo algunas). ¿Qué iba a hacer con el pobre caballero? No podía quedarse aquí. Requería cuidados médicos. No se atrevía a ir a la habitación por miedo a encontrar que había fallecido. ¡Tal vez era un asesino fugado! ¿Qué otro tipo de persona viajaría sin papeles ni dinero?

Clavó unos confiados ojos marrones en mí. La señora Finney tiene la forma de una hogaza de pan, muy ajustada en el medio y muy llena arriba y abajo. Le palmeé el hombro.

—Déjemelo a mí, señora Finney.

—Ella lo hará —murmuró Emerson—. Maldita sea.

—Dígame, ¿no firmó el caballero el registro anoche?

—Oh, sí, señora Emerson, señora. Se lo mostraré.

La firma era un garabato, totalmente ilegible excepto por una letra inicial que podría haber sido una B. O una P.

—Por lo menos es algo -dije, volviendo el registro—. Muy bien, vamos arriba.

El desconocido tenía una pequeña habitación en la parte posterior, en la segunda planta, donde el techo se inclinaba hacia abajo en un ángulo pronunciado. Los muebles eran sencillos pero adecuados: una alfombra trenzada azul y blanca, un armario, una cama de metal estrecha, y el conjunto de las necesidades habituales de porcelana, pintado con rosas de color rojo brillante. Algunas de las pinturas se habían desprendido.

Emerson se detuvo en el centro de la habitación, el único lugar donde podía estar de pie sin golpearse la cabeza con una viga, se cruzó de brazos y miró fijamente a la persona tumbada en la cama.

Alguien, probablemente el médico, le había aflojado la corbata y abierto la camisa. El ascenso y la caída de su pecho era tan ligero como para ser casi imperceptible. Su rostro estaba pálido, pero no mortalmente pálido, y sus labios se curvaban en una débil sonrisa enigmática. Barba y pelo enmarcaban su rostro como un halo caído.

—Maldición —dijo Emerson.

Yo, por supuesto, había anticipado que sería él.

* * *

El latido cardíaco del reverendo era débil pero constante, su respiración lenta pero regular. Su temperatura normal. No había marcas de agujas en sus brazos. Cuando levanté con delicadeza un párpado, me encontré mirando un plácido orbe azul, la pupila ni dilatada ni encogida. Yacía sin fuerzas y aquiescente como un muñeco cuando le moví.

La señora Finney observó el procedimiento con horror placentero. No había duda de que esperaba una convulsión o un estertor. Dos de las criadas se asomaron por la puerta, que había dejado entreabierta.

—¿No huele a ácido prúsico? —Preguntó Emerson—. ¿Nada de heridas abiertas? ¿Huesos rotos? ¿Charcos de sangre?

Yo había procedido a la siguiente etapa del examen.

—No hay charcos —le dije, retirando la mano que había insertado entre la almohada y la parte posterior del cráneo del reverendo—. Dudo que hubiera mucha sangre, para empezar, ya se habría secado. Emerson, deja de jurar, hay damas presentes, y ayúdame a volver su cabeza. Con cuidado, por favor.

La lesión estaba a un lado de la cabeza, encima y detrás de la oreja derecha. La señora Finney se llevó las manos a la boca cuando

vio a la pequeña mancha en la almohada.

—Agua fría y zumo de limón —le dije por encima de mi hombro y luego me dirigí Emerson—. No parece haber ningún daño en el cráneo y sólo una pequeña abrasión. El golpe fue lo suficientemente fuerte para haber dado lugar a una conmoción cerebral, pero los síntomas no son…

—Pudo haberse caído —dijo Emerson desesperadamente—, golpearse la cabeza y…

—¿Golpearse con qué, mientras estaba haciendo qué? ¿Golpearse la cabeza contra la repisa de la chimenea, que es de madera? ¿Al lavarse las manos en una palangana de porcelana que está a la altura de la cintura? No hay nada en la habitación lo suficiente o lo bastante contundente para haber causado un trauma.

—Maldita sea —dijo Emerson.

—Dios mío, oh, Dios —se lamentó la señora Finney.

* * *

En mi opinión no teníamos otra opción que trasladar a Papagopolous a Amarna House. Emerson no compartía esta opinión, pero cedió, hirviendo de rabia en silencio, cuando señalé que no podíamos dejarlo en manos de la señora Finney, y que el hospital más cercano estaba a unos treinta kilómetros de distancia. También quería la opinión de Nefret, pues aunque mi experiencia es extensa, su formación estaba más actualizada. Mientras esperábamos la llegada de la ambulancia improvisada, interrogué a la buena patrona e hice una búsqueda exhaustiva por la habitación, anunciando mis deducciones en voz alta y peleando contra las objeciones de Emerson cuando él las hacía. (He encontrado que esto ahorra tiempo a largo plazo).

Según la señora Finney, el caballero había llegado a las seis de la noche anterior. Había rechazado su ofrecimiento de algún refresco y pidió no ser molestado hasta la mañana. Por lo tanto el agresor no había esperado a la oscuridad, que no llegaba por completo hasta aproximadamente las diez, antes de entrar en la habitación y…

(Emerson: “Saltando a conclusiones una vez más, Peabody”. Yo: “Él no había desempacado ni preparado para retirarse. ¿Qué estuvo haciendo durante tres o cuatro horas?” Emerson: “Echar una siesta, rezando, rascarse sus…” Yo: “No importa, Emerson.”)

El atacante tiene que haber entrado por la puerta, ya que la habitación estaba en el segundo piso y la ventana era inaccesible desde abajo.

(Emerson: “Escalera”. Yo: “¿Cómo iba a saber dónde encontrar una? ¿Cómo pudo subir sin que le vieran o trepar por una ventana sin despertar las sospechas de su víctima?” Emerson: “Mmm”.)

No habría sido difícil para el asesino entrar en la habitación. Sólo tuvo que esperar hasta que la señora Finney dejara el escritorio para atender a sus otros deberes, consultar el registro para determinar el número de la habitación de Papagopolous, y llamar a la puerta adecuada. Papagopolous probablemente habría asumido que era la criada. Al girarse para huir cuando reconoció a su enemigo, había sido golpeado por un objeto contundente.

(Emerson: “¿Qué objeto contundente?” Yo: “Por el amor de Dios, Emerson, ¿vas a dejar de hacer objeciones irrelevantes? ¿La culata de una pistola, una roca, un calcetín lleno de arena?”.)

—Maldición —dijo Emerson malhumorado—. Muy bien, Peabody, no vamos a meternos en esta discusión. No tengo la más mínima esperanza de ganarla de todos modos. ¿Tu asaltante hipotético luego retiró todos los medios de identificación, pasando por alto el trozo de papel con mi nombre, y puso el cuerpo en la cama con la esperanza de que un examen superficial concluiría que Panalopagus… Paneporororous… maldita sea, no pueden esperar que recuerde ese nombre tan ridículo, que había sufrido un derrame cerebral o ataque al corazón?

—Bien hecho, Emerson.

—Es bueno que lo digas. ¿Has concluido tus investigaciones?

—Casi. —Había buscado en la pequeña maleta del reverendo, que sólo contenía artículos de tocador, una muda, ropa de dormir y una Biblia manoseada. Volviendo de nuevo a la cama con el fin de hacer otro examen, me sorprendió y, por supuesto, alivió encontrar que la respiración de mi paciente se había fortalecido y que algo de color había vuelto a su rostro.

—Parece estar recuperando la conciencia —exclamé, y saqué la botella de sales aromáticas de mi maletín médico. Moviéndola debajo de su nariz, fui recompensada por un estornudo tan violento que los miembros inferiores de Panagopolous se sacudieron y su cabeza se movió hacia adelante. Abrió los ojos.

—Excelente -exclamé—. ¿Cómo se siente?

—Sentir -repitió el reverendo soñador—. Siento, luego existo. Pero, ¿quién soy, amable señora? ¿Quién es usted? ¿Y quién es ese Panagopolous a quién se refiere?

—¡Infierno y condenación! —Gritó Emerson. Con las manos sobre sus oídos, la señora Finney huyó.

* * *

El estado físico del reverendo había mejorado lo bastante, así que llamamos a nuestro propio carruaje y desestimamos la ambulancia (un buen carro de heno perteneciente al primo de la señora Finney). Vino con nosotros voluntariamente, después de haber concluido, como nos informó, que debía ser un querido conocido en una de sus vidas anteriores. Los intentos de Emerson para corregir este malentendido se encontraron con una sacudida de cabeza y una sonrisa amable.

—Tal vez fue en Atenas, cuando estuve predicando a los paganos -reflexionó—. Vosotros, que por ignorancia adoráis, yo os anuncio… se burlaron de mí, pero algunos creyeron… ¿Era usted por casualidad la mujer Damaris?

—Lo dudo mucho —dije con suavidad pero con firmeza. A Emerson comenté—: Al parecer, en esa vida era el apóstol Pablo. No discutas con él, Emerson, estoy segura que su amnesia es temporal y que saldrá de ella a su debido tiempo y con el tratamiento adecuado.

—¿Una de las mujeres bondadosas en Burdeos que cosían las cruces en nuestras sobrepellices cuando proclamé la gran cruzada?

—¿Pedro el Ermitaño? —Preguntó Emerson, cada vez más intrigado—. No sufre de exceso de humildad, ¿verdad?

Panagopolous ignoró este como había ignorado los otros comentarios, y dije:

—La gente que cree que han vivido vidas pasadas rara vez cree que fueron plebeyos anónimos en esas vidas. Napoleón es uno de los favoritos, creo, y luego Ramsés en segundo lugar.

—Debo admitir —dijo Emerson, por encima del murmullo de Panagopolous—, que el tipo es bastante entretenido. Te doy tres días Peabody. Si no lo tienes de vuelta al 1910 para entonces, informaré al comandante Morley y le pediré que se lleve a su amigo demente de nuestra casa.

Nefret había regresado de su viaje durante nuestra ausencia y, después de haber sido informada de nuestra misión por Gargery, estaba esperando con impaciencia para oír lo que había pasado. Estuvo de acuerdo conmigo en que el reverendo debía descansar, así que lo entregamos a John, nuestro lacayo grande y confiable, que le ayudó a llegar a una habitación y lo metió en la cama. Le dije a Rose que le pidiera a Cook que hiciera sopa de pollo. Panagopolous permitió el examen de Nefret sin protestar; de hecho, parecía bastante contento de estar con nosotros, a pesar de que

todavía estaba tratando de decidir quiénes éramos. Cuando vio a Horus, que se había abierto paso en la habitación en busca de Nefret, su rostro enrojeció de placer.

—Uno de los gatos sagrados de Bastet -exclamó—. Su culto fue proscrito después de que llevé al faraón Akhenaton el conocimiento del único Dios, pero sabe, eché de menos tener los gatos alrededor.

Después de comer un plato caliente de sopa de pollo, Panagopolous declaró que iba a dormir un rato. Una vez fuera de la habitación, le pregunté a Nefret su diagnóstico. Por supuesto, coincidió con el mío. La pérdida temporal de memoria no es rara que después de un golpe tal en la cabeza. Por lo general, es sólo cuestión de tiempo. La creencia en la reencarnación de Panagopolous probablemente no se desvanecería, pero dudaba que hubiera nada que pudiera hacer al respecto.

Emerson estaba poderosamente entretenido por los comentarios del reverendo sobre el llamado faraón hereje.

—Así que fue Moisés, ¿verdad? ¿Quién será el próximo? ¿Abraham? ¿El Papa León?

—En todo caso, sabe su historia —contesté, pensativa—. Pocas personas están familiarizadas con la revolución religiosa de corta vida de Akhenaton, o la teoría de que aprendió sobre el único dios de los hebreos que habitaban en Egipto.

—Teoría descabellada, quieres decir —dijo Emerson.

La recuperación de Panagopolous era lenta, pero segura. Al día siguiente, recordó mi nombre, y el día después, el suyo, su nombre actual, es decir. Sus signos vitales eran normales y su apetito excelente. Al tercer día consideré que estaba bastante recuperado como para unirse a nosotros para el té, y el plato de galletas de chocolate, resultó, como esperaba, el catalizador.

—He estado aquí antes —exclamó (tomando una galleta)—. ¿O he estado aquí todo el tiempo? ¿Qué ha pasado?

—Esperábamos que usted nos lo pudiera decir —contesté. Procedí a relatar las circunstancias que habían llevado a su actual paradero—. ¿Recuerda llegar a la posada?

Estimulado por mis preguntas (y el consumo de varias galletas) Panagopolous fue capaz de recordar su llegada, y que le mostraran una habitación. Se dedicó a rezar (Emerson me sonrió) cuando un golpe en la puerta le interrumpió. Aquí se detuvo, con el ceño fruncido.

—¿Quién estaba en la puerta? —pregunté.

Panagopolous negó con la cabeza.

—No recuerdo nada más.

—No se angustie —dijo Nefret, dándole golpecitos en la mano—. No importa.

—Al diablo que no —dijo Emerson—. Bien, bien. De igual importancia, señor, es la cuestión de lo que estaba haciendo en la posada. ¿Venía a vernos? Y si es así, ¿para qué?

—Usted —repitió Panagopolous. Las arrugas de su frente eran perfectamente paralelas, como las de un pentagrama. En creciente excitación, continuó—, ¿por qué razón? ¿Por qué? Para mostrarle el rollo. Para dárselo y que lo guardara. ¿Es seguro? ¿Es secreto? ¡No debes dejar que él los consiga!

La noticia de que no se había descubierto ningún rollo, espetada a bocajarro por Emerson antes de que pudiera detenerlo, provocó que el reverendo se pusiera de pie con un ataque de agitación incoherente. Lo llevamos de vuelta a la cama y después de Nefret le administrara un sedante, volvimos a la sala para un consejo de guerra.

—Ahora todo está claro -dije—. Alguien fue tras el famoso rollo, el manuscrito que describe la ubicación del tesoro. Y lo encontró.

—Claro como un día de niebla —dijo Emerson—. No tenemos ninguna prueba de que exista tal rollo. Esto puede ser un complot diseñado para convencernos de que el proyecto de Morley es digno de apoyo.

—Perdóneme, señor, pero eso es bastante inverosímil —exclamó Nefret—. Su lesión era genuina. ¿Iría a tal extremo para persuadirle?

—Mmm —dijo Emerson, frotándose la barbilla.

—Tampoco tenemos ninguna que prueba de que exista tal manuscrito -dije—. Cuando el reverendo sea coherente vez más, podemos preguntarle si tiene motivos para sospechar de si algún individuo en particular deseaba poseer ese rollo.

—Todo depende de su palabra —protestó Emerson—. La palabra de un hombre que no está en plena posesión de sus sentidos.

—No del todo -dije—. Emerson, ¿alguna vez te molestaste en mirar ese papel que el comandante Morley trajo con él?

—¿Por qué habría de hacerlo? Era pura ficción.

—¿Qué hiciste con él?

Después de rebuscar en el montón de papeles que tenía sobre su escritorio, Emerson encontró el panfleto. Lo examinamos juntos. Una buena parte sonaba como ejemplo de pura ficción, por ejemplo, la grandiosa afirmación de Morley de que conocía el lugar exacto, tres metros más o menos, del tesoro del templo.

—¿Me pregunto por qué tres metros? -dije.

—Es un buen número aleatorio —dijo Emerson, curvando un labio—. No suministra información precisa.

—Difícilmente puedes esperar que divulgue la ubicación —dije de manera justa.

—Te inclinas por ser razonable, Peabody. Mira esta fotografía, que pretende ser la del supuesto rollo. A mí me parece un gran salchicha que ha sido masticada por ratones.

—La fotografía está un poco desenfocada —admití.

—Y aquí —dijo Emerson, leyendo—, están los comentarios de los llamados expertos que Morley mencionó. ¿Reconoces alguno de los nombres o las organizaciones?

—Todos ellos parecen ser extranjeros. Le Société Biblique, Marsella…

—Él los hizo —dijo Emerson—. Podrían impresionar a posibles donantes que no están familiarizados con el campo y que no se molestarían en investigarlos. Por Dios, la credulidad de la raza humana nunca deja de asombrarme. Mira algunos de los nombres que figuran en esta lista de colaboradores. Empresarios testarudos, algunos de ellos, que deberían estar mejor informados.

—Cuando la emoción supera la razón, querido, la credulidad debe seguir. El tema es apreciado por los corazones de muchos verdaderos creyentes.

—Bah —dijo Emerson, desestimando el tema—. ¿Qué vamos a hacer al respecto de Papapagopolous?

—Nuestro curso obvio es comunicarnos con el comandante Morley. En mi opinión deberíamos haberlo hecho antes que esto.

A sugerencia mía despachamos telegramas tanto a su piso en Mayfair como a su club. No recibimos respuesta de esta última fuente hasta el día siguiente.

“El comandante Morley zarpó el martes pasado. Dirección de reenvío, Augusta Victoria Hospice, Jerusalem”

Capítulo 3

Paseándose por la sala y agitando el telegrama, Emerson despotricó y maldijo hasta que interrumpí su diatriba con un recordatorio oportuno.

—¿Por qué debería informarte el Ministerio de Guerra sobre la partida de Morley? No tendrían excusa para detenerlo, ya les habías informado que no era un agente alemán.

—También les había informado que estaba dispuesto a seguir el bastardo a Palestina, a sacrificar mis propios planes…

—¿Qué planes? No tienes ninguno.

La respuesta de Emerson fue agarrar su chaqueta y salir de la habitación, dejando la puerta entreabierta. Segundos después, oí el portazo de la delantera.

Sabía a dónde iba, directo a Londres en el primer tren, y por qué había salido tan precipitadamente, para evitar que yo le acompañara. Sólo podía esperar que para cuando llegara se hubiera calmado lo suficiente para ser sensato.

Yo no hubiera querido ir en cualquier caso. Gritar al general Spencer sería una pérdida de tiempo y aliento, y tenía muchas otras cosas en que pensar.

No habíamos oído una palabra de Ramsés, aunque le había enviado una serie de cartas a él y a Reisner, cada una más enfática que la anterior. Traté de decirme a mí misma que los hábitos dilatorios de mi hijo y el estado incierto de la entrega postal en la región eran probablemente los responsables de su silencio, pero en mi corazón, la duda persistía. Conocía a mi hijo demasiado bien.

El reverendo era una fuente adicional de preocupación. ¿Qué íbamos a hacer con él? Parecía estar muy feliz de permanecer con nosotros; cuando le pregunté, a mi manera discreta, si su familia y amigos no estarían preocupados por él, había respondido que no tenía familia, pocos amigos, y ningún plan de ningún tipo. Lo sentía por él como podía sentirlos por un perro callejero amable y torpe que hubiera decidido irse a vivir con nosotros. No podía ser echado a la calle, pero se estaba derramando por todo el mobiliario. (Hablo metafóricamente). Encontré una aliado en Nefret, que lo había tomado bajo su ala, como hubiera hecho con cualquier otro perro callejero.

Habíamos sido incapaces de elaborar los planes finales para

nuestra próxima expedición (próxima, es decir, a menos que Emerson enfureciera al Ministerio de Guerra hasta que cancelaran su apoyo). Quería arreglar que nuestros hombres se reunieran con nosotros en Jaffa en lugar de "parar en Egipto para recogerlos", como había sugerido con indiferencia Emerson. Ya había logrado convencerle de que apartarnos de nuestro camino para recoger a Ramsés en persona de la excavación en Samaria sería un desperdicio adicional de tiempo. Él también podría reunirse con nosotros en Jaffa. Emerson plantó una dura batalla sobre eso, ya que había estado esperando inspeccionar las excavaciones de Reisner y decirle lo que había hecho mal, pero al final me impuse, como generalmente hago. Había tomado la precaución de escribir yo misma a Reisner, exponiendo el asunto como una solicitud en vez de una orden, como habría hecho Emerson. Estaba segura de que Reisner me complacería, sobre todo porque la alternativa sería que Emerson descendiera sobre él.

Otro pequeño detalle que Emerson se negó suavemente a discutir era la cuestión del personal adicional. Lo que nos faltaba, en mi opinión, era un individuo familiarizado con la cerámica. Para un ojo inexperto no hay nada más aburrido que piezas rotas de cerámica sin decoración. Me inclino a compartir este punto de vista, ya que he visto demasiadas de esas malditas cosas. A diferencia de la mayoría de sus predecesores, que estaban principalmente interesados en las características arquitectónicas impresionantes y los ajuares atractivos, Emerson consideraba que todos los desechos de material de un sitio tenían valor potencial y debían tenerse en cuenta y preservarse. Cuando faltaban inscripciones, el desarrollo comparativo de los tipos cerámicos a veces era la única manera de poder datar la tumba o el nivel de ocupación. No podía discutir con este principio, pero ya que generalmente la encargada de tamizar los escombros y encontrar tales fragmentos era yo, mis sentimientos acerca de ellos eran menos entusiastas. No esperaba con ansias continuar ese trabajo en un área donde era probable que la cerámica fuera aún menos interesante que en Egipto. Sin embargo, mis preguntas (hechas sin el conocimiento de Emerson) no lograron localizar a una persona adecuada. Nuestro personal, por lo tanto, consistía en Nefret, David y Ramsés, además de nosotros dos.

Bueno, lo habíamos logrado con menos número de personas antes, sobre todo porque nuestro objetivo principal no era la excavación, sino evitar que Morley hiciera lo mismo. El sitio que habíamos fijado estaba en una pendiente rocosa al sur de la ciudad vieja de Jerusalén. El nombre moderno de la aldea era Silwan, y

había un acuerdo general que derivaba de la Siloé bíblica. Según la Segunda de las Crónicas, el rey Ezequías, anticipándose a un ataque de los asirios, había excavado un túnel desde una fuente fuera de los muros con el fin de llevar sus aguas directamente a la ciudad. El túnel actual había sido encontrado en 1838, lo que confirmaba la veracidad del relato bíblico, treinta años más tarde, un ingeniero británico llamado Robinson lo había atravesado en toda su longitud, a pesar de los sedimentos que se habían acumulado a lo largo de los años. Tenía la esperanza de tener la oportunidad de explorar el túnel, ya que la descripción de Robinson de arrastrarse sobre su estómago a través de su oscura y húmeda, longitud constreñida era bastante intrigante. Cuando le mencioné esta posibilidad a Emerson, su respuesta fue tan profana que decidí no continuar con el asunto… de momento.

Emerson volvió a tiempo para el té, su llegada fue anunciada por su golpe habitual a la puerta principal y su saludo cordial.

—Peabody, ¿dónde estás? ¡Regresé, Peabody! —Yo estaba leyendo en el salón, pero no tenía ninguna dificultad en oírle.

—¡Bien! —Le dije, devolviendo su abrazo amistoso—. Estás de mucho mejor ánimo de lo que estabas cuando te fuiste. ¿Supongo que todo ha ido bien en el Ministerio de Guerra?

—No puedo imaginar por qué pensarías lo contrario. —Emerson se quitó la chaqueta y la tiró en dirección a Gargery—. ¿Por qué no está el té listo, Gargery? Estoy famélico.

—Supongo que no te tomaste tiempo para almorzar —le dije, después de que Gargery se marchara enfurruñado y Emerson y yo volviéramos al salón.

—¿Almuerzo? Oh. —Emerson reflexionó—. No, no puedo recordar haberlo tomado. Ese bastardo de Spencer me mantuvo esperando durante una buena media hora, y luego insistió en discutir conmigo.

—¿Sobre qué?

—Más o menos por las líneas que habías sugerido —admitió Emerson. Se sentó a mi lado en el sofá y puso su brazo alrededor de mis hombros—. El maldito idiota dijo que ya que habíamos acordado seguir a Morley a Jerusalén, no podía ver que supusiera alguna diferencia cuando ir, siempre y cuando llegáramos allí a tiempo. Así que le dije…

—¿Que era un maldito idiota?

—Más o menos. Se lo tomó bastante bien —dijo Emerson con sorpresa.

—Estaba tratando de sacarte de su oficina, espero. ¿Preguntaste

sobre los papeles?

—No habían llegado todavía, pero prometió que los tendríamos cuando llegáramos a Jaffa. Ah, ahí estás, Nefret. Y… eh… Papadalopous. Él la sigue como un perrito —añadió, en lo que probablemente creyó que era un susurro.

—Me ha estado hablando acerca de la caída de Jericó —dijo Nefret, dando a Emerson una mirada de reproche.

—Ah —dijo Emerson, animándose—. ¿Era Josué?

—Explicó que no sucedió absolutamente como la Biblia lo describe —dijo Nefret.

—No sucedió así —dijo Emerson, su estado de ánimo mejoró aún más ante la perspectiva de la discusión y el sonido del carrito té traqueteando a lo largo del pasillo—. Las excavaciones de 1907 llegaron a la conclusión de que los últimos restos datan del año 1800 a.C., un millar de años, un siglo más o menos, antes de su apócrifo Josué.

El reverendo no prestaba atención a nada de esto. Su atención estaba fija en las pastas de té que Gargery colocó sobre la mesa.

—No me importaría tomar un trozo de Jericó yo mismo —continuó Emerson—. Pero los alemanes todavía mantienen la concesión, y tenemos que estar más cerca de Jerusalén.

Panagopolous levantó la mirada.

—¿Cuándo partimos?

* * *

A fuerza de esfuerzos hercúleos por mi parte estábamos listos para partir en menos de una semana. Estuve ocupada desde la mañana hasta la noche telegrafiando a Selim, enviando las órdenes finales a Ramsés, comprando suministros, embalando, y por supuesto, haciendo listas. Emerson se ofreció a hacer nuestros planes de viaje, lo cual acepté porque imaginé que no podría encontrar un viejo amigo de mala reputación en Londres, que poseyera un barco de vapor. Había perpetrado esa indignidad varias veces, pero fue en Egipto y Sudán, donde Emerson tenía demasiados viejos amigos de dudosa reputación. Acepté el consuelo del hecho de que no podía tener muchos viejos amigos en Palestina.

El reverendo había llegado a nosotros con el contenido de una sola maleta, por lo que otra de mis tareas fue equiparle para una estancia prolongada en Oriente Medio. Mis investigaciones en cuanto a donde había dejado el resto de su equipaje se encontraron con una mirada en blanco y una referencia murmurada a la Casa de

David. A veces me sentía bastante impaciente con él, pero Nefret siempre saltaba en su defensa. La amnesia era impredecible. La memoria de un individuo podía regresar, o no. Ciertas partes de ella podrían perderse para siempre.

La mala pronunciación continua de Emerson de su apellido no parecía molestar a Panagopolous, pero Nefret comenzó a encontrarlo inaceptable.

—Sugiere que no le importa lo suficiente como para recordar su nombre —se quejó a Emerson.

—No es verdad —dijo Emerson, sorprendido de que ella hubiera pensado eso.

—Llámalo "Reverendo" —sugerí.

—Si él es un reverendo de una iglesia reconocida, yo soy Atila el Huno —dijo Emerson—. Me niego a darle un título al que no… eh… tiene título.

—Utilice su nombre de pila, entonces —dijo Nefret, perdiendo la paciencia—. No le importaría.

Emerson sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedo contemplar ese rostro vacío y dirigirme a él con el nombre de uno de los griegos más grandes? Imposible.

—A mí me parece una excelente solución —le dije.

Emerson, por supuesto, rechazó esta solución con algunas palabras mal elegidas y desde entonces trató de evitar abordar al señor Platón directamente. Sin embargo, aceptó que nos acompañara con más gracia de la que yo había esperado. Se las había arreglado para tener una charla con él, y lo encontró "extrañamente coherente", por citar a Emerson.

—Afirma haber memorizado la información sobre el famoso rollo —explicó Emerson—. No es que crea ni por un momento que tiene algún valor, pero el hombre parece estar familiarizado con las antiguas excavaciones cerca de la Explanada de las Mezquitas, incluidas las de Warren y Bliss.

—¿No indican eso que existe alguna base para sus demandas?

—¿Estás decidida a provocarme, Peabody? —preguntó Emerson con perfecto buen humor—. Indica que se ha tomado la molestia de leer sobre el tema, como haría cualquier charlatán inteligente. Sin embargo, no veo que tengamos ninguna opción en la materia. No podemos esperar que Gargery y Rose se ocupen de él, y si le abandonamos en una esquina de la calle en Londres, encontraría su camino de vuelta aquí.

Así que el señor Platón estaba ante la barandilla con nosotros el día que zarpamos de Londres. Nuestra familia había venido a

vernos, como siempre hacían. El tiempo era bueno, y el sol, sólo ligeramente atenuado por la bruma perpetua de humo, iluminaba los amados rostros: el hermano de Emerson, Walter y su esposa, mi querida amiga Evelyn; su hijo mayor Raddie; y su hija, mi tocaya. La bonita cara de Lia tenía una sonrisa forzada mientras lanzaba besos a David, que estaba de pie junto a mí en la barandilla del vapor. Su expresión era apenas algo más alegre, a pesar de que se esforzaba valientemente por sonreír.

Llevaban prometidos dos años. Sus padres se habían opuesto a la boda inicialmente. Sus objeciones se basaban únicamente en prejuicios de una naturaleza que es, por desgracia demasiado común en nuestra sociedad, porque David era el nieto de nuestro difunto capataz Abdullah. También era un buen joven y un talentoso artista. Yo había señalado la falta de lógica y la injusticia de su posición a Walter y Evelyn, y, naturalmente, mis argumentos habían prevalecido. Los jóvenes tenían que esperar varios años más, ya que Lia apenas tenía diecinueve años y David estaba decidido a formar su carrera antes de casarse. Esta breve interrupción de esa carrera, como Emerson, insistía, no sería un serio impedimento, ya que copiar hallazgos arqueológicos era una de las especialidades de David, y estábamos seguros, según Emerson, de que íbamos a hacer importantes descubrimientos. Yo tenía serias dudas sobre esto. No era probable que descubriéramos tumbas exquisitamente pintadas como las de Egipto, o templos monumentales cubiertos con relieves tallados. Nada de eso se había encontrado nunca en Palestina.

No habíamos tenido carta de Ramsés. Sólo podía esperar que hubiera recibido las nuestras, y que actuara según nuestras instrucciones.

DEL MANUSCRITO H

A Ramsés no le sorprendió que Reisner quisiera deshacerse de él tan pronto como fuera posible. No sólo se enfrentaba a la alternativa de la presencia crítica de Emerson, sino que los incidentes de arrojar piedras nunca habían sido explicados. No había habido más ataques, pero eso podría ser explicado por el hecho de que Ramsés había obedecido órdenes y había evitado los paseos nocturnos. La visita de madame von Eine podría considerarse como otro hecho desfavorable. A Reisner no le gustaban las ocurrencias adversas que interrumpían su trabajo, y

Ramsés realmente no podía culparlo por sospechar que su ayudante era de alguna manera responsable de todas ellas.

Sin embargo, que le condenaran si iba a largarse antes de tratar de encontrar explicaciones a ciertas preguntas, o al menos intentarlo. Sabía que no debía hablar de esto con Reisner; así que indicó que podía llegar a Jaffa en un día y que se sentiría menos culpable si podía terminar su trabajo.

Unas incursiones furtivas más en las siguientes veinticuatro horas le dijeron que madame todavía estaba acampada, sin signos de partida inminente. Seguía en su tienda, al menos durante los momentos que estuvo vigilando. En su tercer viaje escapó por poco de que le descubriera uno de los guardias turcos, que merodeaban por el perímetro armados con rifles.

A pesar de que cada vez tenía más curiosidad sobre que encontraba tan fascinante la dama sobre Samaria, tenía igual curiosidad sobre los ataques nocturnos. No tenían sentido. No había respondido a las miradas lánguidas de ciertas doncellas del pueblo, y había respetado las horas de oración. En cuanto a los viejos enemigos, cualquiera que estuviera realmente tras su sangre habría sido más persistente.

Había una manera obvia de proceder, y era algo que su padre habría hecho mucho antes: enfrentarse a alguien con autoridad, y exigir una explicación. Sebaste se jactaba de tener un alcalde; era turco, y cuando no estaba descansando en su casa destartalada, estaba extorsionando con impuestos adicionales a los lugareños. Una fuente más probable era el imán. Ramsés se había encontrado con él varias veces, pero nunca había hablado largamente con él.

Al día siguiente era viernes, el día de descanso semanal para los hombres. Después del almuerzo, mientras sus superiores trabajaban en el incesante mantenimiento de registros, anunció su intención de visitar el bazar para comprar un regalo para su madre, y salió de la casa antes de que Reisner pudiera pensar en una buena razón por la que no debería ir. Ramsés había aprendido que la sola mención de su madre tenía un efecto desconcertante en su superior.

Mientras atravesaba las estrechas calles deseó haberse tomado el tiempo de buscar materiales antiguos de construcción. Su padre, sin duda, le haría preguntas acerca de ellos. En Egipto no era raro encontrar tambores de columna de la dinastía IV utilizados como pasos y bloques de piedra caliza de los templos de tres mil años de edad, formando parte de los cimientos de las casas. Tal era el caso aquí también, pero los restos visibles eran escasos: columnas y capiteles corintios construidos en las paredes, ninguno de ellos de

antes del siglo I. La única estructura de más interés era la antigua iglesia cruzada, ahora la mezquita; gracias a sus visitas allí con grupos de peregrinos conocía el lugar lo suficientemente bien como para satisfacer cualquier consulta que Emerson pudiera hacer. El interés de su padre en el siglo XII de la era cristiana sólo podía ser descrito como indiferente.

A primera vista, la audiencia pública de la mezquita estaba desierta. Luego, el sonido de los ronquidos le llevó a un rincón tranquilo, donde estaba el imán acurrucado como un gato, disfrutando de su siesta de la tarde.

Era la primera vez que conseguía echar un buen vistazo al hombre. Era más joven de lo que había notado, ahora que el rostro del clérigo estaba relajado en el sueño. Sus mejillas estaban picadas por encima de su barba negra bien recortada. Ramsés vaciló, reacio a molestarlo, y luego se recordó que se suponía que debía estar actuando como su padre habría hecho. Le dio un golpe suave a la forma reclinada con la punta del pie.

El imán abrió los ojos soñolientos. Se abrieron alarmados al ver quien le había despertado. Se sentó y se retorció hasta que estuvo apretado contra la pared. Ramsés pidió perdón por molestarlo en su árabe más formal.

—Me voy pronto de Sebaste, reverendo señor, y quería hablar contigo antes de eso.

—Ah, entonces es cierto. —El imán se rascó y le lanzó a Ramsés una mirada cautelosa. Ramsés se puso en cuclillas junto a él, de modo que sus cabezas estaban en el mismo nivel.

—Sí, es cierto. ¿Lo habías oído?

Ramsés no se sorprendió, aunque su inminente partida no había sido anunciada oficialmente. Sabía lo rápido que se extendían las noticias en las aldeas rurales. Los chismes eran una de las principales fuentes de entretenimiento y escuchar conversaciones se considera una actividad perfectamente legítima.

El imán asintió sin decir nada. Parecía aterrorizado. Como era obvio que no iba a ser invitado a un vaso de té o una taza de café, Ramsés decidió ir directamente al grano.

—Hace unos días estaba caminando por el olivar cuando alguien me arrojó una piedra grande. Ya había ocurrido una vez antes. ¿He sido culpable de algún delito sin saberlo?

Su tono conciliador estaba empezando a tener efecto. El joven se relajó un poco, y reflexionó sobre la pregunta brevemente antes de responder.

—Fue un error. No sucederá de nuevo.

—¿Un error? ¿Entonces sabes quién fue el responsable?

Pregunta equivocada, pensó Ramsés, al ver abrirse los ojos del hombre.

—No lo pregunto para vengarme o exigir castigo -dijo—. Sólo quiero saber la razón. Si he cometido un delito, quiero corregirlo.

—Fue un error. —Los labios barbudos se apretaron obstinadamente.

—¿Dices que no volverá a suceder? ¿Por qué no?

—Debo prepararme para la oración de la tarde.

El imán empezó a ponerse en pie, todavía evitando los ojos de Ramsés. Este puso una mano en su hombro para detenerle.

—Es demasiado pronto para las oraciones de la tarde. No me iré hasta que obtenga una respuesta, reverendo señor.

—Porque… —El imán se humedeció los labios. Las palabras salieron rápidamente—. No va a suceder otra vez, porque eres el Hermano de los Demonios, el hijo del Padre de las Maldiciones. Nos han contado cosas de él. Por qué debemos arriesgarnos a su disgusto, cuando pronto tú…

No se molestó en terminar la frase. La mención del nombre de su padre, lo último que había esperado, hizo que aflojara la mano. El imán se retorció debajo de su mano y huyó a la mezquita.

Perseguirlo habría sido inútil y posiblemente contraproducente. Había conseguido todo lo que iba a obtener de esa fuente, y la conversación le había dado una nueva perspectiva y una ventaja potencial.

Esa última frase inacabada había sido esclarecedora. No era difícil adivinar cómo hubiera terminado:

—… cuando pronto tú… ¿te habrás ido? ¿Estarás muerto? Uno u otro, sin duda. Los ataques no habían sido personales. Formaba parte de un grupo, "vosotros" en plural.

Salió de la mezquita y caminó sin rumbo por la calle mientras meditaba. “Ellos" habían hablado acerca de su padre, sin duda, uno de los capataces egipcios. Los egipcios se deleitaban con cuentos sobre Emerson; su fama abarcaba todo el país, desde El Cairo hasta Asuán y hasta el desierto de Nubia. Las historias sobre las hazañas de la fuerza de Emerson y su imponente presencia eran lo suficientemente precisas para no requerir ninguna exageración, y muchos egipcios lo consideraban como poseedor de poderes sobrenaturales. Era una reputación que Emerson se tomaba el esfuerzo de alentar. Nadie que le hubiera visto realizar uno de sus famosos exorcismos podría olvidarlo, porque Emerson ponía su corazón y su alma en sus actuaciones. Cuando maldecía a un

enemigo, ese enemigo probablemente tendría un final desagradable. Si el destino no veía eso, Emerson sí.

Era una ventaja tenue, pero la única que tenía.

No sabía donde vivía Mitab, pero todo el mundo en Sebaste conocía a todo el mundo, y su descripción del hombre finalmente le llevó a una casa a las afueras de la ciudad. Era un poco más grande y estaba en mejores condiciones que la mayoría de las viviendas; Reisner pagaba buenos salarios. En muchos casos el dinero mantenía a una extensa familia, lo que parecía ser el caso aquí. La puerta se abrió mientras se acercaba, y una multitud de niños salieron a la calle, gritando y riendo y empujándose unos a otros. El chico que lideraba el grupo, un pilluelo de unos diez años con ojos brillantes, se detuvo de repente cuando vio a Ramsés. Ramsés lo reconoció como uno de los chicos de las cestas de la excavación.

Los otros niños se quedaron en silencio, mirando fijamente. Ramsés rebuscó en el bolsillo y sacó un puñado de monedas, una ofrenda irresistible en esta parte empobrecida del mundo. Tintineando en su mano, dijo:

—He venido a ver a Mitab. Por favor, decidle que estoy aquí.

El niño también había oído las historias. Sus ojos se abrieron hasta que el blanco mostró toda la pupila, y por un momento Ramsés pensó que saldría corriendo. Habló suavemente, como habría hecho con un animal nervioso.

—Sólo quiero hablar con él. No lo deseo ningún mal. Le esperaré aquí. Toma esta, como un regalo.

La palabra era "propina". Se consideraba, no como pago por los servicios reales o potenciales, sino como un regalo de un igual a otro. La dignidad del destinatario exigía un retorno, aunque en un buen número de casos, el presente consistía únicamente en gracias o la libertad del acoso.

Necesitó garantías adicionales y la entrega de varias monedas más antes de que el chico asintiera. Entró de nuevo en la casa. Ramsés se preparó para una larga espera, pero sólo pasaron unos minutos antes de que el muchacho reapareciera y mantuviera la puerta abierta. Ramsés dejó caer unas monedas más en su mano extendida al entrar.

Olores de comida y el olor del fuego de carbón se mezclaban con el hedor de demasiados cuerpos, animales y humanos, que ocupaban un espacio demasiado pequeño. Ramsés pensó que había captado también una bocanada de hachís. A primera vista, creyó que la habitación estaba vacía. Entonces las cortinas que cubrían una puerta al fondo de la sala se agitaron. Una cara preocupada

asomó la cabeza.

—He venido a hacerte una pregunta —dijo Ramsés—. Sólo una pregunta, una respuesta veraz, y me iré.

La cortina se abrió y Mitab entró a la habitación.

—¿Sólo una?

—Sí. La respuesta estará guardada en mi corazón, nadie la escuchará.

—¿Lo juras?

—Por Dios y el Profeta, que su nombre sea bendito, lo juro.

—No quería hacer daño. Era una advertencia.

—¿Fuiste tú quien lanzó las piedras, entonces?

—No quería hacer daño.

—¿Alguien te dijo que las arrojaras?

—Dijeron que debías irte. Todos los no creyentes. Yusuf y yo no queríamos hacer daño. Era una advertencia, debes irte antes de que un daño mayor llegue a ti.

—¿Quiénes son?

Mitab le dio una mirada en blanco. Ramsés sacó su lata de cigarrillos y se la ofreció.

—Toma -dijo—. Fuma, tranquilízate. ¿Quiénes son?

Mitab aceptó el ofrecimiento con una sonrisa infantil de placer.

—Son Los Que Vinieron Antes —dijo simplemente—. Uno de ellos nos habló en la mezquita y nos contó del momento en que debemos levantarnos contra los infieles que quieren robar nuestra tierra.

—¿Cuándo fue eso?

Mitab contó con los dedos. Las nociones de tiempo exacto eran demasiado difíciles; dijo simplemente:

—Dos… tres veces, y otra vez… no lo sé. —Aceptó la caja de cerillas que Ramsés le entregó, encendió e inhaló el humo. Expulsó un humo azul que veló su rostro—. Entonces se enojó cuando se enteró de lo que Yusuf y yo habíamos hecho, habíamos oído hablar del gran y poderoso mago que es tu padre, Yusuf y yo no queríamos que su ira cayera sobre nuestras cabezas.

Ya estabas en bastantes problemas, pobre diablo, pensó Ramsés.

En voz alta, dijo:

—Te prometo que voy a aplacar su ira. No hicisteis ningún daño, y no recibirás ningún daño de él o de mí. Le diré lo mismo al de la mezquita, si tú…

—¿Lo harás? ¿Lo harás? —En su excitación Mitab dejó caer el cigarrillo—. Vi que hablaste con él ese día en el *tell*, cuando estaba allí con la señora. Le conoces, tienes poder sobre él. Rezaré por ti en

la mezquita, Hermano de los Demonios.

Recogió la colilla de cigarrillo del suelo sucio antes de desaparecer detrás de la cortina.

Ramsés se apresuró a regresar a la casa de la excavación. Había estado fuera más de lo que había anticipado. Por una vez, Reisner no estaba trabajando. Con la pipa apretada entre los dientes, los pies sobre una caja de embalaje, estaba leyendo un libro cuya portada espeluznante mostraba un cuerpo con un cuchillo que sobresalía de su pecho, en un charco de sangre, una de sus novelas de misterio favoritas. Había decidido tomarse parte del día libre también. Alzando la mirada, dijo:

—¿Has encontrado un regalo adecuado?

Envuelto en pensamientos, Ramsés había olvidado de su supuesta misión.

—No —dijo.

—El bazar local no tiene mucho de interés. Pero hay un hombre, un tallador de madera, que hace un trabajo excelente.

—No le he visto allí hoy. —Su madre habría aprobado la declaración; era la verdad literal.

—Entiendo que nuestro visitante aún no se ha marchado —dijo Reisner.

—Sí. Quiero decir, no, no lo ha hecho. —Había estado tratando de pensar en una excusa para salir de casa y poder visitar el campamento. Ahora se le ocurrió que tal vez sería prudente informar a alguien de su destino, si no su propósito. Como su madre, una vez había observado. “Si una buena mentira no va a servir, trata de decir la verdad.” Llevaba la misma chaqueta que había llevado el día anterior. Después de rebuscar extrajo el pañuelo de von Eine.

—Lo dejó caer el otro día. Sería cortés devolverlo, ¿no le parece?

Reisner inspeccionó el objeto ahora sucio y se echó a reír.

—¿Ella dejó caer su pañuelo? Pensaba que las mujeres dejaron de hacerlo hace cincuenta años. Fisher, ¿qué piensas de esto? La señora dejó caer su pañuelo. ¿No te dije que le había echado el ojo a Ramsés?

Fisher había salido de su habitación, bostezando. Encontró el pañuelo tan divertido como Reisner; los dos se burlaron de Ramsés hasta que se fue.

Mientras se dirigía hacia el campamento, Ramsés empezó a tener dudas acerca de llevar a cabo su plan. Aun suponiendo que fuera admitido en la tienda de la dama, la táctica que había

empleado con el inocente Mitab y el imán, una combinación de intimidación y persuasión, era poco probable que tuviera éxito con ella y su enigmático compañero. Se imaginó a sí mismo respondiendo a sus preguntas, y se imaginó sus reacciones: una sonrisa de desprecio de la señora, un encogimiento de hombros desdeñoso del otro.

Por otro lado, ¿qué tenía que perder? La humillación era un pequeño precio a pagar por la oportunidad de satisfacer su curiosidad.

Estuvo a punto de pagar un precio más alto cuando apareció a la vista entre los árboles y se encontró cara a cara con un guardia que le estaba apuntando con un arma. Ramsés levantó las manos y dijo rápidamente:

—¿Es así como se saluda a los visitantes? He venido a ver a la dama. Llévame con ella.

Había hablado en turco. Eso, tanto como las palabras seguras, tuvo el efecto que había esperado. El guardia bajó el arma. Era sólo una ligera mejora, ya que el dedo todavía estaba en el gatillo y el arma ahora estaba señalando a las rodillas de Ramsés. Resistió el impulso de dar un paso atrás de la línea de fuego, cruzó los brazos y fijó en el guardia una mirada severa.

—Llévame con ella —repitió.

El compañero levantó una mano para acariciar su bigote exuberante.

—Ella dijo que mantuviera a todo el mundo lejos… Espera aquí. Preguntaré.

Ramsés se quedó esperando, haciendo caso omiso de manera altanera de las docenas de pares de ojos fijos en él. No tuvo que esperar mucho tiempo. El guardia volvió casi de inmediato.

—La dama no va a ver a nadie. Vete.

Discutir con un subordinado rebajaría su prestigio. Retirándose con toda la dignidad que pudo reunir, encontró un lugar entre los árboles donde podía ver sin ser visto, y se sentó a pensar qué hacer. ¿Es que nunca salía de la tienda? Detrás de él se ponía el sol, lanzando sus largos dedos de luz a través del paisaje en sombras. Mientras las sombras se hacían más profundas, las paredes de lona de la tienda de Madame brillaban amarillas a la luz de las lámparas; vio siluetas indistintas moverse dentro, demasiado vagas para ser identificables. La puerta de la tienda se abrió y dos mujeres salieron con un objeto que Ramsés no pudo identificar en un primer momento. Lo inclinaron y cayó agua, observando con fascinación, decidió que debía ser una bañera portátil, hecha de lona y plegable.

Porteadores y guardias se reunían alrededor de fogatas recién encendidas. El olor de la comida llegó a su nariz y le recordó que estaba hambriento.

Hasta ahora sus investigaciones sólo habían planteado más preguntas. Mitab no era el más confiable de los informantes, pero Ramsés creía que había dicho la verdad, como él la veía. Había identificado al "compañero de viaje" de Frau von Eine como uno de Los que Vinieron Antes, no una vez, sino varias, y si la interpretación del pobre Mitab de su propósito era exacta, estaban removiendo el antagonismo hacia los infieles y los extranjeros. Por lo que había observado hasta ahora, parecía ser una operación bastante ineficaz, pero le gustaría haber encontrado más información sobre el plan y qué parte jugaba la dama en esto, si es que jugaba alguna.

Ahora estaba tan oscuro que aventurarse podría hacer que le pegaran un tiro y había demasiada gente. Empezó a ponerse en pie.

No hubo ninguna advertencia, ni siquiera el chasquido de una ramita o una respiración contenida. Cayó de bruces con el impacto de un cuerpo pesado. Una mano le tapó la boca y una voz le susurró al oído.

—Por el amor de Dios, no hagas ruido o conseguirás que nos estrangulen.

La voz había hablado en inglés. Un inglés sin acento.

Ramsés obligó a sus músculos tensos a relajarse. Después de unos segundos la mano sobre su boca se levantó.

—Quien…

—¡Ssssh! Vamos a alejarnos. Alguien puede haberte oído caer.

Era un excelente consejo. Siguió la figura que se arrastraba rápida pero silenciosamente a través de la arboleda. Cuando estuvieron a unos cincuenta metros de distancia del campamento el otro hombre se puso de pie. Ramsés no podía distinguir sus rasgos, sólo el esbozo general de alguien que llevaba una prenda oscura suelta y turbante. Las grandes hojas de la higuera contra la que presionaba la espalda proporcionan una sombra profunda.

—Bien hecho —dijo el desconocido, en el mismo murmullo apenas audible—. Deberíamos estar bien ahora. Pero baja la voz.

—¿Quién diablos eres?

Después de un momento de duda el otro hombre dijo con resignación:

—Voy a tener que revelarlo, supongo, aunque vaya contra las reglas. Mi nombre es Macomber. Nos conocimos en Oxford hace dos años. Las habitaciones de Hogarth en Madalen.

El nombre de Macomber no significaba nada para Ramsés, pero Hogarth sí. Distinguido erudito, arqueólogo experimentado, imperialista rabioso, Hogarth despreciaba a los "hombres del montón" y creía en la superioridad dada por Dios a las "razas" blancas, en particular a los británicos. Reunía a su alrededor a jóvenes a los que inspiraba a compartir su visión, que no pedían nada más que servir a su país en el gran juego del imperio, sin reconocimiento o recompensa. Ramsés había sido invitado a unirse al selecto círculo debido a sus largos años de experiencia en Oriente Medio, pero sólo había asistido a una de las reuniones: había encontrado las creencias de Hogarth y su aire de certeza profundamente ofensivas. Ahora recordó a Macomber, un joven pálido con una mata de pelo rubio y ojos que brillaban con fervor adolescente mientras escuchaba a su mentor hablar. Oficialmente Hogarth no tenía ninguna relación con cualquiera de los organismos de inteligencia, pero Ramsés no era el único que sospechaba que recomendaba acólitos dignos para el reclutamiento.

—Reglamento -repitió—. ¿Para quién trabajas?

—No importa, sólo escucha. Te vi cuando llegaste aquí con ella por primera vez, he estado tratando de hablar contigo desde entonces, pero siempre estabas con alguien, y no se me permitía salir de campamento, excepto una o dos veces para ir a la mezquita, y… —Un susurro de hojas cerca le cortó. No era tan frío como había querido aparecer. Ramsés también estaba inquieto. Si les encontraban juntos ambos estarían en problemas.

—Ve al grano -dijo—. ¿Por qué está el MO2 interesado en Mme von Eine?

—Tiene altas relaciones con el gobierno alemán. Ellos están tratando de entrar en el Oriente Medio, preparándose para la guerra…

—Lo sé. Se específico. ¿Por qué ella, por qué aquí, por qué ahora?

—Ella está detrás de algo. Algún talismán, algún documento, algo… no sé qué, pero ella y ese hombre, Mansur, lo consideran vital en su plan para unificar el Islam contra nosotros. Les oí hablar sobre otros lugares donde buscar: Jericó, Jerusalén… —Miró por encima del hombro—. Tengo que volver antes de que me echen en falta. Te digo esto para que puedas pasar las noticias si me pasa algo.

—¿Por qué piensas que podría? ¿Ha ido algo mal?

Macomber tragó ruidosamente.

—Mansur me pilló escuchando fuera de su tienda la otra noche.

Me ha estado vigilando desde entonces. Diles que tenían razón sobre von Eine, ella es una jugadora importante; cuéntales sobre el talismán y sobre Mansur, no sé quién es él ni cual su juego, pero pueden…

—Cuéntaselo tú mismo —dijo Ramsés. El sexto sentido del que su madre hablaba con frecuencia, la sensación de ser observado, le erizó el vello de la nuca. Puso su mano sobre el hombro del otro hombre—. Ven conmigo. Te puedo proveer de ropa, serás un amigo de la universidad haciendo un viaje.

—Tengo que terminar el trabajo. —Los músculos debajo de su mano se pusieron rígidos.

Ramsés se tragó un improperio.

—Has hecho el trabajo. La posibilidad de que averigües algo más es insignificante, sobre todo porque te ahora encuentras bajo sospecha.

—Una cosa más. Les escuché mencionar a los Hijos de Abraham. No sé lo que significa, pero sonaba importante.

Para los sentidos realzados de Ramsés la noche parecía estar viva con movimientos y sonidos.

—No vuelvas allí —dijo con urgencia.

—Estaré bien. —El rostro de Ramsés estaba tan cerca del de Macomber que vio sus dientes en una sonrisa—. Estaba un poco… Bueno, ya sabes. Me ha ayudado, hablar contigo.

Se movió con rapidez, soltándose de la mano restrictiva de Ramsés, y desapareció en la noche antes de que pudiera detenerlo.

Ramsés se quedó escuchando durante varios minutos antes de atreverse a esperar que Macomber hubiera vuelto sin ser descubierto. No había habido ningún grito, ningún disparo. Sin embargo, su piel todavía picaba, y se concentró en moverse con exagerada cautela, deslizándose de sombra en sombra y de un árbol a otro, haciendo uso de toda la cobertura que podía. Hasta que llegó a las afueras de la aldea no fue capaz de relajarse un poco y considerar las implicaciones de ese extraordinario encuentro.

Macomber no le había respondido cuando le preguntó quien le había enviado a su misión. Alguna sección del MO2, probablemente; el Imperio Otomano estaba bajo su jurisdicción. Quienquiera que fuera, no tenían porque enviar a un novato como Macomber al campo. Podría estar en serios problemas sólo por ser lo que era: un inglés solitario tratando de pasar como un nativo de la zona, con fines desconocidos y por lo tanto amenazantes. Era un milagro que lo hubiera logrado durante tanto tiempo. El conocimiento necesario para pasar como miembro de una cultura

completamente diferente, no podía ser inculcado en alguien, como si fuera estudiar para un examen. Llevaba años vivir la vida, aprender el idioma con fluidez e idiomáticamente, mil pequeñas cosas que podrían marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso, la vida y la muerte.

Sólo podía esperar que Macomber se hubiera dejado llevar por la emoción de una misión secreta y dejado que su imaginación volara. ¿Qué había averiguado en realidad, después de todo, que pudiera ponerlo en peligro? Las aspiraciones de Alemania en Oriente Medio eran una cuestión de conocimiento público. Vagas referencias a conspiraciones y amuletos, frases misteriosas… Sonaba como la trama de una novela de espionaje, y no había habido un solo hecho en esa narración laberíntica. En cuanto a los Hijos de Abraham, era el tipo de nombre romántico que un culto religioso o una de esas extrañas organizaciones fraternales estadounidenses podría haber elegido.

Tuvo que soportar más burlas cuando regresó.

—Has estado fuera mucho tiempo —dijo Fisher, con una mirada de reojo a Reisner—. ¿Has disfrutado?

—No fui admitido ante su presencia —dijo Ramsés—. Me tuvieron esperando un rato. Voy a terminar de copiar los ostracas.

—Entonces, te marchas mañana —dijo Reisner.

No te gusta, pensó Ramsés.

—Pasado mañana -corrigió—. Si le viene bien.

—Si piensas que te da tiempo suficiente. No quiero que llegues tarde.

—Un montón de tiempo. -Bastante, no sólo para terminar con la ostraca sino para dar a Macomber la oportunidad de reconsiderar su oferta.

Los demás partieron para la excavación a la mañana siguiente, dejando a Ramsés inclinado laboriosamente sobre su trabajo. Tan pronto como estuvieron fuera de la vista, se dirigió hacia el campamento.

Pero cuando llegó al lugar, el campamento se había ido. Sólo las cicatrices ennegrecidas de fogatas y un tramo de tierra pisoteada lleno de excrementos de animales y basura diversa mostraba donde había estado.

Caminó lentamente por el área donde había estado la tienda de Frau von Eine, en el improbable caso de que algo de interés hubiera sido pasado por alto entre los restos de material y otros residuos de embalajes. Cogió un papel arrugado y lo alisó. Parecía ser una página arrancada de un diario o cuaderno, sólo tenía unas pocas

palabras en alemán, el comienzo de una carta a *Mein lieber Freund*. Una mancha desfiguraba la última palabra y mostraba por qué había sido descartada. El único otro elemento inusual era un trozo de barro cocido, tan parecido al color de la tierra sobre la que yacía que casi no lo vio. Más o menos triangular, llevaba un par de marcas que podrían haber sido la escritura cuneiforme en forma de cuña que se había utilizado en Oriente Medio para la correspondencia internacional y documentos diplomáticos durante el segundo milenio a.C. ¿Podrían ser estos restos una de las tablillas de arcilla utilizadas para este tipo de cartas? Si era así, explicaría por qué la madame había reaccionado a su declaración informal sobre las tabletas que faltaban en Boghazkoy, y por qué había sido tan cuidadosa de admitir a dónde la habían llevado sus viajes.

Todo esto, la inspección y teorizar, sólo fue posponiendo el descubrimiento que esperaba no hacer. Se metió el trozo en el bolsillo y siguió adelante. Las cenizas de los fuegos estaban frías. Debían haber partido antes del amanecer, sin demorarse en cocinar el desayuno o hacer café. Habrían necesitado mucho tiempo para levantar el campamento, empacar los muebles y enseres de la dama, y cargar los carros, por lo que debían haber comenzado poco después de…El cielo estaba despejado y el sol era brillante, pero un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Buscó en la zona, caminando en círculos cada vez mayores, con los ojos en el suelo. No sabía lo que estaba buscando hasta que lo encontró, un rectángulo de tierra recientemente removida, en el borde del campamento. La tierra había sido pisoteada, pero todavía estaba suelta. Cavó con sus propias manos. Sólo había quitado unos centímetros cuando sus dedos tocaron algo duro. Duro y frío. Raspó la tierra para exponer un par de pies descalzos.

Era todo lo que necesitaba para su identificación. Algo de tinte marrón había desaparecido y las plantas de los pies, aunque callosas, carecía del tegumento grueso adquirido por años de ir sin zapatos o sandalias. Se sentó sobre los talones, tragando enérgicamente. Tendría que haber hecho que Macomber volviera con él, por la fuerza si era necesario. Tendría que haberse dado cuenta de que los sonidos débiles que había atribuido a las aves o el viento significaban que estaban siendo vigilados.

Estar allí en cuclillas deprimido, luchando con la culpa, no le hacía ningún bien. Trató de recordar lo que su madre había dicho sobre el rigor mortis. Los pies descalzos estaban fríos como el hielo, pero flexibles. ¿Significaba que el rigor se había establecido y estaba empezando a desvanecerse, comenzando por las

extremidades? Si era así, Macomber llevaba muerto aproximadamente doce horas, más o menos. Había sido asesinado poco después de que le dejara.

No quería hacerlo, pero se obligó a cavar en el otro extremo del rectángulo. No había duda en su mente de que Macomber había sido asesinado, pero había otras cosas que necesitaba saber.

Había tratado con varios cadáveres, no todos ellos momificados. Sus padres tenían una forma de atraer "gente recién muerta", como su reis Abdullah había dicho. Había pensado que estaba endurecido, pero cuando apartó la tela sucia que le cubría la cara y vio los vacíos ojos marrones de Macomber mirándolo, tuvo que respirar profundamente varias veces antes de poder continuar.

La causa de la muerte era más que evidente. Le habían cortado la garganta. Su túnica andrajosa estaba empapada de sangre. Ramsés se preguntó por qué se habían tomado la molestia de ponerle un pliegue de la tela sobre la cara antes de echarle la tierra encima. Tal vez incluso un asesino prefería no mirar a los ojos del hombre que había matado.

Se obligó a excavar el torso, en busca de otras lesiones. No encontró nada que pudiera indicar que Macomber había sido torturado antes de ser asesinado. Eso no significaba necesariamente que no lo hubieran interrogado. Algunos métodos de causar dolor dejaban pocas marcas.

Volvió a colocar la tela sobre el rostro del muerto, echó la tierra otra vez y la pisoteó. Llevar el cuerpo a un lugar más decente exigiría explicaciones que no podía dar, y retrasar lo que ya no podía permitirse. Lo único que podía hacer por Macomber era llegar a Jaffa lo más rápido posible y transmitir la información que le había dado, información cuya importancia y precisión había sido verificada de la peor manera posible.

Si podía llegar a Jaffa.

* * *

El transporte fue el más rápido que la aldea tenía para ofrecer, un carruaje una vez elegante tirado por caballos en vez de burros. El orgulloso propietario también alquilaba caballos de montar y operaba un servicio de entrega entre Sebaste y Nablus, la capital del distrito. Un amanecer brumoso iluminó las nubes hacia el este mientras Ramsés terminaba de cargar su equipo en el carro. Abdul Hamid había aparecido antes del amanecer, pero ansioso como estaba por partir, Ramsés prefirió no estar en la carretera durante

las horas de oscuridad. Un apretón de manos y una palmada en la espalda de Reisner, un caluroso "buen viaje" de Fisher; se izó hasta en el asiento junto a Abdul Hamid.

El camino descendía y subía de nuevo; el carro traqueteó alarmante cuando los caballos irrumpieron al trote. Ramsés había prohibido el uso de la fusta, ante el asombro boquiabierto de Abdul Hamid.

—Me dijiste que debíamos estar en Jaffa antes del anochecer - protestó—. Podemos ir más rápido, mucho más rápido.

—No por este camino. —Ramsés se sujetó al asiento mientras el carruaje se balanceaba violentamente alrededor de un rebaño de cabras. El tráfico no era pesado, pero había suficientes peatones, jinetes en burros, y variada vida animal para sacar lo mejor o peor de su conductor. Abdul Hamid no se detenía por ningún hombre ni bestia, y el carro había perdido hacía tiempo cualquier resorte que pudiera haber poseído alguna vez.

El carro dobló una curva. Adelante Ramsés vio las casas de un pequeño pueblo y el minarete de una mezquita. Vio algo más: una fila de hombres uniformados a lo largo del camino donde se estrechaba para entrar en el pueblo.

Abdul Hamid soltó un balido ahogado y tiró de las riendas. Ramsés tenía aproximadamente treinta segundos para decidir qué hacer. Por suerte las opciones eran demasiado limitadas para requerir un pensamiento prolongado. El campo a cada lado era abierto y los soldados llevaban rifles. Estaban parando todos los vehículos. Saltar y ocultarse no era práctico.

Abdul Hamid se había detenido a diez metros de la barricada. Miró salvajemente de un lado a otro. Los soldados turcos significaban problemas, incluso para los inocentes.

Sus manos apretaron las riendas, y mientras los soldados se acercaban a ellos, Ramsés dijo suavemente:

—No lo intentes. Déjame hablar a mí.

Se quedó quieto, mirando hacia abajo al oficial a cargo.

—¿Por qué nos detienes? —Preguntó en su mejor turco.

—Es a ti al que estamos buscando. Al suelo y ven conmigo.

Podría haber intentado unas bravatas: “Soy un ciudadano británico y no tienes derecho a detenerme.” Eso es casi seguro que sería el rumbo equivocado. Había reconocido a dos de los hombres. Eran del ejército turco, de acuerdo, pero también eran parte de la guardia personal de Frau von Eine.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas de las diversas utilizadas en la zona.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo.

El efecto inicial fue alentador: un intercambio de miradas interesadas y un momento de vacilación por el oficial. Sólo un momento, sin embargo.

—Vendrás conmigo —repitió, y le agarró del brazo. Ramsés le apartó la mano y descendió con dignidad, tomándose su tiempo. Era varios centímetros más alto que el oficial, incluido el respetable fez, y se aprovechó, cerniéndose sobre el soldado lo mejor que pudo, curvando el labio.

—Llévame ante tu superior -espetó—. De inmediato. —A Abdul Hamid, dijo secamente—, Espérame.

—Oh, esperará —dijo el oficial—. Puedes estar seguro de eso.

Tres de ellos, incluido el oficial, trotaron junto con él cuando entró en la aldea. Los otros soldados se quedaron con el carro. La calle era la típica de tales pueblos, estrecha y llena de basura, amurallada por las fachadas de las casas que se alineaban a los lados. Era un tramo como un túnel sombrío, aún más sombrío por las nubes que se estaban reuniendo. Pasaron uno o dos pasajes laterales y Ramsés luchó contra el impulso de lanzarse por uno de ellos. El sentido común le dijo que estaría saltando de la sartén al fuego, al quedar atrapado en un callejón sin salida. De todos modos, no podía huir sin Abdul Hamid. Había metido al pobre diablo en esto y en el improbable caso de que pudiera escapar, Abdul Hamid tendría que escapar también.

Su destino era una casa al lado de la mezquita. Era un poco más pretenciosa que las otras ante las que habían pasado, con ventanas enrejadas y una puerta de hierro pesada. La puerta se abrió mientras se acercaban. El hombre que la había abierto era el compañero de Frau von Eine.

Mansur retrocedió e hizo un gesto a Ramsés para que entrara. Los soldados se hacinaron detrás de él y tomaron posiciones a ambos lados de la puerta. Otro gesto a Ramsés indicó el diván contra una pared. No había mucho más en la habitación, sólo unos cojines, una mesa baja de madera al lado del diván, y un brasero que desprendía un humo acre y la luz suficiente para distinguir los rasgos de Mansur.

Ramsés ni siquiera pensó en tratar de abalanzarse sobre él. Tampoco servirían las bravatas. Tomó el asiento indicado y esperó a que el otro hombre hablara primero.

Mansur dio una palmada. Un criado entró por una puerta con cortinas, con una bandeja que puso sobre la mesa. Iba vestido de forma pulcra con un chaleco brillante bordado sobre una *galabiyya*

marrón, con zapatillas rojas en sus pies. Dio Ramsés una rápida mirada de soslayo antes inclinarse profundamente ante Mansur y salir de la habitación.

—¿Te apetece un té? —Preguntó Mansur, indicando los vasos en la bandeja.

Era la primera vez que Ramsés le oía pronunciar más que una palabra murmurada o dos. Su voz era baja y melodiosa, un barítono profundo. Aún más sorprendente fue el hecho de que hablaba un inglés educado, con sólo un débil rastro de acento.

—¿Oxford? —preguntó Ramsés, tomando uno de los vasos.

—Cambridge.

—¿Y antes de eso?

Los ojos de Mansur se estrecharon, y Ramsés explicó falsamente:

—Lo que quise decir es que tu inglés es excelente.

—Qué amable al decirlo.

—Para hablar una lengua tan bien, la mayoría de las personas requieren años de estudio, empezando a una edad temprana.

Mansur se sentó junto a Ramsés y sirvió té.

—Podemos intercambiar comentarios si quieres, pero ahorraríamos tiempo si fuéramos directos al grano. ¿Qué deseas saber?

Ramsés levantó las cejas.

—¿Quieres que te haga preguntas? Yo esperaba que fuera a la inversa.

Los delgados labios del otro hombre se curvaron en una sonrisa. Con el turbante bajo sobre la frente, la barba ocultando el contorno de la barbilla y la mandíbula, y los hundidos ojos entornados, su cara estaba a todos los efectos enmascarada, ningún rasgo podría haber expresado sus sentimientos expuestos.

—Todavía intercambiando. No tengo que preguntarte. Ayer por la noche conociste a un hombre que era un espía británico. Te dijo una serie de cosas que no debía saber. Por favor, no te lleves a equívocos. Le dejé salir de la zona para poder seguirle.

—No pudiste haber escuchado lo que me dijo —dijo Ramsés.

—Oí suficiente. Él sólo tenía sospechas, ninguna prueba, pero si pasaba esas sospechas, una investigación podría interferir con nuestro trabajo.

—Así que lo mataste. ¿Fuiste tú quien le cortó el cuello?

—¿Por qué piensas eso? Estos vagabundos que contraté son un montón pendenciero.

Y cuando alguien fuera a buscar a la tumba, el cuerpo ya no estaría allí.

Mansur terminó su té y dejó el vaso en la bandeja.

—En cualquier caso -continuó—, su desaparición no se descubrirá durante algún tiempo. Para entonces habremos terminado nuestro trabajo y estaremos… en otro lugar.

—¿Y cómo te propones impedir que informe de su muerte? Si me matas a mí…

—¡Mi querido amigo! —Otra sonrisa sardónica fugaz—. Yo no haría nada tan tonto, incluso si mis instintos civilizados no lo prohibieran. Tu desaparición se conocería de inmediato, y tu familia devota movería cielo y tierra para averiguar qué había sido de ti. Pasé algún tiempo en Egipto y conozco la reputación de tu padre… y la de tu madre. Sabrían que habías tenido encuentros con nuestro grupo, y no queremos eso. No, mi joven amigo, tendrás que aceptar nuestra hospitalidad por un breve período.

Ramsés tomó un sorbo de té. Tenía la boca seca, pero estaba empezando a albergar una débil y cobarde esperanza de que pudiera sobrevivir un poco más. No creía en los "instintos civilizados" de Mansur, pero su razonamiento tenía sentido. Había un gran fallo en sus planes, sin embargo. Debatió consigo mismo si debía señalarlo.

Debería haber sabido que su astuto adversario se había anticipado a eso también.

—El mismo problema surgirá si no te presentas en Jaffa en el tiempo señalado. Oh, sí, sabemos todo acerca de eso. Tenemos aliados en la aldea. Ellos escuchan tus conversaciones, leen tus cartas. Por lo tanto, debes escribir a tus padres y darles alguna excusa para no reunirte con ellos. La entregaremos.

—¿Qué excusa? No puedo pensar en una que aceptarían.

—¿Una misión secreta? —sugirió Mansur, las cejas enarcadas—. Tienes una reputación, creo, por acciones independientes. Cuanto menos específica sea la excusa, mejor. Tal vez lo mejor sería decir algo como que “Me he retrasado. Explicaré cuando os vea. Ir a Jerusalén”.

Así que incluso conocían el contenido de las cartas de sus padres. ¿Cuántos aldeanos podían leer inglés tan bien? Tal vez las cartas habían sido "tomadas prestadas" y mostradas a Mansur o a Madame. Su ausencia temporal no habría sido notada.

—No se lo tragarán —dijo Ramsés, a sabiendas de que probablemente lo harían. Por alguna razón sus padres tenían una pobre opinión de su sentido común.

—¿Estás tratando de convencerme de matarte? —Preguntó Mansur—. No voy a hacer eso, por las razones que he explicado.

Pero puedo hacerte la vida muy desagradable mientras estés bajo mi custodia si te niegas a cooperar.

—Los hombres civilizados no torturan prisioneros —señaló Ramsés.

—No creo en la tortura. Es ineficaz. Un hombre con dolor dirá lo que crea que su interlocutor quiere oír. Vamos, se sensato. —Se inclinó hacia delante, los ojos hundidos intensos—. Como ya he dicho, no tienes pruebas de delitos por nuestra parte. Nuestra misión es secreta, pero no representa una amenaza para nadie. De hecho, si nuestros planes tienen éxito, mucha gente será ayudada. Un día, podré contártelo y es muy posible que te solidarices con nuestros objetivos.

—¿Entonces por qué no me lo dices ahora?

—He hecho voto de silencio.

No podías discutir contra eso, pensó Ramsés. Tampoco con cualquiera de las otras vagas insinuaciones que Mansur había dejado caer. Permaneció en silencio, y Mansur continuó:

—No se te hará daño y tendrá las comodidades habituales. Y… —Esta vez la sonrisa era más amplia—. Quién sabe, puedes encontrar una vía de escape.

—De acuerdo -aceptó Ramsés. Contra todas sus inclinaciones se inclinaba a creer la afirmación del otro hombre de que no le haría daño. De todos modos, ¿qué otra opción tenía él? Suponiendo que pudiera dominar a Mansur y a tres hombres que portaban rifles, lo que era tan improbable como imposible, ¿a dónde iría?

—Escribiré la carta -dijo—. ¿Tienes papel y lápiz?

—No. Pero espero que tú sí, en tu equipaje, si no en tu persona. ¿Traigo tus maletas?

—No es necesario. —Ramsés buscó en el bolsillo, donde llevaba una pequeña libreta y un bolígrafo. Nunca había conseguido superar el hábito de llenarse los bolsillos con diversos objetos recogidos durante sus actividades diarias. Después de extraer un fragmento de piedra con un tallado de hojas que había olvidado dejar en la excavación, un puñado de higos, un trozo de cadena y el fragmento de arcilla que había encontrado, localizó el bloc de notas. Cuando lo sacó, algo más vino con él, un pedazo arrugado de lino blanco.

—Bien puedes devolver esto a Frau von Eine —dijo, entregándoselo—. Lo dejó caer el otro día. ¿O tendré la oportunidad de hacerlo yo mismo?

Mansur se quedó mirando los objetos abigarrados sobre la mesa. Después de un momento Ramsés reformuló su pregunta.

—¿Me encontraré con Frau von Eine en un futuro próximo?

—No puedo decirlo.

—¿Quieres decir que no lo dirás, o que desconoces sus actividades futuras?

—Escribe —dijo Mansur. Cogió el pañuelo y se lo guardó en el pecho de su túnica.

Ramsés escribió lo que Mansur dictaba, casi palabra por palabra, el mismo mensaje que había sugerido anteriormente, arrancó la página del bloc de notas, y se la entregó.

—¿Y ahora qué? —Preguntó.

—Nos acompañas a… hacia dónde vamos.

—¿Qué hay de Abdul Hamid?

—¿Quien? Oh, tu conductor. Regresará a Sebaste mañana, habiéndote dejado, ante tu petición, con un grupo de peregrinos con quienes te encontraste en Nablus y que planeaban viajar a Jaffa al día siguiente.

—Eso debería enturbiar la pista muy bien —dijo Ramsés con admiración—. Presumo que Abdul Hamid será bien sobornado.

—Una combinación de codicia y miedo le convencerá de aferrarse a la historia. —Se alzó en toda su impresionante altura—. Demos seguir camino.

En el patio cerrado detrás de la casa había un carro de madera, en la que ya se habían cargado sus maletas, y un *yaila*, uno de los medios de transporte de viaje más comunes en Siria que aquí. Arrastrado por un par de caballos, tenía la forma de un tubo, en el que el pasajero se estiraba en toda su longitud sobre la cama. En la parte trasera había una plataforma para un criado, que suministraba a los viajeros comida y bebida. Sustituye guardia por criado, y el transporte cerrado se adaptaba admirablemente para transportar un prisionero. Había un montón de guardias disponibles, al menos una docena de hombres musculosos con atuendos locales, así como los tres soldados.

Ramsés miró inquisitivamente a su compañero. Los *yailas* tenían espacio suficiente para dos, si eran muy amables, pero suponía que Mansur no sería tan descuidado como para dejarle viajar sin restricciones de algún tipo. Hasta ahora había demostrado ser meticuloso.

—Pido disculpas por la venda de los ojos —dijo Mansur, haciendo señas a uno de los guardias—. Si me das tu palabra de inglés que no intentarás quitártela o tratar de escapar…

Dejó la frase incompleta.

—Eso no sería jugar, ¿verdad? —Preguntó Ramsés.

Por la expresión de Mansur, o la falta de ella, se dio cuenta de que Mansur no había comprendido que estaba siendo irónico. Ese era uno de los problemas con el humor. A veces no se traducía bien.

Se sometió a estar con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda. El mismo Mansur le ayudó a tumbarse en el colchón que le habían proporcionado.

—Te puedo dar algo para ayudarte a dormir —dijo, para todo el mundo como si fuera un médico meticuloso a un paciente—. El tiempo pasará más rápido.

—No, gracias. —Siempre había una posibilidad de que escuchara algo que le diera una pista sobre su destino o su verdadero propósito.

Y la posibilidad de vengarse de Mansur por su exasperante condescendencia.

Capítulo 4

Habíamos atracado en Port Said y en Alejandría y me creía preparada para la mezcla de razas y la falta general de organización que caracteriza los puertos en esa parte del mundo; pero nunca había visto algo tan desorganizado como el puerto de Jaffa. Es el gran puerto de peregrinos a Tierra Santa. Serios protestantes americanos con Biblias en la mano, se mezclaban con los musulmanes con turbante, judíos ortodoxos, sacerdotes ortodoxos griegos barbudos con túnicas de color negro. La ciudad, rodeada por muros derruidos, se aferra a la ladera de la colina que se eleva desde el puerto. En la cima de la colina, a unos treinta metros por encima del puerto, se encuentra la parte más antigua de la ciudad antigua. Una ciudad antigua de hecho, porque ya estaba floreciendo cuando Tutmosis III la conquistó en el siglo XIV a.C. Ha tenido una historia rica y manchada de sangre. (Por desgracia, las dos son a menudo lo mismo). Fenicios y filisteos fueron seguidos por los asirios, los griegos y los romanos; fue un obispado cristiano hasta que fue conquistada por los árabes en el siglo VIII. Los cruzados sucedieron a los seguidores de Mahoma, y los sarracenos sucedieron a los cruzados; finalmente, los sultanes otomanos redujeron la ciudad a cenizas y, como era su costumbre habitual, pasaron a los habitantes por el filo de la espada.

El puerto no era lo suficientemente profundo como para permitir que los grandes barcos de vapor atracaran, por lo que eran llevados a tierra en pequeños barcos, un procedimiento un tanto desconcertante, ya que los barcos se balanceaban arriba y abajo y los tripulantes del mismo bajaban pasajeros y equipaje por igual, con más prisa que cuidado. Cuando nuestro barco se acercó a la orilla vi un rostro familiar que se elevaba sobre la multitud.

—Ahí está Daoud -grité, saludando—. Y sí, Selim también.

—Suenas sorprendida —dijo Emerson, sonando sorprendido—. Les dijiste que estuvieran aquí, ¿no es así?

Daoud era algo así como un dandy, pero yo nunca le había visto tan magníficamente vestido como ahora, su elegante túnica de la más fina lana color azafrán, la faja de seda a rayas con una franja de treinta centímetros. Su turbante intrincadamente atado lucía un ornamento de quince centímetros de diámetro que brillaba con gemas de color carmesí.

—Por Dios, Daoud —exclamé un poco sin aliento, mientras me levantaba limpiamente sobre mis pies para darme un fuerte abrazo —. ¡Te ves espléndido!

—Es en su honor —explicó Daoud con orgullo, abrazando al resto de nosotros por turnos. Emerson se sometió poniendo los ojos en blanco de manera resignada, había aprendido que era inútil resistirse a las demostraciones de afecto de Daoud. Después de haber saludado a Nefret y a David, Daoud inspeccionó el señor Platón con amable curiosidad. Nefret los presentó, y agregó que el reverendo era un amigo y un miembro de nuestro grupo, con lo cual Daoud lo abrazó también, para evidente alarma del señor Platón.

—¿Dónde se ha metido Selim? —pregunté, enderezando mi sombrero.

—Ya viene. Con los porteadores.

La visión de Selim provocó un improperio leve de Emerson. Si Daoud había deslumbrado nuestros ojos, Selim los cegó. La aguja de su turbante era más grande y más brillante que la de Daoud, su túnica consistía en varias capas de seda, cada una más fina y más colorida que la anterior. A través de su faja había metido una espada decorada profusamente, la empuñadura brillante con gemas. Las gemas eran, al menos eso esperaba, de cristal, pero representaban un espectáculo impresionante.

Siguió otra ronda de abrazos.

—¿Qué diablos es esto? —exigió Emerson, indicando la seda, las joyas y la espada.

Selim sonrió. Era un hombre guapo, muy parecido a su sobrino David a excepción de la barba que se había dejado crecer para que sus hombres le respetaran más.

—Ya lo verá, Padre de las Maldiciones. ¿Venís? ¡Daoud!

—Sí, sí —dijo Daoud, radiante. Alzó la voz en un grito—. Abrid paso al Padre de las Maldiciones y su esposa la Sitt Hakim y para Nur Misur, la Luz de Egipto.

Se aseguró de que todo el mundo abriera camino yendo por delante de nosotros, moviéndose con la inevitabilidad pesada de una avalancha y apartando a un lado a cualquiera que se interpusiera en su camino suave pero firmemente.

Una cara que yo había esperado ver brillaba por su ausencia. Volviéndome hacia Selim, le pregunté:

—¿Dónde está Ramsés? Le pedí que se reuniera aquí con nosotros y le di nuestra fecha de llegada.

—No ha venido, Sitt Hakim.

—¿Tampoco ningún mensaje de él?

—No a mí, *Sitt*. Pero puede que haya un mensaje esperándola en el hotel. Llegamos desde Kantara en tren hace dos días, y me aseguré que sus habitaciones estuvieran listas.

—¿No os alojáis Daoud y tú aquí?

—No, Sitt. El hotel es sólo para los estadounidenses y los europeos.

Observando mi ceño fruncido, Selim dijo con mucho tacto:

—Disculpe, *Sitt*, tengo que ocuparme de los porteadores. No son gente honesta.

Esperaba tener algún pequeño retraso al pasar por la aduana. En Egipto éramos bien conocidos; la mera visión de Emerson es suficiente para inspirar obediencia inmediata de los funcionarios, y gritos de bienvenida por parte de los que lo reconocen. Teníamos una gran cantidad de equipaje, algunos de los cuales podrían despertar la sospecha o la codicia de los inspectores: cámaras y placas fotográficas, tiendas de campaña y equipo para dormir, cuadernos y materiales de pintura, suministros médicos y lo que probablemente sorprendía a los funcionarios de aduanas como una innecesariamente grande cantidad de jabón. Pero cuando nos acercamos a los mostradores con sus largas filas de pasajeros en espera, entendí la importancia de la vestimenta de nuestros amigos.

Gritando, y brillando, Daoud nos llevó más allá de los turistas que miraban fijamente.

—Abrid paso al Padre de las Maldiciones y su dama, Sitt Hakim. Abrid paso a Nur Misur, la Luz de Egipto, y al gran y poderoso Hermano de los Demonios.

David, caminando a mi lado, dejó escapar una exclamación ahogada.

—¡Ese no soy mí!

—Ese no soy yo -corregí—. Tal vez Selim ha sido incapaz de pensar en un apodo apropiado e impresionante para ti.

—Pero así es cómo llaman a Ramsés —protestó David.

—Aquí nadie lo sabe -dije—. Y parece que han causado una gran impresión.

Las personas estaban mirando y susurrando. Volví la cabeza para mirar a Emerson, que escoltaba a Nefret y al señor Platón. Tal como esperaba, él se estaba inclinando a un lado y a otro, levantaba una mano en un gesto de regia condescendencia. Detrás de él trotaba una larga fila de porteadores cargados, con Selim en la retaguardia. No podía ver mucho de Selim; me pregunté si estaba blandiendo su espada.

Pasamos ante la multitud de seres inferiores y salimos de la

caseta de la aduana, las multitudes e incluso los guardias de la puerta se separaron ante Daoud como las aguas del Mar Rojo.

—Seguid moviéndoos —dijo Emerson, tomando su lugar a mi lado y señalando a David para que fuera con Nefret.

—Carruajes… carros —jadeé, porque nuestro ritmo se había acelerado.

—Sólo tienes que seguir a Daoud. —Emerson me dio su brazo—. Sin duda, los funcionarios han sido bien sobornados y completamente intimidados, pero si nos detenemos pueden pensárselo mejor.

Desde el muelle subimos la colina de la ciudad vieja, y comprendí la necesidad de tantos porteadores. Carros y carruajes habrían tenido dificultades para pasar por las estrechas y sinuosas calles. Evidentemente, los burros pasaban a través de ellos, la evidencia de su presencia llenaba la calle, junto con la fruta en descomposición y otros signos de habitabilidad.

Salimos de la ciudad vieja a una plaza abierta agradable, con (como tardé en saber) cuarteles del ejército por un lado y la residencia del kaimakam (gobernador) en otro. Nuestro hotel estaba justo al lado de la plaza. Dejando a los porteadores esperando fuera, entramos al vestíbulo. Todo en el lugar era marrón, una alfombra verde oliva sobre el suelo, paredes y techos pintados de un débil café marrón, tapicería marrón oxidado en sillas y sofá, un par de plantas patéticas en macetas cuyas hojas no tenían ni rastro de verde. Eran, en definitiva, de color marrón. Las paredes estaban cubiertas de avisos anunciando las horas de las comidas (sin asientos después de la hora designada), la disponibilidad de dragomanes y porteadores (los arreglos deben hacerse a través del director), una solicitud para el pago en libras esterlinas o dólares estadounidenses, etc. El aviso más conspicuo proclamaba con orgullo que esta era un Hotel Sobrio. Detrás del escritorio de registro había un hombre que llevaba un abrigo de mañana y una mueca desdeñosa. Sólo podía ser británico. La mueca se desvaneció cuando Emerson se acercó a la mesa y se dirigió a él en un tono perentorio.

—Las habitaciones del Profesor y la señora Emerson y su grupo.

—¿Usted es el profesor Emerson?

—¿Quién más podría ser? ¿Quién diablos es usted?

—Eh… el director de este hotel, sin duda. Mi nombre es Boniface. Señor Boniface.

Le tendió la mano. Emerson la miró como si nunca hubiera visto un objeto semejante.

—Venga, hombre, no se quede ahí boquiabierto como un pez; la señora Emerson no está acostumbrada a que la hagan esperar. Muéstrenos a nuestras habitaciones de inmediato.

Visiblemente nervioso, el gerente salió de detrás de la mesa y nos guió a nuestras habitaciones. Emerson, que se complace en molestar a las personas pomposas, le siguió pisándole los talones, por lo que el gerente estaba casi corriendo cuando llegamos a nuestro destino. Los alojamientos consistían en tres dormitorios en el primer piso. El mobiliario de la habitación asignada a Emerson y a mí era una notable combinación de mercancías europeas y locales: un lujoso sofá morado, artículos de tocador de porcelana detrás de una pantalla de madera tallada y una horrible cama de latón cubierta con una colcha de tela tejida. Fotografías en sepia y gris de Jerusalén y Nazaret se intercalaban con copias aún más sombrías de pinturas religiosas. La que se cernía sobre la cama era una interpretación particularmente realista de la Crucifixión.

Acostumbrada como estaba a la elegancia del Shepheard y el Winter Palace, sólo dije la verdad cuando comenté:

—Si esto es lo mejor que puede ofrecer, supongo que tendrá que valer.

La habitación de Nefret, al lado de la nuestra, tenía un sofá de felpa verde y una representación teñida a mano de Santa Verónica limpiando el rostro de Jesús, arrodillado bajo el peso de la cruz en la Vía Dolorosa. Habían usado bastante pintura roja.

Dejamos a Nefret estudiando esa obra de arte con los labios fruncidos, e inspeccionamos la tercera habitación, que tenía dos camas y muy poco más.

—¿Los dos… eh… caballeros compartirán? —Dijo el gerente, mirando a David de reojo.

—Reservé cuatro habitaciones —le dije—. Estamos esperando a nuestro hijo, quien la compartirá con el señor Todros. ¿Está seguro de que no está aquí o que no hay mensaje de él?

—¿Qué nombre? —Preguntó Boniface nerviosamente.

—Emerson, por supuesto —dijo mi marido—. Por Dios, Peabody, parece que al hombre le falta su ingenio. —Acercando su cara a la del gerente, articuló lentamente y en voz alta, como podría haber hablado con una persona cuya audiencia fuera deficiente—. Enviar. Porteadores. Con el equipaje. Ahora.

—Deja de hacer eso, Emerson —dije, cansada del juego—. Señor Boniface, envíe a nuestros… nuestros asistentes aquí también, y por favor, mire a ver si hay algún mensaje para nosotros. Hasta que nuestro hijo llegue, estos dos caballeros ocuparán la tercera

habitación.

Boniface huyó, secándose la frente, y todos volvimos a nuestra habitación, que era la más grande. El primer acto de Emerson fue quitar la pintura de la Crucifixión y meterla en el armario.

Después de que los porteadores entregaran nuestros paquetes y desempacáramos nuestras maletas, estábamos listos para almorzar. El hotel contaba con un comedor, pero estuvimos todos de acuerdo con Emerson cuando se negó a ir allí.

—La comida será lo peor de la mala carne de vacuno británica, carne cocida y sopa marrón, y ese culo pomposo de gerente probablemente no va a admitir a Selim y Daoud. Tampoco vamos a ser capaces de conseguir una cerveza o una copa de vino. ¡Maldita sobriedad! Tiene que haber un lugar decente para comer en el bazar.

Vimos los faldones del director desaparecer fuera de la vista al pasar por el vestíbulo.

—No puedo entender por qué no hemos oído nada de Ramsés —dije con inquietud—. ¿Podría haberse extraviado un mensaje?

—El culo pomposo juró que no había traspapelado ningún mensaje —dijo Emerson, tomando mi brazo—. Me inclino a creerle.

Yo también. Emerson había reducido al señor Boniface a tal estado, que habría escrito una él mismo si creyera que nos complacería.

—El chico aparecerá —continuó Emerson—. Si no lo hace, iremos tras él. Ya sabes lo inseguro que es el correo en esta parte del mundo. Puede no haber recibido tus cartas.

La plaza estaba llena de paseantes disfrutando del aire cálido y los preciosos jardines de flores. Liderados por Selim, nos dirigimos a la ciudad vieja, donde, nos aseguró, había varios establecimientos adecuados, aunque, por supuesto, no tan buenos como los del El Cairo y Luxor.

—No sabía que fueras tan esnob, Selim —dijo Nefret, tomándolo del brazo. Mientras la pareja paseaba, varios transeúntes les miraron con el ceño fruncido, y una mujer dijo con un acento americano estridente:

—Está sosteniendo su brazo, Hiram, como si él fuera un hombre blanco.

No oí la respuesta de Hiram. Dejando que Emerson se adelantara, me había detenido para admirar un macizo particularmente atractivo de caléndulas cuando alguien me empujó y sentí una mano presionando contra mí. Saltando por instinto en modo defensivo, me giré y levanté mi sombrilla.

—¿Qué pasa, Peabody? —Preguntó Emerson, apresurándose a mi lado.

Mirando alrededor, fui incapaz de determinar cuál de los otros peatones me había tocado. Nadie se alejaba corriendo, nadie miraba con aire de culpabilidad en mi dirección. Soldados con uniformes turcos, peregrinos sobrios de negro y gris, un patriarca griego, residentes locales con una variedad de tocados… Seguramente ninguno de ellos me habría abordado tan groseramente o intentado meter mano a mi bolsillo. Mi traje tenía varios, dos juegos en las costuras de la falda y uno a cada lado de mi chaqueta. Todos mis objetos de valor estaban en mi bolso; los bolsillos de mi chaqueta contenían sólo un pañuelo y una guía.

—Debo haberme confundido —comencé. Y entonces mis dedos exploratorios contradijeron la declaración. No me habían quitado nada de mis bolsillos. Habían metido algo. Rápidamente lo desprendí de mi pañuelo doblado.

Era un pequeño paquete, menos de cinco centímetros cuadrados y no muy grueso, envuelto en tela blanca y atado con un trozo de cuerda.

Los demás se reunieron alrededor, mirando con curiosidad el objeto y haciendo preguntas. Comencé a tirar de la cuerda, que estaba fuertemente anudada. Emerson me arrebató el paquete de la mano.

—Venid aquí —dijo, y fue a un lugar a la sombra bajo un naranjo.

—Alguien lo metió en el bolsillo —contesté, en respuesta a Nefret—. Ahora mismo. Emerson, ten cuidado. Puede contener una hoja afilada, o un insecto venenoso, o…

—Bobadas —dijo Emerson. Abriendo su navaja, cortó la cuerda, que entregó a David. Después de devolver el cuchillo al bolsillo del pantalón, desenvolvió los pliegues de tela, sus grandes manos morenas se movían con la delicadeza que empleaba con los artefactos frágiles. Por fin el contenido yació expuesto.

—Parece un pedazo de papel —dijo Emerson—. Doblado y vuelto a doblar.

—Un mensaje —exclamó Nefret, estirando la mano—. Tal vez sea de Ramsés.

Emerson le apartó la mano.

—Ten cuidado. Puede contener una hoja afilada o un insecto venenoso.

—Oh, por el amor de Dios, ábrelo —dije con irritación.

Rodeamos a Emerson, con las cabezas juntas, mientras

desdoblaba el papel. Reconocí la letra de inmediato. Ya que la escritura de Ramsés es prácticamente indescifrable, nos tomó un tiempo descifrar todas las palabras.

—Me he retrasado. Explicaré cuando os vea. Id a Jerusalén y estad tranquilos. Me reuniré allí.

—Maldito muchacho -exclamé—. ¿Qué está tramando ahora?

Emerson volvió a doblar la nota y se la metió en el bolsillo, junto con el trozo de cuerda y a la tela.

—Vayamos a otra parte -dijo—. Tenemos que hablar de esto.

El restaurante que Selim había encontrado estaba en las afueras del bazar. A Emerson le complació saber que había bebidas alcohólicas disponibles, ya que como Selim nos informó, el lugar era frecuentado no sólo por los lugareños, sino por los turistas más aventureros. No había muchos de estos últimos, sólo una pareja joven en una esquina inclinados sobre una guía. El propietario nos saludó en persona, inclinándose en varias ocasiones, y nos mostró una mesa.

Después de que Emerson pidiera un vaso de cerveza y nos hubieran presentado orgullosamente menús escritos de verdad, Nefret estalló:

—Déjeme ver eso de nuevo, profesor.

Nos pasamos la nota.

—Tal vez —dijo David—, no se trata de Ramsés.

—Es su letra —le dije—. Y el papel parece ser una página arrancada de uno de sus cuadernos.

Emerson sacó su pipa.

—Él lo escribió. Pero pudo haber estado bajo coacción. Maldita sea -añadió—, necesitamos más luz. Está oscuro.

Una neblina azul de humo llenaba la habitación de techo bajo. Tras haber sido convocado, el propietario trajo una vela que colocó en el centro de la mesa. No ayudó mucho, ni el humo de la pipa de Emerson, que fumaba con furia.

—Si estaba prisionero —dijo David, en respuesta al comentario de Emerson—, no da ninguna indicación de ello. —Sostuvo el papel cerca de la llama de una vela—. No hay jeroglíficos crípticos, ningún mensaje en código.

—No podía hacer eso si la persona que dictó la nota estaba de pie sobre él —le dije—. Pero no nos alejemos por salvajes avenidas de teoría. No tenemos ninguna razón para creer que estaba bajo coacción cuando escribió esto. No es raro que Ramsés haga algo tan irreflexivo y desconsiderado.

—Si está prisionero —dijo Daoud, que había estado pensando en

ello—, debemos encontrarle.

—Muy bien, Daoud —dijo Selim, dando a su tío una mirada bondadosa—. ¿Por dónde empezar a buscar?

—¡Dios mío! —dije con un suspiro—. Vamos a considerar este asunto lógicamente. Hay dos posibilidades. O Ramsés está prisionero y escribió esto bajo el dictado de su captor, o ha encontrado algo que despertó su curiosidad insaciable y persigue el asunto. Si asumimos que la primera alternativa es correcta, nuestro curso obvio es ir a Samaria. Fue visto por última vez allí, o más bien, ese es el último lugar donde se sabe que estuvo.

—Mmm —dijo Emerson, masticando la boquilla de la pipa—. No veo que tengamos otra opción, Peabody. Tenemos que ir a Samaria, interrogar… eh… preguntar a Reisner, y rastrear los movimientos posteriores de Ramsés.

—Veo varias objeciones a ese plan —dije.

—No me sorprende en absoluto. ¿Y bien?

—Trazar sus movimientos podría significar retrasar nuestra llegada a Jerusalén por un período considerable de tiempo, en cuyo caso Morley ya puede haber hecho de las suyas. Por otra parte, si Ramsés está inmerso en alguna búsqueda propia, nuestros intentos de encontrarle podrían podría poner en peligro esa misma búsqueda. Dice, déjame ver la nota de nuevo, sí, dice, "estad tranquilos." ¿Eso no implica que quiera que lo dejen a su suerte?

—Eso no sería raro en él —admitió David—. Pero ¿qué podría haber encontrado para atraerle tanto? ¿Una excavación ilegal? ¿Rumores de un descubrimiento notable que quiere investigar?

—Debo admitir que no puedo pensar en nada que sea tan atractivo como para que ignore mis órdenes expresas —le contesté —. A menos que…

—¿A menos que qué? —preguntó Emerson.

—Nada. -Había tenido un horrible presentimiento, del tipo que a menudo se apodera de mí. Emerson me había prohibido terminantemente hablar de ellos, ya que él no cree en presentimientos de ninguna variedad.

Los demás, a excepción de Daoud, que sólo hablaba cuando tenía algo sensato que decir, no habían permanecido en silencio. La especulación osciló entre “Se rompió una pierna haciendo algo estúpido y tiene miedo de admitirlo”, a “el señor Reisner ha hecho un hallazgo tan importante que necesita que Ramsés se quede”.

—¿Entonces por qué no ha escrito Reisner para decírmelo? -preguntó Emerson.

La respuesta era obvia, pero yo era la única que tenía la

fortaleza para decirlo en voz alta.

—Porque no quiere que salgas corriendo a Samaria para interferir con su trabajo.

—Bah —dijo Emerson, indignado—. Yo nunca interfiero.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo Nefret—. Profesor, por favor, déjeme ver el trozo de cuerda y la tela.

Emerson se los entregó.

—Lamento informarte, Nefret, que la cuerda no es nada fuera de lo común y el nudo no es una variedad única solo empleada por los miembros de una única profesión inusual. En cuanto a la tela…

Nefret la alisó sobre la mesa, dejando a un lado un plato de pan y un plato de hummus. Era un trozo cuadrado pequeño, de aproximadamente quince centímetros de lado.

—¿Qué ves? —Preguntó Selim emocionado—. ¿Algo escrito? ¿Es eso una mancha de sangre?

—No. —Nefret siguió mirando a la tela—. Sólo suciedad. Pero hay una cosa interesante.

—Yo no veo nada —dijo Emerson.

—Es un pañuelo de mujer. —Nefret me lo entregó—. ¿Eso sugiere una posible razón para que Ramsés se retrase?

Yo había oído hablar de ojos ardientes, pero siempre había creído que era una metáfora literaria. Tal vez fue sólo el reflejo de la llama de vela en sus ojos azules.

DEL MANUSCRITO H

Llevaban viajando poco tiempo antes de que Ramsés estuviera dispuesto a arrepentirse de no haber aceptado la oferta de una poción para dormir. El carruaje iba a buen ritmo, y aunque la ropa de cama lo amortiguó en cierta medida, era zarandeado de lado a lado. Por lo menos, estaba solo. Apoyó los pies contra el lado del *yaila*, se retorció a una posición un poco más cómoda, y se obligó a examinar esa extraordinaria conversación con minucioso detalle.

Ahora tenía una idea bastante buena de quien era, o más bien, qué era Mansur. Había oído ese acento particular antes, en un par de estudiantes de la India que había conocido en la universidad cuando pasó un trimestre refrescando el griego clásico. Los idiomas eran su principal interés y su especialidad; había cultivado a los dos jóvenes con la esperanza de aprender algo de su lengua materna. La mayoría de los indios eran hindúes, pero también había una población musulmana importante, sobre todo en las provincias del noroeste. Realmente no importaba si Mansur había nacido

musulmán o se había convertido. Lo importante era que el complot, el que demonios fuera, podría extenderse más allá de los territorios otomanos. La India era la joya de la corona, el orgullo del imperio. Si había incluso la más ligera posibilidad de un levantamiento en la India, el Ministerio de Guerra iría a por la cabeza colectiva. Los recuerdos del motín de 1857, cuando fueron asesinados miles de británicos y europeos, todavía acosaban las pesadillas de los funcionarios del gobierno. Esa catástrofe había sido encendida por una afrenta innecesaria y estúpida a las sensibilidades religiosas de las tropas indias.

Si Mansur era de la India, explicaría su actitud hacia su prisionero, una extraña mezcla de bondad y desprecio. Ramsés había observado cómo eran tratados sus amigos indios de Oxford por muchos estudiantes y algunos de los catedráticos. Nombres despectivos, burlas veladas y tal vez lo más difícil de soportar para un hombre orgulloso, la amable condescendencia. Había visto lo mismo en Egipto y sabía lo amargamente que ofendía.

También explicaría por qué los ataques en Samaria habían sido dirigidos contra él en lugar de contra Reisner y Fisher. Los estadounidenses nunca habían establecido un punto de apoyo político en Oriente Medio. Eran considerados como invitados, a veces molestos pero no amenazantes. Inglaterra dominaba la región como un coloso, un pie en la India, uno en Egipto, su influencia se extendía a gran parte de África. Inglaterra imponía sus propias leyes y controlaba todos los aspectos de gobierno, desde la educación al comercio. Los imperialistas como Hogarth afirmarían que era el deber de Gran Bretaña civilizar a las razas inferiores; pero era un hecho desafortunado que a la gente le molestara que los forasteros les dijeran cómo vivir sus vidas, sin importar lo amables que fueran sus intenciones.

Era una teoría perfectamente razonable, pero, Ramsés tuvo que admitir que tenía ciertas reminiscencias de los procesos de pensamiento de su madre. Ella era perfectamente capaz de proponer una hipótesis interesante y afirmar que era un hecho. Su padre se habría burlado.

—Todo muy interesante, hijo, pero ¿qué tiene que ver con tu dilema actual?

¿Cómo iba a salir de este lío? Era imposible escapar mientras estaban en marcha. El conductor estaba en un extremo del medio de transporte, y un guardia en la plataforma en la parte posterior. Tendría que esperar hasta que llegaran a su destino y pudiera reevaluar la situación. Mansur se había tomado el trabajo de

ocultarle a dónde iban. Eso podría implicar que acabarían en algún pueblo o ciudad que le fuera familiar.

O podía significar nada en absoluto.

El puro aburrimiento finalmente lo envió en un sueño inquieto, plagado de imágenes de sueños fugaces. Por lo general, era la cara de Nefret la que le acosaba sus sueños. Esta vez las imágenes fueron menos agradables. Hilda von Eine, en equilibrio en la escalera del *tell*, mirándolo con serpientes siseantes en vez de cabellos coronando su cabeza; el rostro de Macomber manchado con los colores feos de la podredumbre, los ojos como guijarros apagados y hundidos. Entonces los ojos ya no estaban apagados, sino brillando con un resplandor rojizo, la boca abierta, y en vez de lengua…

Se despertó con una sacudida, sudando y temblando. La venda lo empeoraba, no podía sustituir las imágenes de los sueños con una vista de la realidad. Entonces se dio cuenta de que el vehículo ya no se movía.

Alguien se arrastró en el carro junto a él. Una mano le tocó el hombro.

—¿Estás despierto?

—Sí. —Había tenido tiempo de estabilizar su voz—. ¿Tienes la intención de darme de comer pronto?

—Mis disculpas. —Mansur le desató las manos—. Vi que se acercaba una tormenta y quise adelantar tanto como fuera posible antes de que estallara.

Ramsés se quitó la venda de los ojos. Nunca se había dado cuenta de la sutil forma de tortura que era quitar la visión, depender de la buena voluntad de los demás, incluso para moverse con seguridad en un mundo desconocido y oscuro…

Con la ayuda de Mansur bajó con los pies por delante, del vehículo. Habían parado en un patio abierto. Podía ver muy poco; el cielo estaba oscuro mientras la noche y la lluvia caían pesadamente. Rígido y tropezando, dejó que su guía le llevara a una puerta.

Una lámpara sobre una mesa en la habitación daba una luz limitada, pero le deslumbró los ojos después de la larga oscuridad. Amablemente Mansur le llevó y le depositó en un asiento. Cuando sus ojos se acostumbraron, Ramsés vio que la pequeña habitación era como la mayoría de las habitaciones de las casas de la región, sus únicos muebles el diván de costumbre, unas pocas mesas y alfombras en el suelo.

Después de ser escoltado por el propio Mansur a una primitiva letrina, fue llevado de vuelta a la casa y el mismo sirviente que

había visto antes le sirvió comida y té. Mansur le dejó comer solo, saliendo por una puerta en la pared de la izquierda. La comida le repuso considerablemente, se levantó y examinó la habitación. Una segunda puerta, presumiblemente a la calle, estaba cerrada. Las ventanas estaban en lo alto de la pared y cerradas. Lo único en la habitación que concebiblemente podría ser utilizado como arma era la lámpara; no le habían dado nada, excepto una cuchara con la que comer las verduras cocidas.

Mansur entró, seguido de su criado con una bandeja.

—¿Café? —preguntó cordialmente—. Me uniré a ti si me lo permites.

Ramsés se tragó una respuesta grosera. Que le maldijeran si permitía que el hombre le incitara a perder los estribos.

—Encantado -dijo—. Podemos charlar sobre la universidad y la arquitectura de la iglesia de Cristo. Conseguiste tu licenciatura en…

Suavemente Mansur le interrumpió:

—Creo que estuviste en Oxford.

—Sólo para asistir a algunas conferencias. —El café era excelente—. Mi padre no creía en una educación pública.

—Un hombre notable, su padre.

—Absolutamente. ¿Cuánto tiempo estuviste en Egipto?

—Uno no tiene que permanecer mucho tiempo antes de saber del famoso Padre de las Maldiciones.

Otro empuje cuidadosamente rechazado, pensó Ramsés. Sólo una vez en su vida se había encontrado con un adversario que anticipara todos sus movimientos y que fuera tan bueno en el combate verbal: la némesis de su familia, el Maestro del Crimen, como su madre insistía en llamarle.

No era la primera vez que se había preguntado si Mansur podría ser Sethos. El hombre era un genio del disfraz; Ramsés había aprendido una serie de trucos útiles de esa fuente. El atuendo de Oriente Medio era un regalo del cielo para un hombre que quisiera asumir otra identidad. Un turbante podría añadir unos centímetros a la altura real, la túnica suelta ocultaba la forma real de un hombre y no había nada como una barba para difuminar las formas de la boca y la barbilla. Ramsés se inclinó hacia delante, tratando de distinguir los rasgos de Mansur con mayor claridad. Una característica distintiva de Sethos era el color de sus ojos, de un tono ambiguo entre gris y marrón. Por desgracia, también era una característica que podía ser alterada por el uso juicioso de cosméticos que oscurecían las pestañas y párpados, e incluso drogas que agrandaban las pupilas. Las espesas cejas de Mansur eclipsaban

las cuencas de sus ojos hundidos, y su truco de entrecerrar los ojos…

Mansur se puso en pie.

—Pasaremos la noche aquí. El camino es demasiado fangoso para viajar en la oscuridad. Espero que encuentres cómodo el diván. Si me disculpas, tengo algunos asuntos que resolver antes de retirarme. Volveré pronto para… cómo decir…

—¿Arroparme? —sugirió Ramsés.

Mansur se dio media vuelta y salió por la puerta principal. Ramsés se estiró en el diván, con las manos debajo de la cabeza. Mansur parecía ser un poco temperamental. No podía ser Sethos, se dijo. Sethos no se molestaría con un plan tan extraño como éste. El beneficio, y mucho, era su único interés.

¿Y si hubiera beneficios que ganar? Macomber había hablado de un talismán. Al islam no le iban mucho las reliquias, reales o legendarias. Los cristianos coleccionaban huesos de santos, trozos de la Vera Cruz, clavos de la Cruz, la lista seguía y seguía. Siempre había en el mercado una nueva reliquia. Los judíos vivían en la esperanza de encontrar el Arca perdida, o incluso los restos datables e inconfundibles del Primer Templo de Salomón. Hasta ahora no se había encontrado nada de ese periodo. ¿Qué objeto podría tener tal importancia para los musulmanes?

El sonido de la lluvia se había vuelto más fuerte. Un río en el cielo, como había llamado un faraón egipcio a la precipitación frecuente de esas tierras extranjeras que durante la mayor parte del siglo XIV a.C., estuvieron bajo el dominio egipcio. El todo amoroso dios de Akhenaton había abastecido de lluvia las regiones que carecían de las siempre presentes y predecibles inundaciones del Nilo.

Ramsés se sentó. No era de extrañar que la lluvia sonara más fuerte. Mansur había olvidado trabar la puerta. El viento debía haberla abierta unos centímetros.

Se acercó a la puerta con la cautela de un gato que investiga un nuevo olor. La oscuridad exterior era total, ni un rayo de luz en algún lugar. El ritmo de la lluvia ahogaba el sonido. Sabía, tan ciertamente como si se lo hubieran dicho, que si salía por esa puerta la encontraría sin vigilancia.

Sonriendo, volvió al diván. Mansur no habría olvidado cerrar bien la puerta o prescindir de guardias. Era una prueba, y ahora que pensaba en ella, una especie de insulto. ¿El hombre pensaba que era lo bastante tonto para hundirse en medio de la lluvia torrencial y la negrura, sin saber dónde estaba ni a dónde iba? No llegaría muy

lejos. Sería arrastrado de vuelta, calado hasta los huesos, una figura goteante y miserable, otro medio de humillarlo, o más bien, de permitirle humillarse a sí mismo.

Cuando Mansur regresó, Ramsés estaba tumbado con las manos juntas en paz sobre su pecho, y roncando.

* * *

El reverendo no se había unido en la discusión. Uno habría supuesto que estaba inmerso en algún sueño feliz, recordando su vida como el emperador Constantino, por ejemplo, si uno no se hubiera acostumbrado a su costumbre de sumergirse de cabeza en una conversación a la que no había parecido prestar atención .

En el silencio que siguió a la pregunta directa de Nefret, declaró:

—Tenemos que ir inmediatamente a Jerusalén.

—¿Oh, tenemos? —Dijo Emerson, esa era su respuesta automática a cualquier cosa que sonara como una orden. Se había sentido visiblemente sorprendido por la acusación implícita de Nefret.

Naturalmente, el mismo pensamiento se me había ocurrido a mí incluso antes de hablar. Antes de que los otros pudieran luchar a brazo partido con la idea y unirse a una interminable y no rentable discusión, dije:

—Tenemos que tomar una decisión lo más pronto posible. Por cuanto antes, quiero decir hoy. Quiero estar lista para salir mañana por la mañana.

—Muy bien, muy bien —dijo el reverendo, rebañando lo último del hummus con el último trozo de pan.

—¿Salir a dónde? —Preguntó David. Tenía la mandíbula apretada de cierta manera que me decía que ya había decidido a dónde ir. David era un alma gentil, no dado a controversia, pero una vez que se decidía podía ser tan terco como Ramsés.

—Eso es lo que tenemos que decidir -dije—. Emerson, te sugiero que vayas de inmediato donde el agente consular británico.

—¿Hay uno? —Preguntó mi marido molesto.

—Debe haber algún oficial de nuestro gobierno aquí en Jaffa, Emerson, o por lo menos una oficina de telégrafos. Averigua si hay algún mensaje para ti, y si se sabe algo del comandante Morley. Debe haber atracado aquí.

—Mmm —dijo Emerson inútilmente.

—Llévate a Selim. Puede ayudar con tus preguntas.

Selim se puso de pie de un salto, exudaba voluntad de ayudar.

Emerson se levantó más lentamente.

—¿Y tú, Peabody?

—Te esperaremos en el hotel.

Lo que tenía toda intención de hacer… a menos que otra idea se me ocurriera.

No nos detuvimos en el zoco. Cuando llegamos a la plaza con sus encantadores jardines, el sol se hundía en un banco de nubes, pintando el borde gris púrpura con oro.

—Sentémonos aquí un rato —dije, tomando firmemente a Nefret por el brazo.

—Creo que iré a mi habitación —dijo David—. Quiero… tengo que…

Encontrar un mapa y calcular la ruta más rápida a Samaria. Ah, bueno, eso lo mantendría ocupado, y tendría alguna pequeña dificultad para encontrar un medio de transporte, poco acostumbrado como estaba a la ciudad.

—Llévate al reverendo y a Daoud contigo -dije.

El reverendo, que había estado intentando unirse a Nefret y a mí en el banco, se enderezó obediente. Daoud se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—No las dejaré a usted y a Nur Misur solas.

—¿Qué diablos crees que nos puede pasar? -pregunté.

—Cualquier cosa —dijo Daoud sombríamente.

—Oh, muy bien. Quédate allí junto al árbol y vigila.

Daoud obediente ocupó su posición, mirando con recelo a todo el que pasaba, y los demás se dirigieron al hotel.

Nefret estaba preparada para un sermón. Se sentó con la cabeza inclinada y la barbilla sobresaliente y se negó a mirarme a los ojos.

—Supongo que has tenido tiempo de reconsiderar tu suposición —le dije, arreglando mis faldas perfectamente.

—Tal vez fui injusta. —Su voz era tan baja que apenas podía oírla.

—No necesariamente injusta. Ramsés ha ido más allá de mi control en estos últimos años y no me sorprendería descubrir que se haya apegado a alguna persona de sexo femenino. Lo que me sorprendería sería descubrir que anunciara el hecho de una manera tan directa.

—Podría ser considerado como una solicitud de discreción por nuestra parte.

—Oh, vamos, Nefret. Ramsés me conoce, es decir a nosotros, lo suficientemente bien como para darse cuenta de que lanzaré la discreción a los cuatro vientos antes de de permitirle fallar en su

deber hacia mí, nosotros, quiero decir. No es propio de él salir con algún plan descabellado propio, pero ciertamente es capaz de inventar una excusa más creíble que… eh… este coqueteo.

—Entonces… entonces el mensaje no vino de Ramsés.

—La nota fue casi seguramente escrita por él. No creo que él fuera el responsable de su entrega.

Nefret se volvió hacia mí.

—¡Entonces está en problemas!

—Nefret, se me ocurre de improviso al menos otras dos explicaciones para ese mensaje. Debemos pensar con claridad y no ir sacando conclusiones. Necesito que mantengas la calma y me ayudes a persuadir a Emerson de que no debemos tratar de encontrar Ramsés. Por lo menos no inmediatamente.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —preguntó Nefret—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Podría no darnos las gracias por interferir, Nefret. —De hecho, estaba razonablemente segura de que no lo haría. Al igual que muchos jóvenes de esa edad, Ramsés estaba convencido de que podía arreglárselas lo bastante bien sin la ayuda de su amada familia. Al igual que otros jóvenes de esa edad, estaba equivocado, pero sólo la dolorosa experiencia le enseñaría la verdad. Continué —. Lo que tenemos que hacer es ir a Jerusalén y, como él mismo dijo, "estar tranquilos". Ramsés sabe dónde encontrarnos. Podemos llegar a Samaria fácilmente tanto desde Jerusalén como desde aquí, y si no tenemos noticias de él en, digamos, una semana, reconsideraremos la situación.

Mi manera firme pero amable no tuvo el efecto que había esperado.

—¿Cómo puede estar tan tranquila? —Preguntó Nefret apasionadamente—. ¿Una semana entera? Él podría… —se le quebró la voz.

—Lo dudo —dije, reprimiendo mis propios escrúpulos. Tal vez me estaba tranquilizando a mí misma, así como a Nefret cuando continué—, en cualquier caso, no está en más peligro ahora del… del que estaba en el momento en que el mensaje fue escrito. Y si… eso… estaba decidido, nuestra intervención es casi seguro que llegaría demasiado tarde. Incluso podríamos provocar el resultado que tememos corriendo salvajemente en su búsqueda.

La razón, sin embargo no sonaba convincente a los corazones amorosos. Nefret se mantuvo callada, el ceño fruncido y la barbilla tensa expresando su resistencia. Yo no podía, no le contaría mi propia teoría. Estaba segura de que mis horribles presentimientos

eran, como de costumbre, precisos. El cielo sabía cómo, Ramsés se había visto envuelto con alguna operación del servicio secreto. El MO2 estaba preocupado por la influencia alemana en Siria-Palestina. Ramsés hablaba alemán, árabe y turco como un nativo, y los arqueólogos, como Emerson había señalado, eran agentes admirables. O el Ministerio de Guerra había reclutado a Ramsés, en cuyo caso yo tendría la cabeza del general Spencer en una bandeja o Ramsés se había cruzado con algo que, en su opinión, merecía investigación. Mi, es decir nuestra, exigencia de que se reuniera con nosotros en Jaffa le había dado una excusa para dejar la excavación de Reisner. Estaba razonablemente segura de que si preguntábamos, nos encontraríamos con que había partido de manera normal. Lo que le hubiera ocurrido a partir de entonces era cuestión de especulación. Nunca soy culpable de especulación ociosa, así que mantuve una mente abierta sobre eso. Salvo que una vez que me reuniera con él, tendría la cabeza de Ramsés en otra bandeja.

El cielo estaba gris oscuro y las primeras gotas de lluvia caían.

—Vamos a entrar -dije, levantándome—. Parece que se acerca una tormenta. Un Nilo en el cielo, como el faraón Akhenaton lo expresó una vez poéticamente. Venga, Daoud.

Los tres estábamos mojados cuando llegamos al hotel. El gerente intentó agacharse detrás del mostrador cuando me vio. Era en vano, como podía haberle dicho. Inclinándome sobre el mostrador, pedí que nos subieran té y le pedí que mirara de nuevo si teníamos mensajes. Después de rebuscar, me entregó dos sobres. Uno de ellos era un documento impresionante, cubierto con sellos y timbres oficiales. El otro parecía haber sido entregado en mano.

—¿Cuándo llegaron? —Le pregunté.

—Hoy. Hoy. Esta tarde. El correo en este país es extremadamente…

—En el futuro —le dije con severidad—, asegúrese de que todos los mensajes y cartas se nos entregan de inmediato.

—Ábralos —instó Nefret, tratando de conseguir echar una mirada en los sobres—. Tal vez Ramsés…

—No puedo hacer eso, Nefret, ambas están dirigidas a Emerson. La escritura no es la de Ramsés.

Fuimos directamente a mi habitación, y le pedí a Daoud que le dijera a David que se uniera a nosotros para el té. Era temprano, pero el cielo estaba tan oscuro y la lluvia caía tan fuertemente, que sentí que el ritual familiar nos animaría.

Ciertamente alegró al reverendo, quien, por supuesto, acompañó a David. Al observarlo atacar las galletas y bollos, me pregunté

cómo podía comer tanto y mantener su figura esbelta.

Tenía la intención de abrir las cartas con vapor, pero los demás llegaron demasiado pronto y Nefret ignoró mis consejos de que se cambiara la ropa húmeda. En otras circunstancias podría haberlas abierto de todos modos y desafiado las fuertes quejas de Emerson; sin embargo, tenía una tarea difícil por delante para persuadirlo de seguir mis planes. Otra fuente de agravación podría volverle aún más recalcitrante.

Un ruido considerable en el corredor finalmente presagió la llegada de Selim y Emerson. La fuente principal de quejas de Emerson parecía ser el clima. Abriendo la puerta de golpe, continuó sin interrupción:

—… ridículo para esta época del año. Las lluvias no vienen hasta noviembre.

—Dios trabaja de maneras misteriosas. —Platón elevó la voz.

Emerson le lanzó una mirada horrible. Él y Selim estaban empapados. Emerson naturalmente, había insistido en caminar todo el camino en lugar de buscar un medio de transporte cubierto o esperar a que la lluvia escampara un poco. Nefret corrió hacia él y le ayudó a quitarse la chaqueta. La colgó en el respaldo de una silla, donde continuó goteando de manera distraída durante la siguiente hora.

David llevó a Selim a su habitación y le convenció para que se cambiara con una de sus túnicas; Emerson se despojó de sus botas y escurrió el bajo de sus pantalones, pero se negó a cambiarse. Sabía que no iba a coger frío. Nunca lo hacía. Pedí más té. La llegada de la genial bebida y un suministro adicional de bocadillos de pan con mantequilla puso a Emerson de mejor estado de ánimo.

Es decir, comparativamente mejor. Clavándome una mirada crítica, declaró:

—Selim y yo probablemente cogeremos una neumonía, Peabody, y todo para nada.

Se me había ocurrido después de enviarles, que probablemente sería para nada. El Ministerio de Guerra no se arriesgaría a enviar información por telégrafo. También se me había ocurrido que Emerson debía haber planeado algunos medios encubiertos de comunicación con el MO2. Desde luego, no se había molestado en mencionármelo a mí. ¿Por qué no le había sentado e interrogado? Debería haber hecho una de mis pequeñas listas. La respuesta estaba ahora clara como el agua, y me di cuenta que debía haberme anticipado. Emerson nunca hubiera seleccionado un hotel sobrio por voluntad propia.

Controlando mi comprensible disgusto, le respondí en tono moderado.

—El mensaje llegó aquí, al hotel, Emerson. ¿Puedo preguntar por qué no me dijiste que ese era el arreglo?

Le tendí el sobre.

Emerson me lo arrebató y lo inspeccionó cuidadosamente.

—No te lo dije porque no era… eh… hummm. Bueno, ¿a dónde más podría haber sido enviado, para estar seguro de la entrega?

Me lanzó otra mirada, recordándome que los otros todavía estaban en la oscuridad sobre nuestra relación con el Ministerio de Guerra, y obviamente era preferible que siguiera estando de ese modo.

—¿Esperaba un mensaje en particular? —Preguntó Nefret, haciendo hincapié en el adjetivo.

Emerson se alzó noblemente para la ocasión.

—He estado esperando el contrato de nuestro permiso de la Sublime Puerta para excavar en Siloé. —Abrió el sobre y sacó un documento aún más impresionante que su contenedor, perfilado en oro y cubierto de gotas de lacre rojo—. Y aquí está —concluyó triunfalmente.

—Emerson —dije, anticipándome a más preguntas—, realmente deberías cambiarte esos pantalones mojados. ¿Nos perdonáis?

—No hemos decidido lo que vamos a hacer mañana —protestó Nefret.

—Hablaremos de ello más tarde, cuando nos reunamos para la cena. Ahora vamos.

Les llevé a la puerta, la cerré y me apoyé contra ella, suspirando. Mantener a tantos de ellos bajo control había comenzado a gravar incluso mis poderes.

—¿Qué vamos a hacer mañana? —Preguntó Emerson.

—Podemos encontrar la respuesta aquí. -Saqué el segundo sobre de mi bolsillo. Estaba segura de que Nefret no se había olvidado de él, pero mi manera dictatorial le había impedido seguir con el tema. Sin embargo se aseguraría de sacarlo de nuevo a colación y teníamos que tener una respuesta verosímil lista.

—Mmm —dijo Emerson, tomando el sobre—. Entregado en mano. Me pregunto que…

—¡Ábrelo!

El sobre contenía una sola hoja de papel. El mensaje había sido impreso en letras de molde. Lo leí por encima del hombro de Emerson.

—Enviar granadas Glasgow. Humboldt buscando lechuga

siberiana v.I.

—Código —me dijo.

—¿Qué esperabas? Morley es un espía alemán, te lo dijimos, ahora encuentra pruebas.

—¿Eso es lo que dice?

—Lo dudo —dijo Emerson, sosteniendo el papel cerca de la lámpara.

—Tienes la clave, ¿no? —Con esfuerzo mantuve mi voz calmada.

—Ciertamente. Es un código de sustitución simple, casi imposible de descifrar sin la clave, ya que las sustituciones son arbitrarias y no susceptibles de…

—¿Dónde está?

—¿Qué? Oh —dijo Emerson, reconociendo en mi tono mesurado señales de que una explosión podría ser inminente—. En mi cabeza, por supuesto. Me hicieron memorizarlo antes de salir de la oficina. Uno no lleva tal…

—¿Lo recuerdas?

—Um —dijo Emerson, entrecerrando los ojos en el papel—. Eh. La mayor parte.

—Ah, bah —grité—. ¡Si eso no es típico de un hombre! Hombres, debería decir, tú y ese tonto pomposo del general Spencer. Cree que no se le debería confiar información clasificada a una simple mujer, y tú… no me lo digas, le diste tu palabra de guardar silencio, ¿no? —En mi agitación me levanté de un salto y comenzó a caminar de un lado al otro de la habitación—. Es mi culpa —dije con amargura—. Debería haberte preguntado. Pero confiaba en ti, Emerson, confiaba en que confiarás en mí.

Emerson me interceptó y me apretó en un estrecho abrazo.

—Peabody, mi amor, tienes derecho a reprocharme. Fui un tonto. Nunca volverá a suceder, te lo prometo.

Es raro ver a Emerson en un estado de ánimo penitente. Lo encuentro mucho más persuasivo cuando está en uno de sus arrebatos, los zafirinos ojos entrecerrados, las espesas cejas fruncidas, mostrando los dientes. Sin embargo, no supuse que ese estado de ánimo conciliador fuera a durar, y sus abrazos tienen un efecto calmante, incluso cuando, como en este caso, me estaba apretando hasta dejarme sin aliento. Le indiqué con un gesto que tal era el caso, y Emerson relajó el abrazo.

—Mi amor —comenzó.

—Acepto tus disculpas, Emerson. Ahora veamos cuánto te acuerdas del código.

Emerson tiene lo que creo que se llama memoria selectiva. Puede recordar detalles minuciosos de excavaciones en particular pero es probable que se olvide donde dejó su sombrero. Ya que apenas estaba más interesado en los códigos, sistemas de cifrado y espías de lo que lo estaba en la ubicación de su sombrero, imaginé que no había hecho un gran esfuerzo por recordar la clave. Sin embargo, con la insistencia adecuada, podría ser convencido para sacar a relucir los detalles suficientes para interpretar este mensaje en particular.

En realidad no era un código muy ingenioso. Tal vez con el fin de hacer que fuera más fácil de recordar, el inventor había utilizado nombres propios para otros nombres propios y verbos para otros verbos. Una vez que Emerson recordó que "enviar" significaba "proceder" y "buscar" era "tomar contacto" fue infantilmente fácil interpretar la esencia del mensaje. "Glasgow" tenía que ser "Jerusalén", que era nuestro destino acordado, después de todo. Empujado por mí, Emerson admitió que "siberiano" era una sustitución no demasiado inteligente para "alemán".

—Entonces “lechuga” —le dije—, debe significar “espía” o “agente”.

—Es correcto —exclamó Emerson—. Ahora lo recuerdo. ¿Cómo lo sabes?

—Porque el Ministerio de Guerra está obsesionado con los espías alemanes. Humboldt, por supuesto, es Morley. ¿Por qué Humboldt, me pregunto? En realidad, casi se podría anticipar sus instrucciones sin ninguna orden escrita en absoluto. Nos quedamos con sólo dos incógnitas. Me arriesgaría a decir que “granadas” es un adverbio… “inmediatamente” o “a toda prisa”. ¿Qué pasa con “v.I.”?

—¿Alguna idea? —preguntó Emerson esperanzado.

—¿No se te ocurre nada?

Emerson se tocó el hoyuelo o hendidura en su barbilla.

—Honestamente, Peabody, no me suena nada. Gracias a tus recordatorios inteligentes ahora puedo recordar un buen número de otras palabras, holandés para británico, noruego para francés, Julius para Wilhelm…

—César para Kaiser —dije con desprecio—. ¿Por qué demonios necesitarían mencionar al Kaiser Wilhelm?

—Bueno, nunca se sabe lo que el viejo buitre tramará —dijo Emerson. Procedió a desgranar varias docenas de otras palabras y sus equivalentes de código, que de inmediato me comprometí a memorizar, a sabiendas de que Emerson probablemente las habría olvidado al día siguiente. Sin embargo, por mucho que lo intentó,

no pudo interpretar la palabra desconocida final.

—Podría significar cualquier cosa -dije—. Un lugar en Jerusalén, un día de la semana. En cualquier caso, las instrucciones son claras. Hemos de proceder de inmediato a Jerusalén porque Morley ha estado en contacto con alguien que el Ministerio de Guerra cree que es un agente alemán, aunque que esperan precisamente que hagamos al respecto no puedo imaginarlo. Si esta lluvia amaina deberíamos poder salir mañana.

—¿Quieres decir, entonces, abandonar a nuestro hijo? -El tono varonil de Emerson estaba trémulo por el reproche.

Repetí los argumentos que había utilizado con Nefret. El que finalmente le convenció fue el último, que podríamos poner en peligro a Ramsés al ir abiertamente en su busca.

—No podemos estar seguros de que esté prisionero -concluí—. Ramsés puede haber tenido algún motivo oscuro para usar el pañuelo de una mujer, sus motivos son a menudo oscuros, o alguien puede haberlo añadido sin su conocimiento.

—Por motivos igualmente oscuros —se quejó Emerson.

—Puedo pensar en al menos dos que no son oscuros para mí.

—Eso no me sorprende en lo más mínimo. —Después de un momento, Emerson añadió—: ¿Cuáles son?

—El tiempo se está acabando —le dije, levantándome—. Nefret llamará a la puerta muy pronto, exigiendo saber lo que pretendemos hacer. ¿Estamos de acuerdo? Debemos presentar un frente unido, ya que espero protestas de ambos, Nefret y David.

—Supongo que sí —dijo Emerson con tristeza.

—Creo que tenemos tiempo para un pequeño sorbo de whisky -sugerí—. Fue inteligente de tu parte, querido, pensar en traer varias botellas.

Un pequeño halago, como siempre digo, suaviza los pequeños desacuerdos. (El whisky tampoco era disuasorio.) Emerson se animó e incluso accedió a cambiarse de pantalones antes de que Nefret, como yo había predicho, llamara enfáticamente a nuestra puerta.

—No te has cambiado para la cena —le dije.

—Ustedes tampoco. —Se sentó en una silla y me lanzó una mirada desafiante—. ¿Eso es whisky? ¿Puedo tomar un poco?

Salvo los vinos y el jerez antes de cenar, Nefret rara vez tocaba las bebidas alcohólicas. En esta ocasión no vi ninguna razón para negarme a su petición. Podría ponerla de un estado de ánimo más flexible.

Los otros pronto se unieron a nosotros y volvimos al café donde habíamos almorzado. La lluvia había cesado y el aire olía a limpio y

fresco. Una vez nos sentamos hice mis anuncios, ya que creo en tomar el toro por los cuernos, o, como Emerson, una vez había expresado, hacer caso omiso de las objeciones.

—Salimos para Jerusalén mañana a primera hora. Voy a hacer los arreglos para el viaje esta noche. Hay un buen camino de carros, pero si alguien prefiere montar podemos alquilar caballos. Selim, estoy segura de que tú preferirás eso. De hecho, te agradecería que te encargaras de la selección de las bestias. Nefret, ¿y tú?

—Yo también preferiría montar —dijo en voz baja Nefret.

—Y yo —dijo David.

—¿Y usted, señor Platón? —Le pregunté, esperando tener que explicar de que estaba hablando.

—No he montaba una bestia desde aquel día memorable en el camino a Damasco —respondió Platón—. No era un caballo, por supuesto. Un pequeño burro.

Emerson decidió que él también montaría si podía encontrar un corcel para su peso, así que después de volver al hotel dejé a los demás hacer los arreglos necesarios y fui a mi habitación para empacar.

El sol se estaba poniendo y persistentes nubes oscurecían el oeste; incluso después de haber encendido las luces, la habitación era sombría y lúgubre. Tenía que haber sido el Ministerio de Guerra quien hubiera elegido este hotel en particular; no podría haber sido recomendado por ningún viajero exigente.

Entonces se me ocurrió otra idea, y solté un pequeño improperio de molestia. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? Había tenido muchas cosas en mi mente, pero eso no era excusa. Por lo general siempre tengo un montón de cosas en mi mente.

Recogiendo mi bolso y mi sombrilla, me apresuré a regresar al vestíbulo. El señor Boniface no estaba detrás del escritorio. Después de interrogar al recepcionista en funciones admitió que estaba en su oficina y señaló la puerta de esa habitación.

No llamé. Boniface tenía sus pies sobre el escritorio, un cigarro en una mano y un vaso de líquido de color ámbar en la otra. Mi aparición inesperada le hizo caer el cigarro y derramar una cantidad considerable de líquido sobre la pechera de su camisa.

—Es usted un hipócrita -dije—. Bebiendo licor en su oficina mientras se niega a suministrarlo en este hotel de sobriedad. ¿Es usted también un agente del gobierno británico?

La pregunta hizo que sus ojos se abrieran aún más. Su bigote vibró con agitación.

—Dios mío -jadeó—. Señora Emerson, por favor… ¡no digas esas

cosas! ¡No con la puerta abierta!

Cerré la puerta y tomé una silla.

—Confiese, señor Boniface. ¿De qué tiene miedo? Creo que estamos en el mismo lado. Si estoy en lo cierto, y estoy segura de que lo estoy, su hotel es un centro de comunicaciones para los agentes que trabajan en esta región. En realidad —agregué con irritación, mientras Boniface continuaba mirándome boquiabierto de manera estúpida—, esta maldita obsesión con el secreto es una condenada molestia. Llegará el momento en que tendré que usar ese sistema de comunicación. ¿Quién le dio el mensaje de código que me ha entregado hoy?

Boniface sacó su pañuelo y se secó la frente.

—Lo tiene todo mal, señora Emerson. Es decir… Sí, recibo y transmito mensajes. ¡Pero eso es todo lo que hago! No sé los nombres. No quiero conocerlos. Esa es la verdad, lo juro.

—¿No conoce al hombre que entregó ese mensaje?

—Nunca lo he visto en mi vida. Vestido como un peregrino, gafas, traje oscuro, cuello clerical. Pero me dio la señal, por lo que supe que era…

—¿Señal? ¿Qué señal?

Solemnemente Boniface se pellizcó la punta de la nariz entre el pulgar y el índice y se retorció hacia atrás y adelante. Se veía perfectamente ridículo, con sus ojos saltones y sudando.

—Ah -dije—. Eso podría resultar útil. Aunque me parece una señal bastante insegura. Podría hacerse por casualidad.

—Es el número de veces lo que importa —dijo Boniface. Casi parecía aliviado de haberse desahogado—. Atrás y adelante, atrás y adelante. Dos veces, no más.

—Ya veo. Gracias, señor Boniface, por su cooperación. Creo que sabe que nos marchamos mañana. Puede que le vea otra vez o puede que no.

Deduje, por la expresión de Bonifacio, que esperaba que la segunda alternativa fuera la correcta.

Casi había terminado mi equipaje (y el e Emerson) cuando él volvió para anunciar que habían hecho los arreglos.

—De acuerdo con Selim, los caballos son un grupo pobre, pero Nefret dice que están lo bastante saludables.

—Las normas de Selim son altas -comenté—. Y prefiere creer que nada en este país es equivalente a lo que Egipto puede proporcionar. Confío en que los demás se hayan ido a sus habitaciones para empacar.

—Sí. —Emerson se dejó caer en un sillón y sacó su pipa y la

bolsa del tabaco. Luego espetó—: Estoy preocupado por Nefret.

—¿Qué ha hecho?

—¡Nada! Eso es lo que me preocupa. Esperaba que se quejara, protestara, objetara. No es natural, Peabody.

—No, en absoluto, querido. Conoces mis métodos. Han demostrado ser eficaces. Ella ha visto la razón y no tratará de huir por sí misma.

Mi juicio era correcto. Cuando nos reunimos a la luz gris del amanecer, Nefret estuvo presente. David no.

Capítulo 5

David nunca llegaba tarde.

Girándome hacia el señor Platón, grité:

—¿Dónde está? ¿Estaba todavía en su habitación cuando salió?

El reverendo dio un paso atrás.

—¿Qué ocurre, señora Emerson?

No tenía la paciencia de tratar con él. Me apresuré a subir las escaleras, con Emerson tras mis talones.

La habitación que David y el reverendo habían compartido estaba desocupada. Las dos camas estaban sin hacer; las dos maletas de David de pie contra la pared. Fue Emerson quien vio el pedazo de papel clavado en la almohada de su cama.

—Te ruego que te abstengas de mencionar presagios horribles, Peabody -indicó.

Retorciendo mis manos, grité:

—No tenía ninguno, Emerson. ¡Ojala lo hubiera hecho! ¡Debería haberlos tenido! Déjame ver eso.

Emerson lo mantuvo lejos de mí.

—Te lo leeré. Siéntate y recupera el control.

Característicamente, la nota empezaba con una disculpa.

—Perdónenme por ir en contra de sus deseos expresados y descuidar el deber que les debo, pero hay otro deber que debe ir primero. No creo que Ramsés descuidara sus responsabilidades de manera displicente. Está en problemas y tengo que encontrarlo. Creo que he encontrado una manera de hacerlo sin ponerle en peligro. Yo soy el único que puede hacerlo.

—¿Eso es todo? -pregunté.

—Es más que suficiente, creo. —Emerson dobló la nota y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Lamentando mi pérdida temporal de calma, hice una inspección precipitada de las maletas de David. El armario estaba vacío; había empacado todas sus pertenencias, listas para que nos las lleváramos. Por lo que pude ver, sólo se había llevado una pequeña maleta, artículos de tocador y una muda de ropa.

Emerson llevó las maletas abajo y se las entregó a Daoud, dándole instrucciones para colocarlos con el resto de nuestro equipaje. Daoud obedeció sin comentarios, su ancha frente fruncida.

El reverendo interrumpió su interpretación sotto voce de lo que

sonaba como un himno.

—¿Desayunamos ahora? —Preguntó.

Tuve la tentación de agarrarlo por el cuello y sacudirlo, pero me contuve.

—¿Cuándo se marchó David? —Le pregunté.

—¿David? Oh. —El reverendo reflexionó—. No lo sé. No estaba allí cuando el criado me despertó. Así que bajé de inmediato, porque anoche dijo…

Le hice gestos para que se callara y miré a Nefret. Ella lucía una bonita figura, con su traje de montar. La chaqueta estaba cortada *a la militaire*, con muchos bolsillos útiles, y la falda podía ser desabrochada para formar pantalones. Miró hacia abajo y comenzó a desabrochar los botones. ¿Por qué no me había dado cuenta de que su aparente aquiescencia era una mala señal? Era sólo uno de los muchos que había pasado por alto.

—David y tú planeasteis esto -dije—. Sabías que tenía la intención de ir tras Ramsés.

Ella dejó de juguetear con los botones y me miró de frente.

—Si él no lo hubiera hecho, yo habría ido. Lo siento, tía Amelia.

La estudié más de cerca y vi que sus ojos estaban ensombrecidos y su rostro más bien pálido, como suele ocurrir cuando se ha dormido mal. Sin duda, la culpa y la vergüenza habían sido los responsables.

Las acusaciones y las recriminaciones habrían sido una pérdida de tiempo.

—¿Qué planea hacer?

—No me lo dijo. Pero dijo que él era el único que podía llevarlo a cabo, y sólo si estaba solo. —Sus estados de ánimo eran tan variables como el clima primaveral. El desafío dio paso al remordimiento; las lágrimas inundaron sus ojos azules—. Yo no quería engañarla, de verdad que no, pero…

—No intentes ese truco conmigo, señorita —dije bruscamente—. No me conmueven las lágrimas de mujer.

Ella lo sabía. Las lágrimas no eran para mí, se dirigían a Emerson, que había estado hablando con Selim.

Por una vez, no tuvieron el efecto deseado. Emerson estaba demasiado lleno de noticias que había oído de Selim.

—David bajó hace varias horas. Los criados no pueden decir con precisión cuándo; no llevan relojes de bolsillo. Les dijo que iba a adelantarse, montó a la bestia que había seleccionado y se marchó. No tenían ninguna razón para detenerlo, ya que le habían visto la noche anterior y sabían que era uno de nuestro grupo.

—No se les puede culpar —estuve de acuerdo—. ¿Alguno de ellos vio por dónde fue?

Emerson señaló, y luego negó con la cabeza.

—Eso no ayuda. Las principales carreteras a Gaza, Nablus y Jerusalén están en esa dirección.

—No importa —dije sombría—. Sé a dónde va. Samaria.

DEL MANUSCRITO H

La lluvia había cesado a la mañana siguiente, pero los caminos seguían anegados, como Ramsés descubrió después de que le metieran de nuevo en el vehículo, con los ojos vendados y atado. Encontraba su propia compañía desagradable, ya que Mansur había negado su solicitud de permitirle bañarse y cambiarse de ropa. También estaba desarrollando una barba erizada.

La ceguera impuesta artificialmente estaba empezando a pasar factura. Sabía que la venda de los ojos y la negativa oh-tan-educada de Mansur a darle tanto como un recipiente con agua y una pastilla de jabón era parte de un proceso deliberado, un método lento y sutil de reducir a un prisionero a algo menos que un ser humano. Estar muy limpio en todo momento nunca había sido una de sus principales preocupaciones; cuando él y David habían merodeado por los callejones de El Cairo, los disfraces a menudo tenían trapos sucios y un olor rancio. Pero eso había sido una cuestión de elección y de límites autoimpuestos. Ahora un extraño y un enemigo controlaba incluso ese aspecto fundamental de su existencia. Para un inglés arrogante, el control era intolerable. Al menos así es como Mansur razonaría, y tendría razón. ¿Me pregunto qué se le ocurrirá a continuación? Pensó Ramsés. Su imaginación, enriquecida por el conocimiento de sus propias debilidades internas y miedos, suministró una variedad de feas posibilidades. Sabía lo que quería Mansur, reducirlo a un estado de miseria tal que rogaría por un pequeño consuelo. En muchos aspectos, era una forma más intolerable de tortura que el dolor físico.

No era capaz de dormir, ya que el vehículo seguía hundiéndose en baches llenos de agua. La única ventaja de la ceguera era que sus otros sentidos eran más agudos. Podía oír el agua chapoteando mientras los hombres gruñían y empujaban para levantar el carro; olía el humo del tabaco cada vez que el hombre encaramado en la plataforma en la parte posterior del carro encendía un cigarrillo. Siempre había alguien allí, perceptible por el olor a tabaco y los pequeños ruidos que hacía al cambiar de posición, tos, carraspeos.

Ramsés había intentado hablar con él, pero nunca obtenía respuesta.

Después de un intervalo interminable se le permitía salir, todavía con los ojos vendados, para hacer sus necesidades y comer. No podía ver al hombre que mantuvo un firme control sobre su brazo, y quién le soltó una vez, por lo que Ramsés tropezó y cayó al barro. Ni siquiera se le permitió limpiarse la suciedad de la cara; su asistente silencioso lo hizo con un paño áspero, como una niñera limpiando a un niño sucio.

El enérgico lavado de cara del hombre había tenido un efecto positivo. El borde inferior de la venda de los ojos había sido empujado hacia arriba, sobre el puente de la nariz, por lo que era visible una delgada franja de luz. Se las arregló para frotar la cara un poco más contra el lateral del vehículo. No podía ver nada, excepto el interior del vehículo, pero incluso esa pequeña ventana al mundo de la vista le levantó el ánimo.

Algún tiempo después lo peor de la sacudida se detuvo y su progreso se hizo más tranquilo. Debían haber vuelto a una carretera más grande, después de atravesar vías menos transitadas. Aguzó los oídos. Sí; había otros viajeros, podía oír retazos de conversaciones y risas, cascos, el crujido y estruendo de los vehículos de ruedas, y un estallido ocasional de blasfemias dirigidas por un conductor a otro que se había metido en su camino. Una carretera bien transitada, entonces. No había muchos caminos aptos para todo viajes en todo tipo de climas. Una a Nablus y Jerusalén, otro a Jaffa; a menos que se hubieran dirigido al norte, hacia Haifa, o al oeste, hacia Damasco. Demasiadas posibilidades, y ninguna pista.

Su ritmo se desaceleró hasta que fue apenas más rápido que un paseo. Mansur no tenía prisa. ¿Era temprano para una cita o tenía que esperar hasta la noche para llegar a su destino? Probablemente esto último, pensó, mientras la luz se desvanecía y su velocidad comenzaba a aumentar. Estaban entrando en una ciudad, una ciudad de cierta importancia; los sonidos del tráfico eran más fuertes y vio destellos de luz, de linternas o antorchas, por debajo de la venda.

Cuando finalmente se detuvo el vehículo, le sacaron de un tirón, no demasiado suavemente y le ayudaron a sostenerse. No fue la mano de Mansur la que le guió; había aprendido a reconocer ese toque.

La superficie bajo sus pies era de piedra, pero el lugar debía estar abierto al cielo. Una fuerte brisa le refrescó la cara y le revolvió el pelo. Fue conducido a través de una puerta, a lo largo de

un pasillo y subiendo un tramo de escaleras. Otro pasillo, una puerta abierta; esto no era una vivienda de campesinos, sino una casa de un cierto tamaño. El hombre le dio un empujón que le hizo caer de rodillas. Entonces le desataron y la puerta se cerró con un golpe reverberante.

Su primer acto instintivo fue tirar de la venda de los ojos por encima de su cabeza. Parpadeando ante la luz, aún de rodillas, echó un vistazo a sus alrededores.

La luz provenía de un adornado candelabro de bronce en lo alto. Sólo la mitad de las velas habían sido encendidas; las llamas parpadeaban en el aire frío. La habitación era grande, amueblada con elegancia de mal gusto, seda y cojines de terciopelo esparcidos por el suelo de mármol, mesas de marfil con incrustaciones, un largo diván cuyo tapizado brillaba como tela dorada. Ramsés se puso lentamente de pie. Sin duda era una mejora de sus antiguas habitaciones, pero conociendo a Mansur como había llegado a hacer, no se tranquilizó. Se movió con cautela por la habitación, permaneciendo cerca de las paredes. La corriente de aire provenía de las ventanas en una pared lateral. Estaban cerradas por pantallas de madera talladas, las aberturas demasiado pequeñas para permitir que el ocupante de la habitación viera el exterior. Escudriñando los rincones oscuros, Ramsés continuó su búsqueda. Casi había decidido que estaba solo cuando se encontró cara a cara con una aparición que se retorció en un grito ahogado, una figura alta con ojos desorbitados y una cara horriblemente moteada con manchas verdes y marrones, una maraña de pelo negro coronaba su cabeza. Sus nervios estaban en un estado tal que pasaron varios segundos antes de darse cuenta que el monstruo era su propio reflejo en un espejo del suelo al techo, distorsionado por el cristal roto.

Consiguió respirar tranquilamente y siguió adelante. La puerta por la que había entrado a la habitación era enorme, madera pesada unida con hierro. Estaba, como había esperado, bloqueada o cerrada.

Un examen más detenido de la habitación y sus muebles le dijo qué tipo de habitación era. Pantallas *mashrabiya*, espejos ornamentados, cojines de terciopelo, una cámara de harén, probablemente el *ka'ah* o salón principal. Pero el borde de los cojines estaba deshilachado, el espejo estaba salpicado y una fina capa de polvo cubría las superficies planas. El funcionario turco dueño de la casa llevaba algún tiempo sin tener a sus mujeres aquí.

El traqueteo en la puerta le hizo darse la vuelta.

Entraron dos de los guardias, llevando de entre todas las cosas,

sus maletas. Las dejaron caer y tomaron posiciones a ambos lados de la puerta abierta, en posición de firmes.

Parecía que Mansur acababa de llegar de un largo baño caliente. Su caftán estaba impecable, su barba aceitada, los pies encerrados en elegantes zapatillas de cuero rojo. Ramsés sabía muy bien cuál era su aspecto. Tuvo que luchar contra la tentación de agachar la cabeza o levantar las manos para ocultar su horrible cara. El contraste entre su apariencia no podría haber sido más nítido.

De repente, de forma impredecible, su sentido del humor vino a su rescate. Esto era una farsa, una especie de broma desagradable pero inofensiva que un colegial podría jugar a otro. Ramsés levantó la mano a la frente a modo de saludo irónico.

—Qué limpio y pulcro estás —dijo con aprobación—. ¿Qué se celebra?

Mansur lo miró de arriba, desde la cabeza despeinada a las botas embarradas, y vuelta a empezar. Sus ojos hundidos se estrecharon.

—Pido disculpas por las molestias que ha sufrido en los últimos días —dijo.

Ramsés sonrió y se encogió de hombros. Esperaba que Mansur no le hubiera observado chillar y retroceder de su imagen en el espejo. Las habitaciones de un harén estaban equipadas con dispositivos de escucha y mirillas ocultas, de modo que el dueño podía mantener un ojo y oído, en su propiedad.

Mansur le hizo un gesto para que saliera de la habitación y le precedió a lo largo de un estrecho corredor. Él mismo abrió una puerta.

—Espero que con esto hagamos las paces —dijo.

Era una cámara de baño, llena de espejos, con una bañera romana suficientemente grande para contener un pachá y varias de sus damas. El mármol estaba agrietado y manchado, los espejos rajados, pero la vista era gloriosa. El vapor se elevaba desde el agua que llenaba la bañera. En una repisa junto a la bañera, habían sido colocados cuidadosamente artículos de tocador y una muda de ropa. Eran suyos.

No quería nada más que desnudarse y sumergirse en la bañera, pero no quería parecer demasiado ansioso o comparecer ante Mansur desnudo. Era una forma de humillación de la que se había librado hasta ahora. Levantó una ceja inquisitiva y se quedó esperando.

—Alguien vendrá a buscarte en un cuarto de hora —dijo Mansur. La puerta se cerró detrás de él. Ramsés no perdió el tiempo de intentarlo. O bien podía estar cerrada o habría un guardia. Pero

se tomó su tiempo en desvestirse, inspeccionando los artículos, una pastilla de jabón muy perfumado, varias toallas grandes, más bien raídas y una esponja vegetal. Se sentó en la bañera con un gemido de placer. Probablemente también había mirillas en estas paredes, pero en ese momento le importaba un comino.

Puesto que no tenía forma de medir el tiempo, no podía permitirse la indulgencia de remojar sus músculos entumecidos, pero se sintió un mil por ciento mejor después de haberse secado. Al final resultó que podría haberse demorado más tiempo. Estaba completamente vestido y caminó por la habitación por lo que pareció mucho más que un cuarto de hora antes de que Mansur regresara. Estaba solo.

—Vuelve a tu habitación —dijo secamente—. Rápido.

Le siguió de cerca pero en lugar de abrir la puerta de la cámara dele harén apoyó una dura mano en su brazo y le giró para que estuvieran cara a cara.

—Eres el hijo del Padre de las Maldiciones. El que llaman Ramsés.

Preguntándose de qué se trataba todo esto, Ramsés asintió.

Con un gesto dramático Mansur abrió la puerta de par en par.

—Entonces, ¿quién es este?

Uno de sus hombres se cernía sobre una forma reclinada. Su rostro estaba oculto en el hueco de su brazo, pero Ramsés lo reconoció al instante. Su estómago se hundió hasta las botas.

* * *

¿Qué hombre o mujer olvida jamás el momento en que él (o ella) se queda mirando por primera vez la ciudad tres veces santa, sus minaretes y campanarios y su gran cúpula dorada en la neblina púrpura de la noche?

Emerson, tal vez. Sus primeras palabras fueron:

—¡Qué confusión!

Conquistando mi propia emoción, contesté:

—Es una ciudad muy antigua, querido. Detengámonos aquí por un momento, y reflexionemos sobre los siglos, no, los miles de años que han pasado desde que David se estableció aquí…

—Si puedes creer al Antiguo Testamento, lo que yo no hago, la ciudad era jebusea antes de que los israelitas la tomaran.

Miré la imponente figura de mi cónyuge. Emerson siempre era imponente, pero a caballo no es menos que magnífico. Ante mi indicación, detuvimos nuestra pequeña caravana en lo alto de la

última colina. El camino era excelente, y aunque nuestro carruaje abierto era algo deficiente en muelles, no afectaba a la comodidad del viaje. Nefret y Selim también habían detenido sus corceles. La expresión de Nefret era cortésmente indiferente; pero Selim miraba con asombro a la cúpula del Noble Santuario, en llamas a la luz del sol poniente. Jerusalén era la tercera ciudad más sagrada para los musulmanes; y algunos podrían haber pensado que era irónico que el símbolo del islam que ahora dominaba la ciudad hubiera sido sagrado para el judaísmo y el cristianismo antes de ello.

El reverendo, sentado a mi lado, había estado en silencio la mayor parte del tiempo. Ahora se agitó y comenzó a murmurar.

—Entramos a través del túnel bajo la ciudad donde fluía el agua. Nos arrastramos en silencio, hombre detrás de hombre, obedientes a mi voluntad.

—¿Ahora qué es lo que balbucea? —preguntó Emerson.

—Hmmm. Déjame pensar. Ah… creo que está respondiendo a tu declaración acerca de la conquista de la ciudad jebusea. Eso significa que ahora es Joab.

—¿Quién? -Emerson frunció el ceño—. Oh, sí; el comandante israelita que dirigió a las tropas a la ciudad a través de los viejos túneles. Una decepción para el reverendo, ¿no es verdad, un simple comandante?

—Los túneles están ahí —dijo Platón.

—Mmm —dijo Emerson—. Bueno, mi querida Peabody, ¿has complacido tus fantasías románticas el tiempo suficiente? Todavía tenemos mucho camino por recorrer.

Había hecho todo lo posible para destruir mi estado de ánimo "romántico". Estaba en lo cierto, sin embargo; todavía teníamos que entrar en la ciudad y localizar nuestro hotel.

—Sí, vamos adelante -dije—. Daoud ¿de acuerdo?

Selim miró de nuevo al segundo carro, donde Daoud estaba sentado rodeado por cajas, fardos y equipaje. Había insistido en ocupar esa posición, “para evitar que los paganos robaran nuestras cosas”. Yo le había explicado que la mayoría de los habitantes locales no eran paganos, sino correligionarios suyos. El argumento no hizo mella en nuestro amigo; según su definición paganos eran los extranjeros y los extranjeros eran paganos.

—Gesticula para decir que todo está bien —informó Selim—. Creo que tiene hambre.

Era una suposición segura. Daoud era un hombre muy grande y requería comidas frecuentes.

El tráfico era ligero, mientras la gente buscaba la ciudad antes

de la caída de la noche. Caravanas de camellos, pastores y sus rebaños, los innumerables y omnipresentes burritos levantaban nubes de polvo. No dudaba que los peregrinos los encontraban muy pintorescos. Había varios carruajes como el nuestro en el camino, y otros jinetes, entre ellos unas pocas mujeres incómodamente encajonadas con hábitos de lana montadas de lado. Se veían absolutamente miserables.

El camino nos llevó por una pendiente y de vuelta a las alturas sobre la que se había construido la ciudad antigua. Por mis lecturas sabía que no era una meseta, sino colinas separadas que en otro tiempo habían estado divididas por un valle profundo, ahora parcialmente rellenado por los escombros acumulados durante siglos. Otros valles acotaban la ciudad por dos lados, el Kidron en el este y el Hinnon en el oeste. El descenso por ambos lados era empinado, y la descripción grosera de Emerson le hacía un poco de justicia, un revoltijo desordenado de estructuras se aferraba a las laderas como si se hubieran deslizado sobre el borde y pegado a la mitad.

La propia Ciudad Vieja estaba rodeada por el magnífico muro construido por Solimán el Grande en el siglo XII. Entramos por la puerta de Jaffa, una de las siete, y nos encontramos en un distrito comercial de fecha relativamente reciente, con tiendas, bancos y hoteles. Después de haber pasado varios de estos últimos empecé a sospechar que la hostería seleccionada por Emerson y el maldito Ministerio de Guerra no sería nueva ni conveniente.

En poco tiempo las calles modernas fueron sucedidas por las estrechas callejuelas de una ciudad típica de oriente medio. Afortunadamente nuestros conductores conocían el camino; con la guía en la mano, intenté seguir nuestra ruta, pero perdí la pista a los pocos minutos. Mis intentos de localizar puntos de interés: el Arco Ecce Homo, la Iglesia del Santo Sepulcro, y así sucesivamente, se vieron frustrados por el aumento de la oscuridad y la insuficiencia del mapa del libro. La Cúpula de la Roca estaba oculta por las casas y pequeñas tiendas que cerraban en la calle, por lo que ni siquiera ese hito era ya visible. Lo dejé, y me dirigí al señor Platón, que estaba mirando con interés por la ventana del carro.

—¿Sabe dónde estamos? —Le pregunté—. Ha estado aquí antes, ¿no? Debe conocer bien la ciudad.

—Ha cambiado mucho desde mi época —fue la respuesta.

De alguien más lo habría interpretado como evasión. Del señor Platón, sonaba como una referencia casual a una visita que había hecho en el siglo I o II a.C.

—¿Cómo era en su época? —pregunté.

El carro dobló una esquina bastante aguda, se tambaleó y se detuvo abruptamente. El impedimento parecía ser un camello, cuyos cuartos traseros eran visibles justo delante. Nuestro conductor se levantó, blandió el látigo, y comenzó a gritar a la bestia y a su conductor. El efecto, como debía saber que sería, fue insignificante. El camello ni siquiera le miró. Su jinete hizo gestos de naturaleza indeterminada pero probablemente groseros a nuestro conductor, quien respondió con otro flujo de invectivas. Yo le empujé con mi sombrilla.

—Paciencia —le dije en árabe—. Nuestro futuro está en manos de Alá.

Al darse cuenta de que yo había entendido sus maldiciones, el conductor volvió una cara avergonzada hacia mí.

—Casi hemos llegado, señora —tartamudeó.

El camello reanudó su camino con calma. Se despejó un camino para nosotros; burros y peatones se vieron obligados a hacerse a un lado, ya que un camello no cede el paso a nadie. No pasó mucho tiempo antes de entrar en una sección nueva de la ciudad. Las calles eran más anchas y más rectas. Yo era consciente de la fatiga del viaje, ya que habíamos salido temprano esa mañana, y me sentí bastante aliviada cuando el coche se detuvo ante una estructura moderna.

Emerson había decidido que no nos alojaríamos en el mismo hotel que Morley. El suyo estaba en el Monte de los Olivos, no en la propia ciudad, y… "no queremos que el hombre piense que le estamos siguiendo". Esto era, en mi opinión, un argumento absurdo. Estábamos siguiéndolo, y pronto lo sabría. Deduje que era la pequeña manera de Emerson de evitar cualquier queja que yo pudiera hacer sobre nuestro propio hotel.

De hecho, no era tan malo como me temía, y una clara mejora sobre el de Jaffa. Peregrinos judíos y cristianos, dignatarios otomanos con fez como macetas color carmesí y árabes con turbantes se mezclaban en el vestíbulo cómodamente amueblado que llevaba al comedor; el joven asistente eficiente del gerente egipcio nos enseñó nuestras habitaciones. Estaban entre las mejores del establecimiento, constaban de una sala de estar y una serie de dormitorios. Una cámara de baño primitiva adecuada estaba situada al final del recibidor.

Acompañada por el Sr. Fazah, examiné personalmente los arreglos y los aprobé. Estaba a punto de despedirse cuando le pedí que esperara un momento. Levantando el pulgar y el dedo índice

delicadamente hasta la punta de mi nariz, los froté.

Él parecía un tanto desconcertado.

—¿Algo más, señora? —Preguntó, apartando sus ojos.

Yo había asumido que este establecimiento, como el de Jaffa, tenía conexiones con el servicio secreto. Si era así, el gerente del asistente no era la conexión. Por supuesto, era posible que Boniface me hubiera engañado deliberadamente. Imaginarme haciendo ese gesto absurdo a una persona desconcertada tras otra podría haber sido su idea de una broma.

Me despedí del joven con el debido agradecimiento, y de un humor un tanto pensativo regresé a la sala de estar, donde encontré a Emerson sirviendo whisky.

—Mejor que no seas tan liberal con ello -comenté, aceptando el vaso que me entregó—. No sé si es fácil conseguirlo por aquí. Los musulmanes no lo permiten, ni tampoco las sectas cristianas más estrictas; ¿sucede lo mismo con los judíos ortodoxos?

—Probablemente depende de la secta en particular. No temas, Peabody. En este país se puede obtener cualquier cosa por un precio.

—Creo que lo mismo puede decirse de la mayoría de los países, Emerson. Incluso de la querida y vieja Inglaterra.

—Verdad. —Emerson tomó un largo trago refrescante—. Los dos conocemos lugares en Londres donde puedes contratar a un asesino o una… eh… acompañante, o comprar cualquier variedad de drogas mortales. No estás bebiendo, querida. ¿Ocurre algo?

—Sí. No. Oh, Emerson, estoy teniendo remordimientos sobre nuestra decisión de venir aquí. ¿Estamos haciendo lo correcto?

—Bueno, querida, más bien nos forzaste a venir —comentó Emerson—. No es propio de ti cuestionar tus propias decisiones.

Sus comentarios bromistas estaban destinados a animarme, pero mi estado de ánimo era demasiado sombrío. Con nada más que hacer durante el viaje en carro, había tenido todo el día para repensar mi decisión, ya que había sido mía, y no había permitido la disidencia o la discusión.

—Pero ahora hemos perdido a ambos muchachos -murmuré—. Y si…

—Nada de y si, Peabody. Ten en cuenta que no son niños sino hombres jóvenes que tienen una buena experiencia en situaciones inusuales. Dales unos días más. -Me acarició la mano—. Ahora anímate y bebe tu whisky como una dama.

DEL MANUSCRITO H

—¿Qué has hecho? —Ramses se apartó de Mansur y se arrodilló junto a David. Había sangre en su rostro, pero estaba respirando de manera uniforme.

—Él se lo buscó. —Mansur sonaba un tanto nervioso—. No debería haberse resistido. Debo… tengo otro asunto que atender.

El guardia había retrocedido unos cuantos metros con el arma levantada. Ramsés le dio una sonrisa zalamera, y pinchó a David.

—Sé que estás despierto. Siéntate muy, muy lentamente y dime qué diablos estás haciendo aquí.

—Buscarte. —David abrió un ojo y luego el otro. Ramsés le sujetó los hombros cuando se levantó, muy, muy lentamente, a una posición sentada—. Fui a Samaria y…

—No es necesario que expliques lo que hiciste. —La misma idea se le podría haber ocurrido a él si sus posiciones hubieran estado invertidas. David se había mostrado en o cerca de Samaria, vestido como Ramsés e imitando sus gestos y habla, como sólo David podía hacer, con la esperanza de que llegaran a los secuestradores los rumores de que había un segundo Ramsés Emerson suelto. Era un plan salvaje, loco, pero era obvio que había funcionado. Hasta este punto. David y él se parecían lo bastante para que una descripción verbal los confundiera: metro ochenta, cabello negro y ojos oscuros, caras delgadas y rasgos prominentes, bronceados. Pero nadie que los viera juntos podría confundir a uno con el otro.

—¿Por qué peleaste cuanto te atraparon?

—Sentí que era aconsejable estar a la altura de tu reputación de belicosidad. —David se llevó una mano a la cabeza e hizo una mueca—. Puede no haber sido una idea tan inteligente.

La preocupación hizo que la voz de Ramsés fuera más aguda de lo que debería haber sido.

—No es que no aprecie tus buenas intenciones, pero no puedo ver que hayan mejorado la situación. A menos que tengas una pistola o dos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Me temo que no. Me registraron bastante a fondo. Pero valió la pena. Por lo menos ahora sé que estás vivo.

Conmovido, aterrorizado y furioso, Ramsés tuvo dificultades para hablar por un momento.

—Habla rápido —dijo con urgencia—. El guardia no entiende mucho inglés, pero Mansur no nos dejará solos por mucho tiempo. ¿Qué te hizo creer que era un prisionero cuando escribí esa nota?

—Estaba guardada en un pañuelo de mujer. Tu madre fue la primera en señalar que si hubieras hecho algo tan inusual como

fugarte con una mujer, no lo habrías anunciado. Pero ella dijo que podía pensar en varias inocentes razones por las que alguien más…

—Sí, ella pensaría eso. —Por una vez Mansur había sido un poco demasiado inteligente.

Y había llevado a esto.

—¿Quiénes son estas personas? —Preguntó David—. ¿Y qué es lo que quieren?

—Buena pregunta. —Se preguntó qué estaba retrasando Mansur. ¿La llegada inesperada de David le había desequilibrado, o había algo más en juego? Bueno, lo averiguarían muy pronto. No servía de nada llorar por la leche derramada, como una dama conocida suya podría haber dicho. Toma el toro por los cuernos, pon tu hombro contra la rueda y averigua qué hacer ahora.

—Su objetivo es expulsar a los extranjeros, especialmente a los ingleses, de esta parte del Imperio Otomano. Puede llegar la yihad un día, pero en la actualidad están preparando el terreno y corriendo la voz. Mansur es uno de los líderes; la otra es una mujer, una alemana.

David empezó a hablar. Ramsés levantó la mano para pedir silencio y continuó rápidamente:

—Sus motivos pueden no ser los mismos que los de Mansur, pero han formado una alianza, ya que su objetivo es el mismo. Asesinaron a un agente británico que estaba infiltrado en su grupo. Me dijo varias cosas antes de que lo atraparan. Están buscando algún tipo de talismán para inspirar a los fieles. Podría ser un artefacto, un manuscrito, incluso un hombre. Si… cuando… salgas de aquí tienes que darle esa información a padre. Él sabrá qué hacer con ella.

—Cuando salgamos de aquí —dijo David, con esa inflexible voz suave.

Ramsés sacudió la cabeza con vehemencia.

—Tengo que quedarme con ellos. No he hecho ningún intento de escapar, probablemente no podría haberlo logrado de todos modos, pero no lo he intentado porque necesito saber lo que buscan. Y detenerlos si puedo.

—¿Por qué tú?

Era una pregunta razonable, y una que no podía responder. No era patriotismo, no era amor a la patria, no era deber; eran tópicos que podrían ser utilizados para bien o para mal. Ciertamente no era una fanática dedicación al ideal del imperio, que había inspirado a tantos idiotas jóvenes como Macomber. ¿Porque mucha gente inocente moriría si estos llevaban eso adelante? Eso tenía más

sentido, pero no era la única razón. Y una de esas razones no le daba ningún crédito. Quería vengarse de Mansur. Se había convertido en un duelo personal.

Estaba tratando de pensar qué decir cuando se abrió la puerta, para admitir no sólo a Mansur sino a un grupo de sirvientes con bandejas cargadas. Se movieron de manera eficiente por la habitación, juntaron dos de las mesas pequeñas, extendieron unos trapos y colocaron la plata, cristal e incluso servilletas de lino. El estómago vacío de Ramsés reaccionó vergonzosamente a los olores sabrosos que flotaban desde los diversos platos. No había comido ni bebido nada durante horas.

Mansur se quedó mirando con los brazos cruzados, luego despidió a la mayoría de los criados con un gesto señorial de la mano. Los pocos que se quedaron, incluyendo el criado de Mansur y una mujer con velo, tomaron posición detrás de las sillas que habían sido colocadas ante las mesas. Cuatro sillas.

Ella entró en la habitación con la confianza de una reina, la cabeza en alto y el paso firme. Llevaba un vestido largo de una ligera tela azul pálido y pequeñas zapatillas enjoyadas; su cabello rubio estaba enrollado alrededor de su cabeza en una corona trenzada.

David se puso de pie, con los ojos muy abiertos. La imagen que se había formado en su mente de la mujer alemana sin nombre, obviamente, no coincidía con la realidad.

Ella lo inspeccionó con fría indiferencia y luego miró a Ramsés.

—¿Puede haber alguna duda? —preguntó a Mansur.

—No. No, señora.

—¿Entonces por qué está aquí? —Hizo un gesto desdeñoso a David.

—Los que le trajeron no habían visto al otro. Oyeron hablar de él por su nombre.

—Y hay cierto parecido —ella estuvo de acuerdo—. Tal vez no tienen toda la culpa. Pero presenta una dificultad.

—Una que es fácil de resolver, señora.

Habían hablado en inglés. Ramsés estaba seguro de la elección de la lengua era deliberada; querían que David y él entendieran la amenaza media velada. Se las arregló para abstenerse de preguntar o comentar. Ella le miraba como si lo hiciera a través de un microscopio, atenta a todos los cambios de expresión.

Entonces una sonrisa curvó sus labios.

—Por supuesto, Mansur. Cenaremos juntos, como seres racionales, y encontraremos una manera de salir de nuestras

dificultades.

La porcelana era bávara, los vasos de cristal, los cubiertos de plata pesados y adornados. Frau von Eine habría sido una buena Gertrude Bell, quien viajaba con la plata de la familia, completada con el blasón.

La mujer con velo esperaba junto a su ama y el criado de Mansur junto a él. Este último evitó mirar a Ramsés o David, pero la mujer les lanzaba miradas de vez en cuando. Tenía ojos grandes, marrones y suaves delineados con kohl, y el velo era lo suficientemente delgado como para esbozar una pequeña nariz y una barbilla redondeada. Una vez Ramsés la atrapó mirándole y sonrió. Madame vio la sonrisa. No se le escapaba nada. Pareció divertirla.

Los otros criados eran lo bastante competentes, aunque no tan bien formados como los asistentes personales de su anfitrión y anfitriona. La comida fue excelente: cordero preparado con especias y verduras, pan recién horneado, cuencos colmados de fruta.

—¿Confío que os encontráis a gusto aquí? —Fue el gambito de apertura de la dama.

—Apenas estamos en condiciones de quejarnos —dijo Ramsés.

—Sois nuestros huéspedes. Debéis informar a Mansur si hay algo que necesitéis.

Ramsés se dio cuenta que ya no tenía hambre. Con la excepción de Mansur, les habían servido vino, una bebida color rojo oscuro que era un poco demasiado dulce para acompañar el cordero. Cogió su copa y la levantó en un irónico saludo.

—Sólo necesitamos nuestra libertad, madame. Ya que ambos fuimos traídos aquí por la fuerza, la palabra “invitados” es muy inexacta.

La dama reconoció su saludo con una inclinación de la cabeza.

—Lamento la necesidad.

—Entonces explique la necesidad. —Ramsés sintió que su temperamento se soltaba. Había sido capaz de controlarlo, apenas, cuando él era el único prisionero, pero la seguridad de David, su propia supervivencia, tal vez, estaban en juego ahora. Siguió con el creciente calor—. Estoy cansado de mentiras y equívocos. Sólo dígame qué diablos quieren de mí, y tal vez podamos llegar a un acuerdo razonable. Me he aburrido de los juegos infantiles a los que Mansur ha estado jugando.

Mansur, que no había dicho ni una palabra o mirado directamente a Ramsés, se volvió hacia él con los dientes descubiertos y un puño levantado, la primera grieta en esa fachada

impenetrable que Ramsés había visto.

—No queremos nada de ti. No eres un peligro para nosotros, sólo un inconveniente, y si decidimos que el inconveniente es demasiado grande…

—¡Mansur! —La voz de Madame restalló como un látigo.

La manga de Mansur había caído. En el interior de su antebrazo, justo debajo del codo, Ramsés vio una marca carmesí, demasiado regular para ser una desfiguración accidental. Estaba tratando de distinguirlo cuando Mansur bajó el brazo y se sentó de nuevo.

—Pido disculpas -dijo.

—De acuerdo —dijo Ramsés, aunque estaba seguro de que la disculpa no se había dirigido a él—. ¿Por qué no intenta decirme la verdad? -Sugirió—. Mansur dio a entender que yo podría simpatizar con sus objetivos si me los explicaran. ¿Qué daño puede hacer, siempre y cuando seamos invitados… muy bien protegidos? Si los objetivos son, como sospecho, la libertad y la independencia de los pueblos árabes, estoy de su lado, siempre que sus métodos no sean violentos.

Ella meditó la cuestión, apoyando la barbilla en una mano delgada.

—Una sugerencia razonable —dijo después de un momento—. Pero se hace tarde, y sin duda están cansados. Descansen bien y mañana hablaremos de nuevo.

La criada que esperaba retiró la silla de madame mientras se levantaba. Los hombres se pusieron de pie. ¿Qué más haría un caballero en presencia de una dama? Ramsés se preguntó si había estado mirando mientras alguien le cortaba la garganta a Macomber.

* * *

El sol salía detrás de mí mientras subía la empinada ladera de Deir el Bahri a la cima del acantilado y al camino que llevaba al Valle de los Reyes. Sabía lo que iba a ver cuando llegara a la cumbre, y mi corazón latía rápido con anticipación. Efectivamente, él estaba allí, caminando hacia mí con el paso largo y libre de un hombre en la flor de la vida. La barba de Abdullah había sido blanca cuando murió en mis brazos después de dar su vida para salvar la mía. En estos sueños su barba y cabellos eran negros y su hermoso rostro aguileño no tenía arrugas.

Me volví para pararnos lado a otro, en silencio, mirando el orbe escarlata del sol elevarse sobre los acantilados del este, desterrando

la oscuridad con los rayos vivificantes del Re Harakhte.

—O quizás es Amón Ra, o Aton, único dios de Akhenaton —reflexioné en voz alta.

—El Único tiene muchos nombres —respondió Abdullah en tonos sonoro—. ¿Tiene intención de perder el tiempo que se nos asigna con charla sin sentido?

—Eso suena más a mi viejo amigo —dije, riendo—. Lo primero y más importante, me alegro de verte. ¿Por qué ha pasado tanto tiempo?

—No tenía necesidad de mí.

—No es que no pensara a menudo en ti -dije, respondiendo el reproche implícito—. Si no tuviera otro motivo, me acuerdo cada vez que veo a David o hablo con Selim. Él ha asumido sus responsabilidades como *reis* de manera admirable.

—Como debería. Es mi hijo. Ahora, *Sitt*, hablemos de otras cosas. ¿Por qué debe dejar su patria para pasear por lugares peligrosos y no civilizados?

Por patria se refería Egipto. Y estaba en lo cierto; sabía que si después de la muerte volvía a un lugar que me encantara, sería este lugar, mirando hacia abajo al valle del Nilo y al escenario de mis años más felices. Este era una vieja queja de Abdullah; no era viajero, nunca pudo entender por qué cualquier persona en su sano juicio querría estar en ningún otro lugar.

—Fue idea de Emerson —dije hipócritamente—. ¿No debería seguir a mi marido dondequiera que vaya?

—Ja —dijo Abdullah, condensando un párrafo de sarcasmo en una sola sílaba.

No me defendí, aunque en este caso particular, mi declaración era verdad. Abdullah sólo seguiría y seguiría sobre "correr riesgos tontos" y no ser cuidadoso.

—¿Me vas a dar algunos consejos prácticos para variar? —Le pregunté—. O una insinuación de peligro que evitar.

—Más bien —dijo Abdullah, cruzando los brazos con aspecto severo—. Le diré lo que pienso de su última acción tonta. Mi nieto ha desnudado su garganta ante los cuchillos de sus enemigos. ¿Por qué lo dejó ir?

—Le prohibí ir. Él nunca me ha desobedecido antes. Pero debería haber hecho más, debería… Oh, Abdullah, no me regañes, estoy demasiado triste y demasiado preocupada.

Escondí el rostro entre las manos. Por un momento imaginé que sentí un toque fugaz como el aleteo de las alas de un pájaro, contra mi mejilla. Cuando Abdullah habló, su voz era muy suave.

—Ramsés es su amigo, cercano como un hermano. ¿Qué otra cosa podía hacer David para salvar su honor?

—Típico de un hombre —dije con amargura—. Me importa un rábano su honor, o el de Ramsés. Quiero que vuelvan sanos y salvos. Y pronto. ¿Qué voy a hacer?

—Esperar —dijo Abdullah.

Me giré hacia él, tan bruscamente que dio un paso atrás. Había estado muy cerca. Yo había aprendido, instintivamente, que no debía tratar de tocarlo en estas visiones.

—Sé que es un consejo que no le gusta —dijo Abdullah—. Pero no puedo predecir el futuro, *Sitt*. Hasta que se convierte en el presente, existe como una posibilidad de muchas. Usted no es la que determina lo que va a suceder.

—Sí, sí, lo sé. Está en las manos de Dios —dije.

—Al final. Pero Él trabaja a través de agentes humanos y usted es sólo una de ellos. Un poderoso agente eso seguro —añadió, y vi que estaba sonriendo.

—Dime, por lo menos, que están vivos. Por favor, Abdullah. Puedo esperar, si debo hacerlo, por un tiempo, si lo sé.

—El tiempo asignado ha pasado, *Sitt*.

Había reglas en este otro mundo extraño, y mi pregunta había violado una de ellas. Hundida en la desesperación, lo vi alejarse lentamente, a lo largo del camino que lo llevaría a través de la meseta al valle real. Lentamente y más lentamente continuó… Y se volvió, y pronunció una sola palabra.

Me desperté con la cara bañada en lágrimas y mi corazón lleno de alegría.

* * *

Emerson todavía estaba profundamente dormido, así que me quedé tumbada tranquila a su lado, observando la luz gris iluminar la ventana. La mañana trajo la reacción inevitable a mis momentos de felicidad. La duda y, sí, lo admito, irritación. Esas visiones de mi querido y viejo amigo me consolaban por su pérdida y yo nunca dudaba de la veracidad de lo que me decía. Pero era una verdad exasperantemente limitada. ¿Por qué no había expresado la última pregunta de otra forma? No era suficiente saber que los chicos todavía estaban vivos. Quería una visión del futuro y consejos sobre qué hacer.

Emerson dejó escapar un gruñido y se giró. Su brazo extendido aterrizó pesadamente sobre mi diafragma, pero estaba acostumbrada a esta maniobra así que estaba preparada. No tenía

ninguna intención de mencionarle mi sueño a Emerson. Él no lo habría encontrado tan significativo como yo, ya que en realidad no creía en esas visiones. Una vez había cometido el error de referirse a ellas como productos de mi mente inconsciente. Tuve por supuesto que recordarle que él no creía en la mente inconsciente tampoco.

Cuando Emerson comenzó a murmurar y a agitarse, en su preludio habitual del despertar, yo ya había llegado a una decisión. Abdullah me había dado un consejo. "Esperar". Iba en contra de la corriente, no había duda, pero encajaba con mi plan preliminar: dar a los chicos unos días más y, mientras tanto, llevar a cabo nuestro propósito inicial, o por lo menos hacer un buen comienzo.

Dispuse que nos sirvieran el desayuno en nuestra habitación, ya que sabía que Emerson era incapaz de un discurso razonado hasta que hubiera tomado varias tazas de café. Cuando el criado llegó trajo consigo dos mensajes. Emerson chapoteaba en el lavabo en ese momento, por lo que me apresuré a inspeccionarlos. Ninguno tenía la escritura que había esperado ver, por lo que se los entregué a Emerson sin abrir y esperé con impaciencia hasta que hubiera bebido una cantidad suficiente de cafeína.

—Bien, bien -remarcó, hojeando el primero—. Nuestra llegada, al parecer, se ha convertido en noticia. Furman Ward, de la Organización Panamericana de Palestina pide el favor de una reunión lo antes posible.

—No estoy familiarizada con esa organización, Emerson.

—Es, creo, de fecha bastante reciente. Este -continuó—, es del homólogo británico de Ward. Estaría encantado de visitarnos tan pronto como sea posible.

Me entregó las notas.

—Hay un cierto aire de urgencia en ellas -comenté—. Creo que puedo aventurar una conjetura en cuanto a que, o más bien, quien, lo pide.

—Más que una conjetura al azar, Peabody. Morley lleva aquí varias semanas, tiempo suficiente para provocar a la comunidad arqueológica local. ¿Supongamos que visitamos a estos caballeros esta mañana? Nos pueden decir que ha estado haciendo ese bastardo.

Enviamos mensajes a los individuos en cuestión. Sólo podía esperar que pudieran recibirnos, ya que Emerson se negó a esperar una respuesta. Él nunca pedía citas, simplemente aparecía y se irritaba si la persona que quería no estaba allí. Ah, bueno, me dije filosóficamente, al menos disfrutaríamos de un paseo por las calles

sagradas de la ciudad más sagrada del mundo.

Los otros estaban terminando su desayuno cuando nos unimos a ellos. Los ojos de Nefret estaban ensombrecidos, como si no hubiera dormido bien. Daoud estaba de su estado de ánimo plácido habitual pero Selim parecía un poco nervioso. Estaba mirando a un grupo en el lado opuesto de la habitación. Cabezas inclinadas, Biblias en sus manos, estaban inmersos en una perorata emitida por uno de los suyos. Vestido todo de negro, parecía un ave de presa, con una nariz como un pico y, dedos como garras delgadas. Sus ojos se elevaron al cielo (al techo del salón comedor, para ser exactos) y su voz fue muy penetrante, podía oírle con claridad a través de la sala.

—"Hermosa por situación, el gozo de la tierra, es el monte de Sión". ¡Que ciertas las palabras del salmista, oh mis queridos hermanos y hermanas! Si su hermosa situación nos encanta ahora, ¿cómo será el día en que el verdadero rey regrese, cuando ese salmo se cumpla a la perfección?

—Por Dios —dijo Emerson, por encima de un coro de entusiastas "Amén"—. ¿Por qué está ese individuo haciendo tanto ruido? Necesita que le recuerden sus modales. Esto no es una maldita iglesia.

—Si habéis terminado el desayuno, tenemos que ponernos en marcha -dije, deslizando el brazo en el de Emerson antes de que éste pudiera explicar su noción de buenos modales al hombre. Justo a tiempo. El orador comenzó otro salmo, en un tono aún más alto que antes.

Nefret apenas había hablado, a excepción de un murmurado "Buenos días". Ahora preguntó,

—¿A dónde van usted y el profesor?

Le expliqué nuestra misión, agregando:

—Vamos todos. Podrás disfrutar de conocer a esos caballeros, estoy segura. Iremos a pie, para que puedas ver los monumentos de la ciudad.

—Muy bien. Subiré y cogeré la cámara y mi sombrero.

—Dios mío -dije—. Me parece que he olvidado el mío también. Y mi sombrilla.

—Voy por ellos —dijo Nefret—. No hay necesidad de que las dos vayamos. ¿Me puede dar la llave de su habitación?

Ella me dio una sonrisa ganadora y me miró a los ojos con una mirada cándida que despertó ciertas sospechas. Soy una firme creyente en el viejo adagio que dice: "Nunca confíes en un hombre que te mira directamente a los ojos."

O algo por el estilo. No podía pensar que travesura podría

planear Nefret en diez minutos, pero después de la deserción de David yo no quería correr riesgos. Con una sonrisa ganadora propia, dije que la acompañaría, ya que no había decidido que sombrero me pondría. (El sombrero que había seleccionado era mi sombrero de viaje, de fina paja con cintas que se ataban debajo de la barbilla y cubierto con una cuidada disposición de flores secas.) Ella salió de su habitación antes de que pudiera llamar a su puerta, con el sombrero y la cámara en la mano. Así que tal vez la oferta había sido genuina. Tal vez me estaba volviendo demasiado suspicaz.

Los hombres se habían dispersado en todas direcciones, algo que suelen hacer cuando las mujeres los dejan a su suerte durante cualquier periodo de tiempo. Creo que se aburren fácilmente. Selim y Daoud habían vuelto a la sala de comedor para un último bocado, y Emerson estaba discutiendo con un hombre desconcertado, quien deduje que debía ser un ministro protestante. Los recogí, para alivio del caballero clerical, y luego miré alrededor.

—Ahora, ¿dónde ha ido el señor Platón?

—Tal vez esté esperando fuera —sugirió Selim.

Sin embargo, no estaba a la vista.

—Maldito hombre -exclamé—. Se ha ido. Ahora nunca lo localizaremos.

—Al diablo con él —dijo Emerson, consultando su reloj de bolsillo—. Encontrará el camino de regreso, o no lo hará. Apuesto que aparecerá cuando tenga hambre, dentro de una hora o dos, a lo sumo.

La Sociedad Británica para la Exploración de Palestina se encontraba en esa época en un precioso edificio árabe antiguo en el centro de la ciudad vieja. Tardamos un rato en llegar allí. Ninguna de las personas a las que pedimos instrucciones había oído hablar del lugar. Así que paseamos, absolutamente feliz por mi parte, bastante lo contrario por parte de Emerson, por calles tortuosamente sinuosas, bajo arcos ornamentados, subiendo y bajando escalones tan estrechos y tan pronunciados como escaleras. Una Babel de lenguas, los gritos de los vendedores ambulantes, la variedad de trajes, la elegancia de las fuentes talladas y las elaboradas puertas, todo se añadía al placer del paseo. Pero cuando las quejas de Emerson se alzaron hasta ser un gruñido atronador volví mi atención a nuestra misión. Deteniendo a un individuo pintorescamente ataviado que remolcaba una cabra, le pregunté dónde se encontraba la mezquita del jeque Abu al Mahmud. Las oficinas de la Sociedad, ya que me había tomado el trabajo de confirmarlo con el recepcionista del hotel, estaban cerca.

Siguiendo las instrucciones proporcionadas por el amable cabrero, pronto llegamos a nuestro destino.

—Es muy tarde —dijo Emerson, llamando a la puerta con la aldaba de hierro macizo—. ¿Por qué no preguntaste antes por la mezquita?

Nunca miento a menos que sea absolutamente necesario, por lo que no contesté. El tiempo transcurrido desde que salimos del hotel significaba que habíamos llegado a una hora respetable a media mañana, en vez de a las ocho de la mañana.

Por el entusiasta recibimiento que nos dieron me di cuenta de que podríamos haber llegado casi a cualquier hora. El director, el señor Samuel Page, era un individuo delgado casi tan alto como Emerson, pero sólo la mitad de su volumen. Sus hombros tenían la característica joroba académica, y su pelo había desaparecido a excepción de una tonsura gris. Su oficina era una habitación agradable llena de estanterías y alfombrada con varias viejas alfombras orientales. Mirándonos a través de unos anteojos con borde de oro, dio la mano a todo el mundo excepto a Selim y a Daoud, a quien saludó con una inclinación cortés de la cabeza.

—Han traído a su propio *reis* y su ayudante con ustedes, ya veo. Una excelente idea. ¿Qué otro personal tienen?

Sentándose de golpe en la silla que el señor Page había indicado, Emerson respondió:

—La señora Emerson y yo, la señorita Forth, y… y… —Se aclaró la garganta con fuerza y me miró en busca de ayuda.

—Mi hijo y su amigo, el artista de nuestro grupo -terminé—. Se han retrasado, pero pronto se nos unirán.

—Cierto —dijo Emerson, superando su momento de debilidad.

—¿Será suficiente? Puedo presentarles a algunas personas cualificadas que estén familiarizados con esta región.

—En realidad… -comencé.

—Será suficiente —dijo Emerson en voz alta—. Nuestras excavaciones serán limitadas en tiempo y alcance.

—Entonces… entonces me atrevo a esperar ¿que su intención principal es otra? Que están aquí en respuesta a las protestas que hemos estado enviando a nuestros colegas en Inglaterra y Estados Unidos en relación con un determinado… eh…

—El comandante Morley —dijo Emerson.

—Entonces es usted consciente de la situación. ¡Gracias a Dios! Todos los aquí presentes se sienten impotentes para detenerlo. Ha sido acogido con entusiasmo por el gobernador de Jerusalén, Azmi Bey Pasha, y tiene el permiso oficial de Constantinopla. Profesor

Emerson, hasta donde podemos determinar, el hombre no tiene absolutamente ninguna formación profesional. Nadie parece saber quién es, o que busca, aunque hay rumores inquietantes de que se trata puramente de una expedición de búsqueda de tesoros. No podemos…

Emerson levantó una mano magistral.

—Cálmese, señor.

—Disculpen. -El señor Page sacó un pañuelo y se enjugó la frente ahora punteada de gotas de perturbación—. Cuando nos enteramos de su llegada nos dio una nueva esperanza. Su reputación es bien conocida, profesor, no sólo por su integridad profesional, sino por… eh… ¿cómo lo diría?

—¿Pasar por alto la burocracia? —Sugerí.

Emerson, que había estado esperando una metáfora más enfática, asintió amablemente en mi dirección.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Acaba de comenzar sus llamadas excavaciones en la Colina de Ophel.

—Bien, bien. —Emerson se acarició el hoyuelo de la barbilla prominente—. Por una extraña coincidencia, mi propia excavación está cerca.

—Toda la zona está rodeada de guardias y soldados. Nadie ha sido capaz de conseguir acercarse a él —dijo Page.

Si Emerson hubiera tenido dudas sobre cómo proceder, ese desafío habría terminado con ellas. Sus ojos azules zafirinos brillaron con anticipación.

—Ya veremos -dijo.

Recordando tardíamente sus modales, el señor Page nos ofreció un refrigerio. Emerson se negó con agradecimiento.

—Quiero inspeccionar el lugar esta tarde —explicó.

—Prometimos visitar al Dr. Ward esta mañana —le recordé.

—No hay tiempo para eso, no hay tiempo para eso —dijo Emerson—. Presumo que Page está hablando en nombre de toda la comunidad arqueológica de Jerusalén. Tranquilice a sus asociados, señor. La señora Emerson y yo estamos trabajando.

* * *

Regresamos al hotel para el almuerzo. Emerson consideró esto una pérdida espantosa de tiempo y así lo dijo, extensamente. Conseguí que estuviera de acuerdo señalando que Nefret y yo no estábamos vestidas para trepar arriba y abajo por las colinas de

Jerusalén. También estaba ansiosa por saber si el señor Platón había regresado. Se estaba convirtiendo en una molestia infernal, pero había asumido esa responsabilidad y yo no abandono las responsabilidades a la ligera.

Como Emerson había predicho, lo encontramos ya almorzando. Nos saludó con una sonrisa vaga y preguntó si habíamos tenido una buena mañana. Emerson le preguntó dónde diablos se había metido y explicó:

—Quería estar solo mientras refrescaba mis recuerdos de la Ciudad Santa.

—Estábamos preocupados por usted —dijo Nefret—. Por favor, no se vaya de nuevo sin avisarnos.

Platón agachó la cabeza y se veía un poco avergonzado.

—No debe preocuparse por mí, querida.

—Pero lo hago. —La calidez de su sonrisa y su voz provocó un leve rubor en las mejillas del reverendo—. Usted es un amigo, y me importan mis amigos.

—Sí, sí —dijo Emerson. Él no aprueba las demostraciones públicas de afecto, especialmente cuando se dirigen a alguien que no aprueba—. Daos prisa y cambios, señoras. Tenemos que ponernos en camino pronto.

—¿A dónde vamos? —Preguntó Platón brillante.

Emerson abrió la boca, pero me adelanté.

—Ya ha pasado la mitad del día, Emerson. Propongo esperar hasta mañana por la mañana antes de visitar el sitio.

—¡Nos retrasas deliberadamente! —exclamó Emerson—. Mira, Peabody…

—Además —continué con voz un tanto más fuerte—, Daoud y Selim aún no han visto al Haram al-Sharif. Deben estar ansiosos por hacerlo, al igual que yo, aunque por diferentes razones. ¿Privarías a nuestros amigos de la oportunidad de visitar el tercer santuario más sagrado de su fe?

Selim comenzó:

—Sitt Hakim…

—No protestes, Selim, sé que siempre estás dispuesto a subvertir tus propios deseos por los de Emerson, pero no puedo permitir tal autosacrificio. Sé que estás deseoso de visitar el Noble Santuario, Daoud.

La boca de Daoud estaba llena. Asintió vigorosamente, su rostro iluminado.

—Maldita sea —dijo Emerson de manera inapropiada.

Era imposible pasar por alto nuestro destino. Dominaba la

ciudad desde todas las direcciones. Entramos en el recinto sagrado por una calle cubierta llamada Bab el-Kattan. Era una entrada impresionante, con su alto techo abovedado, si se ignoraba al burro ocasional o el montón de basura.

Abriendo mi guía, leí en voz alta.

—Probablemente fue aquí donde Cristo acudió ante los prestamistas y Ezra reunió…

—Bah —dijo Emerson.

Al salir del túnel, nos encontramos en un espacio abierto a la sombra de cipreses, higueras y adornado con fuentes y santuarios. Un tramo de escaleras conducía a la plataforma donde se encontraba la magnífica estructura. Estábamos caminando en esa dirección cuando recibimos un alto inesperado en la forma de un asistente con turbante, que nos informó de que los cristianos sólo podían entrar acompañados por un *kavass* del consulado de la nación a la que pertenecían, y por un soldado turco.

—Yo no soy cristiano —dijo Emerson con fuerza.

—Él es el Padre de las Maldiciones —declaró Daoud. Continuó, con tono ondulante, identificando al resto de nosotros por nuestros apodos. El encargado, un hombrecillo enjuto, cuyo rostro estaba eclipsado por su imponente turbante, abrió los ojos muy ampliamente. Habría sido difícil decir si estaba impresionado o simplemente desconcertado. Sospeché esto último. Lo dejamos rascándose la cabeza y contemplando con satisfacción la propina que Emerson le había entregado.

—Que tontería —dijo Emerson, saltando por las escaleras.

Dejando nuestros zapatos en la puerta, entramos. La luz era tenue y el aspecto de reverencia pacífica. En el centro, en marcado contraste con los diseños intrincados que decoraban el interior de la cúpula, había una gran roca sin tallar rodeada por una pantalla de hierro forjado.

—Fue sobre esta roca —dije con apropiada voz baja—, que Abraham estuvo dispuesto a sacrificar a su amado hijo. —Antes de que Emerson pudiera expresar su opinión sobre un Dios que imponía tal prueba a un siervo fiel, continué—, y desde donde Mahoma ascendió a los cielos.

—Muy interesante, tía Amelia —dijo Nefret cortésmente.

Nuestros amigos se unieron a los fieles que se encontraban orando (todos ellos hombres) y nosotros pasamos el tiempo admirando la exquisita manufactura de los mosaicos y las incrustaciones de oro y mármol que adornaban el interior. Noté que Nefret tenía sujeto firmemente a Platón por el brazo, y que él estaba

murmurando para sí.

Emerson esperó hasta que Selim y Daoud terminaran sus oraciones y luego anunció que debíamos irnos.

—Hay mucho que no hemos visto -protesté—. La mezquita de Al-Aksa, los establos de Salomón…

La respuesta de Emerson, como yo esperaba, fue un rotundo:

—Salomón, un disparate. Volveremos otro día.

Ya que Emerson rara vez presta atención a dónde va, yo fui capaz de organizar nuestra ruta de regreso de tal manera que viéramos otro de los famosos monumentos de la ciudad. Selim y Daoud estuvieron perfectamente dispuestos a visitar la Iglesia del Santo Sepulcro; Jesús, a quien llaman Issa, es un profeta venerado por los musulmanes. Estaba rodeada por soldados turcos, que estaban allí, lamento decir, con el fin de mantener la paz entre las diversas sectas cristianas. A pesar de la relativamente tardía hora, el edificio estaba lleno de gente, algunos peregrinos, algunos clérigos realizando diversos ritos en varios altares. El olor a incienso era fuerte y el nivel de ruido elevado. Un grupo de peregrinos, llorando y orando, se había reunido alrededor de la Piedra de la Unción, donde el cuerpo del Salvador fue ungido después de ser bajado de la cruz.

—Si alguien no los vigila —dijo Emerson, mirándolos—, van a astillarla para hacer recuerdos hasta que no quede nada de la piedra. No es que importe, ya que…

—Silencio —dije.

La Tumba en sí estaba completamente encerrada en mármol e iluminada por docenas de lámparas. Emerson, que me había liberado de mi guía, leyó en voz alta:

—"De las lámparas en la capilla exterior, cinco pertenecen a la Iglesia Ortodoxa griega, cinco a la Iglesia latina, cuatro a los armenios y una de los coptos". Toda la maldita iglesia…

—¡Emerson!

—Se divide entre las diversas sectas. Si uno se inmiscuye en el espacio de otro, una… eh… puede sobrevenir una sangrienta batalla. Los sacerdotes ortodoxos golpean a sus hermanos latinos con incensarios, los armenios tratar de estrangular a los coptos…

En un extremo de la vasta cámara había una estructura de madera que cubría la Colina del Calvario. Bajo petición, se levantaba un panel de la caja. Debajo había una roca.

Emerson, que ya estaba disfrutando completamente de sí mismo, comentó:

—Que conveniente que la Tumba estuviera a pocos cientos de

metros del lugar de la crucifixión, y que ambos estuvieran dentro de la ciudad.

—Emerson, si no puedes hablar educadamente, no hables en absoluto.

Por deber, visitamos las diferentes capillas, aunque yo estaba empezando a tener dolor de cabeza por el aire cargado, el murmullo de voces, y, ya que tengo que ser sincera, la ornamentación chillona que cubría todas las superficies disponibles. Emerson iba detrás de mí, leyendo en voz alta la guía y chocando con la gente. Un coro de quejas seguía a nuestro pequeño grupo. Atrapé a Daoud, que estaba a mi lado, en medio de un bostezo gigantesco, e informé a mis compañeros que era hora de irse.

—Todavía no —dijo Emerson, pasando las páginas—. Aún tenemos que ver la Capilla de la Burla, y la capilla donde fue enterrado Adán, y debe haber otros mil iconos que no hemos…

Girando sobre mis talones, me dirigí hacia la entrada. Emerson me siguió, riendo

Capítulo 6

DEL MANUSCRITO H

—¿Y bien? —preguntó Ramsés—. ¿Qué piensas?

Después de concluido el banquete, se les había mostrado una cámara más pequeña detrás del harén. Era parte de una suite que probablemente pertenecía a una esposa favorita, consistente en un pequeño cuarto de baño y un dormitorio decorado en el mismo estilo pobremente elaborado del salón principal. La única luz provenía de dos lámparas de aceite de latón agujereado. Sus anfitriones también habían dejado una jarra de agua y una cesta de naranjas e higos.

—No me puedo quejar sobre el alojamiento o la comida. ¿Siempre te han tratado tan bien? —dijo David adormilado, tendido en el diván.

—Esta noche fue la primera vez que me he permitido bañarme o cambiarme de ropa durante tres días y los servicios han mejorado considerablemente. Forma parte de las estrategias de Mansur, molestias insignificantes, pero de la clase que se acumulan. La pregunta es, ¿cuál es la estrategia de la dama? —dijo Ramsés suavemente, despatarrado sobre el diván, con la cara a la altura de la de David.

—¿Supongo que nos están observando? —dijo David con el mismo murmullo.

—O escuchando o ambas cosas. Baja la voz. Es una suposición segura —continuó en el latín escolar que David y él usaban cada vez que no querían que les entendieran—. ¿Dónde estamos?

—¿Tú no lo sabes? Yo no lo sé. Yo estaba en… eh… de Nablus cuando… ¡maldita sea!

Esto no estaba funcionando demasiado bien. David había olvidado la mayoría de su latín. Ramsés cambió al dialecto cairota del árabe y habló rápidamente.

—Tenemos que escapar. No me gusta como van las cosas.

—¿Qué quieres decir?

Le habría tomado mucho tiempo explicarlo, incluso si hubiera sido capaz de encontrar las palabras adecuadas. Había asumido que Frau von Eine era quien daba las órdenes. Los pequeños trucos de Mansur podrían haber sido sus propias ideas; ninguno había violado

una orden general de que Ramsés no fuera objeto de abuso físico. Pero al observar a la pareja durante esa extraña cena le había dejado con la clara sensación de que su relación había cambiado… o que él se había equivocado acerca de la naturaleza de esa relación. Un abierto conflicto entre los dos podían dejarles a David y a él incómodamente en el medio, sujetos a los caprichos de cualquier bando que estuviera en la cima. Y ninguno de los bandos tenía en mente sus mejores intereses.

Los instintos no eran pruebas, pero había otra razón, aún más fuerte para su decisión. La llegada de David los había cogido por sorpresa; quizá no habían tenido tiempo para organizar alojamientos independientes para él. Mansur no permitiría que esto durara. Debía saber que ninguno intentaría escapar sin el otro. Esta podía ser su última oportunidad.

—Más tarde. ¿Hay algo en tu mochila que pueda sernos útil? ¿Un cuchillo, incluso una linterna?

—Tenía un cuchillo extra, pero dudo que siga allí. No nos hubieran dado nuestro equipaje si…

—Mira —espetó Ramsés.

David se sentó con un gruñido.

—Comí demasiado —dijo en un tono más audible—. ¿Tienes algo para el estómago?

Ramsés reprimió una sonrisa. David no había perdido su toque.

Una de las lámparas vaciló y se extinguió. La otra ardía a llama baja. Arrastraron sus equipajes cerca de la luz y comenzaron a hurgar en sus contenidos. El viento debía estar aumentando. Los tallados paneles *mashrabiya* se sacudían y chirriaban. Una corriente de aire agitaba las raídas cortinas.

—Aquí está el botiquín que madre me dio antes de irme —dijo Ramsés—. Puede haber algo allí. Si conozco a mi madre, lo habrá. Ella piensa en todo.

—¿No has mirado?

—Reisner tenía sus propios suministros médicos.

Silenciosamente David abrió la caja debajo de su nariz. Bajo las capas de vendajes enrollados, compresas, bolas de algodón, y botellas llenas hasta el tope perfectamente etiquetadas como aspirinas, yodo, polvos estomacales y alcohol junto con un pequeño cartapacio de cuero que contenía un juego de instrumentos quirúrgicos.

Ramsés soltó una palabra que sin duda le habría ganado una reprimenda si su madre hubiera estado allí. La respuesta de David fue menos profana pero igual de admirativa.

—¡Maravilloso! Ehh… polvos estomacales. Justo lo que necesito.

Destapó la botella y estiró las manos a por la jarra de agua. Ramsés miró más de cerca la botella con la etiqueta "Alcohol". No podía ver el contenido, ya que el vidrio era de color marrón oscuro, pero no dudaba que la etiqueta fuera exacta. Su madre favorecía el brandy como antiséptico general, ya que también podía ser bebido.

Su búsqueda permitió obtener varios otros artículos que podían ser útiles, incluyendo todo el dinero que Ramsés había llevado consigo. Ramsés lo puso a un lado, con el botiquín. Tipo honesto ese Mansur, pensó él. O no se le había ocurrido que una gran suma de dinero podía ser el equivalente a una llave para una puerta cerrada o creía que su gente era demasiado fanática o estaba demasiado intimidada para ser sobornados.

Lo estaba guardando metódicamente en los bolsillos de chaquetas y pantalones cuando una fuerte ráfaga de aire apagó la lámpara. Este llegó, no desde las ventanas, sino de la puerta. Una rendija de luz apareció y aumentó.

Ramsés se puso en pie, haciendo un gesto a David para que se quedara dónde estaba y él tomó posición junto a la puerta que se abría. Si este era otro de los juegos de Mansur, permitiéndoles encontrar esos objetos para proporcionarles una débil esperanza de escapar y luego confiscárselos, tendría que quitárselos por la fuerza.

La luz provenía de una linterna eléctrica. Su haz se centró en David arrodillado junto a la maleta. Estaba tratando de parecer inocente, con la boca entreabierta y los ojos entrecerrados, pero había tirado algunas prendas de ropas sobre el botiquín. El haz se alejó de él, y registró la habitación como si buscara algo. Ramsés había protegido sus ojos tan pronto como la luz fue encendida; ahora distinguía una forma oscura en la puerta. Se lanzó a través de la abertura y se estiró por esta. Antes de que pudiera agarrar algo o susurrar una orden de silencio, supo quién era.

* * *

Había sido, admití para mí misma, un grave error llevar a Emerson al lugar más sagrado de la cristiandad. Si había algo que podría reforzar su opinión negativa de la religión organizada, los inadecuados adornos estrambóticos y las disputas de los seguidores del gentil Príncipe de la Paz podrían haber tenido ese efecto. Sin embargo, tuvo la sensatez de dejar pasar el asunto y pasamos una noche tranquila repasando nuestras listas y planificando nuestro horario para el día siguiente.

Había aprendido lo suficiente sobre el terreno que tendríamos que cubrir para concluir que botas y pantalones gruesos eran de rigor. Fue un placer, una vez más asumir mi traje de trabajo, con sus numerosos bolsillos y cinturón de pertrechos útiles. Seleccioné las más robustas de mis sombrillas, hecha bajo mis especificaciones con un pesado eje de acero y una punta algo puntiaguda, y procedí a ir al salón comedor, donde encontré que Emerson había ordenado por mí y ya estaba a medio terminar su desayuno. Se paseaba de un lado y otro (para molestia de los clientes que iban y venían), hablando consigo mismo mientras yo me tomaba mi tiempo en comer. El consumo apresurado de alimentos es perjudicial para los procesos digestivos.

Después de terminar, persuadí a mi impaciente esposo para que se sentara y me dirigí a nuestro pequeño grupo.

—Todos sabéis a dónde nos dirigimos hoy.

Platón levantó la vista de su plato.

—¿Dónde?

—¿Tenemos que llevarlo con nosotros? —Emerson se dirigió a la mesa en general. Era obvio por las expresiones adustas de Daoud y Selim que estaban en contra de la idea, pero, como siempre con Emerson, el enfático "ciertamente" de Nefret ganó. Emerson suspiró.

—Muy bien. Veamos… eh… es hora de que haga algo útil. Vamos a Siloé, donde tengo la intención de comenzar las excavaciones. Afirma estar bien familiarizado con las anteriores excavaciones arqueológicas hechas allí. Me gustaría discutir la situación actual con usted después de que regresemos, así que esté alerta y no vuelva a marcharse. Y si me entero que no tiene nada útil que aportar…

Dejó la frase sin terminar, tal vez porque no podía pensar en una amenaza apropiada. Desde luego, yo no podía.

Selim se había ofrecido a organizar los burros, pero todos declinamos salvo el señor Platón, a quien yo rechacé. Dadas las estrechas calles y la abundancia de obstáculos, animales y humanos, podríamos cubrir el terreno con mayor rapidez a pie. Emerson y Daoud dirigían la marcha, abriendo el camino a través de las calles repletas de personas. Todavía era temprano cuando nos paramos en la Colina de Ophel bajando la mirada hacia el sitio de nuestros futuros trabajos.

Detrás de nosotros, en lo alto de su plataforma, la gran cúpula dorada del Noble Santuario se levantaba contra la bóveda celeste. La empinada pendiente ante nosotros era un revoltijo de paredes

rotas, grietas naturales y fosas abiertas que alguna vez podrían haber sido tumbas. Las casas de la pequeña aldea de Silwan se extendían por la ladera sur.

—Ahí está —dijo Emerson, señalando—. El estanque de Siloé. Es alimentado por un manantial encauzado a través del antiguo túnel de agua.

—¿Dónde está la entrada del túnel? —le pregunté, protegiéndome los ojos con la mano—. Emerson, me gustaría mucho explorarlo. Recuerdo haber leído la descripción del caballero que fue el primero en explorarlo a fondo… el señor Warren, creo… ¡cuando este estaba obstruido con sedimentos casi hasta el techo y los exploradores tuvieron que deslizarse sobre sus estómagos y llevar las velas en la boca!

—No me sorprende en absoluto que encuentres atractiva la idea, Peabody —dijo mi esposo—. Dada tu inclinación por arrastrarte por las subestructuras infestadas de murciélagos de las pirámides. Sin embargo, tendrás que posponer ese placer. Parece que Morley ha llegado antes.

Las personas pululaban como hormigas alrededor del estanque y sus alrededores. Varios de ellos acarreaban odres repletos y volvían a subir la colina hacia la ciudad, porque el agua pura de ese manantial tenía fama de poseer cualidades curativas. Más cerca de nosotros, un extremo de la zona estaba cerrada por cuerdas y barricadas y rodeado de hombres armados.

—¿Ese es su objetivo, entonces? —le pregunté, mientras descendíamos—. ¿Excavar el túnel?

—Puede llegar a eso —dijo Emerson, tomando mi brazo—. ¿Dónde puede estar oculto el tesoro del templo sino bajo el Haram, el cual está encima del templo de Herodes, que se supone está encima del templo de Salomón? Morley no tendrá permiso para excavar en la base del Haram, así que intentará llegar desde abajo, como los primeros exploradores. Han excavado pozos profundos en el suelo y han dirigido túneles horizontales hacia la base de la Montaña.

Uno de los guardias vino corriendo hacia nosotros, agitando su rifle y gritando. Se detuvo en seco ante una explosión del lenguaje de Emerson. La autoridad de mi cónyuge en insultos de Egipto es tan notable como el poder de su voz. Una lluvia de piedritas cayó por la pendiente. Cuando el guardia miró con ojos muy abiertos, Daoud, se elevó sobre el resto de nosotros, añadiendo sus comentarios.

—¿Sabes con quien estás hablando, hijo de un camello? Este es

el poderoso Padre de Maldiciones, y su esposa principal la Sitt Hakim, quien trae a los muertos a la vida, y su hija la Luz de Egipto. Pídele perdón para que no te deje ciego y sordo.

Al guardia se le había unido otro, igualmente despeinado que parecía estar al mando del escuadrón. También parecía tener más sentido común que su subordinado, porque se dirigió a Emerson cortésmente.

—Debe tener permiso para estar aquí, *effendi*. Por orden del gobernador, Azmi Bey Pasha.

Emerson sacó la autorización del bolsillo de su abrigo y la sostuvo en alto.

—Tengo permiso. Por orden de la Sublime Puerta. —No le dio tiempo al guardia para leer el documento, suponiendo que fuera capaz de hacerlo, sino que lo guardó de vuelta en su bolsillo—. Puedes decirle a tu Mudir que Emerson *Effendi* está aquí y que regresaremos.

Le dio la espalda a los guardias y me tomó del brazo. Caminamos juntos, y Emerson dijo:

—Mi plan tentativo, Peabody, es empezar a trabajar al otro lado de la colina, justo allí, donde se ven los cimientos de lo que parece una pared. El primer paso es establecer un sistema de cuadrícula.

—El primer paso —corregí—, es encontrar una casa. No podemos llevar a nuestros suministros de ida y vuelta todos los días. El terreno es muy difícil.

—¿Qué pasa con esas malditas tiendas que has arrastrado todo el camino desde Inglaterra?

—¿Dónde te propones que las pongamos? Toda la zona es un hervidero de gente. No tendríamos un momento de intimidad.

—No como Egipto, ¿no es así? —Me di cuenta que yo ya había perdido su atención; sus ojos estaban fijos, con intensidad codiciosa, en el desigual tramo de piedras caídas que, en mi humilde opinión, no se parecían en nada a una pared—. Por supuesto, Peabody. Delego todos los arreglos domésticos en tus manos.

Ya habíamos reunido un pequeño grupo de seguidores, en su mayoría mujeres y niños semidesnudos. El traje local era simple, aunque favorecedor: una camisa ceñida a la cintura con una bolsa de cuero atada al cinturón, un abba (túnica suelta) sobre esta, y una ajustada gorra blanca enrollada alrededor con un colorido pañuelo formaban una especie de turbante. Zapatillas de cuero completan el conjunto. Algunos de los hombres tenían la esperanza de conseguir trabajo; nos habían reconocido como arqueólogos. Otros habían sido atraídos por la curiosidad, un rasgo humano básico. Dándome

la vuelta, hablé a la concurrencia.

—Queremos alquilar una casa. Si alguno conoce de un buen lugar, que venga aquí a hablar conmigo.

Un murmullo animado de charla se produjo entre los miembros de la concurrencia. Me senté sobre una roca, había un montón de ellas en los alrededores, con una expresión de graciosa amabilidad, pero por un tiempo nadie pareció lo suficientemente valiente para aproximarse más cerca. Selim y Platón se habían ido con Emerson, dejando a Nefret y Daoud conmigo.

—Retrocede un poco —le dije a Daoud—. Creo que los incómodas.

—Deben mostrar el debido respeto —retumbó Daoud.

—Lo hacen, ya lo son, lo harán. Atrás, Daoud y deja de fruncir el ceño. Son gente sencilla y amable que no nos desea ningún mal.

Fue en ese momento que un alto y fornido hombre, agitando una pistola, con un largo cuchillo e inclusive una espada más grande sujetada en su fajín, se deslizó por la pendiente hacia mí.

DEL MANUSCRITO H

Ella se liberó de sus manos y pasó junto a él, cerrando la puerta detrás de sí.

—No sea tonto —dijo en voz baja—. Estoy aquí para ayudarles.

La lámpara se había apagado cuando la había capturado. Ella la volvió a encender, protegiéndola con su mano.

—¿Por qué? —preguntó Ramsés.

—¿Por qué me ofrezco a ayudar? Porque necesito vuestra ayuda. —Completamente compuesta, se sentó en el diván y le hizo un gesto que se le uniera. Llevaba una túnica oscura suelta, el pelo cubierto con un pañuelo de encaje negro—. No debéis temer ser oídos —continuó—. Mansur está dormido… me aseguré que durmiera a pierna suelta y el hombre en el puesto de escucha entiende muy poco el inglés.

—Así que estamos siendo vigilados —dijo Ramsés.

—Hay mirillas en todas las habitaciones de este lugar. Una vieja costumbre turca.

—¿Hay guardias en la puerta? —preguntó Ramsés.

—Son de los míos.

—Así esto va de los tuyos y los suyos, ¿verdad?

—Ha llegado a eso. Escuchad ahora, tú y tu amigo. ¿Es de fiar?

David se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas, junto a la caja que contenía sus únicas armas.

—Somos hermanos —dijo él brevemente.

—Si espera que la ayudemos a llevar a cabo su misión —comenzó a decir Ramsés.

—¿Y cree saber cuál es esa misión?

—¿Por qué no nos la cuenta? —dijo Ramsés.

Los ojos femeninos reflejaron la tenue luz con un pálido brillo.

—En este viaje, no me proponía fomentar la rebelión y la violencia. Mi deseo era simplemente visitar los sitios arqueológicos en los que he trabajado en el pasado y otros en los que me gustaría trabajar en el futuro. Estoy buscando reliquias, si lo prefieren; yo lo llamaría antigüedades, objetos que nos contarán más sobre la historia de esta región. Visité Samaria porque el sitio tiene muchas posibilidades; si el señor Reisner renuncia a su concesión, puedo pedir la autorización.

Ella hizo una pausa, intentando alcanzar la jarra de agua. David se puso en pie y le sirvió una taza. Deliberadamente evitó mirar a Ramsés.

Él tampoco ha caído en la trampa, pensó Ramsés. Pero, por Dios, ella estaba haciendo un hermoso trabajo para cubrir los puntos sospechosos. No dudaba que había dicho la verdad cuando dijo que no estaba intentando provocar una rebelión. Ahora no. Era demasiado pronto, Alemania no estaba preparada. Y su afirmación de investigar futuros sitios de excavación no podía ser refutada.

—Entonces, ¿dónde entra Mansur en esto? —preguntó.

—Él se me acercó antes de que dejara Estambul y ofreció sus servicios. Me quedó claro que estaba a sueldo de la Sublime Puerta y no tuve más remedio que aceptar su oferta o me negaría el permiso para viajar. Los soldados que nos acompañaban estaban bajo su mando. Como descubrí al conocerlo, llegué a admirar su inteligencia y conocimiento del Islam. Me encontré cada vez más en sintonía con sus aspiraciones, su aborrecimiento a la dominación otomana, sus esperanzas de libertad y prosperidad para su pueblo.

Un raqueteo de los paneles la tomó por sorpresa. Habló más de prisa.

—Tardé un tiempo en darme cuenta que él no estaba dispuesto a esperar por esa libertad, que estaba propagando mensajes de odio y violencia. Cuando le acusé de eso esta noche, lo negó, pero ahora sabe que no simpatizo con sus planes. Hará que me quede con él. Tengo miedo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó David—. Somos prisioneros.

—No ha decidido qué hacer con vosotros. Le gustaría matarlos a ambos, pero está familiarizado, al igual que yo, con la reputación

del profesor Emerson. Si desaparecéis, moverá cielo y tierra para averiguar que os sucedió. Por el momento, estáis a salvo con Mansur, y yo estaré salvo si estáis con él. Quizá podemos llegar a un plan. ¿Me dais vuestra palabra de que no intentareis escapar sin mí?

—Palabra de un inglés —dijo Ramsés solemnemente.

—Gracias. Ahora debo irme. Volveremos a hablar pronto.

Ella le tendió la mano. En lugar de besársela, Ramsés le dio un firme apretón al estilo británico.

Los dejó en la oscuridad y una persistente fragancia de lirios.

David dejó escapar el aliento.

—¿Cómo lo hace? Es una mujer pequeña, con una suave voz…

—Algo excelente en una mujer —citó Ramsés.

—…pero siento como si hubiera sido sacudido por un vendaval en los últimos cinco minutos.

—Sé lo que quieres decir. Se le llama personalidad magnética. —Ramsés se bajó del diván y tanteó su camino hacia David. La habitación no estaba totalmente oscura; manchas irregulares de luz bailaban en el suelo debajo de los paneles *mashrabiya* que el viento sacudía.

—Los paneles están sueltos —dijo él—. Y agrietados. Vacía la bolsa y a empacar las cosas que necesitamos. Saldremos de aquí esta noche.

—¿Qué pasa con la palabra de un inglés?

—Tiene el mismo valor que la palabra de una dama alemana. Esa fue solo otra táctica para convencernos de que guardemos silencio en nuestro cautiverio. Lo que me lleva a creer que será mejor que salgamos de aquí tan pronto como nos sea posible.

La bolsa de David estaba sorprendente y alentadoramente llena cuando terminaron. El botiquín de suministros médicos, los rollos y sacos de dinero en efectivo, un par de llamativos pijamas a rayas blancas y azules y dos de las *galabiyyas* que Ramsés prefería para dormir. Una pequeña cámara de baño anexa contribuyó con varias toallas de lino y una pastilla de jabón. Parte del dinero fue a sus bolsillos, junto con un rollo de cordel, una caja de fósforos y los bisturís del equipo quirúrgico.

—¿Qué pasa si no podemos atravesar los paneles? —preguntó David.

—Los quemaremos. Queda un poco de aceite en la lámpara.

—¿Hablas en serio?

—Quiero salir de aquí esta noche. Cuando Frau von Eine se vuelve suave y tímida no es por nada bueno.

El único objeto que podría servir como palanca era el borde

acanalado de la lámpara. Cuando David separó uno de los lados, Ramsés insertó sus dedos en varios de los agujeros y tiró. Se desprendió un pequeño segmento, luego otro. La madera era vieja y en algunos lugares estaba lo bastante podrida para ceder a la presión, pero el progreso fue lento, demasiado lento para su gusto. Las pequeñas frustraciones y tormentos de los últimos días de repente se volvieron en insoportables.

—¿Cómo va? —preguntó Ramsés.

—No muy bien. Si tuviera una palanca adecuada…

—¿Por qué no desear un hacha mientras estás en ello? Al ritmo que voy tardaré toda la noche abrir un agujero lo suficientemente grande. Creo que toda la maldita cosa cedería si golpeara con la fuerza suficiente. —Se sacó unas cuantas astillas de los dedos.

—El hombre en el puesto de escucha podría notarlo —dijo David secamente—. No hemos hecho mucho ruido o encendido una luz, pero estrellarnos a través de los paneles sin duda llamaría su atención.

—Tengo mis dudas sobre la mirilla. No parecía preocupada por ser vista o que la escucharan con nosotros, ¿verdad? No importa. Estoy dispuesto a correr el riesgo.

No tenía que preguntarle a David si estaba dispuesto. David estaría de acuerdo con cualquier plan que él sugiriera. Era uno temerario, pero la alternativa podía ser peor, especialmente para David. Él era el hijo de su padre y un rehén valioso. Si David se convertía en una molestia, ellos podían decidir que era prescindible. Ignorarían que toda la familia Emerson rastrearía a sus asesinos con la misma ferocidad que demostrarían por Ramsés.

—Quizás sea mejor echar un vistazo antes de saltar —dijo David —. ¿A qué altura estamos?

Esta era, como todas las sugerencias de David, eminentemente sensata. Ramsés intentó recordar la ruta que habían seguido cuando lo trajeron al harén. Un patio abierto empedrado, luego un largo pasillo, un tramo de escaleras, un giro a la derecha, otro corredor. Estaban en el primer piso del edificio y en la parte posterior. Los principales salones de recepción estaban abajo y en la parte delantera. Probablemente darían como era costumbre a un patio cerrado. Los cuartos del harén podrían dar a otro patio o incluso a una calle. Los pesados paneles estaban diseñados para mantener los ojos lascivos lejos de las bellezas del interior. Las bellezas no podían ver el exterior, pero al menos las pobres criaturas tenían un poco de aire. Pegó un ojo a la apertura, la cual tenía veinte centímetros de diámetro.

La luz provenía de una gloriosa luna llena. Sus rayos iluminaban una calle estrecha bordeada de casas y tiendas. Las tiendas estaban cerradas; no había luz en ninguna de las casas. Los adoquines de la calle estaban a unos seis metros más abajo. Se veía extremadamente difícil.

* * *

En el último momento el bandido, pues tal parecía ser, se apartó de mí, hacia el lugar donde estaban Selim y Emerson. Grité una advertencia. Emerson se dio la vuelta y asumió una postura defensiva mientras la aparición corría hacia él. Evitando el golpe directo, el hombre echó los brazos alrededor de Emerson, bajó la cabeza, y plantó besos bigotudos en ambas mejillas.

—¡Aquí estás! —exclamó—. En persona. Escuchamos que habíais venido a la Ciudad Santa, pero no me permitía creer que te vería tan pronto. Ven a mi casa, te quedarás conmigo y regocijarás mi corazón.

—Bueno, bueno —dijo Emerson, liberando la cabeza a tiempo para evitar una segunda ronda de besos—. Si es Kamir Abdul. ¿Qué estás haciendo aquí, viejo villano?

Por supuesto me había puesto de pie de un salto, sombrilla en mano, cuando pareció que mi marido podría estar en peligro de ataque. Ahora me hundí en el asiento de piedra. Otro de los queridos viejos amigos de mala reputación de Emerson. ¿No había ningún lugar en la tierra libre de ellos?

Tras un examen más estrecho Kamir no parecía tan amenazante o de tan mala reputación. Su barba gris estaba recortada pulcramente, la túnica sujeta por su cinturón con el objeto de poder correr estaba limpia y sin agujeros. Un par de gafas rotas encaramadas sobre la punta de la nariz le daban un aspecto extravagante, reforzado por su cuerpo rechoncho y amplia sonrisa.

—Un Padre de la Navidad Árabe —dijo Nefret riendo bajito—. Tiene un aspecto más alegre del que suelen tener los viejos amigos del profesor. Quizá pueda resolver nuestro problema de vivienda.

—Ciertamente no nos quedaremos con él —comenté pero en voz baja, ya que Emerson estaba guiando a Kamir hacia nosotros. Nos presentó a todos nosotros por turnos. Esto tomó un tiempo, ya que Kamir interrumpía con efusivas palabras de alabanza y súplicas sobre el honor de reunirse con nosotros.

—¿Entonces usted es el jeque de este pueblo? —le pregunté, cuando Kamir se quedó sin cumplidos. Sabía que la palabra podía

significar varias cosas, desde el cargo real a un título general de respeto.

—No, no. Pero soy un hombre de importancia aquí, con una buena casa. Se quedarán conmigo, serán mis invitados.

—No, no lo seremos —dijo Emerson, quien considera la cortesía una pérdida valiosa de tiempo—. Necesitamos una casa propia, Kamir. ¿Puedes encontrar una para nosotros?

—Sí, sí. Ven, os la mostraré ahora, a ti, a tu honrada esposa y a tu hija. Una luz es en efecto, justo como el sol en el…

—La señora Emerson decidirá la casa —dijo Emerson, moviéndose sin cesar sobre un pie y el otro. Había tropezado con algo que lo intrigaba y apenas podía esperar a volver con ello.

—¿Pero vendrás a tomar el té?

Como Emerson era muy consciente, hubiera sido una grave afrenta rechazar la invitación.

—Eh… sí —dijo resignado—. Tan pronto cómo me… eh. Id, Selim y yo estaremos allí en breve.

Le pedí a Daoud que viniera conmigo, estaba segura que de todos modos así lo habría hecho. No se había sentido favorablemente impresionado por los lugareños que había conocido hasta el momento, y tuve que admitir que el despliegue del armamento de Kamir no inspiraba confianza.

—Tú, Daoud —continué—, y… ¡maldita sea! ¿Dónde está el señor Platón? Emerson, ¿estaba contigo? ¿Lo has visto?

Emerson no se detuvo ni miró hacia atrás.

—Estaba aquí hace unos minutos. Al diablo con él. Procede, Peabody, procede.

—En serio —le dije a Nefret—, ese hombre es imposible. Emerson le prohibió estrictamente que se marchara.

—Probablemente esté cerca, tía Amelia, examinando el terreno tal como el profesor le pidió que hiciera. ¿Lo busco?

—Al diablo con él —repetí—. El tiempo avanza y deseo encontrar una casa esta mañana.

Yo había asumido la tarea de seleccionar una morada apropiada. De hecho, había insistido en ello, ya que la noción de apropiado de Emerson no concuerda con la mía. A continuación Daoud, Nefret y yo nos dirigimos hacia el pueblo por un sendero empinado pero manejable.

—¿Y dónde habéis conocido al Padre de las Maldiciones? —le pregunté a Kamir, quien caminaba a mi lado.

—En Babilonia, *Sitt* —dijo Kamir, quien no se refería a la famosa ciudad de los Jardines Colgantes sino a un barrio de El Cairo—.

Vine aquí para… eh… retirarme. ¿Esa es la palabra? Sí, retirarme de mis labores. Fue hace muchos años, pero ¿quién podría olvidar al Padre de las Maldiciones?

No pregunté sobre la naturaleza de las "labores" de Kamir. Probablemente serían ilegales y su "retiro" una precipitada salida para evitar el arresto.

Nuestra llegada había sido difundida por algunos de los niños, quienes se nos habían adelantado corriendo para anunciar la noticia. En estos pueblos la llegada de extraños siempre es de sumo interés. Las mujeres salieron a las puertas para mirar; algunas gritaron saludos y preguntas. Cuando Nefret y yo respondimos en su idioma, gritos de admiración nos recompensaron. Me di cuenta que los niños que nos pisaban los talones no reclamaban una *bacshish*, y que incluso los perros de la aldea se guardaban su opinión para sí mismos. Quien fuera el jeque, mantenía el orden en sus dominios.

Inspeccionamos dos casas. No tardamos mucho tiempo. Había visto muchas de esas viviendas en Egipto: variaban en tamaño y estado de conservación, pero eran similares en su estructura básica. Escogí la más grande de las dos, esta poseía una amplia sala central rodeada por recámaras, una de ellas serviría como oficina. La cocina, tal como estaba, se encontraba en un patio amurallado detrás de la casa. Debía llevar algún tiempo sin usar, ya que había nidos de pájaros en los rincones y los suelos estaban cubiertos de una variedad de sustancias, de polvo y restos petrificados de cáscaras de naranja y excrementos de aves.

Como había conjeturado, la casa pertenecía a Kamir. Explicó taimadamente que no la había alquilado o vendido porque nadie había sido capaz de cumplir con el precio que él consideraba adecuado para una casa de semejante finura. Le dije que serviría, ya que no tenía nada mejor… él habría pensado mal de mí si yo no hubiera regateado el precio.

Nos dirigimos a la casa de Kamir, la cual se encontraba en un nivel superior. El pueblo era un lugar curioso, casi perpendicular, con casas encaramadas en cornisas naturales o contrafuertes, pero no había espacio para jardines y árboles de sombra. La casa de Kamir tenía ambas cosas, rodeaba un edificio de cierto tamaño y, teniendo en cuenta que era uno de los viejos amigos de Emerson, todo estaba muy limpio y ordenado.

Estábamos sentados en el salón principal bebiendo té cuando Emerson finalmente se reunió con nosotros. Después de apresurarse a través de los saludos formales e intentando, infructuosamente, evitar otro afectuoso abrazo de Kamir, inquirió:

—¿Todo arreglado, entonces?

—El primer paso está dado —le contesté—. Como debes saber, Emerson, deben realizarse una serie de otros arreglos antes de que podamos mudarnos. Puedo comprar algunos muebles en los establecimientos mercantiles de la ciudad, pero preferiría tratar con los carpinteros locales para que construyan sencillos marcos de cama, mesas y demás. Sin duda Kamir podrá sugerirnos probables candidatos.

Kamir me aseguró que podía. No me sorprendió en absoluto. Luego pasó a remarcar:

—Si has establecido el lugar donde deseas cavar, Padre de Maldiciones, hablaré con el dueño de la tierra. Puedes confiar en mí para obtener el mejor precio para ti.

—Maldición —dijo Emerson—. Confieso que ese tema en particular no se me había ocurrido.

Debió haberlo hecho. Esto no era Egipto, donde generalmente habíamos trabajado en zonas arqueológicas designadas bajo el control del Departamento de Antigüedades. Toda la tierra en los alrededores era propiedad privada, y aunque el gobierno otomano podía apropiarse de todo lo que quisiera, nosotros no. Sin embargo, cuando Emerson tiene en la mira una nueva excavación pierde de vista las cuestiones de menor importancia.

—Haré mis propias negociaciones, Kamir. Lo haré por mi cuenta… eh… mañana —dijo Emerson, después de acariciarse la barbilla y reflexionar.

Este deplorable esfuerzo se ganó una amable sonrisa de Kamir. De una u otra forma conseguiría su tajada de cada transacción que hiciéramos desde los carpinteros a los sirvientes que contrataríamos, incluyendo los alimentos.

—¿Cuántos hombres y niños desearás para la excavación, Padre de Maldiciones? —preguntó Kamir—. Los encontraré para ti, conozco a los mejores trabajadores.

—¿Y sacar una tajada de su salario? —Emerson le lanzó una sonrisa de complicidad—. Nada de eso, Kamir. Contrataré mis propios trabajadores. Muchos de ellos han tenido experiencia, espero.

Reconociendo en esto el intento inútil que era, Kamir le devolvió la sonrisa.

—Oh, sí, y sus padres y abuelos antes que ellos. Los infieles han estado excavando aquí durante muchos años, en busca de reliquias sagradas.

—Buscaban conocimiento —corrigió Emerson—. El

conocimiento de la historia de tu pueblo y los tuyos.

—¿De qué le sirve la historia a un hombre que no puede alimentar a sus hijos? —preguntó retóricamente Kamir.

Emerson gruñó.

—Me niego a entrar en una discusión filosófica contigo, viejo desgraciado. ¿Y a quién estás llamando infiel?

Daoud, que había estado siguiendo el debate con cejas fruncidas, finalmente lo captó todo. Dejó escapar un gruñido de protesta.

—No deseo ofender —dijo Kamir rápidamente—. No guardo malicia por hombre alguno, musulmán, judío o cristiano. ¿No somos todos hijos de Abraham?

DEL MANUSCRITO H

No había sábanas, ni cuerdas, y nada lo suficiente fuerte para soportar el peso de un hombre, incluso si tuvieran una oportunidad de bajar. El sentido de urgencia de Ramsés crecía más y más. Ignorando los murmullos de protesta de David, condujo su puño a la sección del panel junto al agujero. La madera se astilló y algunos restos cayeron al interior, algunos fuera. Un segundo golpe y la apertura fue lo suficientemente grande. Forcejeó para sacar la cabeza y los hombros y miró hacia abajo.

Los adoquines se extendían hasta la base de la pared, sin arbustos o macizos de flores o pilas de basura convenientes que contuvieran una caída. La pared en sí misma estaba hecha de piedra, sin ornamentación o cortes, a excepción de unas pocas ventanas, cada una cubierta por una reja de barrotes de hierro curvados muy juntos. Uno de ellas estaba justo debajo.

Informó de esto a David.

—Hay un dintel de piedra de quince centímetros de profundidad, probablemente para evitar la lluvia del exterior. Voy a bajarte. Desde allí solo hay una caída de tres o cuatro metros.

—¿Cómo vas a bajarme?

—No discutas, David, solo hazlo. —Se sentó y empezó a desatarse las botas.

Asomándose por la ventana tanto como pudo, logró que David descendiera sobre el dintel. Él se balanceó desconcertado cuando Ramsés soltó sus manos, pero se las arregló para cogerse.

Una vez que David estuvo en el suelo Ramsés dejó caer la mochila a las manos levantadas de su compañero, ató sus botas por los cordones y también se las tiró. Entonces Ramsés salió por la ventana. Los bordes desiguales del panel se clavaron en sus manos mientras se dejaba caer, buscando a tientas con los pies descalzos.

Al igual que en el interior de la antigua villa, las paredes estaban en mal estado, con la suficiente cantidad de mortero faltante y bordes desmoronados para facilitar el descenso de alguien que se había pasado años subiendo y bajando los acantilados de Luxor, con las plantas endurecidos y dedos de los pies casi tan prensiles como los dedos de sus manos. Pero fue un alivio cuando sus pies tocaron la solidez del dintel. Estaba a punto de bajar resto del camino cuando un silbido de advertencia desde abajo lo detuvo, y pegó su cuerpo contra la fachada.

Hasta ahora la calle había estado desierta. La luna se había ocultado; bajo la luz de las estrellas distinguió una tenue forma acercándose hacia él. David y la mochila habían desaparecido, dónde, no podía imaginárselo. Se sentía tan expuesto como un lagarto en una pared, pero cualquier movimiento, incluso el más mínimo, llamaría la atención.

El peatón se movía con rapidez, sus sandalias resonaban contra las piedras. Llevaba un abrigo de lana sobre su abba y un pañuelo enrollado alrededor de la cabeza. Los músculos de Ramsés se tensaron. Si el hombre levantaba la vista y lo veía tendría que saltar, esperaba poder silenciar al sujeto antes de que gritara.

El hombre salió fuera de su campo de visión; ahora estaba directamente debajo de la ventana. El regular plaf, plaf de las suelas de cuero no cesó o se detuvo. Un obrero, todavía medio dormido, que se apresuraba a llegar a tiempo al trabajo.

Ramsés dejó escapar el aliento. Esperó hasta que el sonido de pasos desapareció. Entonces escuchó a David susurrar.

—Vamos. Rápido.

—Salgamos de aquí —dijo Ramsés con urgencia, una vez en el suelo.

David lo hizo entrar en el refugio de una puerta empotrada. No era lo suficientemente profundo para convertirse en un refugio adecuado para dos.

—Tenemos que sacarnos estas ropas. Los más madrugadores pronto se despertaran.

Ramsés temblaba por los nervios. Esto había sido muy fácil hasta ahora… ¿demasiado fácil? Recordó haber leído una historia, sobre un carcelero que permitía a su prisionero escapar de su celda, llegar hasta el exterior de la prisión antes de recapturarlo.

Era demasiado tarde para preocuparse por eso. Tenían que seguir adelante y rápido. El siguiente madrugador podía no ser tan poco observador y recordaría con facilidad sus ropas europeas. Metió la mano en la mochila y sacó dos galabiyyas. No les tomó

mucho tiempo deslizarlas sobre sus ropas o atar las toallas sobre sus cabezas con trozos de cordel. El resultado no fue muy convincente, pero podría pasar si nadie los examinaba de cerca.

—¿Qué camino? —preguntó David.

Ramsés estaba a punto de decir que eso no importaba cuando se le ocurrió que la entrada principal a la villa podría dar a una plaza o calle principal.

—Derecha —dijo, y se adentró en la olorosa oscuridad.

Comenzaron a toparse con otros peatones y un burro o dos, muy cargados con productos para el mercado. El cielo había aclarado y los adoquines estaban resbaladizos por el rocío. Ramsés abría el camino, girando por una calle lateral tras otra cada vez que alguien los miraba de cerca o parecía estar a punto de hablarles. Estaba seguro de que sus improvisados disfraces despertarían la curiosidad. Tarde o temprano tendrían que encontrar un escondrijo y formular un plan, pero su único objetivo por el momento era poner la mayor distancia posible entre ellos y la villa. Su mayor esperanza era salir del pueblo y adentrarse en el campo, donde podrían encontrar un cobertizo abandonado o una ruina conveniente.

Cuando salió el sol todavía estaban en el pueblo, porque este era un pueblo, posiblemente incluso una ciudad, no una villa. Esta área era aún más miserable y llena de basura que las otras secciones por la que habían pasado. La mayoría de las casas eran chozas, pilas de piedras unidas con mortero desmoronado y trozos de madera. Una o dos de las estructuras en este tramo de la calle, si es que se podía llamar así, eran algo más pretenciosas. Supo lo que eran antes incluso de que la endeble puerta de una casa se abriera y salieran un par de soldados turcos. Sus túnicas estaban desabrochadas y se jactaban en voz alta de los placeres que habían experimentado.

La calle se vació como por arte de magia, hombres, mujeres y hasta los perros se desvanecieron de vuelta tras puertas y paredes. Ramsés solo tuvo tiempo suficiente para tirarse al suelo, con la cabeza gacha, las manos ahuecadas y comenzar la lloriqueante letanía del fakir.

—¡Limosna por el amor de Dios, limosna para los pobres, oh hijos de los caritativos!

Los hombres estaban completamente borrachos, demasiado para las leyes del Islam, y no se encontraban en un estado observador. Uno de ellos se echó a reír. El otro nombró al mendigo con un nombre sucio, y le dio una patada en la cara cuando pasaron pavoneándose.

Ramsés se dobló con un aullido de dolor. Con cautela los

residentes se aventuraron a salir de sus escondites. Un murmullo, un muy suave murmullo de simpatía y rabia surgió. Ramsés podría haber pasado sin la simpatía. En cualquier momento alguien podría echar una mirada más estrecha sobre su rostro y preguntarse por qué un mendigo sería tan joven y de aspecto saludable.

Las cortinas de la puerta de la casa detrás de él se apartaron a un lado y una voz de mujer dijo:

—Entra, hombre santo. Tenemos medicinas y alimentos.

No era el tipo escondrijo que habría elegido, pero en realidad no había otra opción. Ramsés entró con la cabeza gacha, agarrándose el costado y gimiendo.

Había visto una serie de prostíbulos en el Wasa, el barrio rojo de El Cairo. Nunca había estado dentro de uno, no solo porque la exigencia había triunfado sobre la curiosidad, sino también porque sabía que su madre le desollaría vivo si se enteraba… y Nefret hubiera prendido fuego a los restos. Estaba bastante seguro que este era una muestra patética del tipo: una pequeña y mugrienta habitación iluminada por unas pocas lámparas de latón baratas, su único mobiliario una mesa de madera, unas cuantas sillas, y un diván largo actualmente ocupado por tres desaliñadas chicas de aspecto cansado. La mujer que lo había invitado era mayor, su cara arrugada embadurnada con cosméticos y su cuerpo carnoso cubierto por ropajes holgados. Con las manos en las caderas, lo estudió con los ojos entrecerrados.

—Honorable *Sitt* —comenzó Ramsés.

Su mano salió disparada y lo agarró de la barbilla, forzándolo a alzar la cabeza de modo que una de las lámparas brillaran de lleno sobre su rostro.

—No eres un mendigo —dijo—. ¿Quién eres? Y ¿por qué te persiguen los turcos?

* * *

—¿Tiene intención de irse de aquí sin descubrir qué ha pasado con el señor Platón? —preguntó Nefret cuando empezamos a subir la colina.

Su tono era crítico y su mirada severa.

—Me importa un pepino lo que haya sido de él —gruñó Emerson—. Deja de preocuparte por él, Nefret. Ha hecho esto antes y siempre se las arregla para encontrar su camino de regreso al alojamiento y la comida. Particularmente la comida.

Sin embargo, cuando llegamos al pie de la gran muralla y la

puerta llamada la Puerta del Muladar, a quién contemplamos sino al mismo reverendo, sentado en una roca, inspeccionando la escena con su vaga sonrisa habitual.

—Ahí están —dijo él—. Pensé que vendrían por aquí, así que les estaba esperando.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Nefret—. Ese es un moretón en su rostro. ¿Se cayó?

Platón se pasó la mano por la mandíbula.

—Me encontré con la resistencia de los paganos cuando les prediqué.

—Oh, por el amor de Dios —exclamó Emerson—. ¿Quién es ahora, Juan el Bautista o uno de los Apóstoles, o… agárralo por el cuello y arrastradlo.

Así lo hicimos, metafóricamente hablando. Platón vino sin reparos. De hecho, parecía más animado que de costumbre; de vez en cuando una sonrisita complaciente curvaba su boca. El moretón en aumento, el cual su barba no ocultaba del todo, se veía para mi ojo experto como si hubiera sido causado por un puño al conectar con su mandíbula.

Con el fin de hacer los subsiguientes acontecimientos más claros para el lector, debo explicar que la ciudad se divide en cuatro partes, cristianos, judíos, musulmanes y armenios. No hay barreras entre estas secciones, y la gente pasa libremente de una a otra… no siempre en armonía, pero rara vez en un conflicto real. El famoso Muro de las Lamentaciones, donde los judíos devotos se reúnen para llorar la caída de la Ciudad Santa, está en el lado oriental del distrito judío; los enormes bloques de piedra son, de hecho, parte de la enorme plataforma en la que se encuentra el Haram. El estilo de albañilería y otras evidencias arqueológicas demuestran más allá de toda duda razonable, que la totalidad de la plataforma fue construida en la época herodiana, es decir, en tiempos romanos, para servir de base para el templo de Herodes. No queda nada, por desgracia, del propio templo. Todo el perímetro de las paredes es de tan solo cuatro kilómetros; devotos peregrinos seguían toda la ruta a pie o a lomos de burro, aceptando lugares tales como la supuesta tumba de San Juan y el Pilar de Absalón. Incluso yo estaba dispuesta a abjurar de ese placer. El acceso a la ciudad es proporcionado por siete puertas que atraviesan las grandes murallas. La ruta que seguimos llevaba desde Siloé a la puerta más cercana, cuyo nombre poco atractivo ya he informado, y que se adentraba en el barrio judío.

En apariencia no hay mucha diferencia entre esta zona y el resto

de distritos, calles estrechas y sinuosas, viviendas en mal estado, perros salvajes buscando restos de comida. Las sinagogas de la ciudad se encuentran en esta sección, mientras que las iglesias cristianas tendían a congregarse en otra parte de la ciudad. Dos de las más grandes y más reciente de las primeras eran usadas, respectivamente, por las sectas sefarditas y ashkenazim. La sobresaliente cúpula de esta última era visible desde las plantas superiores del hotel. Me propuse realizarle una visita de cortesía un día… sin Emerson.

Estábamos en la calle de David cuando sucedió. El cielo se había nublado y me sentía como si estuviera caminando en el fondo de un pasillo estrecho cuyas paredes eran edificios de varios pisos, y volviera a curvarse, a intervalos, por las extensiones de moradas a un lado y otro. Era imposible permanecer juntos como grupo entre los empujones y prisas de la multitud. Emerson me había tomado firmemente por el brazo y Daoud cuidaba de Nefret. Si llegábamos a separarnos, estaba segura que todo el mundo conocía la forma de regresar al hotel; habíamos llegado de la misma forma antes. No fui consciente de los problemas hasta que un penetrante chillido se elevó sobre el murmullo políglota y la insistencia de los comerciantes.

—Para, Emerson —grité, intentando liberar mi brazo—. Alguien necesita ayuda.

Sin embargo, Daoud fue el primero en responder, ya que él y Nefret estaban más cerca de la causa del alboroto. Sumergido en una maraña de cuerpos, levantó de en medio un rostro familiar enmarcado por una cabellera al aire.

DEL MANUSCRITO H

Obviamente este era un caso en que la coerción física no funcionaría, aun suponiendo que se atreviera a estrangular a cuatro mujeres. Además, por su corpulencia la propietaria tendría un agarre tan fuerte como el de un hombre, y después de una larga noche huyendo, Ramsés estaba empezando a sentir cansancio.

—¿Qué le hace pensar que nos… yo… estoy siendo perseguido?

Ella captó el desliz. Un destello de diversión iluminó sus ojos, pero no hizo referencia a ello.

—Están por toda la ciudad buscándote. Los dos tontos que viste salir de esta casa fueron algunos de los buscadores. Ellos se dejaron… distraer. Y fueron demasiado estúpidos para ver a través de tu torpe disfraz. ¿Tienes hambre?

—Yo… yo no entiendo —tartamudeó Ramsés.

Con un chasquido de los dedos la mujer despidió a las muchachas. Ellas desaparecieron por una cortina detrás del diván, sin siquiera mirar atrás.

—Siéntate —dijo la mujer—. Estás cansado. Traeré a tu amigo si así lo deseas.

Ramsés había perdido la esperanza de dirigir la conversación. Ella estaba muy por delante de él.

—Sí —dijo—. Por favor. ¿Dónde está?

Ella soltó una risita de niña chillona.

—Justo afuera. Intentando hacerse invisible. —Ella levantó la voz—. Ey tú, entra o atraerás a los demás.

David entró entre las cortinas. Sus ojos se dirigieron de inmediato a Ramsés.

—¿Estás bien?

En su alivio habló en inglés. Ramsés respondió en árabe.

—Así es. Gracias a esta noble dama.

El florido cumplido no la conmovió.

—Así que tú eres el *inglizi* —exhaló ella—. No lo habría pensado. Dijeron que atacaste a una dama que era huésped en una casa y que huiste cuando ella gritó pidiendo ayuda.

—Eso es mentira —dijo David con vehemencia.

—Te creo. —Sus ojos se estrecharon con diversión—. Creo que no necesitas forzar a una mujer. Ahora venid conmigo a un lugar más privado.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Ramsés.

Ella respondió con un proverbio familiar.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo. Venid.

La siguieron a lo largo de un pasillo bordeado de puertas con cortinas, a un pequeño armario junto a la cocina. Los estantes a lo largo de una pared contenían suministros de diversos artículos, bolsas de harina y sémola, lentejas y frutas secas. Apenas había espacio en el suelo para que ambos se estiraran, y no había luz, pero tenía la ventaja de poseer una puerta de madera sólida. Su anfitriona les entregó una jarra de agua y un plato de papilla fría, presumiblemente los restos de la última cena de la noche.

—Descansad mientras podáis —dijo—. Mi nombre es Majida. No, no quiero saber los vuestros. No hagáis ruido. Volveré después.

La puerta se cerró, dejándolos a oscuras salvo por algunos delgados rayos de luz que entraban por las grietas en la puerta.

—Ella nos ha encerrado en… —David suspiró, al escuchar la inconfundible caída de una barra en su lugar—. Quizá estén

ofreciendo una recompensa y ella desea reclamarla.

—Si es así, no hay absolutamente nada que podamos hacer al respecto. —De un momento a otro Ramsés se sintió tan cansado que sus rodillas se le doblaron como si tuvieran voluntad propia. Se dejó caer hasta quedar sentado.

La miserable comida los revivió y usaron el cuenco vacío como recipiente para beber.

—Creo que podemos confiar en ella —dijo Ramsés, después que echarse con las cabezas muy juntas. El suelo era duro y sucio, pero en ese momento podría haber dormido sobre una roca—. Los turcos son odiados a lo largo y ancho de los territorios ocupados y por buenas razones.

Su única respuesta fue un débil ronquido.

* * *

Salieron de la casa al amanecer del día siguiente, vestidos con túnicas caseras sobre camisas de algodón y pantalones sueltos, y las caperuzas atadas con telas que formaban el casco local. La maleta de David había sido cambiada por un par de bolsas con largas correas que podían colgarse sobre los hombros. Majida les dio una última inspección mientras se paraban junto a la puerta que llevaba a una estrecha calle repleta de basura.

—Mantened los pañuelos sobre los rostros —instruyó—. Vuestras barbas os ponen en evidencia.

—Es cierto —concordó Ramsés y le ofreció dos monedas de oro —. No podemos pagar tu bondad, pero por la ropa…

—La bondad también merece retribución —dijo Majida, tomando el dinero—. Id con Dios.

—Una cosa más —dijo Ramsés, mientras se alejaba—. Eh… ¿dónde estamos?

Alguna vez debía haber sido muy hermosa, pensó él, al ver su rostro cambiar por una amplia y desinhibida sonrisa, y hoyuelos formarse en cada mejilla.

—Necesitas que alguien te lleve de la mano y te guie como a un niño. ¿Cómo puedes ignorarlo?

—Es una larga y aburrida historia —dijo Ramsés con una tímida sonrisa.

—Entonces no hay necesidad de contarla. —Ella extendió la mano y le acarició la mejilla—. Estamos en Nablus y tú estás en el lado este. El camino hacia Jerusalén está hacia allá, a una hora.

Ella los empujó hacia el callejón y cerró la puerta.

Siguieron la ruta que ella les había sugerido, la cual los llevaría más rápidamente al campo.

—Nablus —dijo Ramsés—. Estamos a solo dieciséis kilómetros de Samaria, ¡dónde empezó todo! Todo este tiempo deben haber estado conduciendo en círculos.

—Lo mismo que conmigo —concordó David—. Estaba a las afueras de Nablus cuando me atraparon. ¿Cuál es el plan ahora? ¿Volver a Samaria? ¿Jaffa?

—No, padres estarán en Jerusalén a estas alturas. Si no volvemos pronto vendrán a buscarnos. De todos modos, estoy dispuesto a admitir mi inferioridad y pedir un consejo de guerra. Este asunto es más complicado de lo que pensaba. Que me aspen si sé lo que está pasando.

—¿Qué quieres decir?

Dejaron pasar un asno cargado de forraje. Las casas fueron disminuyendo. Ramsés esperó a que no hubiera nadie cerca antes de responder.

—David, nos han contado tres historias diferentes, dos por personas en las que no podemos creer y una tercera, por el pobre Macomber, quien puede haber sido engañado deliberadamente. Ni siquiera sé quién está de qué lado ahora. ¿Te diste cuenta del tatuaje en el brazo de Majida cuando tocó mi cara? Es el mismo que la marca peculiar en el antebrazo de Mansur.

Capítulo 7

Una vez más Platón Panagopolous causaba estragos en mi horario. Cuando lo llevamos de vuelta al hotel y sonsacado la verdad, ya era demasiado tarde para volver a nuestra nueva casa y comenzar una limpieza a fondo.

Examiné al señor Platón, a pesar de su insistencia en que no había sufrido daño. Un golpe en el cráneo y algunos moretones más eran las únicas heridas que pude ver. Daoud tenía un corte superficial en un brazo. Mientras Nefret lo limpiaba y vendaba, él nos explicó que su brazo… se interpuso en la trayectoria del cuchillo sujetado por un hombre.

Estábamos en nuestra sala de estar en ese momento. Cuando Platón sacó a relucir el tema de la comida, estuve en completa sintonía con Emerson cuando tomó al reverendo por el cuello y le habló con el ominoso gruñido que es temido por cada hombre de Egipto.

—He llegado al final de mi paciencia. Ni un solo bocado de comida tocará vuestros labios hasta que haya respondido a todas mis preguntas completa y verazmente. ¿A dónde fue esta mañana? ¿Por qué un hombre con un cuchillo va a por usted? ¿Quién lo envió? Me gustaría —dijo Emerson, alzando la voz—, ¡escribirle al tipejo una carta de agradecimiento!

Los ojos de Platón estaban desorbitados y su pálido rostro se había oscurecido.

—Afloja el agarre, Emerson, y déjame realizar el interrogatorio, si eres tan amable. Debes hacer preguntas más directas. Señor Platón, ¿era el señor Morley a quien fue a ver esta mañana? No hay razón para mentir, porque estoy bastante segura de la respuesta. ¿Sí o no? —dije.

Platón introdujo un dedo tembloroso en su cuello.

—Sí —tartamudeó—. Sí. ¿Por qué no habría de hacerlo? Fui en vuestro nombre, para persuadirlo a pedir vuestro consejo antes de proceder con…

—¿Y él le dio un puñetazo en la mandíbula?

Platón bajó la cabeza.

—Al principio se tomó a mal mi sugerencia. El papel de pacificador…

—No tuvimos éxito en este caso —le dije—. ¿Fue Morley quien

envió al asesino tras usted?

—No puedo creer…

—¿Tiene otros enemigos en Jerusalén?

—No. Eso es…

Le ahorraré al Lector el resto de su incoherente discurso. Al final, entre mis preguntas directas y las amenazas de Emerson, admitió que había sido Morley quien lo robó y atacó en la posada de Inglaterra. Había venido con nosotros tras descubrir que Morley tenía la intención de dejarlo atrás cuando la expedición… ¡basada en sus descubrimientos!, dejara Inglaterra. Morley le había usado y luego abandonado, dejándolo sin un centavo. Pero él no guardaba odio hacia el traidor, ¡no de verdad! Él nos había acompañado con la esperanza de atraer a Morley al camino del bien. ¿Acaso él no predicaba el perdón?

—Oh, buen Dios —dijo Emerson—. Ahora afirma ser Jesús. No sé cuánto más de esto puedo soportar.

—Su explicación es consistente con lo que ya sabíamos —señalé —. Asumimos desde el principio que el señor Morley era un aventurero sin conciencia, preocupado solo por el lucro.

—Oh, absolutamente —dijo Emerson taciturnamente—. "Consistente" es la palabra correcta. O es el mentiroso más consistente que he conocido o es un tonto perfectamente consistente. Ahora, entonces… eh… ya que está claro que Morley no tiene intención de cooperar con nosotros, tenemos que tomar medidas para controlar sus actividades. Aquí hay papel y pluma. Afirma recordar el texto de su famoso pergamino. Escríbalo.

Platón cumplió sin reparos, explicando que solo nos estaba dando la parte del texto que contenía las direcciones como la ubicación del tesoro. Sin duda era un documento curioso. Decía en parte:

—Ahora mientras los obreros levantan sus picos hay una fisura en la mano derecha, a unos cien codos de la entrada, la cual lleva al lugar del tesoro, y a cien codos era la altura de la roca sobre las cabezas de los obreros.

—Esto es, por supuesto, una traducción —dijo Emerson, estudiando el papel—. ¿Puede leer el hebreo antiguo?

—Hubo un tiempo en que lo hice. Mi memoria…

—Ajá —dijo Emerson—. Si sois el erudito que decís ser, deberíais ser capaz de reproducir al menos parte del original.

Platón parpadeó.

—Entenderá…

—¿Tiene hambre? —respondió Emerson con una sonrisa lobuna.

Platón tomó la pluma.

Para mi asombro, procedió a escribir varias líneas de lo que sin duda parecía ser una variedad de hebreo. La sonrisa de Emerson desapareció. Él no podía leer la forma antigua de esa lengua más de lo que yo puedo, pero sabía lo suficiente, al igual que yo, para decir que el texto no era un garabato de símbolos sin sentido.

Nefret habló por primera vez.

—Touché, creo yo —comentó ella.

* * *

Para entonces ya era tarde para el almuerzo y el salón comedor estaba medio lleno. Emerson, todavía en un estado de exasperación, le señaló a Platón una mesa al otro lado de la habitación en la que nos habíamos reunido.

—Me gustaría discutir una serie de asuntos que no le conciernen —dijo, en respuesta a un intento de objeción de Nefret—. Todavía tengo que procesar todo.

—Muy de acuerdo —le dije. Selim asintió enfáticamente.

—Muy bien, entonces —dijo Nefret, frunciendo el ceño—. Empecemos con la cuestión de Ramsés y David. Dijo que debíamos esperar unos días. Hemos esperado. Propongo que uno o todos vayamos a Samaria mañana.

—Si hacemos eso, significará posponer nuestras actividades aquí durante varios días —le dije—. Hay mucho que hacer. Preparar la casa, una tarea compleja en sí misma, mantener un ojo sobre Morley, organizar las excavaciones de Emerson. —Nefret separó los labios, así que me apresuré en señalar—. ¿Te importaría explicarnos, mi querido Emerson, qué te intriga de ese sitio en particular?

El camarero sirvió la sopa que habíamos pedido, lo que dio tiempo a Emerson para considerar su respuesta. Esta tomó la forma de una conferencia.

—Egipto gobernó toda esta región durante el siglo XIV a.C., incluida Jerusalén, algo que se menciona en los archivos egipcios. Sin embargo, no se han encontrado reliquias de la época en esta zona.

Hizo una pausa para tomar un sorbo de sopa y yo aproveché la oportunidad.

—¿No me digas que has encontrado evidencias de aquella época tan remota? ¿Después de un examen superficial del terreno? Entiendo, querido, qué te gustaría descubrir objetos egipcios aquí,

pero ciertamente…

—¿No sacrificaría la seguridad de su hijo por semejante descubrimiento? —interrumpió Nefret. El verbo era el adecuado; su voz era tan afilada como un cuchillo.

—Por supuesto que no —exclamó Emerson—. Me hiere profundamente tal insinuación. Sin embargo, no tenemos ninguna prueba hasta el momento de que la seguridad de él o de David esté en peligro.

—¡Prueba! —gritó Nefret—. Qué está esperando, una nota de rescate, o… —Hizo una pausa, mordiéndose el labio. La imagen en su mente era tan clara para el resto de nosotros como lo era para ella. No había forma de evitarlo, y para ser sinceros yo había llegado a compartir sus preocupaciones.

—Iremos —dijo Selim—. Daoud y yo. A Samaria.

—Un compromiso —le dije—. Un día más. Si, para pasado mañana, no hemos tenido noticia, iremos todos. ¿Estamos de acuerdo? ¿Emerson? ¿Nefret? ¿Selim?

Es naturaleza del compromiso no ser del agrado de ninguna de las partes interesadas. El acuerdo que llegó, en forma de asentimientos de cabeza o murmuraciones, no era sincero, pero fue unánime.

—Bueno —dije—. Luego viene la cuestión del señor Platón. Hoy buscó a Morley, en nuestro nombre, como él dice, o a nombre propio, como creo yo. Llegó lejos…

—¡Tía Amelia! —Esa era como no Nefret interrumpiéndome—. Seguramente él es el menor de nuestras preocupaciones en este momento. Él es solo…

—No sabemos lo que es —dije, levantando un poco mi voz—. Ese es el punto, Nefret. Hasta que estemos seguros de sus verdaderos motivos, no podemos asumir que no es un peligro para nosotros. ¿Has hecho alguna fotografía suya?

No esperaba esa pregunta, pero ella no era estúpida.

—Veo lo que quiere decir. Sí, creo que sí. Tomé una serie de fotografías —dijo después de un momento.

—A petición mía —le dije con una sonrisa indulgente—. Serán maravillosos recuerdos de nuestra visita a Jerusalén. Ahora bien, ¿si se me permite continuar? Gracias. Como iba diciendo, Platón salió de su encuentro con Morley con la creencia de que habían llegado a algún tipo de acuerdo. El posterior ataque puede haberle demostrado que su suposición era incorrecta o puede haber sido instigado por otra parte. No sabemos casi nada sobre él. Sugiero que tomemos medidas para investigar más a fondo sus antecedentes,

aquí y allá… —Me interrumpí a tiempo—. A través de… eh… otras fuentes.

—¿Qué fuentes? —exigió Nefret, entrecerrando los ojos.

—Fuentes arqueológicas —respondí sin perder el tiempo—. Museos y organizaciones profesionales. Y los registros de la policía.

—Excelente idea —exclamó Emerson.

—¿Te encargarás de eso, Emerson?

—¿Qué? Oh. Sí, por supuesto.

—Pasaré esta noche y todo el día de mañana contratando sirvientes, adquiriendo los suministros necesarios para nuestro hogar, etc. De este modo podremos salir para Samaria la mañana siguiente, suponiendo, por supuesto, que no hayamos recibido ninguna noticia de los muchachos. ¿Hemos terminado de comer? ¿Nos vamos?

Una suave tos me detuvo en el acto de levantarme. Dándome la vuelta, vi a una persona a mi lado. Era un joven, tenía el pelo rubio y un pobre remedo de bigote rubio, y eso era todo lo que se podía decir de él, pues su constitución y facciones eran sorprendentemente pocos notables. En sus manos sostenía un maltrecho sombrero de estilo alpino, que retorcía nerviosamente.

—Disculpen —dijo—. He esperado hasta que creí que habían terminado su cena, pero si me he equivocado me marcharé y regresaré en otro momento.

—¿E interrumpirnos por segunda vez? —dijo Emerson—. Hable, joven. ¿Quién es usted y qué es lo que desea?

—Camden… Courtney Camden. El señor Page de la Sociedad Británica me informó que usted podría estar buscando personal adicional para su excavación.

—Le dije claramente que no lo estábamos. Buen día, señor. —Emerson empujó su silla hacia atrás y se levantó.

—Solo un momento —dije yo—. ¿Qué sabe acerca de cerámica, señor Camden?

El señor Camden estaba menos intimidado de lo que yo había supuesto. A pesar de que continuó destrozando su sombrero, habló con firmeza.

—Es mi especialidad, señora Emerson.

—¿Qué experiencia ha tenido usted?

—Trabajé en Tel el-Hesi con el señor Petrie y el señor Bliss.

—Tonterías —gruñó Emerson—. Eso fue hace veinte años. ¿Qué edad tenía en ese momento, doce?

—Veinte años, señor. Soy más viejo de lo que parezco.

—Mmm —dijo Emerson, acariciándose la barbilla—. Bueno,

Peabody, como pareces haber decidido que necesitamos un experto en alfarería, dejaré este asunto en tus manos.

Lo que Emerson sabía, pero se negaba a reconocer, era que el señor Petrie había sido uno de los primeros en estudiar la cerámica palestina y construir una cronología relativa de sus clases. Cualquier persona que hubiese trabajado con él tenía que ser un experto, porque no era un patrón fácil. Estudié al señor Camden críticamente. Desde luego, no aparentaba su edad. Algo en el conjunto de sus facciones me resultaba familiar.

—¿Nos conocemos? —le pregunté.

—No, señora. Sin duda lo recordaría si ese fuera el caso.

—Muy bien —le dije—. Si se encuentra aquí con nosotros mañana por la mañana, señor Camden, le daremos una oportunidad.

—Seis de la mañana —dijo Emerson.

—Ocho —corregí.

El joven se alejó, haciendo una reverencia a todos, incluyendo a Selim y Daoud.

—Tiene excelentes modales —dije, haciendo señas al camarero —. ¿Alguien desea postre?

Daoud señaló que sí. Emerson se sentó en silencio meditando hasta que el camarero vino y se fue.

—Confío en que sepas lo que estás haciendo, Peabody. ¿No es una coincidencia que un experto en cerámica aparezca justo cuando se le necesita? —dijo entonces.

—Razón de más para mantenerlo bajo vigilancia, Emerson. Si es lo que dice ser, será de gran utilidad, ya que ninguno de nosotros está familiarizado con la cerámica de esta región y tú estás seguro de encontrar…

—Sí, sí, Peabody. ¿Y si no es lo que dice ser?

—¡Determinaremos su verdadero motivo y lo voltearemos a nuestro favor!

Nefret se echó a reír.

—Por supuesto, tía Amelia.

Me complació ver que estaba de un ánimo mucho mejor. Mi acuerdo con que debíamos ir en busca de los muchachos la había satisfecho por el momento, y he de confesar, en las páginas de este privado (por el momento) diario, que yo misma me había sentía cada vez más inquieta por ellos. Sin embargo, la férrea disciplina mental me había enseñado a concentrarme en las tareas a mano. Mi primera tarea para esa tarde fue ir de compras y convencí a Nefret de que me acompañara. Emerson declinó la oferta, explicando que

tenía un par de preguntas que hacer a… eh… ese sujeto y que quería que Selim estuviera presente en el interrogatorio. Con una mirada significativa hacia mí, agregó que tenía también ciertas investigaciones que realizar. Así que Nefret y yo nos marchamos, con Daoud como nuestra escolta.

Había tiendas modernas en esa parte de la ciudad, así que fui capaz de conseguir productos de limpieza y repelente de insectos. Ordené un sinnúmero de otros artículos, incluyendo una bonita bañera de estaño, dando instrucciones de que fueran enviados al hotel lo más pronto posible. Nos demoramos más tiempo de lo que nos habíamos propuesto, también me detuve en el zoco para comprar alfombras, esteras tejidas y rollos de tela para las cortinas, así que cuando llegamos, los demás ya estaban cenando. Platón tenía un aspecto bastante avergonzado, pero esto no había afectado su apetito. Deduje que Emerson había designado a Selim como escolta de Platón, porque cuando nos separamos después de la cena Selim fue con él.

—Espero que no estés planeando encerrar al señor Platón en su habitación —le dije, mientras Emerson disfrutaba de la sobremesa.

—Estuve tentado. Pero puede ser peligroso, si no ilegal. No, Selim, Daoud y yo nos turnaremos para vigilar su puerta esta noche.

Acepté el vaso que me entregó con un asentimiento de agradecimiento.

—¿Qué rayos has descubierto sobre él para inspirar tales precauciones?

—Nada definitivo aún. Es demasiado pronto para esperar…

Un golpe suave a la puerta le impidió completar la frase. Era Nefret, sosteniendo un pequeño fajo de fotografías.

—Estos son las únicas en las que aparece el señor Platón. Buenas noches —dijo entregándomelas.

Y se fue, ¡sin decir otra palabra!

No tardamos mucho en examinar las fotografías. El señor Platón estaba presente en todas o para decirlo con más precisión, parte del señor Platón estaba presente: la parte de atrás de su cabeza, su rostro cubierto por una mano levantada, una figura alejándose de la cámara.

—Hmmm —dijo Emerson.

—Hmmm en efecto. Las imágenes del resto de nosotros son bastante buenas, excepto esta, en la que le estás gritando a alguien. ¿Es solo una coincidencia que no tengamos ninguna imagen identificable de Platón?

Emerson respondió con otra pregunta.

—¿Qué habías planeado hacer con ellas si las hubieras conseguido?

—Mostrárselas a varias personas. Él ha estado en Jerusalén antes, no tengo ninguna duda de eso. Tenía la esperanza de que pudiéramos enviar una copia a Scotland Yard.

—Pasarían semanas antes de que pudiéramos esperar una respuesta —dijo Emerson.

—Absolutamente. Tenía otra posibilidad en mente. ¿No crees que ya es hora de que me digas que personas de este hotel están al servicio del Ministerio de Guerra?

—No tengo la menor idea —dijo Emerson—. Ahora, Peabody, no pierdas los estribos. Aquí, permíteme volver a llenar tu vaso.

Una vez hecho esto, continuó:

—Los idiotas del Ministerio de Guerra ya no tienen nada que decir sobre el tema de eh… esa persona. Su investigación parece haber sido superficial en extremo. Envié telegramas a Jacobsen del Museo Británico, a Frankfort en Berlín, y algunos otros, así como a Scotland Yard. Fue malditamente caro ya que no solo les di su nombre actual, sino una descripción completa. Me proponía hacer las mismas preguntas aquí, en Jerusalén, pero ayer no hubo tiempo.

Decidida a atenerme al tema, le dije:

—No has respondido a mi pregunta inicial. ¿Niegas que el Ministerio de Guerra nos enviara a este hotel, tal como lo hicieron en Jaffa?

—No —dijo Emerson—. Es decir, sí. Eso es…

—Entonces deben haberte dicho la forma de comunicarte con su representante local en caso de problemas.

—Sí —dijo Emerson, el resentimiento reemplazó su confusión inicial—. Maldita sea, Peabody, acabas de darme la oportunidad para hablar. Me dijeron que iba a ser abordado por su agente aquí. Él daría una señal en particular cuando…

—Ajá —grité—. ¿Esa señal en particular?

Delicadamente tomé la punta de mi nariz con el pulgar e índice, y la retorcí dos veces.

Emerson me miró fijamente, con la boca entreabierta. Luego se echó a reír.

DEL MANUSCRITO H

Levantaban una nube de polvo en torno a sus pies mientras caminaban por el sendero. Las ovejas pastaban la hierba amarillenta

y los bueyes arrastraban primitivos arados través de los campos. La escena era tranquila y bucólica, el valle se encontraba enmarcado por montañas al norte y al sur de la ciudad.

—¿Qué distancia hay hasta Jerusalén? —preguntó David, cambiando su bolsa de un hombro al otro.

—Por lo que recuerdo, solo son cincuenta o sesenta kilómetros en línea recta. Pero es fácil perderse si no se conoce el país.

—¿Tomaremos el camino principal, entonces?

Ramsés se había estado preguntando lo mismo. Una parte de él, la parte que su madre había tratado de erradicar, tenía la tentación de escapar por ahí, arriesgándose a ser recapturado o algo peor. Otra parte, la más sensata, le decía que a pesar de que sus disfraces eran buenos desde lejos, era posible que no resistieran una inspección más estrecha. Desearía saber cuán lejos llegaría Mansur para recuperarlos, o para evitar que propagaran lo que habían averiguado. Si estuviera lo suficientemente desesperado podría haber ordenado que les disparasen en vez de dejarlos escapar. Un desafortunado accidente, el soldado los había confundido con delincuentes buscados, perfectamente comprensible teniendo en cuenta que estaban disfrazados… Pero ¿y si la vanidad le había hecho darse a David y a él demasiada importancia? Podría tomarles días llegar a Jerusalén, merodeando por el campo, mientras que su familia se preocupaba y a nadie más, incluyendo Mansur, les importaba un pimiento los que les pasara.

—Mi mente está dando vueltas en círculos —dijo con disgusto—. Creo que intentaremos evitar el camino durante un tiempo más.

A medida que el sol se elevaba, empezó a preguntarse si había tomado la decisión correcta. Los estrechos senderos, algunos a duras penas senderos de cabras, se propagaban por los pequeños campos, viñedos y bosques de árboles. El terreno se hacía cada vez más difícil, mientras salían del valle para entrar en una región de onduladas colinas, con altos picos visibles al oeste. Después de unas horas Ramsés no tenía idea de dónde estaban, excepto por la noción general de que se dirigían al sur, y que estaban al este del camino principal.

—¿Cuán lejos hemos llegado? —preguntó David.

—Maldición si lo sé. Hemos estado caminando en círculos parte del tiempo, intentando mantenernos lejos de aldeas y casas. Sugiero que escalemos más alto e intentemos conseguir una visión global del campo.

—Suenas atípicamente vacilante —comentó David.

—Si tienes una mejor idea, ten la amabilidad de decirla —espetó

Ramsés. No habían visto u oído algo sospechoso durante horas, pero su sensación de inquietud iba creciendo. Tener a David con él era un gran consuelo, pero saber que David no estaría allí si no fuera por él era de igualmente una gran carga.

Subieron hasta una empinada cresta, dejando atrás oscuras aberturas que podrían haber sido tumbas antiguas. Coronando una colina había una estructura que los dejó petrificados a ambos. Podría haber sido la ruina de un castillo normando, mágicamente transportado desde Inglaterra a esa improbable ubicación. Las macizas paredes todavía tenían de dos o tres metros en algunos lugares, con torres laterales a intervalos y los restos de un torreón visible más allá de las paredes.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó David—. No es bíblico, ¿no?

Ramsés se quitó la mochila de su hombro y se estiró.

—Debe ser una fortaleza de los cruzados. Siglo XI d.C. Hay varios de ellos en Siria y Palestina.

—Cruzados —repitió David—. Oh, sí… esos tipos que querían salvar la Tierra Santa de los infieles. Construyeron esto, ¿no?

—Lo construyeron para contener fuera a un buen número de personas que ellos y su religión odiaban. Pero los constructores no duraron. El reino de Jerusalén duró doscientos años, más o menos, generando siete u ocho malditas Cruzadas, costando innumerables vidas, y al final se vieron obligados a renunciar y volver a casa.

—Por supuesto eres un almacén de información inútil. ¿Cómo sabes todo eso? —preguntó David, con más diversión que admiración.

—Tengo la mente de una urraca, fácilmente atraída por cachivaches interesantes —admitió Ramsés—. En realidad aprendí sobre las Cruzadas de un sujeto que conocí en Oxford. Había elegido los castillos cruzados como su tema de especialización.

—No creo que tú sepas cual es ese, o precisamente donde está.

Ramsés se sentía demasiado desalentado para resentirse por la crítica implícita.

—Hay demasiadas malditas ruinas en este país —dijo con tristeza. Se volvió lentamente, protegiéndose los ojos contra el sol —. Hay otro en el valle de abajo podría ser una iglesia abandonada. No puedo ver… espera un minuto. ¿No es eso Nablus, esa mancha oscura cruzando la planicie, al norte y ligeramente al oeste?

David dejó escapar sentido gemido.

—¿Hemos avanzando tan poco?

Ramsés se sentó, cruzando las piernas.

—Tomemos un descanso y veamos lo que Majida nos ha dado de

almuerzo.

Era el pan y el queso de cabra habitual, un puñado de higos, además de una botella de cerveza ligera y agria. Ramsés devoró su mitad y, a continuación, se dio cuenta de que David no había comido más de unos bocados.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy bien. Solo un poco sediento. —Levantó el frasco a los labios y bebió un largo trago—. Asqueroso.

—Tendremos que encontrar agua pronto —dijo Ramsés, observándolo—. Y no hay suficiente comida para otro día.

—El agua no debería ser un problema. Debe haber pozos y manantiales.

—Un montón de ambos, creo yo. Hemos estado evitando los pueblos y las personas, pero no veo necesidad de seguir haciéndolo.

—Está bien. —David se puso de pie—. Vámonos.

Habían pasado una serie de pequeños asentamientos más temprano, pero ahora que estaban buscando uno, no los encontraban. Ramsés vigilaba discretamente a su compañero. David mantenía el ritmo, pero estaba inusualmente silencioso, como si cada onza de su energía se centrase en caminar. El sendero prácticamente había desaparecido y el terreno montañoso era agotador: entraba y salía en un valle, una y otra vez. Ramsés estaba a punto de sugerir que se detuviera a descansar cuando vio una forma en movimiento avanzando directamente hacia ellos.

David hizo el amago de dar la vuelta pero Ramsés lo cogió del brazo.

—Sigue caminando. Todo está bien. No lleva uniforme.

El gorro de piel de oveja de ese hombre y el traje suelto eran como los de un lugareño, y se movía con la seguridad de alguien que conocía el terreno, utilizando un robusto cayado para mantener el equilibrio de sus pasos en la ladera. Mientras se acercaba, Ramsés vio un rostro moreno y curtido marcado por gruesas cejas grises, enmarcadas por una barba canosa. Esperando que su patética barba pasara el examen, Ramsés estaba a punto de expresar un saludo cuando el hombre habló primero.

—Ustedes son los que están buscando.

Fue en ese momento crítico que David dobló las rodillas y se desplomó.

Las únicas armas de Ramsés eran sus manos y pies. La bolsa que llevaba era demasiado ligera para causar una lesión. Tomó todo el impulso que pudo; el otro hombre, leyendo su intención, saltó hacia atrás y levantó su bastón.

—¡No! Soy amigo, vengo a advertirles. ¡Vean! —Empujó su manga hacia arriba—. Soy un hijo de Abraham.

* * *

El sol estaba bajo en el oeste cuando llegaron a las ruinas del castillo y atravesaron un estrecho portón flanqueado por torres macizas.

—No los encontrarán aquí —dijo su aliado recién descubierto—. Hay muchos lugares para esconderse. Quédense hasta que alguien venga a buscarlos.

Ramsés no había tenido más remedio que confiar en él. Había impuesto un ritmo que los había dejado sin aire para conversar o hacer preguntas. David necesitó apoyo la mayor parte del camino y de hecho lo cargaron los últimos y difíciles quince metros; apenas estaba consciente cuando lo bajaron al suelo.

—Es la fiebre —dijo su guía, poniendo una mano callosa sobre la frente de David—. Pasará con el tiempo… o no. Es joven y fuerte, es probable que sobreviva.

—Espera —dijo Ramsés—. ¿Cómo supiste quiénes éramos? ¿Por qué nos ayudas? ¿Cuál es tu nombre?

—Es mejor que no conozcas mi nombre. La noticia se ha propagado, nos dijeron que estuviéramos alertas. Yo pasaré la notica ahora a los demás. Hay turcos… —escupió el suelo—, a lo largo de todo el camino a Jerusalén. Debo regresar, de aquellas villas vendrá alguien. Toma esto.

Le entregó a Ramsés la bolsa que llevaba, y luego se fue.

La bolsa contenía una piel de cabra con agua, un pedazo de pan y un racimo de uvas, posiblemente los restos de la comida del mediodía del hombre. Ramsés acomodó a David tanto como pudo, y lo hizo beber un poco de agua. Las sombras en el interior de los altos muros se acrecentaban y deseaba explorar el lugar antes que oscureciera.

Seguía siendo una fortaleza formidable. Había dos muros envolventes, con estrechos portones flanqueados por torres; dentro de la pared interior había una torre más grande o torreón, el último lugar de defensa. El suelo estaba cubierto de piedras de diversos tamaños, desde guijarros hasta bloques fragmentados y huellas de animales. No había ni rastro de presencia humana; Ramsés se preguntó si el lugar era considerado embrujado o poseído por demonios. Ciertamente había amplios lugares donde ocultarse; las habitaciones en los pisos inferiores del torreón seguían intactas.

Regresó con David, quien estaba sumido en un sueño agitado y ardiendo de fiebre. Era imposible saber qué variedad de fiebre. Había demasiadas fuentes de infección, desde el agua a las picaduras de insectos. Una cosa era segura: no irían a ningún lado por un tiempo.

Rebuscó en su bolsa y encontró el botiquín, encendiendo una de las pocas cerillas que les quedaban para inspeccionar el contenido. Lo único que encontró que podría ser útil fue un frasco de aspirinas. ¿No se suponía que eso bajaba la fiebre? Deseaba haber prestado más atención a las lecciones de su madre. Decidió que no haría ningún daño y consiguió que David tragase una con un sorbo de agua. Estaba oscuro como la boca de un lobo para entonces y decidió que sería demasiado peligroso mover a David más adentro en la fortaleza. Trabajando por el tacto, sacó las *galabiyyas* y las extendió alrededor y debajo de David. Era la única cubierta que podía proporcionarle; habían dejado su ropa europea con Majida.

Tendido de espaldas mirando un cielo brillante con estrellas, supo que no sería capaz de conseguir el sueño que necesitaba. Los búhos ululaban con tristeza. La temperatura al caer producía extraños crujidos y chasquidos. Pequeños animales nocturnos comenzaron a merodear. Al menos eran pequeños, a juzgar por el golpeteo de sus patas. Intentó recordar si todavía había lobos en la región.

De vez en cuando se quedaba dormido, para despertarse sobresaltado por un movimiento o una palabra murmurada de David. La fiebre no había cedido. Eso significaba, si no recordaba mal, que no era malaria. Lo que dejaba solo una docena de posibilidades desconocidas. Se sentía tan malditamente impotente. Si David no se encontraba mejor por la mañana, tendría que buscar ayuda, toda la que pudiera. Era mejor arriesgarse a ser capturados a que su mejor amigo muriera por falta de atención. Su anónimo guía había hablado de aldeas. Había observado varias a lo largo del camino.

El agotamiento, físico y emocional, finalmente lo lanzó a un sueño profundo. Fue sacado de él por un sonido que era diferente a los que se había ido acostumbrando, el crujir de piedra bajo los pies de una criatura más pesada que una rata o un zorro. El aire se sentía húmedo por el rocío; olía a amanecer. Se quedó inmóvil, escuchando y esperando. Los soldados no moverían tan calladamente. Su guía le había prometido regresar…

Otro paso y luego otro. Ramsés decidió correr el riesgo.

—Los Hijos de Abraham —dijo en voz baja, y repitió las

palabras en árabe.

Oyó una inhalación brusca y luego una larga exhalación, como un suspiro de alivio. Ramsés se puso lentamente de pie. Podía ver un poco ahora, una forma más oscura en la oscuridad. La voz que le respondió era la de un hombre, todavía joven, a juzgar por su tono y muy nervioso, a juzgar por su inseguridad.

—Amigo, sí. Traigo comida.

Ramsés salió de la sombra del contrafuerte.

—¿Agua? —preguntó—. Mi amigo está…

—Enfermo, sí. Traigo medicina.

Con el primer atisbo de luz, Ramsés echó un vistazo a las facciones del hombre. Era joven, con la barba apenas más densa que la de Ramsés, y sus ojos oscuros estaban abiertos de par en par.

—Hablas bien el inglés —dijo Ramsés, tomando el cesto tejido que le ofrecía.

—Un poco. —El chico se inclinó sobre David, quien yacía inmóvil, respirando con dificultad—. Es fiebre, sí. El curandero dice pon esto en agua y dáselo de beber.

Tomó un manojo de plantas secas de la cesta. Ramsés pasó una pizca entre el pulgar y el índice, lo olfateó, y luego lo probó. Era una hierba de algún tipo, fuertemente perfumada. El sabor era fuerte pero no era desagradable.

—Él no se irá hoy —dijo el muchacho—. Escribe. Yo lo llevo.

—¿Qué? —preguntó Ramsés—. No entiendo. ¿Escribir?

A medida que la luz se hacía más fuerte, el malestar del muchacho aumentaba. Levantó las manos en un gesto inequívoco de frustración.

—Escribe un mensaje, a los que te esperan. Diles que vengan por ti. Me aseguraré que les llegue.

Había hablado en hebreo.

* * *

A la mañana siguiente fuimos bruscamente despertados por un persistente golpeteo en la puerta. Dejando a Emerson maldiciendo y agitado, me coloqué la bata y las zapatillas apresuradamente, y me dirigí a la puerta. La habitación era gris por la luz del alba; todavía era muy temprano. Era obvio que había ocurrido algo de naturaleza muy seria. Una variedad de horribles imágenes inundaron mi mente, muchos de ellas tenían que ver con mi hijo. Abrí la puerta de sopetón.

El director estaba en el umbral. Se encontraba en un estado de

gran agitación y a duras penas era coherente.

—Le ruego me disculpe, señora Emerson, pero hay personas que insisten en hablar con su esposo. ¡Algo sumamente serio ha ocurrido!

—¡Maldita sea! —gritó Emerson desde la cama—. Qué clase de hotel es este, cuando un hombre no puede…

—Deja de gritar, Emerson. Ha ocurrido algo muy serio. Voy a determinar su naturaleza exacta, pero te sugiero que te levantes de una vez.

Vistiéndome apropiadamente y ordenando que le sirvieran de inmediato el café a Emerson, fui a hablar con los individuos en cuestión. Resultaron ser el señor Samuel Page de la Sociedad Británica y un extraño, de rostro redondo y contextura rolliza, quien se presentó como Edmund Glazebrook, el cónsul británico. Me disculpé por no haberle realizado una visita de cortesía antes, a lo que respondió que me perdonaba de corazón, ya que tenía suficiente a lo que hacer frente con las quejas de nuestros compatriotas.

—¿Podemos ver al profesor Emerson? —prosiguió—. Es urgente, señora, muy urgente.

Cuando le expliqué la situación acordaron que yo debería ser la portadora de las malas noticias, una posición que nunca es cómoda y, que en el caso de Emerson en su estado de excitación, era potencialmente peligroso.

—Hay un motín cociéndose en el Monte del Templo —explicó Glazebrook—. Las autoridades están intentando controlar a la multitud, pero tengo que decir…

—Vaya al grano, por favor —le dije con impaciencia.

—Ehh. Fue el señor Page quien me convenció de venir. Por alguna razón, cree que el profesor Emerson puede ser capaz de intervenir y solucionar las cosas. Aunque debo decir…

Lo dejé y me apresuré a ir con Emerson. Como había esperado, él se alzó noblemente a la altura de la ocasión, terminando su café mientras, con mi asistencia, se vestía. Estuvimos listos en diez minutos o menos, y bajamos a unirnos con los demás.

La pálida luz del sol se esforzaba por penetrar la niebla de la mañana mientras nos apresurábamos por la calle.

—Bien —dijo Emerson al cónsul—, ¿de qué se trata todo esto? Sea conciso, se lo ruego.

Glazebrook se obligó a ser breve, ya que, como Hamlet, estaba gordo y corto de aliento, y tuvo que trotar para mantener el ritmo de Emerson. Aparentemente devotos madrugadores habían

descubierto a un grupo de extranjeros en la base del Monte, en un intento, de lo que creían, era el inicio de actividades de ingeniería en ese lugar sacrosanto.

—Los primeros en el lugar fueron musulmanes —jadeó el cónsul —. Pero la noticia no tardó en extenderse y pronto se les unieron judíos que fueron a defender el Muro de las Lamentaciones. Según el último informe ambos grupos estaban lanzando piedras y amenazas a los extranjeros…

—Y finalmente entre ellos, si es que aún no han empezado a hacerlo. Mmm. Bueno, vamos a ver qué se puede hacer —dijo Emerson fríamente tras exhalar audiblemente.

Escuchamos el motín antes de verlo. El rugido de una multitud enfurecida es uno de los sonidos más terroríficos del mundo. La mayoría estaban apiñados alrededor de la base de la gran pared, así que cuando llegamos a la plaza estábamos a unos cien metros del lugar de la acción. Al principio fue difícil distinguir con precisión quién estaba golpeando a quién. Gracias a Dios, no había armas de fuego involucradas; pero las piedras volaban por el aire y se blandían garrotes. Golpes, gritos de dolor y furia formaban un estruendo horrible. En el punto más lejano, contra el propio muro, había una hilera irregular de soldados turcos. Parecían estar armados con rifles, pero debían haber recibido la orden de no disparar contra la multitud. Usando armas como garrotes, intentaban defender de los atacantes a un grupo pequeño acurrucado contra las piedras. Es de suponer que estos eran los extranjeros cuya aparición había comenzado el problema, pero no pude distinguir sus facciones debido a mi falta de estatura.

—¡Ja! Como esperaba. Quédate aquí, Peabody. Caballeros, tengan la amabilidad de asegurarse que lo haga —dijo Emerson, quien no sufría de mi misma desventaja.

Con lo cual se lanzó a la multitud.

De hecho solo quedaba un caballero, ya que cuando el señor Page había echado un vistazo a la conmoción se apresuró a realizar una salida precipitada. No le culpo; era un erudito, no un hombre de acción. Glazebrook, para otorgarle crédito, se pegó a mí como una lapa.

A pesar del cónsul, yo habría seguido a Emerson si no hubiera sabido que mi presencia le distraería de su objetivo principal. Su progreso era marcado por una especie de remolino de cuerpos mientras barría a los combatientes a los lados por la pura fuerza de sus brazos. En verdad, creo que lo único que le salvó de ser herido de gravedad fue el hecho de que los combatientes fueron tomados

por sorpresa y al ser apartados tan bruscamente no se daban cuenta de lo que les había sucedido.

Observando agitada, lista para sumergirme en la trifulca con mi valiente cónyuge si este necesitaba de mi ayuda, trepé en una cornisa saliente a tiempo de ver a Emerson triunfante. Su rapidez felina, a la que podía convocar en caso de necesidad, lo salvó esta vez; uno de los soldados, comprensiblemente confundido en cuanto a su propósito, lo apuntó con el rifle. Emerson se lo arrebató de las manos y se volvió hacia la multitud. Su voz estentórea se elevó sobre todos los sonidos menores.

—¡Salaam! ¡Shalom! ¡Paz!

El bullicio murió, aunque todavía no por completo, pero lo suficiente para que las observaciones adicionales de Emerson resonaran en toda la plaza.

—Id a casa. ¡Dejadme los extranjeros a mí… al Padre de las Maldiciones! Los castigaré como se merecen. Idos ahora, u os enfrentareis a mi ira y la ira de Dios.

Tal vez el hecho de que blandiera el rifle mientras hablaba tuvo un efecto adicional, pero en mi opinión el factor principal fue la presencia carismática de Emerson. El sonido fue desvaneciéndose en un sombrío murmullo, y las personas comenzaron a alejarse. El goteo pronto se convirtió en una inundación, y en poco tiempo la plaza estuvo vacía salvo por varios cuerpos esparcidos. Algunos yacían inmóviles; otros se retorcían de dolor, sus ropas manchadas de sangre. Por mucho que anhelara ayudar a los caídos, mi primer deber era mi esposo. Cuando llegué a su lado vi que no había escapado totalmente indemne; un chichón estaba creciendo a un lado de su cabeza y su manga había sido cortada por un instrumento afilado. Sin embargo, la honrada furia le levantaba por encima de esos pequeños inconvenientes.

—¿Estás a cargo aquí? Tú puñetero idiota, ¿por qué no pudiste dispersar a la multitud? —gritó dirigiéndose al oficial al mando de los soldados

(Traduzco del árabe original, sustituyendo con un epíteto menos vulgar el empleado en la realidad).

—Nos dijeron que no disparáramos —tartamudeó el oficial—. No éramos suficientes para…

—Bah —dijo Emerson—. Largaos, todos, no servís para nada. Ah, Peabody, ahí estás. ¿Te acuerdas de nuestro conocido, el señor Morley, supongo?

No me sorprendió ver que Morley era la causa del disturbio, aunque a primera vista no habría reconocido al individuo apuesto y

elegante que había tomado el té en nuestro salón. Su cara chaqueta de tweed estaba arrugada y polvorienta, su rostro pálido. Su salacot había sido derribado por una piedra certera; y yacía en el suelo junto a él. Otros dos hombres, desconocidos para mí, estaban con él. Los tres estaban intentando verse como si no hubieran experimentado el susto de sus vidas, pero sin tener éxito.

—¿Qué diablos creía que estaba haciendo? —exigió Emerson.

—Tomar medidas —tartamudeó Morley, indicando los instrumentos desparramados—. Nada más. No teníamos ninguna intención…

—Sus intenciones me importan un bledo —dijo Emerson—. Debería haber sabido que cualquier actividad tan cerca del Haram provocaría problemas. De hecho, creo que tenía estrictamente prohibido venir aquí.

—Tengo el permiso de…

—No tiene el mío —dijo Emerson, mostrando los dientes de una manera que nadie podría confundir con una sonrisa—. A partir de ahora, Morley, no hará ni un solo movimiento sin informarme. Está en desgracia con las autoridades británicas locales por iniciar un motín, y con la comunidad arqueológica internacional por excavar sin supervisión profesional. De ahora en adelante yo soy ese supervisor.

Previendo cierta cantidad de discusión sin sentido (porque Emerson estaba seguro de prevalecer al final), fui a ver si podía ayudar a los heridos. Algunas pobres almas habían regresado a buscar amigos o parientes. Una mujer envuelta toda en negro estaba arrodillada lamentándose junto al cuerpo de un hombre con una poblada barba. Observando que sus ojos estaban cerrados, su respiración regular, y que no había sangre en su cara o ropa, la empujé suavemente a un lado y me dirigía él en tonos suaves, mientras aflojaba la parte superior de su ropa. Su recuperación fue instantánea. Así lo había esperado. Horrorizado al encontrarse siendo atendido por una mujer extraña, se levantó y huyó, seguido por la mujer de negro.

Cerca había una forma retorcida, cuyas ropas ensangrentadas y ojos fijos me dijeron la triste verdad incluso antes que me arrodillara a su lado. Sus largos tirabuzones proclamaban que era de la fe judía. Le cerré los ojos e incliné la cabeza. Sin saber qué palabras podrían considerarse apropiadas, decidí que el salmo veintitrés debía ser una apuesta segura.

—El Señor es mi pastor, nada me faltará… —me interrumpí a media frase cuando me di cuenta que a mi lado se detenía una alta

y digna figura vestida de negro coronada con un sombrero de ala ancha de la misma tonalidad sombría.

—Ese fue un gesto bienintencionado, señora Emerson —dijo con un fuerte acento inglés—. Pero ya puede dejarle a él y a los otros de nuestra fe a nosotros ahora. Soy el rabino Ben Yehuda.

—¿Cómo sabe mi nombre? —le pregunté.

—Su nombre es bien conocido en esta ciudad, al igual que el de su distinguido esposo.

Emerson avanzó hacia nosotros. No culpo al rabino por quedarse mirando fijamente, ya que Emerson no se veía en lo más mínimo como un distinguido erudito. El cabello negro violentamente arrastrado por el viento, prendas rasgadas, la cara manchada de sangre cuando anunció en tono estentóreo:

—Se han llevado a ese bastardo de Morley. Los soldados lo han escoltado para ponerlo a salvo, y… ¿quién diablos es usted?

Le presenté al rabino.

—Mmm —dijo Emerson, clavándole una mirada crítica—. ¿Dónde estaba, señor, mientras sus correligionarios estaban intentando matar a otros seres humanos en esta tierra sagrada?

El rabino medía por lo menos quince centímetros menos que Emerson, pero le encontró la mirada con ojos igualmente hostiles.

—No fuimos nosotros, señor, quienes comenzamos la lucha.

—Oh, estoy seguro que todo el mundo metió baza —concordó Emerson—. Le haré la misma pregunta al jeque de la mezquita. Y no dudo que recibiré la misma respuesta evasiva. Una vez que las hostilidades comenzaron era su deber, y el de él, detenerlas. En su lugar permitió que un infiel como yo hablara de “paz”.

—Fueron las acciones de otro de su calaña quien rompió la paz —fue la respuesta airada.

—Ja —dijo Emerson, los ojos brillantes ante la perspectiva de discutir—. Mire, señor…

—Ahora, Emerson, no tenemos tiempo para este tipo de cosas —le dije con firmeza.

El rabino manifestó su acuerdo, giró sobre sus talones y se marchó. Todavía había unos cuerpos tendidos, pero llegué a la conclusión de que dada la recepción que mi ayuda había recibido hasta entonces, podía usarla en otro lugar. Estaba a punto de permitir que Emerson me alejara cuando un pequeño caballero se nos acercó. Llegué a la conclusión por su indumentaria que también era un rabino, aunque sus ropas no eran tan elegantes como las de Ben Yehuda. Su túnica estaba remendada, su sombrero de ala ancha desgastado hasta la lanilla, y su barba canosa estaba salvajemente

despeinada, como si hubiera estado tirando de ella.

—Deseo dar las gracias —dijo en vacilante inglés—. Por ayudar.

—Él tiene mejores modales que el otro —me dijo Emerson.

—Calla, Emerson. Su agradecimiento es innecesario, reverendo señor. ¿Ese es la manera correcta de dirigirme a usted?

El pequeño rabino parecía desconcertado, así que reformulé la pregunta.

—¿Cómo debo llamarlo?

—Ah. Debe llamarme Rabino Ben Ezra. Vivo en la calle de David, todos me conocen. Vengan a mí cuando deseen ayuda.

Él se irguió en toda su estatura, que era aproximadamente la misma que la mía, y asintió enfáticamente. La oferta era ridícula, pero había sido hecha con tan evidente buena voluntad que Emerson logró mantener el rostro serio.

—Gracias —dijo él con la misma gravedad.

—Las gracias son innecesarias. ¿No somos todos hijos de Abraham?

—De hecho… —comenzó a decir Emerson.

Levanté mi voz.

—Tenemos que irnos, Emerson. Buen día, rabino Ben Ezra.

—Por qué siempre tienes que empezar una discusión —le susurré, arrastrando a Emerson—. El pobre hombre estaba tratando de ser amable.

—Bueno, pero tú no eres un hijo de Abraham, siendo mujer —dijo Emerson—. Y yo no lo soy porque tal persona no existió. Mmm. ¿Dónde he oído esas palabras antes?

Sorteé con cuidado un charco de sangre.

—De tu queridísimo e infame viejo amigo Kamir, la otra mañana.

—Hmmm, sí. ¿No te parece extraño que dos personas de condiciones tan dispares utilicen la misma frase?

—No, en absoluto, Emerson. Si hubieras leído realmente el Génesis, en lugar de fingir haberlo hecho, sabrías que los hijos de Abraham fueron Isaac, el progenitor del pueblo judío, e Ismael, el padre de la raza árabe.

—Lo leí —dijo Emerson, indignado—. Y vaya buen cuento moral que fue. Que un hombre arroje a su hijo primogénito y la madre de ese hijo al desierto para morir porque su mujer celosa le dijo que…

Se vio obligado a interrumpirse porque divisamos al señor Glazebrook (el cónsul británico), quien venía corriendo hacia nosotros.

—Buen Dios, señor —exclamó—. Eso fue… debo decir, señor…

¡usted es motivo de orgullo para la nación británica. Nuestro prestigio en esta ciudad aumentará como resultado de su acción heroica. Aunque debo decir…

—Preferiría que no lo hiciera —dijo Emerson—. Ven, Peabody. Ya hemos perdido demasiado tiempo con este asunto.

Nos deshicimos del señor Glazebrook caminando tan rápidamente que no pudo mantener el ritmo, y volvimos al hotel. Nuestros tres amigos estaban esperando en el vestíbulo en un estado de cierta agitación. Cuando no nos presentamos para el desayuno interrogaron al personal de recepción y se enteraron de que habíamos acudido a un motín. Como explicó Daoud, eso le había parecido bastante razonable, pero Nur Misur había pensado lo contrario, y Selim había considerado improbable que yo hiciera algo así, aunque no era improbable que Emerson lo hiciese. Los rumores de muerte y destrucción se habían propagado con la velocidad de la luz, y cuando llegamos todo el lugar era un hervidero y algunos de los peregrinos más tímidos revoloteaban como pollos que hubieran visto a un halcón, sin saber si ocultarse o huir.

Una vez más la formidable presencia de Emerson calmó la tormenta.

—Los disturbios han terminado —anunció con la voz más alta posible—. No hay peligro. Ocúpense de sus asuntos. Qué tal si desayunamos, ¿eh?

Eso último era para mí. Yo asentí, toda esa actividad matutina me había dejado bastante hambrienta, y todos nos dirigimos al salón comedor. En respuesta a las preguntas de nuestros amigos, les expliqué lo que había ocurrido.

—Pero, Profesor —exclamó Nefret—. Está herido. Subamos y déjeme…

—Solo un golpe en la cabeza —dijo Emerson, sirviéndose huevos y tostadas—. Daos prisa y acabad. Debemos ponernos en camino. Dónde está ese sujeto… eh…

—Oculto en su habitación, creo —dijo Selim, quien estaba totalmente de acuerdo con la negativa de Emerson a mencionar el nombre de Platón.

—Ve y hazlo salir a la fuerza —ordenó Emerson—. A partir de ahora lo quiero donde pueda verlo.

Persuadí a Emerson de que me dejara examinar sus heridas, las cuales eran, como me había dado cuenta, superficiales. Tenía un bulto impresionante en el cráneo, pero como él señaló con perfecta ecuanimidad, esa parte de su anatomía había sufrido muchas veces

del mismo problema. Regresamos al vestíbulo, donde me las arreglé para que los porteadores llevaran las provisiones que había comprado la noche anterior. Selim tenía sujeto a Platón firmemente por el brazo; Nefret y Daoud estaban esperando; así como un delgado joven con un pequeño bigote rubio. Él continuaba retorciendo su sombrero.

Me había olvidado completamente de él. Emerson le hubiera dicho que se fuera, creo yo, ya que estaba a punto de hacer precisamente eso cuando le ofrecí al señor Camden un cortés buenos días.

—Estuve aquí a las ocho —se apresuró a comentar—. Pero nadie parecía saber a dónde habían ido y luego fueron a desayunar, y yo no…

—La mayoría considera buena mi palabra —dijo Emerson—. Bueno, bueno, salgamos.

Formábamos una procesión imponente, avanzando de dos en dos, tal como los animales que entraron en el Arca, Emerson y yo a la cabeza, Nefret detrás de nosotros con Selim y Daoud remolcando al señor Platón. Este último había protestado haciendo barullo, alegando que tenía la garganta irritada, le dolía la cabeza, y sus pies estaban heridos. No hace falta decir, que sus quejas no tuvieron efecto sobre Emerson, ni sobre Daoud. El señor Camden se arrastraba detrás, seguido por una cadena de porteadores llevando mis compras.

—Eso fue algo más que olvidé hacer —dijo Emerson en voz baja. (Baja para Emerson, en todo caso)—. Preguntar a Page sobre este sujeto Camden.

—No hay duda de que serás capaz de poner a prueba su conocimiento por ti mismo, Emerson. ¿Presumo que te diriges directamente al sitio que has elegido para excavar?

—Hay muchas malditas cosas que hacer primero —se quejó Emerson—. Te dejaré establecida en nuestra nueva casa y hablaré con Kamir sobre el arrendamiento de la tierra. Esta es la última vez que trato de trabajar en este país sumido en la ignorancia, Peabody. Las cosas son mucho más sencillas en Egipto y no tan peligrosas.

Recordando nuestros frecuentes encuentros con violentos criminales sedientos por nuestra sangre, sonreí un poco. No obstante, entendí lo que quería decir. Villanos ordinarios son una cosa; alborotadores religiosos y espías de diversas nacionalidades son menos predecibles.

—Luego —continuó Emerson—, tengo la intención de cumplir lo que le dije a Morley ayer sobre inspeccionar su excavación. Es un

sacrificio, pero me veo obligado a hacerlo.

—De hecho, te estás muriendo por descubrir lo que se trae entre manos —le comenté.

El ceño de Emerson se convirtió en una amplia sonrisa.

—Muy bien, querida. Como recompensa por tu perspicacia, voy a permitir que me acompañes.

* * *

Nuestra llegada fue anunciada con antelación por los ociosos habituales que no tenían nada mejor que hacer que rondar por los alrededores esperando a que sucediera algo interesante. Cuando nos acercamos a la casa que yo había seleccionado, nos encontramos con el mismo Kamir, sonriendo y haciendo una reverencia.

—¿Qué es esto? —preguntó, examinando nuestros porteadores con desprecio—. No necesitáis nada, tengo todo listo. Venid a ver, venid.

Para darle crédito, algo que debo hacer, había logrado realizar un buen trabajo. La peor parte del polvo había sido limpiado y se había agenciado varias piezas de mobiliario, sillas y mesas y varios armazones de camas. Lo mejor que puedo decir era que los muebles eran muy resistentes.

Esperándonos en una habitación contigua se encontraban tres potenciales sirvientas. Ninguna llevaba velo; esperaban ver a solo otras mujeres, pero Daoud, quien no se había dado cuenta de lo que íbamos a hacer, siguió a Nefret, todavía remolcando a Platón. Las mujeres chillaron y se reajustaron los velos. Platón se apartó de Daoud y huyó, y el pobre Daoud, horriblemente avergonzado por su infracción de las costumbres, se retiró de la habitación murmurando disculpas.

Una vez que los hombres se fueron, convencimos a dos de las mujeres para que se quitaran los velos. Eran mujeres robustas de mediana edad, ambas defendieron sus causas con vehemencia, prometiendo trabajar hasta que sus dedos estuvieran en carne viva (el equivalente árabe). Una declaró ser una cocinera experimentada y añadió con orgullo:

—También puedo hacer platos ingleses. Bistec, tostada mantequilla, huevos.

La otra mujer se había retirado a un rincón, donde estaba parada con la cabeza gacha.

—¿Y tú? —le dije—. ¿También deseas trabajar para nosotros?

Ella levantó la cabeza y vi la suave piel de la frente y dos

grandes ojos castaños, delineados con kohl, bajo unas cejas delicadamente curvadas.

—Yo puedo, me gustaría… —Ella titubeó.

—Habla más alto —le dije, no sin amabilidad—. ¿Puedes limpiar? ¿Acarrear el agua del estanque?

—No, *Sitt*. Yo lavo ropa, la dejo muy limpia, trabajo en mi casa, la traigo todo de vuelta el día siguiente, no puedo estar aquí porque… porque…

—Tiene un hijo —proclamó la cocinera, quien me había dicho que su nombre era Yumna, y subiendo la voz dijo—. Un niño que no tiene padre.

No había particular malicia en su voz, simplemente estaba constatando un hecho; pero la muchacha se echó atrás e inclinó la cabeza. Nefret, su simpatía inmediatamente comprometida, dijo suavemente:

—¿Qué edad tiene el niño, y quien lo cuida cuando no estás en casa?

Contratamos a la muchacha, por supuesto. Nefret le dijo que llevara al bebé, la cual era una niña de poco más de un año de edad, cuando viniera, ya que la anciana que cuidaba de ella no parecía fiable.

—Me gustaría que me hubieras consultado antes que decir eso, Nefret —comenté en inglés—. ¿Qué se supone que debemos hacer con un bebé entre los pies?

—No va a estar entre los pies o en las instalaciones mucho tiempo, tía Amelia.

Su barbilla saliente y boca firme me dijeron que sería inútil discutir. Probablemente tomaría no solo al bebé, sino a su joven madre bajo su ala. Sabía que no podía contar con Emerson. Es irremediablemente sentimental con las mujeres y los pequeños niños desamparados. (Él padece la ilusión de que nadie lo sabe.) Yo misma no soy alguien con corazón totalmente duro. Tuve que ceder aunque con no más de un suspiro.

Después de desempaquetar los suministros que había traído, le di a las dos mujeres mayores una conferencia sobre métodos de limpieza, advirtiéndoles en los términos más estrictos posibles sobre el peligro de inhalar o consumir amoníaco, carbólico, polvos de limpieza y otros materiales peligrosos.

—Si averiguo que lo han hecho —les dije con severidad—, las despediré.

De hecho, hacer lo que les había prohibido bien podría "despedirlas" de forma permanente; pero había dejado claro mi

punto tan firmemente como podía, y sentí que un aliciente adicional al comportamiento sensato no haría daño. Después de haber demostrado el método apropiado para fregar suelos y paredes, decidí que podía dejarlas.

—¿Has terminado? —preguntó Emerson cuando me reuní con él —. ¡Por fin! Las mujeres armáis mucho alboroto por esas cosas.

Él sería el único en armar alboroto si tuviera que dormir en el suelo o ingeniárselas sin su café de la mañana. Recordando nuestra muy cómoda y bien amueblada casa en Luxor y mi excelente ama de llaves, Fátima, yo también había empezado a lamentar haber aceptado esta expedición, si no por otra razón (y no había otras razones) que la de tener que empezar todo de nuevo aquí. Y, gracias a la conducta imprudente de mi hijo, no estaría presente los próximos días con el fin de supervisar el trabajo.

—¿Llegaste a un acuerdo con el dueño de la propiedad donde vas a excavar? —le pregunté.

Un gruñido de Emerson y una sonrisa de satisfacción de Kamir reconocieron que habían hecho los arreglos, a satisfacción de este último por lo menos.

—Ahora, en cuanto al señor Morley —le dije.

—Estará almorzando —dijo Emerson desdén.

Un leve movimiento de Daoud indicó que él también desearía hacer lo mismo, pero Emerson no estaba de humor para soportar retrasos. Abrió el camino cuesta abajo y hacia la derecha, deteniéndose en la base de una escarpada pendiente de roca. No era muy alta, solo unos seis metros, pero era casi yerma y carente de vegetación a excepción de unos arbustos espinosos y un cactus ocasional. No sé cómo encontró el lugar adecuado, porque el lugar no parecía diferente al terreno a ambos lados: pedregoso y árido, lleno con tramos de lo que alguna vez podrían haber sido muros o terrazas… o montones aleatorios de piedra.

Varios hombres de la aldea nos habían seguido, ofreciendo sus servicios como excavadores. Su insistencia consiguió un leve "maldita sea" de Emerson.

—Quiero esta zona acordonada —le dijo a Selim—. Pregunta a Kamir por los materiales necesarios, estoy seguro que podrá suministrarlos… por un precio.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Selim, señalando a Platón.

—Nefret se asegurará de que no se extravíe.

—Por supuesto. —Ella tomó a Platón por el brazo—. ¿Se siente bien, señor Platón?

Platón se quitó el pañuelo que había enrollado alrededor del

cuello y soltó una tos que sonó falsa.

—Mejor, querida, mejor. Un poco débil por falta de alimento, eso es todo.

—Bien podemos organizar un lugar para comer mientras esperamos a Selim —sugerí.

Daoud estuvo feliz de ir en busca de alimento. Regresó con pan y queso, dátiles e higos. No habíamos terminado del todo cuando Selim regresó, con un rollo de cuerda sobre su hombro y una brazada de estacas gruesas. Emerson se paseaba fuera del área que deseaba acordonar, y luego se dirigió a nuestra audiencia.

—Volveré en dos días y contrataré trabajadores. Hasta entonces nadie excavará en este lugar o pasará por detrás de las cuerdas. Si desobedecéis lo sabré y mi maldición caerá sobre vosotros. Vuestros ojos se apagarán, los oídos se marchitaran y se caerán, y además vuestras…

Esta última amenaza, una que el decoro me impide repetir, fue la que acarreó la mayor convicción. Un coro de protestas se alzó, y como Emerson agitó los brazos con gestos místicos, algunos de los hombres se retiraron a una distancia segura.

Entregué a Emerson el último trozo de queso, que birlé de debajo de la misma mano de Platón.

—Bien hecho, querido. ¿Hemos terminado aquí? Obviamente no podrás empezar a trabajar hoy.

—No —admitió Emerson a regañadientes—. No contamos con las herramientas necesarias o las cámaras, o… Camden, ¿Petrie le enseñó algo sobre cómo abrir un nuevo sitio? ¿Cómo empezaría aquí?

—Bueno, eh… como usted ha dicho, señor, fotografías… maquetación de una cuadrícula… —Él miró impotente la poca atractiva pendiente—. Pero esto no es nada ordinario.

—Mmm —dijo Emerson, frotándose la barbilla—. Muy bien, eso es todo por hoy. No empezaremos aquí en varios días. ¿Cómo podemos contactar con usted?

—Estoy en el King David Hotel, señor. Buenos días a todos.

Y se marchó, a un ritmo que sugería que estaba aliviado de haber sido relevado.

—Puede saber mucho sobre cerámica, Emerson —dije, interpretando el ceño fruncido de Emerson.

—No parece saber mucho más, Peabody. Lo que daría por tener… —se interrumpió para tomar una bocanada de aire—. Bien, bien. Veamos lo que podemos hacer con Morley.

Volvimos sobre nuestros pasos, de nuevo hacia el estanque y la

zona custodiada por los hombres de Morley. Decidí mejorar el ánimo de Emerson, dándole la oportunidad de dar una conferencia. Él siempre disfrutaba de eso.

—Lo confieso, Emerson, estoy un poco confundida sobre lo que está haciendo el señor Morley. ¿Es el eje de Warren lo que está explorando?

Emerson me tomó del brazo y dijo con voz complacida:

—No me sorprende que encuentres la situación confusa, querida. Esta zona es un laberinto de túneles, alcantarillas y cisternas, algunas antiguas, algunas modernas. En la antigüedad se excavaron dos pasajes para asegurarse de que una fuente de agua estuviera siempre disponible en caso que la ciudad fuera asediada. El primero, construido por los jebuseos, se proyectaba desde el interior de las paredes descendiendo hasta un punto donde se unía al estanque allí abajo. Ese es el que tu amigo Joab… —señaló con el pulgar hacia atrás a Platón—, se supone que usó para liderar las fuerzas de David dentro de Jerusalén. Por supuesto, no existe evidencia de que esto haya pasado alguna vez. ¿Eh, Joab?

—Fue una dura subida —zumbaba Platón—. La piedra estaba resbaladiza por la humedad y algo cayó, abajo, abajo al estanque.

—En cualquier caso —dijo Emerson—, el siguiente túnel de agua fue construido por Ezequías antes del ataque asirio. —Él me lanzó una mirada desafiante, la cual me desafiaba a recordarle que había negado la historicidad de todo el Antiguo Testamento. No podía negarse este hecho; la inscripción que se encontraba en el túnel había sido fechada en ese período.

—Va —continuó Emerson—, del manantial Guijón al presente estanque de Siloé y todavía existe hoy en día. —Se dio la vuelta hacia Platón, tan bruscamente que este último dejó escapar un pequeño grito—. ¿Este túnel es al que se hace referencia en el famoso pergamino?

—Yo creo que sí.

—¿No lo sabe?

Platón levantó los ojos al cielo.

—Han pasado muchos siglos desde que guié a los israelitas a la ciudad. Desde entonces, asirios y babilonios, griegos y romanos…

—No me importan el resto de ellos—gruñó Emerson—. ¡Maldita sea! Ese bastardo de Morley ha ido a su excavación a pesar de mi advertencia.

Habíamos llegado a las barricadas, las cuales estaban custodiadas por unos hombres uniformados. A poca distancia más allá pudimos ver una fila de hombres cargando pesados cestos. Se

habían deshecho de la mayor parte de sus ropas y así cubiertos de polvo grisáceo, se asemejaban a momias andantes.

—Han estado trabajando bajo tierra —dijo Emerson—. El túnel debe estar obstruido con sedimentos hasta arriba. Ey tú, ¿dónde está el inglés?

El hombre abordado obviamente había sido informado sobre Emerson. Bajó la barrera y dio un paso atrás, haciendo un gesto. Encontramos a Morley sentado bajo un refugio de lona que se asemejaba a una tienda de campaña cuyos lados estaban levantados. No estaba almorzando. Estaba tomando el té. Sentado a su lado en la mesa estaba una mujer cuyo pelo estaba confinado por una pañoleta de seda verde esmeralda y cuyo traje era una mezcla interesante de oriente y occidente, pantalones a medida y botas de cuero parcialmente cubiertas por una túnica de seda suelta que hacía juego con la pañoleta.

—Típico —murmuró Emerson—. Coqueteando con una mujer en lugar de supervisar a sus trabajadores.

Ella no parecía la clase de mujer con la que un hombre perdiera el tiempo. Su atuendo era exótico pero no provocativo; sus facciones eran fuertes, y sus ojos azules pálidos me estudiaron con seguro aplomo.

—Se nos unirán… —comenzó a decir Morley.

—No —dijo Emerson—. El diablo me lleve, Morley, le dije que no continuara con su trabajo sin supervisión profesional.

—He cumplido con su demanda, profesor, aunque todavía me cuestiono su derecho a hacerlo. —Las mejillas de Morley se redondearon en una sonrisa de suficiencia—. ¿Puedo presentar a mi colega profesional, Frau Hilda von Eine, una destacada excavadora de ruinas hititas y babilónicas?

Capítulo 8

Morley no podría haber planeado mejor su estrategia. No solo había conseguido un arqueólogo profesional, sino que ese profesional era mujer. Emerson disfruta con intimidar a otros hombres, pero la parte caballeresca de su naturaleza hace que le sea prácticamente imposible intimidar a una mujer. Esto puede ser en ocasiones un maldito inconveniente. Sin embargo, soy perfectamente capaz de tratar con ella.

Al ver que Emerson se sorprendía (comprensiblemente) por el anuncio de Morley, aproveché el momento.

—Cómo está usted —le dije, ofreciéndole mi mano a la dama—. Soy la señora Amelia P. Emerson.

—Usted es inconfundible, señora Emerson —fue su respuesta, con voz suave y gentil—. Deseaba conocerla.

Procedí a presentar a mis compañeros, empezando, como era adecuado, con Nefret. La dama saludó "adecuadamente" a cada uno con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Recordando sus modales, Morley se puso de pie tardíamente. Recordando sus modales, Emerson limitó su respuesta a un mero murmullo sin palabras.

—Cuánto tiempo lleva en Jerusalén, Frau von… —empecé.

La señora interpretó mi pausa para tomar aire como un fallo de memoria y cortésmente repitió su nombre.

—Sí, por supuesto —le dije, recuperándome con mi aplomo habitual. —Algo se me quedó atascado en la garganta. Bueno, no podemos seguir alejándolos de su té. Espero que nos hagan el honor de visitarnos algún día.

—Mañana, ¿tal vez? —sugirió Frau von Eine.

Nefret, quien no había dicho ni una palabra hasta entonces, dijo:

—Por desgracia, mañana nos marchamos de Jerusalén y puede que no regresemos en varios días.

Era demasiado tarde para darle un golpe con mi sombrilla.

—¿Están considerando otro sitio, entonces? —preguntó la dama —. Tell el Nasbeh y Jericó, por ejemplo, tienen grandes posibilidades.

—Gracias por la sugerencia —le dije—. Espero con ansias un encuentro en un momento mejor. Que tenga buen día. Buenos días, señor Morley.

Nefret fue la primera en darse la vuelta, seguida por Selim y Daoud. Todavía pasmada por la comprensión de algo que me había llamado la atención, no me di cuenta al inicio de que Platón había vuelto a desaparecer. Preguntando saque en claro que él le había informado a Nefret su intención de quedarse con Morley durante un corto tiempo; ella no había visto ninguna razón para prohibírselo.

—¡Ninguna razón! —estallé.

—No podemos mantenerlo como un virtual prisionero indefinidamente —dijo Nefret—. ¿Qué daño puede hacernos, después de todo? No estaría planeando llevarlo con nosotros mañana, ¿verdad?

—Hablando de eso —comencé.

—Espero que no vaya a retractarse de su palabra —dijo Nefret, mirándome con una fría mirada azul.

—Un maldito minuto —exclamó Emerson, deteniéndose en seco —. ¿Por qué me alejas a rastras, Peabody? Tenía una serie de preguntas para hacerle a ese bastardo y a la… eh… dama.

—Fuiste singularmente inarticulado en ese momento —le contesté algo bruscamente—. Este nuevo desarrollo requiere pensamiento y consulta. En privado, Emerson.

Después de atravesar la barricada, fuimos recolectando los seguidores habituales, niños semidesnudos y hombres ociosos, algunos pidiendo *bacshish*, otros solo curiosos por ver lo que haríamos a continuación. Se detenían cuando nosotros nos deteníamos y nos observaban con interés.

—Tía Amelia —dijo Nefret.

—En privado, Nefret.

Nunca el trayecto de vuelta pareció tan largo y arduo; nunca me había arrepentido de no tener un alojamiento cercano. Acepté la ayuda del fuerte brazo de Emerson mientras subíamos la cuesta. Siempre (casi siempre) sensible a mi estado de ánimo, percibiendo mi agitación, me remolcó con tal vigor que mis pies casi nunca tocaron el suelo. Nuestros seguidores nos abandonaron cuando llegamos a la Puerta del Muladar. De la mejor manera dejamos atrás burros y carretas, nos abrimos paso entre cambistas y escritores de cartas que se habían establecido a lo largo de las estrechas calles, y estábamos atravesando la calle de David, la calle principal, cuando fuimos interceptados.

—¡Honorable señora! ¡Señora Emerson! Escúchenme, por favor. Hablar.

La barba gris del rabino mostraba un salvaje desaliño, su discurso era incluso aún más inconexo. Sus manos atraparon

rápidamente mi brazo.

—Un momento —dijo Emerson, apartándome de un tirón—. ¿Qué cree que está haciendo? La señora Emerson no será zarandeada por hombres extraños, aunque estos sean rabinos.

—Solo me tomó del brazo, Emerson. No creo que entienda lo que estás diciendo. Maldita sea, me gustaría que uno de nosotros hablase hebreo.

Uno de nosotros lo hablaba. Pero no estaba aquí.

—Maldita sea —repitió Emerson—. No tenemos tiempo para charlar sobre religión. Díselo. Con educación.

Dirigiéndome al rabino, quien continuaba tirando de mi manga, dije lentamente, negando con la cabeza:

—Ahora no. Adiós.

—Eso fue muy educado —dijo Emerson con aprobación—. Adiós, adiós, auf Wiedersehen, Dios esté contigo.

Continúo gritando palabras de despedida en varios idiomas y me alejó de allí.

En el momento en que llegamos al hotel yo había decidido la mejor manera de lidiar con la situación. Esta había cambiado drásticamente, y no para mejor.

—Reunámonos en nuestro salón en media hora —dije—. Nefret, desearás bañarte y cambiarte. Daoud, ve y come algo. Selim, ve con él. Emerson, pregunta en recepción si hay algún mensaje para nosotros. No te demores mucho.

Me fui al instante, sin darle a nadie la oportunidad de protestar. De hecho, deseaba deshacerme de mi polvorienta y arrugada indumentaria; he descubierto que uno piensa con más claridad cuando está limpio y prolijo. La cámara de baño estaba ocupada, así que tuve que contentarme con la jarra y una jofaina en el lavamanos. Estaba concentrada en este proceso cuando Emerson entró. Su ceño cambió a una sonrisa de satisfacción.

—En privado, ¿dijiste? —preguntó, avanzando hacia mí con los brazos extendidos.

—Emerson, ¿cómo puedes ser tan frívolo en un momento como este?

Me deslicé fuera de su alcance y ajusté los tirantes de mi combinación.

—¿Un momento como este? Algo te está preocupando, puedo verlo, pero no entiendo por qué esto debería…

—Trae whisky, Emerson. Y cierra la puerta.

No me fue necesario decir más. Con el ceño fruncido, Emerson cumplió con lo que le pedí. Me senté en el sofá y le hice señas para

que se sentara a mi lado.

—Tenemos que discutir esto antes que Nefret venga, Emerson. ¿Asumo que no hay mensajes de los muchachos?

—Ya te lo iba a decir —dijo Emerson en tono de reproche—. ¿Qué tienes que decirme que Nefret no debe escuchar? No habrás cambiado tus planes sobre…

—No, no, no tiene nada que ver con eso. O al menos espero que no. Es sobre Frau von Eine.

—Parece ser una erudita legítima —admitió Emerson—. Recuerdo haber oído su nombre. Trabajó en Boghazkoy con…

Si no hubiera sido por el efecto calmante de la fabulosa bebida, podría haberle gritado. En cambio lo interrumpí con mi tono casi normal.

—¿Has olvidado el mensaje en código y la palabra… frase… que no podíamos interpretar? —Sabiendo que lo había hecho y que empezaría a poner excusas para haberlo hecho, me apresuré a decir —. Era una v minúscula, seguida por un punto, y una I mayúscula. O eso creía yo. Es un número, Emerson, el número uno. Y el número uno en alemán es ein o eins. ¡Frau von Eine es una espía alemana!

* * *

Siento tener que decir que el primer pensamiento de Emerson fue para sí mismo.

—Pero… ¡pero eso significaría que Morley es un asalariado alemán! ¡Rayos y centellas! ¿Quieres decir que el maldito Ministerio de Guerra tenía razón y yo estaba equivocado?

—Los dos estábamos equivocados, Emerson. Aparentemente.

Mi voluntad por compartir la carga no pudo consolar a mi marido.

—¿Qué quieres decir con, aparentemente? El mensaje solo puede ser interpretado como una referencia a…

—Lo que decía fue que Morley había estado en contacto con v.I. Ese contacto puede haber sido por aparentes e inofensivos fines. Puede que no sepa que ella trabaja para el gobierno alemán. De hecho —continué, viendo cómo se iluminaba el rostro de Emerson —, no sabemos a ciencia cierta que ella lo sea. El Ministerio de Guerra está obsesionado con el espionaje. Ella puede ser justo lo que dice, una arqueóloga visitando sitios palestinos.

—¿Crees eso, Peabody?

En realidad, no. Prefería no explicar mis razones a Emerson,

para no ser acusada de ir "saltando a conclusiones, como de costumbre, Peabody". Mis instintos, rara vez se equivocaban, y me decían que esa Frau von Eine no era lo que parecía. Esa mirada fija se había sentido como si estuviera intentando penetrar mi mente, intentando leer mis pensamientos.

Otros hechos podrían haber parecido igual de no concluyentes para Emerson, pero él no tiene absolutamente ninguna comprensión de las convenciones sociales. Había estado fuera de lugar para una dama de buena cuna proponer un momento definido para lo que había sido una invitación indefinida. Había continuado mencionando dos lugares específicos, uno al norte y otro al oeste de Jerusalén. ¿Un sutil intento por descubrir a dónde deseábamos ir? Habría sido natural, si nuestro propósito hubiera sido inocente, contestar con un sí o un no. Me hubiera gustado más que Nefret no le hubiese dicho que planeábamos salir de la ciudad.

Me salvé de responder por un golpe perentorio en la puerta. La media hora se había acabado.

—Déjala entrar, Emerson —le dije, tratando de alcanzar mi bata.

Era Nefret, por supuesto, su fiel sombra, Daoud, detrás de ella.

—Me tomé la libertad —dijo Nefret—, de hacer los arreglos para irnos mañana. Selim está seleccionando los caballos.

—Eso fue muy amable de tu parte, querida —le dije—. ¿Qué pasa con nuestro equipaje?

—Todo arreglado —dijo Nefret—. Ya he preparado una pequeña maleta y mis suministros médicos. Usted puede montar en el coche con el equipaje, tía Amelia, si lo prefiere. O quedarse aquí.

—Gracias —le contesté.

Su gélida expresión se descongeló.

—No quise decir…

—No importa, Nefret.

—Es solo que yo…

—Basta —le dije—. ¿El señor Platón ha vuelto?

—No lo sé. ¿Debo ir a ver?

—Si fueras tan amable, por favor. Tengo que cambiarme para la cena. Nos reuniremos en el salón comedor.

Nefret salió en su busca sumisa pero no arrepentida. Cerró la puerta muy suavemente.

—Fuiste un poco dura con ella, ¿verdad? —preguntó Emerson.

—Se está tomando muchas atribuciones, Emerson. Apruebo a las jóvenes independientes, pero en los últimos días ha tomado decisiones sin consultarme, y algunas de ellas pueden tener consecuencias desagradables. Por ejemplo, su mención a Frau von

Eine de que dejábamos Jerusalén. Si la mujer es una espía alemana y si somos nosotros a los que ella pers…

—Demasiados sis, Peabody, incluso para ti. ¿Por qué deberíamos importarle un pimiento?

—Si el Ministerio de Guerra ha descubierto su verdadera misión, Emerson, la Inteligencia Imperial alemana puede haber descubierto la nuestra.

Pude ver cómo esta eminentemente deducción lógica sacudía a Emerson, pero no estaba de humor para admitirlo.

—Más sis —refunfuñó—. Sigo pensando que fuiste desagradable con Nefret.

—Entiendo su preocupación, pero no su repentina urgencia. —Me puse mi vestido de noche de seda negra con cuentas y me di vuelta para que Emerson se las viera con los botones. Me estaba cansado mucho de los vestidos de noche, y del negro en general. Demasiadas personas, damas musulmanas, peregrinos cristianos y ortodoxos judíos, parecían sentir predilección por el tono sombrío.

—Bueno, maldita sea, Peabody, estoy muy preocupado. Deberíamos haber oído algo de los muchachos a estas alturas.

—Deberíamos haber escuchado algo de alguien —estuve de acuerdo, pasando un cepillo sobre mi pelo y retorciéndolo en un prolijo moño—. Emerson, ¿estás seguro de que no se te ha informado sobre cómo ponerte en contacto con el representante de Jerusalén del MO2? Después de todo su alboroto y molestia, nos han dejado colgados. Y te reíste de mí el otro día cuando te di la señal.

Emerson intentó no sonreír, pero no pudo.

—Mi querida, alguien te estaba tomando el pelo. ¿Quién ha oído hablar de un endurecido espía haciendo ese gesto absurdo a otro colega?

DEL MANUSCRITO H

Después de que el chico se fuera, con la nota de Ramsés escondida cuidadosamente en la bolsa de su cinturón, este decidió que podía prender un pequeño fuego. La hierba, sea cual fuera, sería más fácil de tomar y, probablemente, más efectiva si se preparaba como té. Él mismo había consumido una pequeña cantidad; hasta el momento, sin efectos nocivos. De todos modos, ¿por qué el sanador de un pueblo se tomaría las molestias de envenenarlos cuando lo único que tenía que hacer era llamar a los turcos?

Ramsés fue capaz de recoger suficientes ramas y ramitas secas para encender un fuego. Esperando a que el agua hirviera, recordó su último encuentro con los Hijos de Abraham. Había asumido que el nombre se refería solo a los árabes, los descendientes de Ismael, pero al parecer los miembros incluían tanto a judíos como a musulmanes. El muchacho hablaba un poco de árabe, pero estaba más cómodo en lo que debía ser su lengua materna. El hebreo de Ramsés había sido lo suficientemente bueno para entenderle y hacer preguntas. Sin embargo, no había conseguido mucha información útil. El muchacho tenía prisa por marcharse, explicando que su ausencia podría ser notada si no estaba a tiempo en su lugar habitual. No, él no llevaría el mensaje; sería entregado, de mano en mano, hasta llegar a su destino. Cuando, no podía decirlo. Con suerte, hoy. Si no, mañana. Ramsés había escrito el nombre de su padre en los tres idiomas.

—No sé dónde se encuentran alojados —explicó—. El último mensajero tendrá que preguntar en los principales hoteles…

El muchacho lo había cortado en seco.

—Tenemos nuestras propias maneras. Ahora escribe lo mismo otra vez.

Obedeciendo, Ramsés pensó para sí que alguien en el grupo tenía una buena cabeza sobre los hombros. Dos mensajeros tendrían mayor posibilidad de éxito que uno.

El agua estaba hirviendo. Echó el resto de la hierba seca. Esperando a que se enfriara, limpió el rostro caliente de David con una toalla húmeda. David se agitó ligeramente; la frente arrugada y luego sus ojos se abrieron. Estos se clavaron en el rostro de Ramsés y luego se movieron lentamente de lado a lado.

—Dónde… —graznó.

—En un lugar seguro. ¿Cómo te sientes?

David trató de humedecerse los labios secos.

—Sediento.

Ramsés le alzó la cabeza y le ayudó a beber.

—Mejor —dijo David, sus labios formaron una sonrisa.

Tenía mejor aspecto, su temperatura había bajado unos cuantos grados, pero Ramsés no se atrevía a esperar demasiado. Algunas fiebres se comportaban de esta manera, bajaban por la mañana y subían con el transcurrir del día.

—Tengo un poco de medicina para ti —dijo, poniendo a prueba el agua con un índice—. Bébetelo todo como un buen chico.

David tomó unos sorbos y Ramsés decidió guardar el resto para una segunda dosis.

—¿Puedes comer algo? —preguntó—. Tenemos comida. Queso, uvas…

—No tengo hambre. Dime donde…

—Quédate quieto y descansa mientras hablo. Nada nuevo en eso, ¿verdad?

Puso al día a David, desde el momento en que se había desmayado.

—Así que ya ves —concluyó—, las cosas están mejorando. Mi nota está de camino hacia padre y tenemos amigos por aquí.

—Eso está bien. —Los ojos de David estaban medio cerrados—. Este maldito sueño… lo siento, no puedo…

Su voz se apagó en un ronquido. La medicina debía ser un soporífero, así como antitérmico. Ramsés deseó haber guardado una muestra de la hierba. Nefret querría estudiarla.

Era la primera vez que se atrevía pensar en ella en varios días. David le había dicho que había tenido dificultades para hacerla renunciar a la idea de acompañarlo. Solo su afirmación de que podría llevar mejor su plan solo había podido convencerla.

Apagó el fuego y fue al portón. Era una hermosa mañana. Algunas nubes blancas se movían en el cielo, como ovejas en un pasto azul. En lo alto, un halcón planeaba sobre una corriente de aire, y desde las ruinosas alturas del torreón se elevaba el coro del canto de las aves. En el valle de abajo observó pequeños parches de verde y oro de los viñedos y campos de grano maduro. Esta era una tierra pacífica, lo suficientemente fértil para soportar una pequeña población industriosa. Era difícil imaginar los cultivos en llamas y la ladera cubiertos con los cuerpos de los caídos; sin embargo, debía haber ocurrido muchas veces, no solo durante las Cruzadas, sino en los siglos anteriores y posteriores.

Esta era la primera vez que tenía la oportunidad de saber con exactitud dónde estaban. Había estado demasiado preocupado en hacer que David subiera la ladera y después en explorar el interior del castillo antes de que cayera la noche. Esta era más alta de lo que esperaba. La colina era casi una montaña en miniatura, sus laderas empinadas y rocosas. Si había personas que trabajan los campos de allí abajo, sin duda estaban demasiado lejos para que le vieran, pero se movió con cautela, cerca de la base de la pared. La vista era espectacular desde esa altura; la ciudad que habían dejado estaba oculta por las colinas, pero hacia el este podía ver hasta la llanura costera. Él siguió adelante, abriéndose paso alrededor de los arbustos espinosos y árboles retorcidos que habían echado sus raíces en el subsuelo, hasta que llegó a la parte sur del castillo. La

pendiente no era tan empinada allí; las cabras pastaban en los gruesos retazos de malas hierbas, y varios grupos de pequeñas casas de techo plano eran visibles en la base, algunas estaban marcadas por el minarete de una mezquita.

Las sombras lo ocultaban de cualquiera que pudiera mirar desde esa dirección, pero decidió que sería mejor volver con David. Otra torre truncada se levantaba en la esquina sureste. El sol cayó directamente sobre sus ojos cuando miró los alrededores. Lo que vio cuando su visión se adaptó le hizo retroceder al ángulo entre la torre y el muro: un tramo de camino abrazaba la curva de la base de la colina. Ese solo podía ser el camino principal a Jerusalén, y estaba a menos de ochocientos metros del castillo… lo suficientemente cerca para que él distinguiera las formas de los vehículos en movimiento, las formas de los animales y de las personas. Un grupo era distinguible por sus vividos tocados rojos… los fez usados por los soldados turcos.

Regresó por donde había venido tan rápido como pudo. David estaba despierto y trataba de sentarse.

—Gracias a Dios —dijo con voz débil—. No te vi. Pensé…

—Lo siento. —Ramsés lo sujetó por los hombros y cogió el odre de agua—. Salí a reconocer los alrededores.

—¿Algo nuevo?

—No. —Se sirvió un vaso después de que David terminara—. Pero creo que es mejor movernos más al interior. Estamos demasiado expuestos aquí. ¿Podrás hacerlo?

—Me arrastraré si tengo que hacerlo. Estaba pensando que estaba demasiado expuesto a la vista de cualquier persona que entrase por ese portón y pasara la torre.

—No tendrás que arrastrarte. —Ramsés empezó a recoger sus escasos suministros—. Ten, termínate la medicina. Me adelantaré para encontrar un buen lugar y volveré por ti.

Ramsés se sintió un poco más tranquilo después de que lograra que David atravesara el portón de la muralla interior. David consiguió mantenerse en pie, pero no discutió cuando Ramsés sugirió que descansaran un rato antes de continuar. Si no supiera que era imposible, habría pensado que David había perdido un kilo o más en las últimas veinticuatro horas. Sus mejillas estaban ahuecadas y sus ojos hundidos. Sin embargo, no había perdido los nervios. Mirando a su alrededor a la jungla de piedra envejecida, árboles raquíticos, arbustos y zarzas, con la oscura mole del torreón elevándose en medio, dejó escapar un silbido.

—Todas las comodidades del hogar. Un montón de escondites,

madera para el fuego… esas no pueden ser higueras, ¿verdad?

—Dicen que las aceitunas e higos pueden crecer sobre rocas sólidas —dijo Ramsés algo ausente.

—Es una pena que no haya un manantial.

Estaba conversando de manera ociosa con el fin de ocultar el hecho de que necesitaba recuperar el aliento, pero el comentario llamó la atención de Ramsés.

—Debería, ¿no crees? Un lugar como este no sería defendible durante mucho tiempo sin una fuente de agua. Echaré un vistazo más tarde.

Las zarzas tiraban de sus ropas mientras avanzaban. David tropezaba con trozos de piedra ocultos por la maleza y se apoyaba cada vez más en el brazo de Ramsés. Se estaba debilitando rápidamente, o quizá el medicamento había comenzado a surtir efecto. Ramsés consiguió meterlo en el interior del torreón y lo depositó en el suelo. Estaba desfalleciente. David se veía como si hubiera perdido peso, pero no se sentía como si lo hubiera hecho.

—Acogedor, ¿no es así? —jadeó.

"Intimidante" habría sido una palabra mejor. Los muros de la planta baja del torreón estaban intactos a excepción de la brecha por la que ellos habían entrado. Nunca había habido una puerta en ese nivel; los invasores tendrían que subir un tramo de estrechas escaleras, bajo el fuego constante de los defensores, con el fin de alcanzar la entrada. Las escaleras se habían desplomado hasta formar una rampa empinada desigual. La escalera interior se mantenía, aunque Ramsés esperaba no tener que usarla; rodeaba la pared interior, pero después de siete siglos, década más o década menos, no confiaría su peso en ella. No había ventanas en este nivel tampoco. La única luz venía de arriba, a través de las secciones del techo que se había caído. El suelo estaba lleno de piedras dispersas, posiblemente los restos de paredes divisorias, con excrementos de aves y malezas, y una macabra colección de huesos. Los huesos de los animalillos, quizás liebres, estaban secos y quebradizos; solo podía esperar que esto fuera una indicación de que el depredador había establecido su residencia en otro lugar.

Limpió de huesos, malezas y rocas un espacio detrás de un montón de piedras y convenció a David para que se acostase, con uno de las *galabiyyas* bajo la cabeza como almohada.

—¿Puedes comer algo? —le preguntó.

David hizo una mueca irónica.

—No tengo hambre, pero supongo que será lo mejor. ¿Qué tenemos?

La respuesta no era nada para tentar el apetito de un convaleciente; el pan estaba duro, el queso agrio y las uvas marchitas. David se esforzó para machacar algunas uvas y pan empapado en agua para preparar una papilla de mal gusto.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Me olvidé de guardar mi reloj —admitió Ramsés—. Asumo que será el mediodía, pero es una suposición. Mi mensaje lleva de camino varias horas. Con suerte podríamos estar fuera de este lugar por la noche.

Su intento de dar ánimo fue un fracaso total.

—Poco probable, maldición —dijo David—. No me trates como si fuera un niño, Ramsés. Puedo estar enfermo, pero no soy estúpido.

—Debes sentirte mejor —dijo Ramsés, sonriendo—. O no me contestarías así. Tienes razón, por supuesto. Al mejor de los mensajeros le tomaría al menos un día llegar a Jerusalén. No se arriesgaran a ir por el camino principal, porque está siendo patrullado por soldados turcos. Luego deberán localizar a nuestros padres, quienes son notoriamente impredecibles; solo Dios sabe dónde estarán a estas alturas. Incluso a madre le tomará su tiempo averiguar exactamente dónde estamos, mis direcciones fueron necesariamente vagas, e incluso si reciben el mensaje esta noche, no serán tan estúpidos como para salir en la oscuridad. Esa es la verdad del asunto. Espero que te guste.

—Solo te dejaste fuera un hecho incómodo. Puede que los mensajeros no puedan entregar las notas.

—Esa es una posibilidad.

—Entonces será mejor estar listos para movernos por nuestra cuenta —dijo David fríamente.

Ramsés le dio al hombro de David un rápido y torpe apretón.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no sugerir que te deje aquí y vaya a buscar ayuda.

—Habría sido una pérdida de tiempo. Nunca escuchas las sugerencias razonables. —Él bostezó—. ¿Queda algo más de esa vil medicina? Me da sueño, pero parece haber bajado la fiebre.

—Solo residuos. —Se había guardado el cuenco, junto con su contenido, en la bolsa de su cinturón junto con todas las otras pruebas de su presencia. Lo sacó y examinó lo que quedaba de las hierbas—. Intentaré añadir un poco al agua hirviendo, la dejaré en infusión. Vuelve a dormir, no hay nada más que hacer.

—Despiértame en algunas horas. Nos turnaremos para vigilar…

Su voz se desvaneció y sus ojos se cerraron.

Ramsés volvió a la entrada y empezó a recoger ramas y hojas secas para una fogata. El fino humo se disipó con la brisa, pero tenía miedo de dejar que esta ardiera demasiado tiempo; tan pronto como el agua empezó a echar humo apagó el fuego, teniendo cuidado de que ninguna chispa alcanzara los retazos de hierba seca. El agua se estaba acabando, y tenía el distintivo sabor a cabra. Había visto un destello de agua abajo en la pendiente, en el lado de los pueblos, pero tenía miedo de arriesgarse a sufrir una caída y romperse un miembro. Eso dejaría a David solo y desamparado.

Con la infusión reposando se sentó, con la espalda apoyada en el tronco de una higuera. Mantener vigilancia sin duda era una idea sensata. Estaban demasiado cerca del camino para su comodidad y el hombre que los había llevado hasta allí había dicho que no todos en los pueblos eran dignos de confianza. ¿Significaba eso que algunos de los habitantes del pueblo no eran miembros de los Hijos de Abraham, quien quiera que fuesen esos inconcretos individuos? Habían cuidado bien de David y él hasta el momento. Pero Mansur tenía la misma marca de identificación, y si él era un miembro del grupo, no todos podían ser tan bien intencionados. ¿No es así? ¿Mansur había estado jugando un doble juego todo el tiempo? Su huida había sido demasiado fácil, algunos de los artículos dejados en su equipaje un pelín demasiado útiles. La noticia de su huida se había extendido con notable rapidez. Pensando en esa mañana, Ramsés comenzó a preguntarse si no habían sido acarreados como ganado, dirigiéndolos hacia caminos que los llevarían finalmente a un refugio seguro.

No se había sentido tan estúpido e ineficaz desde que tenía diez años de edad, cuando la niña a la que él estaba tratando desesperadamente de impresionar lo había salvado de las garras de un secuestrador. Había caído de cabeza y rodado en una zanja, una figura vergonzosa y ridícula. Y aquí estaba sentado, esperando a que ella y sus padres lo rescataran de nuevo…

El sonido de una voz lo despertó bruscamente. Había caído en un sueño pesado, allí sentado. Confundido por la somnolencia y reprendiéndose a sí mismo por su fracaso como vigía, se apresuró a comprobar si era David quien lo había llamado. David estaba profundamente dormido; ni siquiera se movió cuando Ramsés pronunció su nombre.

Se dirigió a la entrada y se asomó. No había nadie a la vista, y sin más sonidos, salvo el más débil de los ruidos que podían ser provocados por pies desnudos avanzando por un sendero de

guijarros. Los sonidos se desvanecieron en el silencio mientras escuchaba, y luego se dio cuenta de que había algo allí, justo en la puerta, algo que no había estado allí antes. Las sombras fueron espesándose; el objeto era una forma amorfa cuyos contornos eran difíciles de distinguir.

Contando los segundos, esperó otros cinco minutos. El objeto no se movió, y los sonidos de movimiento habían cesado. No fue la curiosidad lo que lo atrajo a la apertura, sino la necesidad. El agua se estaba agotando y no tenían comida. Si esto era, como se atrevía a esperar, otra contribución de suministros de sus aliados del pueblo, lograrían pasar la noche y no tener que arriesgarse a buscar un manantial o un pozo. Aun así, fue con un largo suspiro de alivio que reconoció al objeto como un odre de agua y, detrás de este, una bolsa de tela más pequeña.

Cuando regresó a la entrada, David estaba allí. Se veía terrible: ojos hundidos miraban desde una maraña de barba y cabello, y estaba apoyado contra la pared, como si no pudiera soportar estar de pie sin ese apoyo. Tenía una roca en la mano.

—¿Por qué no me despertaste antes de brincar a la entrada? —exigió—. Puede haber una maldita tropa completa de soldados turcos esperando a que aparezcas.

—Habrías sido una gran ayuda con esa patética roca —dijo Ramsés. Bajó la carga al suelo y estiró un brazo de apoyo—. Siéntate antes que te caigas y abramos nuestros regalos. Uno de los Hijos de Abraham nos ha hecho una visita.

—Como en Navidad, ¿no? —dijo David, después de un largo trago de agua fresca. Pasó la piel a Ramsés y hurgó en la bolsa—. Queso, pan, uvas… ¿Qué es esto?

—Parece que más de la medicina de hierbas. Prepararé una nueva tanda. Te ves mejor, pero unas cuantas dosis más no harán daño.

—Hace que tenga mucho sueño.

Estaba comiendo las uvas con más entusiasmo de lo que había mostrado hasta el momento por la comida. Ramsés lo observó con un cariño que nunca le había mostrado en palabras o acciones. Fue increíble la diferencia que provocó ese humilde gesto de benevolencia; la suave luz del atardecer parecía rica y reconfortante, los vetustos muros protectores en lugar de intimidante. El pequeño fuego que había empezado ardía claro y brillante.

—Creo que podemos dormir sin preocupaciones esta noche —dijo suavemente—. Hay gente alerta por nosotros.

* * *

Mientras nos dirigíamos al salón comedor ponderaba una idea que se me había ocurrido recientemente. Nos habíamos puesto en contacto con el Ministerio de Guerra un día o dos después de llegar a Jaffa, pero no había habido ninguna comunicación suya aquí. Por lo que sabía, Jerusalén podría ser un hervidero de espías de todas las naciones, incluyendo la nuestra; sin duda, uno esperaría que el MO2 estuviera tras la pista de Frau von Eine y nos hubiera notificado su presencia en la ciudad. Cuanto más pensaba en ello, más me convencía de que se había extraviado un mensaje, así que cuando vi al señor Fazah detrás del mostrador le dije a Emerson que siguiera adelante y me acerqué al asistente del director.

Tuve la tentación de retorcer mi nariz ante él otra vez, en caso que hubiera tenido alguna razón para ignorar la primera señal, pero ya que me estaba mirando con cautela decidí que podría generar cierto desconcierto. Si mi teoría recién descubierta era correcta, él no era el contacto que deseaba. Cuando le pedí hablar con el director se puso rígido. Los subordinados siempre esperan lo peor cuando se pregunta por el director.

—Si la señora tiene una queja —comenzó.

—No, no en absoluto. Viendo su dedicación al deber, y realizándolo tan bien, deseaba transmitir mi felicitación a su superior.

Su rostro se iluminó.

—Gracias, señora. Si procurara escribir un mensaje en este sentido, sería muy amable.

La sutileza no me había sido útil. Tomé un enfoque más directo.

—¿Hay alguna razón por la que no puedo hablar con él en persona?

Tomó algo de insistencia sonsacarle la verdad. El director estaba en casa, enfermo con fiebre. No deseaba que la noticia se propagara entre clientes temerosos que pudieran creer que se encontraban en peligro de contraer la misma enfermedad. El señor Fazah me aseguró fervientemente que no había peligro de infección, que esas fiebres eran comunes, debilitantes pero que no eran una amenaza para la vida; que toda la comida y bebida que se servía en el hotel eran perfectamente segura. Le prometí que mantendría el asunto guardado bajo mi sombrero, lamentando ser incapaz de demostrar el significado de la frase ya que no llevaba esa prenda de vestir.

Como para indicar su dedicación al deber, el señor Fazah me

informó que si bien no había habido mensajes escritos para nosotros, varias personas habían llegado en turnos para vernos. Uno de ellos había sido el señor Page, a principios de la tarde. La otra "alguna clase de desaliñado anciano judío", había estado allí en la última hora.

—Me vi obligado a pedirle que se fuera —dijo el señor Fazah, nariz al aire—, ya que comenzó a agitar los brazos y gritar.

La descripción, poco amable como fue, no dejaba ninguna duda sobre la identidad de nuestro más reciente visitante. El pobre hombre estaba decidido a ayudarnos, ya fuera que quisiéramos ayuda o no, y no podía imaginar alguna forma en la que pudiera ser de utilidad. Sin embargo, la simple cortesía dictaba que le diera un par de minutos de mi tiempo.

—Lo despacharé de inmediato si regresa —ofreció el señor Fazah.

—No, no. Notifíqueme a menos que la hora sea excesivamente tarde.

La inesperada ausencia del director podría explicar por qué no habíamos recibido ninguna palabra del MO2, si esos mensajes solo le eran entregados en persona. El proceso parecía casual y potencialmente peligroso. Pero después de todo, me recordé a mí misma, el Ministerio de Guerra estaba dirigida por hombres.

Me encontré con los demás, entre ellos con el señor Platón, en el salón comedor.

—¿Tuvo un encuentro fructífero con su amigo el comandante Morley? —le pregunté a este último.

—Me alegro en decir que otra vez somos amigos —fue la respuesta, acompañada de una mirada conmovedora.

—En ese caso —le dije—, usted, espero, preferirá compartir vivienda con él.

Platón me lanzó una mirada de asombro.

—Pero, señora Emerson…

—¿Cuál fue precisamente la naturaleza de su acuerdo original con él? —le pregunté.

Plantando los codos en la mesa, Emerson me miró con aprobación.

—A ver si puedes sonsacarle algo, Peabody. Cuando lo intenté, todo lo que conseguí fue vagas referencias bíblicas.

Por desgracia, el camarero se acercó a tomar nuestros pedidos, lo que dio tiempo a Platón a organizar sus pensamientos… o, como habría dicho Emerson, a pensar una mentira convincente. Inmediatamente reanudé mi interrogatorio.

—Usted suministró la información del pergamino —le dije—. Él suministró los fondos y el apoyo financiero. ¿Iban a dividirse las ganancias?

—No existe en mi mente algún propósito mercenario —dijo Platón con una muestra de dignidad—. Solo quería ver las Sagradas Escrituras confirmadas, que la verdad fuera mostrada al mundo.

—¿Quién financió sus gastos mientras estuvo en Inglaterra?

—Éramos como hermanos, unidos por nuestra ardiente fe.

—Oh, sí, puedo ver a Morley ardiendo por la fe —dijo Emerson. Y añadió—: Si él menciona a David y Jonathan lo enviaré a su habitación sin cenar.

—En otras palabras —dije con severidad—, usted vivió del dinero que Morley conseguía de sus suscriptores. Puesto que ahora usted ha vuelto a renovar su amistad, él puede apoyarlo una vez más. Organizaré que un carruaje recoja a su persona y a su equipaje a primera hora de la mañana.

Nadie tuvo la osadía de protestar. Nefret miró su plato, labios apretados, ignorando la lamentable mirada que Platón le lanzó. Su tierno corazón estaba en guerra con su aguda inteligencia, y finalmente, al parecer, la inteligencia estaba triunfando.

Platón tomó su sopa, un plato de pescado, y todos los otros platos que se le presentaron como si esperase que esta fuera su última comida, algo que yo sabía bien podía ser el caso. Cuando nos retiramos al salón para el café, él fue detrás de nosotros. Ya que necesitábamos discutir nuestros planes para el día siguiente, le dije que se fuera a su habitación y empezara a empacar. Hasta el momento no se había enterado de nuestras intenciones y deseaba que siguiera siendo así.

Tenía razón, poco después, me congratulé de haberlo despedido. Apenas habíamos tomado nuestros asientos cuando el señor Fazah se nos acercó.

—Esa persona —comenzó. No terminó; el pequeño rabino pasó junto a él y corrió hacia mí.

—Gracias a Dios —jadeó—. Usted está aquí.

—Oh, Santo Dios —dijo Emerson—. Dile que no necesitamos su ayuda y deshazte de él. Con educación, por supuesto.

El rabino metió la mano en la pechera de su túnica y sacó un papel doblado, el cual me entregó.

—Ayuda —dijo—. Ayuda.

No puedo decir qué es lo que esperaba; pero una mirada al papel arrugado disipó cualquier duda sobre las intenciones del rabino. Reconocí el papel como una página del cuaderno de mi hijo y la

escritura como la de Ramsés.

—Parece estar dirigida a ti, Emerson —dije—. En árabe, hebreo y en inglés. Rabino, cómo hizo usted…

—¡Por el amor de Dios, tía Amelia, ábralo! —gritó Nefret. Sentada a mi lado, ella también había identificado la escritura. En su agitación me arrebató la nota de la mano y desdobló el papel. El rubor de salud desapareció de sus mejillas mientras leía.

—¿Qué? —gritó Emerson—. ¿Qué?

—Sssh —le dije—. No debemos llamar la atención sobre nosotros. Lee en voz alta, Nefret. Discretamente.

De hecho un buen número de huéspedes estaban mirando en nuestra dirección. Un grupo de peregrinos, los mismos que habíamos observado en el salón comedor, se giró para mirar, y un dignatario turco se acercó más.

Mirando por encima del hombro de Nefret, vi que la letra de Ramsés era aún más irregular que de costumbre, pero la leí sin vacilar. Esta comenzaba abruptamente, sin saludo. "Un amigo está entregando este mensaje. Éramos prisioneros pero nos escapamos. Estamos ocultos en el castillo Cruzado a aprox. dieciséis k. al sur de Nablus, al e. del camino principal. David enfermo. Agradecería ayuda pero por favor tened cuidado, creemos que estamos siendo perseguidos".

—Vayamos a ese lugar —exclamó Selim—. ¿Dónde está?

—Lo encontraremos —dijo en voz baja Nefret—. Pero, Selim, no podemos irnos en este momento.

La miré con sorpresa y admiración, porque yo había estado a punto de mencionar ese mismo hecho. Aunque infrecuente, ella podía controlar su fogoso temperamento cuando la ocasión era desesperada. El color había vuelto a sus mejillas y estas brillaban como si tuviera fiebre.

—Muy bien —le dije—. No podemos salir en la oscuridad, sobre todo cuando no sabemos la ubicación exacta del lugar. Rabino, ¿cómo consiguió este mensaje?

Pero cuando me di la vuelta para hablar con él, este se había ido.

* * *

Dudo que cualquiera de nosotros durmiera bien esa noche. Emerson ciertamente no lo hizo; siguió dando vueltas y murmurando para sí mismo. Todos estábamos impacientes por irnos, pero como había señalado, sería una locura lanzarnos a

ciegas, con el riesgo de sufrir un accidente o perder el lugar en la oscuridad. Avanzando pacientemente a través de mi guía, cuyo índice no tenía entrada para "castillos", finalmente había encontrado una referencia a un lugar que debía ser el que Ramsés había nombrado. Conocido como Tal'at-ed-dam, o "Colina de Sangre", era descrito como las ruinas de un castillo Cruzado, y no me cabía duda de que en su apogeo el nombre había sido más que adecuado. En otras circunstancias lo habría considerado un interesante lugar para una excursión.

La única otra cosa que podíamos hacer antes de retirarnos era asegurarnos que nuestros medios de transporte estuvieran disponibles a tiempo. Ya no había necesidad de empacar mudas de ropa y otros artículos no esenciales, pero decidimos mantener el carruaje en caso de que David no fuera capaz de cabalgar. A pesar de la presión de las nuevas disposiciones, encontré tiempo para informar al señor Fazah que dejaríamos de ser responsables de las facturas de hotel de Platón.

Yaciendo despierta junto a mi preocupado esposo, realicé una pequeña oración de agradecimiento a Él, que vela por nosotros, y también a las institutrices y niñeras que habían inculcado en mí sus nociones de comportamiento apropiado. (Mi estimado padre me había enseñado varios idiomas, pero no me había enseñado modales; los suyos propios dejaban mucho que desear). Si no hubiera tenido la cortesía de escuchar al pequeño rabino, podríamos haber iniciado una búsqueda infructuosa, sin saber nunca que nuestros seres queridos estaban tan cerca, y en peligro mortal. No minimizaba ese peligro, pese a la improvisada solicitud de Ramsés por ayuda. Él odiaba pedir ayuda, pero yo deseaba que hubiera ido directo al grano y que mencionase detalles como hora y fecha. Tal como estaban las cosas, no teníamos ni idea de cuánto tiempo había tomado para que el mensaje llegase hasta nosotros; podrían ser días.

Él y David debían haber estado camino a Jerusalén, cuando David cayó enfermo. La enfermedad debía ser lo suficientemente grave como para impedir que David continuara. Había empacado todas las variedades de medicamentos que tenía conmigo, y sabía que Nefret había hecho lo mismo. Si solo Ramsés hubiera tenido la decencia de añadir algunas palabras más que nos dieran una pista sobre lo que aquejaba al muchacho, ¡y lo grave que se encontraba!

El amigo quien se había ofrecido a llevar un mensaje no podía ser el rabino; él no era el tipo de persona que escalara colinas. Sucio y andrajoso como estaba el papel, podía haber pasado por varias

manos antes de llegar a su destino… y ese destino fue el rabino. El último mensajero se lo había entregado a él en lugar recorrer todos los hoteles de Jerusalén.

¿Qué significa todo esto? Era incapaz de concentrarme en una sola cuestión, mi mente seguía vagando en por caminos irrelevantes. Acababa de convencerme que no conseguiría ni una pizca de sueño cuando me despertó un golpe en la puerta y una voz gritando mi nombre.

Todas las preocupaciones de la noche llegaron de golpe. Salté de la cama, instantáneamente alerta, y caí sobre las botas de Emerson, que había colocado junto a la puerta, en preparación para el día siguiente.

—¿Estás bien, tía Amelia? —preguntó Nefret.

—Sí, sí, y bien despierta. —Me levanté, frotándome la espinilla. La habitación era una boca de lobo… con la absoluta oscuridad antes del amanecer, como un poeta u otro había descrito.

Nefret obviamente llevaba despierta algún tiempo. Había arrastrado (esas son sus palabras) al cocinero y con sus propias manos había llevado hasta nuestra puerta, el esencial brebaje para que Emerson se levantara. En esta ocasión él fue mucho más fácil de manejar; como yo, había estado despierto la mitad de la noche, ansioso por ponerse en marcha. Cuando nos reunimos en la escalinata del hotel, el cielo seguía oscuro, pero mi reloj, el cual nunca olvido, me aseguró que el amanecer no estaba muy distante. No vi una sola estrella. La niebla de la mañana avanzaba, mezclándose con los variados y nocivos efluvios de la ciudad.

Había esperado que fuéramos los únicos madrugadores, pero había pasado por alto la dedicación (o el fanatismo) de las personas religiosas. El grupo de peregrinos que habían causado una impresión tan memorable debían tener un destino sagrado lejano en sus planes para el día; estaban reunidos en el salón comedor. Daoud lanzó una mirada de anhelo en esa dirección; observándolo, Nefret le aseguró que había pedido que se preparase cestas de picnic para nosotros.

Selim estaba esperando con los conductores y las monturas que habíamos ordenado. Nefret fue la primera en montar. Para su disgusto, Daoud fue relegado al carruaje, el cual era tirado por dos caballos robustos. Selim había sido incapaz de encontrar un caballo que pudiera soportar su peso. El que me asignaron era casi tan pequeño como un poni, algo que era tranquilizador; pero cuando me acerqué a la criatura esta dio un respingo hacia atrás con los ojos desorbitados.

—Ese maldito cinturón de herramientas está asustando al caballo, Peabody —dijo Emerson, ya montado—. Quítatelo.

—No puedo continuar sin mis accesorios, Emerson. Tintinean un poco para ser seguros, pero es posible que necesitemos uno o todos antes que termine el día.

—Entonces sube al carruaje con Daoud —dijo Emerson concisamente.

Así lo hice, no sin una cierta sensación de alivio. No soy una consumada amazona y el poni obviamente me había tomado ojeriza.

El conductor del carruaje, encorvado y bien arropado contra el frío de la mañana, chasqueó su látigo, y partimos, con Emerson, Nefret y Selim a la cabecera. Alguien, probablemente Nefret, había comprobado la ruta más rápida para salir de la ciudad. Con un mínimo de demora, ya que las calles estaban relativamente vacías a esa hora, llegamos a la puerta de Damasco, y dejamos la ciudad propiamente dicha. La población se había extendido más allá de los muros; pasamos por delante de varias villas elegantes y grupos de casas. El sol se asomaba por el horizonte. El camino recientemente terminado permitía viajar a una velocidad razonable, pero me complació ver que Emerson, ahora a la cabeza, mantenía un ritmo moderado. Le había dicho que no debíamos separarnos.

Llevábamos de camino poco más de una hora cuando doblamos una curva y vimos delante de nosotros una barricada custodiada por un grupo de soldados turcos. Al divisar a Emerson, a quien era difícil pasar por alto, el oficial se acercó y levantó la mano.

No vi a otros vehículos o personas esperando. Era como me temía. Alguien había anticipado nuestras intenciones y creía poder adivinar quién. Agarré mi sombrilla con fuerza, preparada para el combate si era necesario. No podíamos correr el riesgo de demorarnos.

No debería haber dudado de mi admirable cónyuge. En lugar de detenerse, instó al caballo a galopar y se lanzó a través de la barricada, rompiendo la endeble estructura de madera en astillas. Los soldados se dispersaron asustados mientras Nefret y Selim cargaban sobre ellos. Pinché a mi cochero con mi sombrilla.

—Más rápido —grité—. Yallah, yallah, no se detenga.

Él pudo haber pensado que era un cuchillo en su espalda (como creo que ya he mencionado, mis sombrillas tienen puntas muy afiladas) o pudo haber sido arrastrado por la estampida general. Emitiendo un fuerte grito, blandió el látigo. Lluvia de polvo y una lluvia de pequeñas piedras volaron desde los cascos de los caballos

mientras corrían hacia adelante. No encontramos impedimento alguno; los jinetes que nos precedían los habían quitado.

Agarrándome a un lado del carruaje, que se balanceaba y rebotaba, miré hacia atrás. Nadie parecía haber salido gravemente herido; los soldados estaban poco a poco poniéndose de pie y el oficial estaba despotricando (a juzgar por sus gestos apasionados) con una persona a caballo.

Emerson mantuvo el ritmo durante un kilómetro y medio más antes de ralentizar el trote de su caballo. Haciendo un gesto con la mano a Nefret y Selim, él retrocedió hasta un costado del carruaje.

—¿Estás bien, Peabody? —preguntó—. ¿Daoud?

Daoud asintió. Estaba un poco verde y se aferraba a un lado del carruaje con ambas manos.

—Bien hecho, querido. ¿Esperabas la barricada? —dije.

—Pensé que podría surgir una contingencia de ese tipo. Debería habértelo advertido, como lo hice con Nefret y Selim, pero estaba seguro de que estarías a la altura de las circunstancias.

—Nuestro conductor merece también el elogio —dije. Inclinándome hacia adelante, dije en árabe—: Buen trabajo, amigo mío. Te has ganado una buena *bacshish*.

Un murmullo sin palabras fue la única respuesta.

—Puede ser uno de los que creen que es indebido mirar el rostro de una mujer sin velo —dijo Emerson—. Maldita y estúpida noción, pero no más idiota que un buen número de lo…

—Estoy familiarizado con tus puntos de vista sobre el tema, querido —le dije—. ¿No deberíamos seguir adelante con toda la rapidez posible?

—¿Cuánto más lejos, crees?

—Tenemos que estar bastante cerca. Si la guía es exacta, el lugar debe ser visible desde… —me interrumpí con un grito de emoción y señalé con mi sombrilla. Un poco más adelante, en el lado izquierdo del camino, en lo alto de una empinada colina coronada con piedras irregulares como dientes afilados. De esta se alzaba una espesa columna de humo.

DEL MANUSCRITO H

A pesar de las objeciones de David, Ramsés logró persuadirlo de tomar otra dosis de la bebida de hierbas. No podía estar seguro de que estuviera haciendo algún bien, la fiebre podría haber seguido su curso natural, pero no le haría mal tener una buena noche de sueño. David le dio lata para que tomara unos sorbos. Los ojos de un amigo

no habían pasado por alto las señales que Ramsés no estaba dispuesto a admitir ni siquiera para sí mismo. No eran graves y podían ser el resultado de la fatiga y la preocupación: la pérdida de apetito, momentos de inestabilidad. Se dijo que podía aguantar un día más. Las cosas estaban mejorando, incluso había una posibilidad de rescate cercano, pero no estaba dispuesto a arriesgarse ante la posibilidad de que un enemigo los cogiera a los dos muertos para el mundo, lo cual literalmente estarían. Escupió el último bocado de medicina cuando David no le estaba mirando.

Incluso entonces, su sueño fue más pesado de lo deseado. Podría haber sido el canto de un ave o un sonido animal lo que lo despertó, o ese sexto sentido al que su madre llamaba el centinela dormido. Esto hizo que la adrenalina inundara sus venas, y se tensó, escuchando atentamente. Una tenue luz se filtraba en el torreón a través de la brecha hasta donde él yacía. La noche llegaba a su fin. El amanecer no estaba muy lejos. Se puso de pie y miró al exterior, a una mañana gris y formas sombrías en movimiento.

No podía decir cuántas personas había, pero una o más ya estaban dentro del portón. Se echó hacia atrás, deseando, no por primera vez, tener un arma, incluso un garrote. Había intentado romper la rama de un árbol, pero las duras y viejas ramas resistieron sus mejores esfuerzos. Cogió una piedra y esperó.

La voz habló de nuevo, más cerca, pero no lo suficientemente cerca para distinguir las palabras. Mansur apareció a la vista. Sus manos en alto. Tampoco llevaba espada. Dio unos pasos hacia adelante, y Ramsés vio que no estaba solo. Inmediatamente detrás de él estaba su siervo, ese quien había esperado con él durante el banquete. Varios otros hombres atravesaban el portón. Estaban vestidos con la misma ropas arrugadas que su primer guía había usado, y cada uno tenía un largo cuchillo colgado de su cinturón.

—Salid. Sabemos que estáis ahí. La resistencia es inútil.

Las palabras fueron dichas en inglés, pero la voz no era la que él había esperado. Los labios de Mansur no se habían movido.

El orador tenía que ser el siervo de Mansur. Podía ser un truco para sacarlo de su escondite. ¿Cuál sería la razón, sin embargo? Había por lo menos seis de ellos, todos armados. No podía mantenerlos a raya. Si se entregaba podrían no molestarse en buscar a David. Podía decirles que se había escapado.

Se humedeció los labios secos y habló.

—¿Quién eres?

—Enemigos de tu enemigo. Ven, no te deseamos ningún daño.

Todos se movieron hacia adelante, paso a paso, como cazadores

intentando no asustar a un animal tímido. El sol les daba de lleno ahora, y Ramsés vio que el rostro de Mansur estaba manchado con sangre y que el hombre detrás de él sostenía un cuchillo contra su espalda, y que los otros hombres lo tenían rodeado desde tres lados, cuchillos en mano.

Su mente parecía estar funcionando a media velocidad. No fue hasta que el siervo de Mansur apartó su manga hacia atrás y mostró su antebrazo desnudo que logró unir todas las pistas. Con cautela él salió a la vista.

—Los Hijos de Abraham —dijo—. Entonces tú eres… eres…

No podía pensar en la palabra correcta. El individuo no se parecía a un comandante o líder espiritual; era tan anodino como siempre, delgado y de baja estatura, su barba apenas tenía un toque de gris. Sus ojos brillaban con inteligencia, su pose una de orgullo y dignidad. Pero sus ojos eran de un marrón opaco y sus estrechos hombros estaban encorvados.

—Puedes llamarme Ismail —dijo, dando al nombre una pronunciación árabe—. O Ismael, si lo prefieres.

Ramsés se frotó la frente dolorida.

—No entiendo. ¿Por qué lo has traído aquí?

—Nosotros no lo hemos traído. Él nos trajo. Cuando me ordenó que lo acompañara a la Colina de Sangre y trajera hombres para ayudarlo, supe que tu presencia había sido traicionada. Así que hice lo que me pidió. Salvo que los hombres que elegí eran mis hombres, no los suyos. —Recorrió con la mirada las paredes sombrías y el suelo desolado—. Este lugar es apropiado. Prepárenlo.

Ramsés observó con incredulidad mientras dos de los hombres despojaban a Mansur de su túnica y lo colocaban sobre uno de los bloques más grandes, sus brazos desnudos extendidos con las muñecas fuertemente atadas. Por primera vez, Ramsés tuvo un buen vistazo de la marca en su antebrazo. Era igual a otras que había visto, un extraño criptograma que bien podía ser letra hebrea aleph atravesada por otro símbolo. Mansur se mantuvo pasivo en sus manos, su rostro tan impasible como siempre. A juzgar por la sangre en su cara, había presentado resistencia en un principio, pero ahora se mostraba resignado a lo que fuese que el destino le deparase. No miró a Ramsés, ni siquiera cuando Ismail se le acercó con un cuchillo desvainado. El cuadro era una horrible reminiscencia de escenas de tumbas aztecas representando a un sacerdote extrayendo el corazón de un sacrificio vivo.

—No —exclamó Ramsés—. No. No debes.

—¿Quién me va a detener? ¿Tú?

—Si puedo. —Se apartó rápidamente del primer hombre que podría haberlo sujetado y puesto fuera de combate en un segundo. Su pie no alcanzó su objetivo, dando apenas un golpe en el muslo que ni siquiera hizo tambalear al tipo. De la nada los dos cayeron sobre él, y después de una breve e ineficaz lucha, lo sujetaron.

Ismail no se había movido. Estudió a Ramsés con leve curiosidad.

—¿Lucharías por él? Él te habría quitado la vida.

Ramsés era consciente de los oscuros y sardónicas ojos de Mansur observándolo. Pensó que estaba esperando a que soltara una serie de clichés de escuelas públicas.

—Yo pelearía contra él, en igualdad de condiciones, y lo mataría, si fuera la única forma de salvar mi propia vida. No soy un santo mártir. No puedo permanecer impasible cuando vas a asesinar a un hombre indefenso.

—Tú lo haces. En tus cárceles y cámaras de ejecución. En la guerra.

—Deploro todo eso. Pero el prisionero ha tenido un juicio justo y el soldado está armado.

Los labios del otro hombre se abrieron en una sonrisa.

—Eso no siempre es cierto. Razonas como un filósofo; si tuviera tiempo disfrutaría de debatir contigo. ¿Tu conciencia se quedaría tranquila si te digo que él ha sido juzgado, por sus iguales, y condenado?

—No. ¿Cuál es su delito?

—No es de tu incumbencia. ¿Dónde está tu amigo?

No se había escuchado ni un solo sonido de David. Ramsés esperaba que siguiera durmiendo, o que si no lo estaba, tuviera la suficiente sensatez de permanecer en silencio y fuera de la vista.

—Se fue —dijo secamente.

—Mientras no intente interferir.

Los hombres que sujetaban a Ramsés apretaron su agarre. La hoja del cuchillo captó la luz, una vez, dos veces, en parpadeantes movimientos. La sangre brotó de los cortes, oscureciendo el diseño del brazo de Mansur.

Ismail dio un paso atrás, limpió el cuchillo en su túnica y luego lo envainó.

—Es tuyo ahora —dijo—. Haz lo que quieras con él.

Los hombres que retenían a Ramsés lo soltaron. Con Ismail a la cabeza, todo el grupo echó a andar hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó Ramsés—. Vuelve. Quiero… Oh, maldita sea.

Tenía que elegir entre ir a por Ismail y conseguir respuestas a

varias preguntas de vital importancia y dejar que Mansur perdiera una vital cantidad de sangre. Rasgando una tira del dobladillo de su camisa, corrió hacia el hombre tendido y ató un torniquete improvisado alrededor de su brazo.

La herida no era tan mala como parecía. El cuchillo había rozado una pequeña arteria, pero la mayor parte de la sangre provenía de una de las venas grandes. Aun así, necesitaba atención, y Mansur no estaba haciendo absolutamente nada por ayudarse. Permaneció inmóvil, mirando hacia el cielo.

—Sostén esto —espetó Ramsés—. Tengo antiséptico y vendas en mi mochila.

Tiró el contenido de su mochila en el suelo y se apresuró a volver con el botiquín de su madre, deteniéndose solo el tiempo suficiente para mirar a David. Su sueño era tan profundo que Ramsés comenzó a preguntarse si el más reciente paquete de hierbas no había sido más fuerte que el primero. Mansur no habló hasta que Ramsés terminó de desinfectar y vendar la herida.

—Esperarás que te dé las gracias, supongo —dijo.

—No. Sin embargo, algunas respuestas serían mejor.

—¿Por ejemplo?

—¿Quiénes son los Hijos de Abraham?

—Se les podría llamar un culto, supongo. —Mansur se sentó y cogió su túnica—. ¿Hay agua?

Ramsés fue a buscar la piel y esperó con impaciencia mientras Mansur bebía larga y profundamente.

—Continua —dijo.

Mansur se limpió la boca con la manga.

—Prefieren llamarse una fe. Son muy antiguos, muchos siglos de antigüedad. Creen en la hermandad de judíos y árabes, de todos los que han vivido en esta tierra y se convierten en parte de ella. Trabajan de forma pacífica y pacientemente por la libertad y independencia.

—¿Y ellos te permitieron unirte?

Los labios de Mansur se curvaron en una sonrisa tensa.

—Sus objetivos son los míos. Sin embargo, después de un tiempo me di cuenta que estaban dispuestos a esperar muchos más siglos en vez de hacer algo que les permitiera ganar su deseo. Ellos perderían, porque los pacifistas y los idealistas siempre pierden.

Hizo una pausa. Ramsés esperó unos momentos y luego lo provocó.

—Utilizaste el prestigio ganado por ser un miembro de esta antigua y respetada organización para instigar una revolución.

Traicionaste sus principios. Sin embargo, tardaron tiempo en atraparte.

Mansur levantó la mirada hacia el cielo. El sol era visible en la parte superior del muro.

—Las cosas no van como las había planeado —admitió—. ¿Tienes un cigarrillo?

Ramsés los tenía guardados y le quedaban unas pocas cerillas, pero quería que Mansur siguiera hablando. Se los entregó, con un ojo cauteloso en las manos del otro hombre. Mansur no estaba armado, y aunque Ramsés no estaba en su mejor momento, estaba muy seguro de que podría con un hombre herido.

Eso no era lo que Mansur tenía en mente. Encendió su cigarrillo y arrojó el cerillo a un lado. Este cayó en una discreta pila de hierba seca. Pequeñas llamas surgieron. Mansur se puso en pie y pateó el fuego extendiéndolo hacia un parche de maleza.

Debía ser una señal. Ramsés saltó hacia este. Mansur le dio una patada en el tobillo y cayó. Cuando consiguió sentarse vio a Mansur de pie sobre él con una gran piedra en la mano derecha.

—Esto es lo que deberías haber hecho conmigo —dijo, y bajó la piedra sobre la cabeza de Ramsés.

Capítulo 9

—¡Allí! ¿Ves? —Grité, haciendo un gesto con mi sombrilla—. ¡Apresúrate, Emerson, apresúrate; están siendo inmolados!

Emerson soltó una sarta de juramentos en una variedad de idiomas e instó a su caballo al galope. Yo no necesité azuzar a mi conductor; con un grito sin palabras fustigó su látigo, y nuestro equipaje tronó en persecución de Emerson.

Si yo hubiera estado pensando claramente en lugar de permitir que el corazón ansioso de una madre guiara mi lengua, me habría dado cuenta que el verbo era probablemente exagerado. Era igual de probable que el humo fuera una señal del propio Ramsés guiándonos. Aun así, la prisa era esencial, tanto más porque se estaba acercando a nosotros, aunque todavía a cierta distancia, un cuerpo considerable de hombres vestidos con uniformes turcos.

Habríamos pasado por alto el sendero si no hubiéramos estado buscándolo. Apenas más de una pista llena de baches, cortaba a la izquierda entre dos orillas escarpadas. Aún a la cabeza, ya que nunca había amainado el ritmo, Nefret viró bruscamente y desapareció en la hendidura. Selim iba justo detrás de ella y Emerson no estaba muy rezagado de Selim. Me puse de pie, gritando aliento e instrucciones para el conductor, cuando llegamos al lugar. Él dio la vuelta tan bruscamente que me hubiera caído de no haber sido por mi firme agarre en la baranda y las grandes manos de Daoud sosteniéndome. El sendero apenas era lo suficientemente ancho para un carruaje, si este fuera conducido con cuidado. El nuestro cayó de lado y se detuvo tembloroso. Manteniéndome de pie solo por las manos de Daoud, vi con pasmada sorpresa como el conductor saltaba de su asiento y cortaba las riendas de ambos caballos, liberándolos. Pronunciando ruidos equinos de alarma, estos subieron trotando por el sendero.

Daoud saltó y atrapó al conductor por el cuello.

—Volcó a propósito, *Sitt Hakim*. ¡Es uno de los enemigos! Pero no voy a dejar que le haga daño. Acabaré con él rápidamente.

La última frase era cierta. El turbante del conductor se había deslizado hasta sus ojos y su pañoleta se retorcía con fuerza alrededor de su cuello. Arañando, se esforzaba por hablar, pero solo podía balbucear. Concebirá mi asombro, querido lector, cuando él se tomó la punta de la nariz entre su pulgar e índice y se la

retorció… ¡dos veces!

Todo el incidente había ocurrido tan rápido que las ruedas del carruaje, dos de ellas fuera de la tierra, seguían girando. Me bajé del vehículo y me acerqué al conductor, comentando mientras lo hacía:

—Será mejor que lo liberes, Daoud. Continúa, te alcanzaré.

Daoud lanzó una mirada angustiada por encima del hombro. Sonidos indicativos de combate flotaban hasta nosotros desde arriba, pasos corriendo en la parte de abajo resonando, ante la entrada del sendero. Extrayendo mi pequeña pistola de mi bolsillo, hice varios disparos hacia los soldados que se nos acercaban. Ya que no le había dado a nadie, dudaba que esto fuera a disuadirlos durante mucho tiempo, pero podría haberles frenado, en ambos sentidos de la frase.

—Vamos —dije de nuevo—. Es una orden, Daoud.

Daoud se debatía entre su necesidad de protegerme y su deseo de ayudar a sus amigos, pero su fe en mí era incuestionable. Soltó al conductor y corrió. Empujé hacia arriba el turbante del sujeto y observé un par de ojos saltones de color azul pálido.

—Ah —dije—. Señor Courtney Camden. ¿Por qué no me cuenta sobre su verdadera identidad y por qué destruyó el carruaje? Sea conciso, se lo ruego.

El señor Camden, aun corto de aire, gesticulaba frenéticamente.

—Bloquear la entrada —jadeó—. Turcos. Los… seguían. Yo quería…

—Continuaremos juntos. Aunque anhelo estar junto a mis valientes aliados y, si mis oraciones han sido contestadas, mi errante hijo, estoy segura de que ellos ya tienen la situación bajo control, y que mi asistencia no es…

El señor Camden emitió un fuerte gruñido, agarró mi mano, y procedió a subir el sendero, llevándome con él.

El sendero se retorcía y giraba, buscando que el ascenso fuera más fácil, pero este era lo suficientemente empinado. Gracias al señor Camden y mi confiable sombrilla, la cual me servía de bastón, no tuve ninguna dificultad. Por fin salimos a una meseta de unos diez acres de extensión, con los muros de una ruinosa pero aún imponente fortaleza justo delante de nosotros. Un número de caballos, incluyendo los dos del carruaje, pastaban las repugnantes hierbas y arbustos que cubrían el suelo. Los sonidos del combate habían amainado, algo que era tranquilizador o por el contrario, dependiendo de nuestras propias anticipaciones.

—Vayamos despacio —insté—. Si han superado a nuestros

amigos tomaremos al enemigo por sorpresa.

—¿Y los golpeará con su sombrilla? Oh, maldita sea, tiene usted razón. Vayamos despacio.

La gran puerta de entrada, flanqueada por dos torres, estaba ante nosotros. Al pasar, cada uno de nosotros intento salir delante del otro, capté movimiento por el rabillo del ojo y giré mi cabeza a tiempo para contemplar los cuartos traseros de uno de los caballos encabezando (si ese término es apropiado) el sendero hacia el camino.

Después de investigar un poco para averiguar donde se encontraba el portón de la muralla interior. El señor Camden me instó a volver; yo me solté de su mano.

—Todo está bien —le dije—. Puedo escuchar a Emerson insultar a Ramsés.

Para ser exactos, no estaba insultando a Ramsés sino maldiciendo de forma general, intercalando sus juramentos con frases tales como:

—Todo bien, ¿verdad, muchacho?… y… ¡Nuestro trabajo, paralizado! —Esa era razonablemente una buena prueba de que Ramsés aún estaba vivo, y fue con una mente aliviada que entré en el área interior.

Mi primera impresión fue de caos total. Jirones de humo surgían de humeantes matas de arbustos, las que Selim y Daoud iban pisoteando metódicamente. Las flotantes formas grises otorgaban un aspecto espectral a la escena, con su suelo de escombros y la imponente forma del torreón interior. Naturalmente mis ojos se abrieron por primera vez al ver el cuadro con David y Ramsés en su centro. Por lo menos yo asumí que las andrajosas formas sucias eran suyas. Sus rostros eran irreconocibles, la mitad inferior cubierta con enmarañadas barbas, la mitad superior con mopas de cabello que no habían visto un peine o cepillo en días. Sin embargo, la nariz de Ramsés era inconfundible. Yacía de espaldas, con la cabeza en el regazo de Nefret. David se sentaba cerca con las piernas cruzadas sobre el suelo y Emerson se paseaba de un lado y otro, frotándose la barbilla y por supuesto todavía jurando. Al observarme se dio la vuelta y preguntó:

—¿Qué te tomó tanto tiempo?

—Nos retrasamos por un leve accidente —le contesté—. Sin embargo, parece que no necesitabais mi ayuda.

—Nos habría caído bien un poco de ayuda —admitió Emerson —. ¿Fueron qué cuatro… o cinco?… Villanos intentando escapar con Ramsés y David tambaleándose tras ellos agitando una rama

rota, y Nefret…

—Puedes seguir con tu animada narración después, Emerson.

Me arrodillé junto a Ramsés y aparté el pelo de su frente. Lo que pude ver de su piel estaba sonrojada y roja.

—Misericordia —le dije—, está ardiendo en fiebre.

—Es la misma enfermedad que he tenido yo —dijo David—. Estoy mucho mejor, pero se contagió de mí.

—Él también tiene una protuberancia desagradable en la cabeza —dijo Nefret.

—¿Conmoción cerebral? —le pregunté, sondeando la zona que ella indicaba con dedos expertos.

Antes que pudiera responder, Ramsés abrió los ojos.

—Buenos días, madre. Me pareció reconocer su toque.

* * *

Me llevó un tiempo arreglar las cosas. Todo el mundo tenía una historia que contar y todo el mundo deseaba narrarla a la vez, y tuve que prohibir la discusión hasta que hubiéramos tratado el asunto más importante, es decir, llevar a los muchachos a salvo a casa y proporcionarles los cuidados necesarios. Una ligera distracción, en forma de media docena de soldados turcos erupcionó en el patio, que fue solucionada rápidamente por Emerson, quien realizó varios disparos con una pistola que yo no sabía que poseía, sobre sus cabezas y los hizo correr con pies en polvorosa por su seguridad. David recogió sus pocas posesiones, Emerson quería llevar a Ramsés, quien se puso aún más brillantemente rojo de indignación ante la idea, pero que no fue renuente a ser guiado por Daoud. Mientras se dirigían al portón yo eché una mirada final.

—¿Están muertos? —le pregunté a Emerson, indicando varias formas tendidas, otro grupo de soldados, a juzgar por su atuendo.

Emerson se rió entre dientes.

—Haciéndose los muertos, como diría Vandergelt. Están a la espera de que nos vayamos para poder escabullirse. —Negligentemente añadió—: tuve la clara impresión de que sus corazones no estaban en esta pelea. Cuando fuimos tras ellos, solo corrieron o cayeron fulminados.

Apoyado en Daoud y David, Ramsés de repente se plantó y se alejó de ellos.

—Correr. Quién… Maldita sea, Daoud, déjame ir. Tengo que ver…

Sus ojos recorrieron lentamente los alrededores, de un cuerpo inmóvil a otro.

—¿Dónde está? —preguntó vagamente—. No lo veo.

—¿Quién? —le pregunté—. Todos estamos aquí, querido. Selim, Daoud y…

—No, no. Mansur. Él estaba aquí, él…

El nombre no significaba nada para ninguno de nosotros, salvo para David. Sabiendo que Ramsés se quedaría de pie hasta que consiguiera respuestas, David dijo:

—Se escapó, Ramsés. No pienses en eso ahora. Lo atraparemos.

Ramsés dijo claramente "maldita sea todo el infierno", y cayó en los brazos de Daoud.

Varios de los caballos aún estaban holgazaneando en la entrada externa; encontramos al resto a lo largo del sendero, y algunos junto al carruaje volcado, que bloqueaba cualquier avance.

El carruaje estaba en buen estado salvo por algunas abolladuras, y Selim fue capaz de reparar el arnés con algunos de los trozos de cordel que siempre llevaba con él, así que muy pronto estábamos en marcha. Me senté en el asiento al lado del conductor, explicando, verazmente, que el carruaje era un poco estrecho con tres pasajeros adicionales. Ninguno de los muchachos estaba en condiciones de viajar. Nefret, con prontitud y sin comentarios, ocupó su lugar entre ellos.

El señor Camden, como debo seguir llamándolo, había recuperado su personaje de conductor tan pronto como se dio cuenta de que no era necesaria su asistencia activa. Nadie le prestó atención (a excepción de Emerson, quien le dio una cordial palmada en la espalda y un fuerte: ¡Buen tipo!). Me pareció una excelente oportunidad para una charla privada, ya que los ruidos ambientales hacían imposible que fuéramos oídos. Así que le pedí que se explicase.

—No puedo ocultarle nada, señora Emerson —dijo con aire taciturno.

—Eso es correcto.

—Probablemente habrá adivinado… más bien, deducido… una buena parte. Yo soy el representante del MO2 en Jerusalén. Le debo la posición a mi hermano, George Tushingham, quien creo usted conoció en Londres.

—¡Ajá! —exclamé—. El señor Tushingham, el botánico. Sabía que me resultaba familiar. Habría hecho la conexión con el tiempo. Así que su nombre real es Tushingham.

—Le ruego que continúe llamándome por el nombre con el que

se me conoce. Me informaron de su misión antes de que llegaran, y mi tarea era ayudarles en todo lo posible, sin revelar mi verdadera identidad.

—Típica estupidez masculina —comenté—. La obsesión por el secreto y la negativa de los diferentes sectores de la burocracia a comunicarse entre sí solo puede llevar a…

—En cualquier caso —dijo el señor Camden, levantando un poco la voz—, fue cuestión de tiempo antes de darme cuenta que nuestro contacto en el hotel estaba fuera de servicio y que mi mensaje probablemente nunca les llegó.

—Otro ejemplo de la incompetencia masculina. Contar con un único enlace…

—Absolutamente, señora Emerson. Por lo tanto, me vi obligado a acercarme a ustedes directamente, sin la posibilidad de plantearles mi buena fe si esta era necesaria.

El carro golpeó un bache; sujeté mi sombrero con una mano y al señor Camden con la otra.

—Pero la señal que me dio…

En esta ocasión la interrupción del señor Camden llegó en la forma de un ataque de tos. Yo le di unas palmaditas en la espalda, con más fuerza de la necesaria, ya que la verdad había empezado a abrirse paso en mí.

—Vamos desembuche —exclamé—. ¡La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad!

—Bueno… um… verá… Me temo que fue una de las pequeñas bromas del señor Boniface. Me la contó cuando lo vi en Jaffa hace unos días.

—Bromas —repetí.

—Se rió con ganas. Había bebido más de la cuenta, creo. —Lanzándome una mirada inquieta, el señor Camden continuó—: Naturalmente, lo reprendí severamente. Sin embargo, nos fue útil al final, ¿no es así? No se me ocurrió otra cosa cuando su gran amigo me estaba ahogando.

Después de unos momentos de reflexión, yo dije con mucha calma:

—Por lo que parece. Tendré unas cuantas palabras que decirle al señor Boniface la próxima vez que me lo encuentre. ¿Había algo en el mensaje faltante que debería saber?

—Se trataba de Mme… er…

—Allí va de nuevo con su maldito secretismo. Nadie nos puede escuchar. Mme von Eine, sí. Deduje su identidad sin su ayuda.

La gran puerta de la Ciudad Santa apareció a la vista; Camden

azuzó a los caballos a un ritmo más rápido. Él no estaba disfrutando de nuestra conversación. Yo tenía una pregunta más importante que hacer, sin embargo, y procedí a hacerla.

—Debido a que su medio normal de comunicación sigue siendo inoperante, creo que lo mejor es que usted deba estar disponible en todo momento. Preséntese en el hotel mañana por la mañana a las ocho. Nos dirigiremos a Siloé. Espero tener la casa lista en un día o dos. Eso nos pondrá en el sitio, mientras las excavaciones de Morley vayan progresando y nos permitirá averiguar lo que la dama está haciendo. ¿Tiene alguna pregunta?

—No, señora —dijo el señor Camden mansamente—. Sí, señora. Allí estaré.

Caía la tarde cuando entramos en la ciudad sin encontrar ninguna dificultad. Los pocos soldados turcos que nos encontramos nos ignoraron, y el puesto de control había desaparecido a excepción de pedacitos dispersos de madera. Fuimos el blanco de todas las miradas cuando entramos en el vestíbulo; rara vez una banda con una pinta tan variopinta arribaba a esa tranquila hospedería. Todos estábamos polvorientos y desaliñados, pero ninguno de nosotros nos aproximábamos al grado de inaceptabilidad social de David y Ramsés. Mi primer acto fue mandarlos arriba y ordenar unos baños calientes para ellos.

Debo decir, con toda modestia, que en poco más de una hora yo tenía todo bajo control. Todos estábamos limpios y presentables; había examinado a los muchachos, con la asistencia de Nefret, y aplicado los remedios que parecían apropiados. En mi opinión profesional David solo requería descanso y alimento para recuperarse completamente. Ramsés se negaba a meterse en la cama, aunque ese era obviamente el mejor lugar para él. Fue durante esa discusión… la cual perdí, como podría haber esperado, que David extrajo un pequeño manojo de hierbas secas de su bolsa.

—El curandero de la aldea nos dio esto —explicó—. Lo tomé durante varios días.

Yo examiné la hierba.

—No tengo ni idea de lo que puede ser —admití—. ¿Nefret?

Ella se agachó un poco, la olió y probó.

—¿Alguna variedad de menta? No me gusta la idea de que les hayan dado una sustancia desconocida.

—No me ha causado ningún perjuicio —insistió David—. Creo que baja la fiebre.

—Y te pone a dormir durante horas —dijo Ramsés, sacando la mandíbula con obstinación—. Sin embargo, yo no puedo dormir,

tengo que advertirles sobre Mansur.

Por mucho que anhelara que mi afligido hijo consiguiera el descanso que necesitaba, sabía que él tenía razón. Ninguno de nosotros podía permitirse el lujo de relajarse cuando había tantas cosas que necesitábamos saber, y sin dilatación.

Así que nos retiramos a mi sala de estar, donde encontramos a los otros reunidos y al té que yo ya había ordenado. Tanteando la tetera, tuve el placer de descubrir que estaba justo en el punto de ebullición (yo había tenido la ocasión de hablar del asunto con el cocinero). Filtré una cucharadita o menos de la mezcla de hierbas en una taza y la llené.

—Madre —comenzó Ramsés.

—Permitiré que cuentes tu historia, Ramsés, si me prometes que cuando termines tomarás tu medicamento e irás a la cama.

Una mueca y un guiño me indicaron su renuente acuerdo.

—En primer lugar me gustaría hacer algunas observaciones —continúe.

Ignorando la leve ola de diversión que recorrió a la audiencia, me aclaré la garganta… Y encontré, para mi total asombro que era incapaz de hablar. Supongo que no me había dado totalmente cuenta de lo alarmada me había sentido, ni de lo llena de presentimientos que ni siquiera me había atrevido a admitir para mí misma, hasta que vi a todos mis seres queridos, reunidos de nuevo: Nefret, su cabello dorado brillando bajo la luz de la lámpara; Emerson, sus ojos azul zafiro fijos en su hijo con una expresión de benevolente afecto; Selim acariciándose la barba y sonriendo; Daoud contemplando afablemente el plato de bocadillos; y a mis dos niños, porque siempre serían unos niños para mí, que habían regresado contra todas las probabilidades de peligros hasta ahora desconocidos. David estaba demasiado delgado y las mejillas de Ramsés estaban sonrojadas por la fiebre (o posiblemente por la exasperación), pero estaban allí, sanos y salvos, y eso era todo lo que importaba.

Todos estaban mirándome, esperando a que empezara. Fue Emerson, como siempre, quien entendió mi emoción y alivio, a su propia e inimitable manera.

—Si sientes la inclinación a decir una oración, Peabody, ten la amabilidad de ser breve.

Le devolví la sonrisa.

—"Pero tú, cuando ores, entra en tus aposentos, y cuando hayas cerrado la puerta, ora a tu Padre que está en secreto".

—Excelente consejo —dijo Emerson—. Todos estamos esperando

nuestro té, Peabody. Te ruego que lo sirvas y permitas a Ramsés continuar con su historia. Empieza desde el principio, mi muchacho. No habrá interrupciones.

Esto se dirigía a mí, por supuesto; pero de hecho no sentí ningún deseo de interrumpir una historia que nos mantuvo a todos hechizados. Una vez que dispensé la genial bebida (en este caso me refiero al té), saqué papel y lápiz y empecé una de mis pequeñas listas. Como esperaba, todo el mundo se echó a hablar a la vez cuando Ramsés terminó. El grito de Emerson se elevó sobre el resto.

—¡Maldita sea! ¡La condenada mujer es una espía!

—Y resuelta asesina. —Ramsés se inclinó hacia delante y habló con intensidad febril—. Padre, debe contarle a los de MO2 sobre Macomber. El cuerpo puede haber sido trasladado, pero ciertamente habrá otras evidencias.

—Sí, sí, hijo—dijo Emerson, mirándolo con inquietud—. Te prometo que lo haré. Peabody, ¿él no debería estar en la cama?

El brebaje medicinal era de un desagradable color marrón verdoso. Si no hubiera sido por la insistencia de David, habría dudado en administrárselo; pero ahora él estaba completamente libre de fiebre y Ramsés irradiaba calor como una estufa. Con la ayuda de Nefret le hice beber unos sorbos de la medicina y, después que se negase con tantos bríos a aceptar nuestra ayuda, David se lo llevó a su habitación.

—¡Bueno! —dije—. Tenemos mucho que discutir. He tomado algunas notas.

Sin decir una palabra Emerson se puso de pie y sacó la botella de whisky.

Después de unos refrescantes tragos, continué.

—La primera tarea es localizar a ese sujeto Mansur.

—No —dijo Emerson—. La primera tarea es cumplir mi promesa a Ramsés. Telegrafiaré al Ministerio de Guerra sobre ese desafortunado joven Macomber.

—Mal aconsejado, en mi opinión, Emerson. Déjame eso a mí, por favor.

Coloqué una cruz en uno de los asuntos en mi lista. Con las cejas formando una enfática línea negra en su frente, Emerson dijo con calma ominosa:

—Peabody, ¿me estás diciendo que estás en contacto con el agente local aquí en Jerusalén?

—Eso es correcto, Emerson. Te lo explicaré después.

Nefret se levantó con serena dignidad.

—No se preocupe, tía Amelia. He sospechado desde hace tiempo

que usted y el profesor estaban bajo las órdenes de algún maldito departamento gubernamental. Francamente, me importa un bledo saber sobre eso o ellos. No fueron de ninguna ayuda para localizar a los muchachos, y dudo que puedan hacer algo por nosotros que nosotros mismos no podamos hacer mejor. Sugiero que vayan a cenar ahora. Daoud se ha comido todos los sándwiches. Yo no deseo cenar. Iré a sentarme con Ramsés.

Hice las paces con Nefret a la medianoche, cuando fui a relevar su vigilia, admitiendo (muy generosamente en mi opinión) que nos habíamos equivocado al mantenerla en la oscuridad. Mi querida muchacha se derritió al instante, como siempre hacía, y estuvo de acuerdo conmigo en que debíamos despertar a Ramsés para otra dosis de su medicamento. Estaba suficientemente atontado para no ofrecer resistencia y volverse a dormir de inmediato. También David, quien se había despertado cuando entré.

No mucho después de que Nefret se fuera, Emerson entró sigilosamente. Creo haber mencionado que Emerson cree que puede caminar de puntillas, pero que se equivoca al respecto. Hizo tanto ruido como para despertar a los Siete Durmientes[1]. David se incorporó de un salto.

—Todo está bien, hijo—dijo Emerson en un susurro penetrante —. Solo soy yo.

—Dios —murmuró David—. Tengan cuidado. Mansur…

—Ve a la cama, Peabody —dijo Emerson—. Haré guardia hasta la mañana.

Yo también había hecho las paces con Emerson antes, cuando le dije la verdadera identidad del señor Camden y le expliqué mis planes para el día siguiente. Por supuesto él estaba de acuerdo en que nuestra mejor esperanza de atrapar al asesino Mansur era mantener una estrecha vigilancia sobre Frau von Eine. La relación precisa entre los dos todavía no estaba clara, pero era probable que Mansur intentara comunicarse con ella. Mientras tanto, era esencial que vigiláramos a los muchachos.

—Él no puede alcanzarlos aquí —le dije—. Nefret tuvo el buen sentido de cerrar la puerta con llave y no abrirla hasta que oyó mi voz. Observé que tenía su cuchillo.

—Tú no cerraste la puerta —dijo Emerson acusadoramente.

Le mostré mi pequeña pistola.

—Hablando de eso —le dije, mientras que Emerson murmuró para sí mismo—: ¿de dónde sacaste el arma que llevabas hoy día?

—La traje conmigo, por supuesto.

—¿La llevas contigo ahora?

—Dios Santo, no. Solo espero que el bastardo aparezca. Preferiría hacerle frente con mis propias manos.

* * *

No aburriré al lector con un relato detallado de mis actividades del día siguiente, a pesar de que sin duda sería de máximo interés para cualquier mujer que contemple la organización de un sitio arqueológico. Baste decir que para la noche nuestra casa en Siloé era apta para ser habitada y nuestra cocinera recién contratada estaba ocupada preparando la cena.

Yo había rechazado las ofertas bien intencionadas de ayuda de Emerson, sabiendo que sus esfuerzos se limitarían a mover los muebles a lugares equivocados, prolongando excesivamente el proceso. Él se había marchado felizmente a su excavación. Los demás trabajamos con afán y al terminar la tarde nos tomamos un merecido descanso en la sala de estar. A petición de Ramsés, estaba terminando de ponerlos al corriente a David y a él sobre nuestras más recientes actividades y descubrimientos cuando Emerson entró, acompañado por el señor Camden.

Emerson arrugó la nariz.

—Carbólico —dijo con resignación—. Bueno, bueno, debería haberlo esperado. ¿No es la hora del té?

—No he tenido tiempo para instruir a nuestra nueva cocinera sobre el adecuado procedimiento —dije suavemente—. Tienes que esperar unos pequeños inconvenientes al principio.

—¿Quizá una gota de whisky en su lugar? —sugirió Ramsés. Empezó a levantarse. Emerson lo regresó a su silla.

—No, no, hijo, debes descansar. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor, señor, gracias.

—Esa hierba misteriosa es increíblemente eficaz —dijo Nefret. Encaramada en un taburete bajo, las manos juntas sobre sus rodillas dobladas, se veía muy bonita, a pesar, o quizás a causa de las manchas que adornaban su nariz y barbilla, y los mechones sueltos rizados sobre su frente—. Debo descubrir su nombre.

Siguiendo mis instrucciones, Emerson finalmente encontró el whisky y copas, las cuales estaban a la vista en la mesa bajo la ventana.

—Tu mejor oportunidad de lograrlo —dijo, y me entregó una copa—, parece residir en los Hijos de Abraham.

—Me gustaría saber mucho más acerca de esa organización —dije—. Ayudaron a Ramsés y David en varias ocasiones, y sin

embargo, su líder dejó vivo a Mansur para que fuera capaz de herirlos a ambos.

—Esperaban que lo mataras —sugirió Selim, en un tono que indicaba que él habría esperado lo mismo.

Ramsés negó con la cabeza.

—No lo creo. Yo había pronunciado un pomposo discurso sobre el asesinato de un prisionero desarmado e Ismail sabía que lo decía en serio.

—Bueno, conocemos la identidad de uno de los integrantes del grupo —dije—. El rabino Ben Ezra.

Emerson se dio la vuelta.

—Conocemos a dos. Nuestro arrendatario. ¿Ha aparecido por aquí hoy, Peabody? ¿No? Tampoco apareció en la excavación. Extraño, no es así, teniendo en cuenta lo omnipresente que era en un principio.

La otra sirvienta entró y comenzó a poner la mesa, tal como yo le había enseñado. Lo hizo bastante bien, salvo por mezclar los tenedores y cucharas y olvidar las servilletas. La corregí amablemente y ella se escabulló.

—Continuaremos con esa investigación mañana —dije, reprimiendo un bostezo—. Creo que la cena está casi lista. Mientras comemos, puedes contarnos lo que has descubierto hoy, Emerson.

—Creo que estamos tras la pista de algo interesante —dijo Emerson, mientras la sirvienta regresaba con las cestas de pan y una humeante fuente—. Ah… que bien huele. —Asintió amablemente ante la mujer, quien atrajo el velo firmemente a su cara y se echó atrás.

—Como estaba diciendo —continuó Emerson—, nos las arreglamos para hacer una cuadrícula del terreno…

—Me alegro por ti —le dije, sirviendo el estofado con un cucharón—. Pero cuando mencioné un descubrimiento, me refería a la principal razón de que estemos aquí. ¿Qué está haciendo el mayor Morley? ¿Frau von Eine estaba con él? ¿Has visto al señor Platón? Será mejor que dejes que la comida se enfríe un poco, Emerson, te vas a quemar la lengua.

Ya lo había hecho.

—Prueba con un sorbo de agua —dije, sobre sus murmuradas palabrotas—. Nefret asegúrate que el agua esté hervida. Ahora, estabas a punto de contarnos sobre el comandante Morley.

—Mmm —dijo Emerson—. Bueno, en pocas palabras, Morley no ha aparecido. Está allí, los guardias lo admitieron, pero insistieron que estaba en el fondo de su maldito túnel y no podía ser

molestado.

—¿Cómo sabes que nunca apareció si pasaste la mayor parte del día en tu excavación? —le pregunté.

Emerson dio un mordisco cauteloso y masticó. Miró a Nefret, a Ramsés, y al señor Camden, quien miraba hacia el espacio.

—Lo enviaste a vigilar a Morley —dije—. Bueno, eso tiene sentido. Hemos tenido suficiente secretismo sin sentido, Emerson. Si el resto de vosotros no lo sabéis, es hora de que sepáis que el señor Camden es en realidad el señor Tushingham, un agente británico.

—¿Quién? —dijo Emerson.

—Hablando de secreto —dijo Ramsés, lanzándome una mirada airada—, me dijo esta mañana que la muerte de Macomber había sido informada, pero se negó a decir cómo. ¿He de suponer que el señor Camden aquí presente fue el intermediario?

—Aún no había determinado si era necesario que lo supierais —expliqué.

—¿Y ahora lo ha hecho? ¿Puedo preguntar por qué?

Su tono era decididamente crítico. Como no podía explicar que aquello que había provocado mi cambio de mentalidad tenía que ver con mis infalibles instintos… ignoré las preguntas.

—Los Hijos de Abraham tendrán que esperar —dije—. Señor Tushingham, por favor haga su informe.

—¿Quién? —dijo Emerson, mirando a su alrededor.

—Camden —dijo con un suspiro—. Emerson, por favor, presta atención.

—Sí, señora —dijo el señor Camden, como debo seguir llamándolo—. Bueno, después de que el profesor me dejara, rondé durante varias horas, mezclándome con los peregrinos y los aguadores. Una vez intenté pasar a los guardias, afirmando que era amigo de Morley, pero me despidieron sumariamente. Así que me retiré a un grupo de cactus y me arrodillé allí con mis prismáticos fijos en la entrada de la excavación. Cerca del mediodía apareció Morley, cubierto de polvo y viéndose, pensé, disgustado. Unos minutos después Frau von Eine apareció, a caballo, y se unió a él para el almuerzo. Hubiera dado cualquier cosa por haber escuchado lo que decían, pero no había manera de que pudiera acercarme sin ser descubierto. Ella acaparó la mayor parte de la conversación. Después de comer volvió a montar y se marchó, y Morley volvió a entrar en el túnel.

—Cuanto lo supervisa ella —exclamó Emerson—. Eso fue un gesto falso, para mantenerme lejos.

—No importa eso ahora, Emerson —dije—. ¿No vio alguna señal

de Mansur?

—No, a menos que fuera uno de los obreros. Todos eran indistinguibles, medios desnudos y manchados con la suciedad. Nunca vi al sujeto, como ya sabrá.

—¿Qué pasa con el señor Platón? Conoce su apariencia y no puedo imaginar que haya consentido en hacer un extenuante trabajo manual.

—Él habrá sido el primero en la mesa del almuerzo —concordó Emerson.

—Bueno, no lo fue. No puede haber estado en el sitio o lo habría visto tarde o temprano.

—Me pregunto qué habrá sido de él —reflexioné—. El señor Fazah me dijo que dejó el hotel ayer por la mañana, con su equipaje.

—Algo que le suministramos —gruñó Emerson—. Dudo que hayamos visto lo último de él. Recuerda mis palabras, aparecerá dentro de poco.

Y apareció. Pero no de la manera que alguno de nosotros hubiéramos esperado.

* * *

—Los sirvientes parecen estar haciéndolo bien —dije en el desayuno—. ¿Cómo está tu café, Emerson?

—No está mal —gruñó Emerson, quien todavía estaba en su primera taza.

—Muy bien —dijo Nefret, con una sonrisa de ánimo a la doncella—. Díselo a la cocinera, Safika.

Ambas sirvientas sentían un terror mortal por Emerson, cuya reputación le había precedido (vía Kamir) y cuyos gestos de amabilidad solo las alarmaba. Pero se habían enamorado de Nefret, quien se había tomado la molestia de aprender sus nombres y felicitarlas por cada logro. Los ojos de Safika se estrecharon en una sonrisa. Los ojos eran todo lo que podíamos ver de su rostro, por supuesto, ella permanecía velada cuando los hombres estaban presentes. Murmuró algo a Nefret, quien se levantó al instante.

—Ghada está aquí con nuestra colada, tía Amelia. Ella quiere que la revisemos para asegurarse de que su trabajo es satisfactorio.

Levantándome a mi vez, dije con aprobación:

—Ciertamente es rápida. Le di una carga bastante grande ayer.

La chica nos estaba esperando en el dormitorio de Nefret. Había extendido toda la colada sobre la cama: camisas, ropa interior,

camisones, y así sucesivamente.

—¿Dónde está tu niña? —preguntó Nefret en árabe.

—No sabía… —Los grandes ojos castaños estaban preocupados.

—¿Si quería decir lo que dije? Lo hice. Tráela la próxima vez. Ahora debes regresar rápidamente. Espera un momento, voy a traer tu dinero.

Fue corriendo a la sala de estar. La chica dijo con ansiedad:

—¿Todo está bien, *Sitt Hakim*?

Las prendas habían sido restregadas hasta estar en peligro de deshilacharse, y todo había sido planchado, incluidos los calcetines de Emerson.

—Muy bien —le dije—. Muy, muy bien.

Nefret apareció y comenzó a contar las monedas en la mano extendida de la chica. Eran de diferentes tamaños y valores, cómo creo haber dicho ya, la moneda en los territorios otomanos no estaba estandarizada; por la reacción de Ghada estaba claro que Nefret no se había molestado en sumarlas.

—Me está dando demasiado —protestó.

Esa era una queja raramente escuchada en esta parte del mundo. Yo sacudí la cabeza y Nefret dijo:

—No. Debes haber trabajado muy duro. Ahora vuelve con tu bebé.

—Ven mañana —añadí—. Tendré más colada.

—Y trae al bebé —dijo Nefret.

Emerson estaba de pie y se movía inquieto cuando volvimos a la mesa del desayuno.

—Es hora de que nos marchemos —anunció.

El señor Camden saltó de inmediato, dejando su plato medio lleno. Le hice un gesto para que volviera a sentarse e informé a Emerson que la mayoría de nosotros no habíamos terminado de comer.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ramsés.

—A mi excavación, por supuesto —respondió su padre—. Quiero que tú…

—Tú no vas a ninguna parte hasta que hayas comido cada trozo de tu desayuno —le dije a Ramsés.

—La fiebre se ha ido —protestó Ramsés—. Quiero ver lo que padre…

—Estás tan delgado como un junco. Debo engordarte antes de que Fátima ponga los ojos sobre ti. Ya sabes cómo es.

—Nunca estoy lo suficientemente gordo para Fátima —dijo Ramsés con resignación. Pero se zampó el resto de sus huevos y

comió un pedazo de pan.

Tuve una pequeña discusión con Emerson antes de salir de la casa. Estaba decidido a seguir con su maldita excavación y yo estaba decidida a continuar con mi investigación del comandante Morley. Al final gentilmente accedí a un compromiso. Como Emerson señaló, tendríamos una mejor oportunidad de pillar a Morley cuando se sentara a almorzar. Habría tiempo para una rápida visita a la excavación primero.

Procedimos a iniciar nuestro camino. Emerson tomó la delantera, sujetando a Ramsés del brazo y hablando animadamente. El señor Camden caminó conmigo.

—Su marido no parece demasiado preocupado por su hijo —dijo el señor Camden—. Lo digo sin faltarle el respeto —añadió rápidamente.

—Oh, solo es la manera de Emerson. No tenga la más mínima duda de que puede proteger a Ramsés de cualquier posible amenaza. Lo que me recuerda que yo quería preguntarle si está de acuerdo conmigo en que esa amenaza puede ser exagerada. Seguramente ahora que Ramsés ha informado del asesinato de Macomber, Mansur ya no tiene ninguna razón para hacerlo callar.

—No aventuraría una opinión, señora Emerson. —Él se veía tan serio, que continué presionándolo.

—¿Pero usted no está de acuerdo conmigo?

Él dudó un momento y luego dijo:

—Hubo una referencia, si usted recuerda, a una misión que tenía que ser completada antes de que Mansur y von Eine dejaran Palestina. Ella todavía está aquí. ¿Qué conclusiones podemos sacar de eso?

En la parte inferior de la colina Emerson se abrió camino a través de matas de tunas y unos olivos de aspecto enfermizo, hasta que vimos el recinto acordonado donde él había estado cavando. Habían tendido cuerdas a través de un área de aproximadamente seis metros cuadrados, en la cuadrícula que había establecido el día anterior. En uno de los rectángulos formados de este modo, varios tablones cubrían un espacio de unos tres metros por metro y medio.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Emerson.

Él giró un rostro radiante hacia mí.

—El interesante descubrimiento que mencioné. ¡Simplemente espera a verlo, Peabody! Lo cubrí como precaución contra… ¡rayos y centellas!

Me llevé las manos a los oídos.

—Dios mío, Emerson, ¿cuál es el problema?

—Alguien ha estado aquí. Mira, una de las cuerdas ha sido reatada tan apresuradamente que el nudo está suelto. —Se volvió como un tigre a la inevitable congregación de espectadores—. ¿Quién de ustedes se atrevió a enfrentar la maldición que puse en este lugar?

Antes de que los ecos de su voz murieran la audiencia había huido. Gritando anatemas, Emerson pasó por debajo de la cuerda y corrió hacia ese lote demarcado. Apartando los tablones, miró hacia abajo. Solo yo contemplé el endurecimiento de su poderoso cuerpo.

—Quedaos atrás —dijo en voz muy baja—. Todos.

Suponiendo que esa orden no se aplicaba a mí, acudí a su lado.

El espacio tenía solo unos pocos metros de profundidad, sus lados meticulosamente rectos. Era la forma adecuada para el propósito de quien lo había puesto allí.

Estoy endurecida a la muerte de muchas formas. Había visto cosas peores. Yacía de espaldas, con las manos cruzadas y los ojos cerrados. Él podía haber estado durmiendo si no hubiera sido por la mancha, ahora oscura y endurecida, que había teñido su barba blanca de un marrón oxidado.

Emerson me rodeó la cintura con el brazo.

—Dije que te quedaras atrás.

—Estoy acostumbrada a la muerte, Emerson. He visto cosas peores. Debemos determinar cómo murió.

—Creo que es seguro decir que no fue un ataque al corazón —dijo Emerson, apretando su mano—. Tú no vas a determinar nada, Peabody. Ni tú —agregó, cuando Nefret llegó a su lado.

—Aquí no, en todo caso —dijo en voz baja Nefret—. ¿Quién pudo haber hecho esto? Él era tan inofensivo. Me gustaba.

—A mí no —dijo Emerson—. Y en este momento no podemos estar del todo seguros de que fuera incapaz de hacer daño. Sin embargo, me opongo al asesinato por principio. Camden, vaya a notificarlo a las autoridades. Poseía papeles británicos, por lo que el cónsul debe ser informado.

El señor Camden se fue corriendo y Emerson reemplazó las tablas sobre el agujero.

—Selim, quédate aquí y mantén lejos a todo el mundo. El resto, venid conmigo.

—¿Y qué vas a hacer?—le pregunté.

—Interrogar al principal sospechoso. Lo sacaré de ese agujero aunque tenga que bajar y sacarlo yo mismo.

Volvimos sobre nuestros pasos con cierta prisa.

—El comandante Morley es sospechoso ¿no es así? —preguntó

Ramsés—. ¿Por qué la víctima es… era… ese sujeto Platón del que me habló?

—Correcto, tú nunca lo conociste —le dije—. Sí, este es… era… él.

—Pero, ¿por qué Morley? —persistió Ramsés—. Por el aspecto, le cortaron la garganta. Morley no se ensuciaría sus aristocráticas manos, ¿verdad?

—Habrá contratado a alguien para que hiciera el trabajo —dije, pensativa—. ¿Tal vez tu amigo Mansur? Todavía no sabemos exactamente cómo están conectados.

—Si lo están —dijo Ramsés, para luego sumirse en el silencio.

Yo llevaba varios días sin acercarme a excavación de Morley. Se habían producido cambios significativos. Varias tiendas, una de ellas grande y elaborada, ocupaban ahora el espacio más allá de la barrera. Me pregunté por qué ni Emerson ni el señor Camden habían tenido a bien mencionar esto. O más bien, no me sorprendía. Los dos eran hombres. Ellos no se habrían dado cuenta de que Morley no abandonaría su elegante hotel por una tienda de campaña, por grande que esta fuera, sin una buena razón. La explicación obvia era que tenía que estar en escena día y noche porque se estaba quedando sin tiempo. ¿Tiempo para hacer qué? ¿Para llegar a la ubicación que Platón había designado como el escondite del Arca? Eso no sería tan sencillo como sonaba. Según Emerson y otras autoridades, las regiones subterráneas eran un laberinto de cisternas abandonadas, túneles antiguos y nuevos, pozos profundos y antiguas cuevas de enterramiento. Más que nunca, yo estaba decidida a entrar en esas regiones y explorarlas por mí misma.

No le mencioné esto a Ramsés.

Cuando nos unimos a Emerson él estaba hablando con uno de los guardias de la barrera. El tipo era alguien a quien yo no había visto antes, una figura imponente casi tan alta y corpulenta como Emerson, que se distinguía por un parche negro sobre un ojo. A medida que nos acercábamos a ellos, Emerson se volvió hacia mí y me dijo, con una deferencia que no le había visto desplegar con un guardia turco:

—Querida, ¿puedo presentarte a Ali Bey Jarrah, el comandante de la gendarmería turca?

—Y esta, por supuesto, es la señora Emerson. —Ali Bey me hizo una cortés reverencia, que reconocí con un movimiento de cabeza y una sonrisa. Su inglés era excelente, su voz de barítono era reverberante y su sonrisa mostraba varios dientes rotos.

Emerson procedió a presentar a los demás. Nefret recibió una mirada de admiración, Ramsés un reconocimiento cortés, y Daoud una mirada un apreciativa. Tuve la sensación de que ese ojo nos había medido y memorizado.

—Ali Bey también está buscando al comandante Morley —explicó Emerson—. Le estaba pidiendo el favor de aplazar su misión en favor de la repentina emergencia que se ha presentado. Como le dije, señor, el cuerpo es el de un europeo, un colega del comandante Morley. He enviado a alguien a informar el descubrimiento, pero es absolutamente necesario que informe de inmediato a Morley. Quiero que venga conmigo y observe su reacción.

—Ah. —El ojo visible de Ali Bey se iluminó—. ¿Ese es el método de la policía británica? ¿Lo interrogará inteligentemente y determinara si él es el asesino?

—En efecto, sí —dijo Emerson—. Con su ayuda.

—Es bien sabido que el Padre de Maldiciones y su esposa han llevado muchos criminales ante la justicia. Vengan, síganme.

—Daoud ha estado hablando de nuevo —me dijo Emerson—. Realmente debo hacer que pare de difundir esas historias salvajes.

No obstante, me pareció que estaba bastante satisfecho.

—¿Conocías con anterioridad al comandante? —pregunté—. Pareces estar en excelentes términos con él.

—No, pero he escuchado mucho sobre él. Perdió su ojo durante un motín en la iglesia del Santo Sepulcro, cuando se interpuso entre un monje griego que sujetaba un hacha y el franciscano que fue víctima del hombre santo.

No se me ocurrió nada que decir a eso. Así que nada dije.

El comandante abrió el camino a un área a cierta distancia detrás de las tiendas. La escena me recordó a Doré o algún otro pintor de los horrores. Un grupo de hombres semidesnudos se reunían alrededor de una primitiva polea que se alzaba sobre un agujero negro en el suelo. Gruñendo y esforzándose, uno de los hombres tiraba de una cuerda que se adentraba en el agujero y alzaba una pesada canasta, que desenganchó y se llevó. Otro hombre tomó su lugar; otra canasta fue alzada y acarreada a un vertedero cercano.

Una orden brusca de Ali Bey hizo que la obra se detuviera.

—¿Dónde está el Mudir? —preguntó.

—Allá abajo. —Señaló uno de los trabajadores.

Antes que pudiera detenerlo, Emerson agarró la cuerda y descendió por ella.

—Maldita sea —grité—. ¡Emerson, vuelve aquí!

Alcancé la cuerda y al mismo tiempo me encontré en las garras de cuatro brazos musculosos. Un par pertenecía a Ramsés y el otro al comandante.

—¿Qué demonios cree que está haciendo, madre?

—¡La *Sitt* no debe ir allí abajo! —gritó Ali Bey, muy enfáticamente.

—Eso, quizás, fue imprudente —admití—. Actué instintivamente. Pueden soltarme, caballeros.

Me incliné sobre el agujero, mientras Ramsés mantenía un estricto control sobre mí. No había ninguna señal de Emerson, pero muy por debajo pude ver el resplandor de las antorchas. Grité el nombre de Emerson; después de un minuto o dos algo tensos recibí una respuesta.

—Lo encontré —gritó Emerson, su voz extrañamente distorsionada por los ecos.

Ascendió de la misma forma como había descendido, y trepó al borde del agujero.

—Bajad el arnés —dijo a los trabajadores, y en inglés me dijo a mí—. El estúpido obeso ni siquiera puede subir una cuerda.

El arnés era un asiento de madera con cuerdas a ambos lados, como el columpio de un niño. Los hombres lo bajaron y luego se inclinaron sobre el molinete, sus músculos se estiraron por el esfuerzo. La descripción de Emerson de Morley como obeso era exagerada. Él solo estaba fuera de forma, pero ciertamente no era un peso ligero.

El comandante dijo en tono de reproche:

—Dijo que debía observarlo mientras lo interrogaba, Padre de Maldiciones.

—Y lo hará. Aun no le he dado la nueva.

—¿Qué significa esto? —Las maneras altaneras de Morley no impresionaron al estar sentado con los pies colgando y aferrándose con manos enguantadas a las cuerdas. Estaba cubierto de tierra y sudor—. Como usted requirió, contraté a un arqueólogo asistente…

—¿Dónde está, entonces? No me importa ella, Morley, tengo noticias para usted. Platón Panagopolous está muerto. Asesinado. ¿Por qué lo mató?

Bajo el polvo en su cara Morley se puso pálida. Boqueó algo en silencio por unos momentos y luego se quedó sin aliento,

—¿Muerto? ¿Asesinado? ¿Dónde? ¿Por qué?

Emerson se volvió hacia Ali Bey.

—¿Qué piensa?

—Hmmm. Veo sorpresa, sí, y miedo en su rostro, y lo escucho en su voz. ¿Era la noticia de Pana… Papa… la muerte del hombre o la alarma de lo que le acusa?

—Eso puede haber sido un error —admitió Emerson, viéndose disgustado.

—Emerson —dije—. Quizá sea mejor si me dejas el interrogatorio a mí.

Morley se había recuperado.

—¿Interrogatorio? ¿Qué derecho tienen a interrogarme?

Se lo hubiera dicho, pero ahora estaba rojo de ira en lugar de pálido mortal.

—¿Por qué iba querer hacer daño a Panagopolous? Habíamos llegado a un acuerdo amistoso, después de un… eh… pequeño malentendido.

—Debido —dije—, a su intento de despojarle de su parte de los beneficios de esta expedición. Le quitó el rollo y lo dejó sin un centavo. Creyendo, como resultó ser el caso, que si nosotros lo seguíamos a Palestina, él vendría a nosotros con un cuento chino. Usted no lo atacó; porque ya había abandonado el país. Él se infligió daño a sí mismo con el fin de ganarse nuestra simpatía. Una vez aquí, lo chantajeó para reiniciar su sociedad con la amenaza de exponer la falsedad de su famoso rollo. Él lo engañó, y usted lo engañó. Una pareja muy bonita, tengo que decir.

Si Morley había estado rojo antes, ahora era tan púrpura como una remolacha.

—¡El rollo no es una falsificación! Es genuino. Me llevará al pasadizo secreto.

—Él dice la verdad —dijo Ali Bey interesadamente—. O no soy juez de los hombres.

—Dice lo que él cree que es la verdad —dije—. ¿Dónde está el rollo ahora, comandante Morley?

Sus ojos se movieron.

—Se lo devolví a Panagopolous. No tengo idea de lo que hizo con él.

—Lo escondió, espero —dije—. Él no confiaba en usted. Por buenas razones.

—No tengo que soportar esto —dijo Morley en voz alta—. Yo no maté al viejo tonto y no pueden probar que lo hice. Ahora, fuera.

—¿Voy contigo? —preguntó esperanzado Ali Bey a Emerson.

—¿Qué pasa con su misión aquí?

—Puede esperar. Deseo observar los métodos de la policía inglesa. Es posible que me necesiten si mis subordinados ya están

allí.

—¡Buen Dios! —gritó Emerson. Él se dirigió a la carrera a la barricada.

—Vaya si lo desea —le dije al comandante—. Debemos darnos prisa, Emerson se encuentra en uno de sus estados. Comandante Morley, no ha visto lo último de nosotros.

—¿Qué ha hecho correr al profesor? —preguntó Nefret mientras nos alejábamos.

—Teme que alguien vaya a quitarle su precioso descubrimiento —dijo Ramsés, a mi otro lado.

—¿Tienes alguna idea de lo que podría ser? —pregunté.

—Yo no estaba allí —me recordó Ramsés.

Daoud, detrás de nosotros, había escuchado todo.

—Algo llamó su atención, *Sitt Hakim*, y nos ordenó salir de la zanja. Él no confía en nadie más que en sí mismo para tratar con objetos inusuales.

Supongo que Emerson había contado con las demoras habituales que acompañan a cualquier acción oficial en territorio otomano. No esperaba una respuesta tan pronta de las autoridades. Yo misma solo podía explicármelo únicamente por el hecho de que Panagopolous poseía pasaporte británico. De todos modos, cuando llegamos a la escena fue para ver el cuerpo del pobre Platón tumbado junto a la fosa abierta, rodeado por un grupo de policías, que parecían estar discutiendo sobre lo que debían hacer a continuación. Desde el fondo de la zanja se escuchó la voz de Emerson, elevando una lamentación profana.

—Oh Dios —dije—. Ali Bey, ¿querrá ser lo suficientemente amable para hacerse cargo de estas personas? ¿Selim, qué ha hecho enfadar a Emerson?

Selim se limpió la cara sudorosa.

—Intenté detenerlos, *Sitt Hakim*, pero me dijeron que eran de la policía y me apartaron, y luego entraron en la zanja y sacaron el cuerpo a rastras, y…

—¡Dios mío! —dije de nuevo.

El comandante se hizo cargo de todo con la exhalación de una venganza. Uno de los policías estaba en el suelo, tanteándose una cabeza ensangrentada. Otro estaba en pleno vuelo y los demás se habían retirado a una distancia segura.

La cabeza de Emerson apareció. Él era un espectáculo terrible, su rostro contraído en una mueca horrible y su cabello negro violentamente despeinado.

—¡Detened a ese hombre! —gritó, señalando al policía que huía

—. ¡Detenedlos a todos! ¡Registradlos a fondo! ¡Ya no está, alguien lo ha robado!

* * *

Con la entusiasta asistencia de Ali Bey, pronto tuve la situación más o menos bajo control. La parte incontrolable de la situación era Emerson, quien insistía en registrar a cada uno de los agentes de policía tan desaforadamente que me vi obligada a darle la espalda. El único que había huido había hecho bien su escape.

—¡Él lo tiene! —gritó Emerson y se habría propuesto perseguirlo inútilmente si no lo hubiera sujetado.

—¿En el nombre del cielo, Emerson, qué es lo que se ha llevado?

—A mí también me gustaría saberlo—dijo Ali Bey—. ¿Qué es lo que hemos estado buscando? ¿Una pista sobre la identidad del asesino?

—¿Qué? —Emerson se le quedó mirando—. No, no, nada tan insignificante. —Se pasó la mano por la frente, dejando una amplia mancha de suciedad, y gimió en voz alta.

—Una reliquia de algún tipo —expliqué al oficial—. Es la única cosa que trastorna a Emerson de esta forma. Pero no sirve de nada intentar hacerlo entrar en razón. Tenemos asuntos más imperiosos que resolver. Selim, encuentra alguien que construya un ataúd. Él no puede quedarse aquí.

—¿Qué vamos a hacer con él, entonces? —preguntó Selim.

—Haz que lo lleven a nuestra casa —dije.

Tal como esperaba, eso sirvió para distraer a Emerson.

—Bueno, Peabody…

—¿Qué otra cosa podemos hacer, Emerson?

—Devolvérselo a la tienda de Morley. Deseas examinar el cuerpo y buscar pistas y entrometerse en asuntos que no te conciernen.

—Me temo que sí nos conciernen, Padre —dijo Ramsés—. ¿No se le ha ocurrido pensar que uno de nosotros podría estar bajo sospecha?

—¿Yo? —preguntó Emerson.

—Su antipatía hacia él es bien conocida y fue encontrado en su área de excavación.

Ali Bey estaba escuchando con intenso interés.

—¡El motivo y la oportunidad! —exclamó—. Es el método británico.

—Chorradas —dijo Emerson.

—¿Qué significa eso? —preguntó el comandante.

—Significa —expliqué—, que otras personas tenían motivos más fuertes para eliminar a Panagopolous, y que el cuerpo pudo haber sido colocado aquí con el fin de arrojar sospechas sobre Emerson. Mi esposo, señor, no lleva cuchillo y sus principios no le permitirían asesinar a un hombre indefenso.

—Le diré algo —dijo Emerson, quien, me daba pena ver, había comenzado a sacar un perverso placer en ser sospechoso—. Venga a casa con nosotros y busque ropa manchada con sangre. También puede examinar mis manos y brazos por rasguños.

—¿Lo permitiría?

—Insisto. ¿Qué le toma tanto tiempo a Selim?

Cuando Selim regresó estaba acompañado por Kamir y dos sujetos que llevaban tablones de madera. Los dos se pusieron a trabajar de inmediato en la construcción de un rustico ataúd mientras Kamir se quedaba mirando el cuerpo de Platón. Murmuró algo que podría o no podría, haber sido una oración y luego dijo:

—¿Quién es?

—¿No lo reconoces? —le pregunté—. Estaba con nosotros en la casa el otro día.

—No lo vi allí. —Se dio la vuelta, como si la visión fuera de mal gusto.

Los trabajadores terminaron de clavar el ataúd y fueron persuadidos, por la oferta de una propina extra de poner al hombre muerto en este. Tras el pago de la propina adicional acordaron llevar el féretro hasta la colina de nuestra casa. Emerson les entregó el dinero sin discutir. Tenía el ceño fruncido pensativamente.

—Querido —dije, porque creía que estaba meditando sobre su reliquia perdida—, ¿vamos?

—¿Hmmm? Sí, sin duda. ¿Podríamos tomar café? —preguntó patéticamente—, ¿qué te parece?

* * *

Me aseguré de que hubiera café suficiente para todos, incluyendo a Ali Bey. Selim y Daoud se habían quedado en la excavación, con instrucciones estrictas de que nadie se acercara a ella. Tuvimos algunos problemas para encontrar un lugar para el ataúd, ya que ninguno de los sirvientes lo quería cerca de ellos. Por fin nos instalamos en una de las habitaciones desocupadas, la que tenía intención de utilizar como un estudio.

En el camino de regreso a la casa tuve algunas palabras en privado con David.

—Lamento pedírtelo —agregué—, pero es absolutamente necesario.

—Todo está bien, tía Amelia. He tenido peores tareas. Lo haré de inmediato.

Ali Bey encontró deliciosa nuestra compañía. Él y Ramsés se enfrascaron en una animada discusión sobre los métodos detectivescos del señor Sherlock Holmes, y no fue hasta que yo le recordé que todavía no había llevado a cabo su misión original que a regañadientes se puso en pie.

—¿Puedo preguntar la naturaleza de su misión? —le pregunté—. Si se le permite hablar de ello.

—Toda la ciudad lo sabe, *Sitt*. El hombre Morley es objeto de rumores inquietantes, y la ira pública va en aumento. Dicen que está cavando en el propio Haram. No puede ser cierto, pero es mi deber advertirle.

Emerson despertó lo suficiente para murmurar una despedida y luego volvió a caer en su silencio melancólico.

—Muy bien, Emerson —dije—. Sácatelo del pecho, metafóricamente hablando. No te lo guardes, comparte tu pérdida con nosotros. ¿Qué reliquia encontraste?

Emerson suspiró profundamente.

—No lo vas a creer —Él recorrió con la mirada la habitación—. ¿Dónde está Nefret?

—Salió hace algún tiempo —dijo Ramsés—. ¿Quiere adivinar lo que está haciendo?

—Examinando ese maldito cadáver, supongo —dijo Emerson.

—No hables mal de los muertos, Emerson.

—Bah —dijo Emerson—. Lo haré si me apetece. Encuentra a Nefret, yo también puedo… Ah, ahí estás, querida.

—¿Qué reveló tu examen del cuerpo? —le pregunté.

—Nada de importancia. Le cortaron la garganta, pero eso ya lo habían sospechado. No tenía más lesiones.

—¿Y nada debajo de las uñas? —pregunté.

—No. Yo lo comprobé, por supuesto.

—Por supuesto.

—Eso hace pensar que no se defendió —dijo Ramsés.

—O que fue incapaz de hacerlo —le dije.

—Por supuesto.

—¿Hay alguien interesado en mi descubrimiento? —dijo Emerson en voz alta.

La respuesta sincera era un no, un no por el momento. Sin embargo, Emerson claramente necesitaba ser tranquilizado.

—Todos estamos esperando con gran expectación —le aseguré.

—No os lo vais a creer —dijo Emerson en tono sepulcral—. La maldita cosa se ha ido, robada por uno de los hombres que sacaron a Panopolous fuera del hoyo. Sabía que resultaría una tentación irresistible. Si no hubiera sido por ese bastardo de Morley, yo habría estado allí a tiempo para evitar el robo. Selim no era rival para…

—Emerson —le dije—. Ve al grano.

—Tú no… —Él me miró a los ojos—. Er, hmph. Era un fragmento de oro que podría haber sido parte de una taza o vaso. Estaba aplastado y triturado, pero fui capaz de distinguir algunas palabras. Eran jeroglíficos egipcios.

Capítulo 10

Lamentablemente, el pronunciamiento de Emerson no tuvo el efecto que él había previsto. Fue muy interesante, sin duda, pero para la mayoría de nosotros palideció en contraste con los asesinatos, los disturbios y el misterio que nos rodeaba.

El único que reaccionó como Emerson había esperado fue Ramsés.

—¡Increíble! -Exclamó con los ojos brillantes—. La primera evidencia física real de la ocupación de Egipto aquí. ¿Qué decían los jeroglíficos, padre?

—Hasta donde pude ver, eran parte del cartucho de uno de los Amenhotep. Lo dejé en situ, ya que no había sido fotografiado o trazado. —Dejó escapar otro gemido—. Esto en cuanto a la metodología adecuada. Debería haber sabido…

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿A dónde crees que vas? -Pregunté—. ¡Vuelve aquí de inmediato, Emerson!

—Todavía quedan varias horas de luz —dijo Emerson. Sus ojos azul zafiro brillaban con el resplandor temeroso del fanatismo—. Y ahora, por fin, tengo a todo mi equipo presente. Vamos, todos vosotros. Traed cámaras, trípodes, antorchas, cuadernos, varas de medir…

Salió corriendo, seguido de Selim y Daoud. Ramsés estaba a punto de seguirle cuando lo detuve.

—Estás un poco sonrojado -dije—. ¿Te sientes bien?

—Sí, por supuesto. —Evitó mi mano extendida y corrió detrás de su padre.

David me miró con incertidumbre.

—Mantén un ojo sobre Ramsés -dije—. Emerson es el más devoto de los padres, pero cuando está de este estado de ánimo no notaría una masacre a menos que le importunara.

—Puede contar conmigo, tía Amelia.

—Sé que puedo —le dije cariñosamente—. Y… eh… por cierto, no hay necesidad de mencionar tu boceto de… él, a nadie más. Dile a Emerson que Nefret irá con las cámaras.

—No, señora. Sí, señora.

Nefret había salido de la habitación; supuse que estaba buscando las cámaras, pero cuando no regresó, fui a buscarla. La encontré en

la parte del patio que había designado como la cocina. Con ella estaba Ghada, sosteniendo un paquete.

—Ha venido por la colada —explicó Nefret—. ¡Y ha traído el bebé! ¿No es dulce?

La palabra podría haberse aplicado a Ghada, a quien vi sin velo por primera vez. Tenía una cara bonita, dominada por esos ojos castaños fundidos. Le sonreí, ella respondió ofreciéndome el paquete. Se entendía como un gesto de confianza, así que no tuve más remedio que responder. Tomé el paquete y lo mecí experimentalmente.

No había nada visible del bebé excepto una cara. Un gorro de lana cubría su cabeza, y capas y capas de envolturas cubrían el resto. Tenía los ojos castaños de su madre y la piel varios tonos más claros que la de ella; era obvio que apenas había sido expuesta a la luz solar directa. Después de una mirada sospechosa abrió la boca y dejó escapar un aullido.

—Aquí —dije, entregándolo a Nefret. Ella meció al bebé. La pequeña criatura dejó de aullar de inmediato y le dedicó una sonrisa con hoyuelos.

Sabía que no debía alabar al niño. Los cumplidos atraerían la ira de innumerables demonios. Sonreí de nuevo, asentí con la cabeza, y me fui a buscar la colada. Tuve que pedirle a Nefret que entregar el bebé a su madre, quien lo metió en un cabestrillo a su espalda y se fue a lavar la ropa.

—Me gustaría examinar al bebé —dijo Nefret, observando cómo se iban—. Parece bastante saludable, pero su nariz moqueaba.

—Las narices de los bebés siempre moquean -dije con autoridad (esperando tener razón)—. Ya podrás hacer eso. Emerson te está esperando.

—¿Usted no viene?

—No por el momento. Es hora de que haga una de mis pequeñas listas.

* * *

Ordené el papel de acuerdo con mi esquema habitual, con columnas tituladas: “Preguntas” y “Qué hacer con ellas”. Por razones que serán evidentes en mi narración más adelante, no guardé una copia de la lista. Si no recuerdo mal, las preguntas fueron algo así:

¿Quién es Platón Panagopolous?

¿Quién lo mató?

¿Dónde está Mansur y cuál es su misión?

¿Qué ha sido de madame von Eine y cuál es su objetivo?

¿Por qué el comandante Morley aumenta la velocidad de su trabajo?

Había dado el primer paso para identificar a Panagolopous. Había evitado que le tomaran una fotografía y había evitado conocer a ciertos individuos. Me gustaría mostrar el bosquejo de David, después de haberlo modificado, a esos individuos. Una vez que descubriera su verdadera identidad, podría tener la respuesta a la segunda pregunta.

No se me ocurría qué hacer con Mansur, o incluso decidir si necesitaba hacer algo. La respuesta a la segunda parte de la pregunta podría estar relacionada con la quinta cuestión. Tal vez se acercaba algún tipo de plazo para la finalización de esa misión, y tal vez la asistencia de Morley era necesaria. Sin embargo, hasta ahora eso eran sólo conjeturas, e interrogar a Morley sería casi seguro una pérdida de tiempo.

Lo que me dejaba con la pregunta número cuatro.

La vanidad, por desgracia, afecta incluso a los mejores de nosotros. Necesité un poco de tiempo para alisarme el pelo y cambiar mi camisa por una limpia antes de seleccionar un sombrero de ala ancha, con cintas de color carmesí que se ataban debajo de mi barbilla. Después de deslizar mi pequeña pistola en uno de mis bolsillos y algunos otros artículos útiles en otro, tomé mi sombrilla más pesada y salí.

Las nubes ocultaban el sol y un fuerte viento tiró del ala de mi sombrero. Hubiera necesitado más inclemencias del tiempo para detenerme. Para la temporada de lluvias de otoño, con sus aguaceros y la pesada inundación del río en el cielo, faltaba todavía un mes. Si caía un chaparrón, sería breve, y tenía mi útil sombrilla.

Tenía la esperanza de encontrar a Ali Bey de guardia en la barricada, pero no estaba por ningún lado. Le pregunté al compañero de guardia donde había ido y sólo recibí una mirada y un encogimiento de hombros; pero la invocación de ese poderoso nombre logró que atravesara las cuerdas. Me dirigí a la tienda de Morley, observando con cierta sorpresa que los obreros no estaban trabajando. El torno colgaba vacío de su soporte. ¿Era una indicación de que Morley había encontrado lo que buscaba, o que buscaba en otra parte?

No era posible llamar a la solapa de una tienda de campaña, así que grité en voz alta. Al principio no hubo respuesta, excepto sonidos de movimiento dentro. Alguien estaba allí, entonces,

probablemente Morley. Podía, y lo haría, decirme donde se alojaba la dama. Llamé de nuevo, anunciándome por el nombre.

La solapa fue apartada a un lado, lo suficiente para mostrar a madame von Eine. Estaba vestida con su habitual elegancia, ni un pelo de su cabeza rubia despeinado.

—¡Señora Emerson! Qué sorpresa. Si está buscando el comandante Morley, no está aquí.

—La busco a usted -dije, agarrando mi sombrero—. No esperaba verla, pero tenía la esperanza de que el comandante me diera su dirección.

—Ya veo. —Estaba claro que quería que me fuera. Naturalmente, eso me hizo aún más decidida a quedarme.

En retrospectiva, esa podría no haber sido una de mis decisiones más sabias.

Después de varios segundos, dijo:

—Entre, entonces.

Apartó la solapa de la tienda. Hasta que estuve dentro no vi al hombre sentado en una mesa a la derecha de la entrada. Nunca lo había visto antes, pero supe de inmediato quien debía ser, porque su aspecto encajaba con la descripción de Ramsés. La primera parte de mi tercera pregunta ya había recibido una respuesta.

La discreción, tal vez, habría dictado una rápida retirada. A la velocidad de la luz, las alternativas se agolparon en mi mente. La dama se puso entre mí y la salida, y Mansur se había puesto de pie. Podrían evitar fácilmente mi partida. La única esperanza, según me pareció, era fingir ignorancia de la identidad de Mansur y fingir que mi motivo para buscar a madame von Eine era puramente social.

—Pido disculpas por entrometerme -dije—. No sabía que tenía visita. Vendré en otra ocasión.

—No puedo dejarla ir sin ofrecerle una taza de té -dijo madame —.Le presento al señor Abdul Mohammed.

—¿Cómo está usted? -Le dirigí mi mejor sonrisa social e incliné mi cabeza, sin apartar los ojos de su rostro. Era digno de atención, con la delicadeza y la fuerza combinada de la talla de un maestro. Sólo la forma de su boca estropeaba la nobleza de su rostro. Se había curvado en una sonrisa de labios finos. Llevaba una túnica de lana de color blanco cremoso, bordada en el cuello y alrededor de las mangas, y cuando reconoció mi saludo levantando las manos en señal de saludo, noté que tenía un brazo tieso.

Madame von Eine se sentó detrás del servicio de té y me hizo gestos hacia una silla.

—¿Lo toma con leche? ¿Azúcar?

—Ninguno de los dos, gracias.

El té estaba tibio. Tomé un sorbo mientras examinaba mi entorno. La tienda estaba equipada con todos los lujos que el dinero puede comprar, incluyendo varias cajas etiquetadas con "Fortnum and Mason" y otro que tenían la marca de una famosa bodega. Nada de lo que vi inspiró una idea, o los medios, para una fuga audaz. El silencio de mis compañeros, y la sonrisa fija de Mansur, me convencieron de que había pocas posibilidades de que me dejaran irme. Tendría que hacer un salida rápida.

Al amparo de la mesa deslicé la mano en mi bolsillo. Cuando me levanté de un salto estaba sosteniendo mi pequeña pistola.

—Tengo que presentar mis excusas -dije, apuntándoles con la pistola—. No se muevan.

Comencé a retroceder hacia la salida. Se había levantado viento, la tienda temblaba y crujía y una ráfaga de aire me tiró del sombrero.

—¿Por qué, señora Emerson? -Dijo la dama, abriendo mucho los ojos—. ¿Qué le ha pasado?

Mansur sólo sonrió más ampliamente. Levantó la mano izquierda y la dejó caer en un movimiento seco. El dolor floreció en mi cabeza, y mis ojos se quedaron ciegos.

* * *

Cuando recuperé mis sentidos, estaba tumbada en una de las hermosas alfombras orientales, con las manos y los pies atados. Inclinada sobre mí estaba madame von Eine, su cara tenía una hipócrita mirada de preocupación.

—*Gott sei Dank* -exclamó—. No está seriamente herida.

—Había un guardia -murmuré—. No estaba de guardia cuando entré…

Mansur levantó la vista del papel que estaba leyendo. Lo reconocí como mi lista; debí haberla guardado en mi bolsillo sin darme cuenta.

—De lo más iluminador -dijo Mansur con una sonrisa tensa. Su voz era tan profunda y su inglés tan excelente como Ramsés había descrito—. Si hubiera tenido alguna duda en cuanto a su participación, esto la eliminaría. En cuanto al guardia, el hombre debía haber ido a… eh… un recado privado, pero se ha redimido por regresar a tiempo de obedecer mis órdenes.

—Nos obligó a actuar -dijo madame—. Su comportamiento fue de lo más extraordinario.

—La excusa convencional del villano, “usted me obligó a hacerlo” -dije—. ¿Qué voy a obligarle a hacer ahora?

—Nada, excepto mantenerla cómoda y a salvo hasta que estemos seguros de que se haya recuperado de su ataque de histeria. Mansur la cuidará. Buenas tardes, señora Emerson.

Sólo el orgullo me impidió rogarle que se quedara. Ella nunca cometería un acto de violencia con sus propias manos, ni siquiera vería el hecho. Ella sólo autorizaría tal acto, explícitamente o por su silencio. A lo largo de los siglos, los hombres malvados, y unas cuantas mujeres, lo admito, habían mantenido su inocencia sobre asesinatos y torturas al quedarse al margen de la realidad. Dudaba que Mansur fuera a ser disuadido por esas excusas hipócritas.

Sin embargo, si pudiera mantenerle hablando, algo se me podría ocurrir.

—¿Qué es exactamente lo que espera lograr aquí? —pregunté.

Él levantó la vista del examen de mi pistola y una expresión de genuina diversión transformó su rostro.

—Usted tiene una reputación de franqueza, señora Emerson. ¿De verdad espera que responda a esa pregunta?

—Nunca está de más intentarlo -respondí, retorciéndome en un esfuerzo por encontrar una posición más cómoda. Las cuerdas no estaban apretadas, pero mis esfuerzos subrepticias para aflojarlas no tuvieron efecto—. Si está planeando deshacerse de mí, no puede hacer nada de daño satisfacer mi curiosidad antes de hacerlo.

—Créame —dijo con seriedad—: no quiero matarla.

—¿Va en contra de sus principios como hombre civilizado?

—Ha oído eso de su hijo, ¿no es así? ¿Qué más le dijo?

—Bastante. Los otros miembros de mi familia saben todo lo que él sabe.

Mansur sacudió la cabeza.

—Lo saben de segunda mano, al igual que usted. La única persona que amenaza mi causa es su hijo. Si está dispuesto a intercambiarse por usted, será liberada sana y salva.

—No -exclamé—. Imposible. No lo permitiré.

—No puede evitarlo. Tampoco pueden los demás miembros de su grupo. Tenemos nuestros métodos, señora Emerson. El mensaje ya ha sido enviado. Será entregado a él en privado, y si es tan astuto como sé que es, responderá sin dejar que nadie más lo sepa.

—Oh Dios —susurré. Era una oración, no un improperio. Después de haber hecho ese llamamiento, sabiendo que sería entendido, añadí—: Pero cómo llegará a él sin… ¿Los Hijos de Abraham? Usted ha sido expulsado de ese grupo, no tiene más

poder sobre sus miembros.

—La palabra de ese suceso aún no se ha extendido a todas las personas involucradas. -Sonrió—. Me asombra, señora Emerson. Sus poderes de concentración funcionan bajo las situaciones más adversas. Espero que mi pequeño plan tenga éxito, porque me disgustaría, personal, así como filosóficamente, verme obligado a hacerle daño.

—Ahí está otra vez —dije con desprecio—. El razonamiento engañoso del villano. Nadie le obliga a hacer nada. Es el dueño de su destino, asuma la responsabilidad de sus actos.

Su rostro se ensombreció, y se dio la vuelta sin responder.

Había tocado una fibra sensible de algún tipo, pero no proseguí con la conversación. Seguí tirando de mis ataduras y me esforcé por captar los sonidos si alguien se acercaba. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Cuándo le entregarían el mensaje? No dudaba que respondería al instante. Si pudiera gritar lo suficientemente alto, gritar una advertencia…

El tiempo pareció estirarse infinitamente. Mansur permaneció sentado meditando sobre su té frío. El viento se había calmado un poco. Me pareció oír movimiento en el exterior y respiré hondo, pero dudé. Podría ser el guardia. Si gritaba, Mansur podría decidir amordazarme.

No se oyó nada más, ninguna advertencia. La solaba de la tienda se levantó y Ramsés entró. Sus ojos me encontraron donde estaba tumbada, mis labios separados pero incapaz de hablar. Él sostenía un cuchillo. La hoja estaba manchada.

—¿Está bien, madre? -Preguntó—. Vine tan pronto como pude.

Mansur se puso lentamente de pie.

—Has matado a los guardias. Muy civilizado. Los pobres diablos sólo estaban cumpliendo con su deber.

—Obedeciendo órdenes -corrigió Ramsés, curvando el labio—. Iba en contra de mis instintos, por supuesto, pero…

—Había que hacerlo —dijo Mansur, curvando el labio. No lo hizo como Ramsés.

—No. Yo no tenía que hacerlo. Tenía una opción y la tomé. Ves, Mansur, no puedo confiar en que mantengas tu palabra. Ahora es entre tú y yo. Libérala y me quedaré aquí.

Mansur dio un paso hacia mí. Ramsés fue más rápido. Con dos movimientos hábiles cortó las cuerdas que me retenían. Sentí la viscosidad de la sangre caliente contra mis muñecas. Sabía que no era mi sangre.

—Un poco rígida, ¿verdad? —Preguntó, extendiendo una mano

para ayudarme a levantarme—. Váyase, madre. Con celeridad, como se podría decir.

Él me sonrió. Sentí una punzada extraña en esa región de la anatomía que se confunde a menudo con el corazón. Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas. Las prisas o la excitación podían ser los responsables, pero lo dudaba. Me di la vuelta, no hacia la salida, sino hacia la mesa donde mi pistolita…

Había estado. Ahora estaba en la mano de Mansur, y me apuntaba a mí.

—Me temo que no puedo permitir eso —dijo, tratando de emular la frialdad de Ramsés—. Voy a cumplir mi palabra, pero debe quedarse aquí hasta mañana.

—Así que es esta noche, ¿verdad? —preguntó Ramsés, tratando de ponerse en frente de mí.

—¿Qué? —Le pregunté, evitando el intento.

—Estoy empezando a tener una idea vaga —dijo Ramsés. Miró un objeto que no había notado antes, una caja bellamente tallada que estaba en una mesa cercana—. Veo que ella te dejó el trabajo a ti, Mansur. Yo no lo recomendaría. Podrías fácilmente…

De repente se lanzó hacia mí. Ambos caímos al suelo, con Ramsés encima, y el arma se disparó, dos, tres veces. Sentí que Ramsés se estremecía y traté de librarme de su peso. La desesperación prestaba fuerza a mis miembros; lo empujé lejos de mí y me senté. Tenía los ojos abiertos y sus labios se movían. Supuse que estaba maldiciendo hasta que encontró su voz y jadeó:

—Corra, madre. ¡Ahora!

Cogí el cuchillo que se le había caído de la mano y me giré hacia Mansur. Sus labios también se movían y me sentí bastante segura de que estaba maldiciendo.

—Sólo quedaban tres balas en el arma -dije—. Me olvidé de recargarla después de usarla por última vez. Ahora ponga las manos a la espalda y dese la vuelta.

El rostro de Mansur estaba distorsionado por la rabia. Después de haber estado tan cerca de cumplir su deseo, estaba enloquecido por el fracaso. Girando, dejó caer el arma, cogió la caja tallada y corrió, no hacia la entrada de la tienda, sino hacia la parte posterior, donde una de las clavijas había sido desatada, dejando un espacio abajo.

—¡Deténgame si puede! —Gritó, y se metió en la sección suelta de lona.

Ramsés se puso de pie y me quitó el cuchillo. Leí su intención en su rostro sombrío y traté de agarrarle.

—Deja que se vaya -Grité—. ¡Quiere que lo sigas! ¡Es una emboscada!

—Tengo que terminar esto —jadeó Ramsés—. No nos dejará en paz, ahora es una venganza personal… madre, quédese aquí. Por una vez, haga el favor de hacer lo que te pido.

Se apartó de mí y se agachó bajo la lona.

Naturalmente, yo le seguí de inmediato. La pistola era inútil ahora, pero el lector bien puede creer que no olvidé mi sombrilla.

El viento había cesado; el silencio tenía una cualidad ominosa, como una fuerza poderosa conteniendo la respiración. El cielo estaba negro a excepción de algunas violentas vetas color carmesí en el horizonte occidental, pero fui capaz de distinguir una columna de color blanco, moviéndose rápidamente, que sólo podía ser la túnica blanca de Mansur. Ramsés, con su camisa de trabajo apagada y pantalones, era prácticamente invisible.

Corrí tan rápido como pude, sobre un terreno irregular y poco familiar, tratando de mantener la blancura en movimiento a la vista, cuando de repente desapareció. Corrí más rápido, blandiendo mi sombrilla y gritando. Casi de inmediato me tropecé y caí.

—Las prisas no son buenas —dijo una voz familiar. Ahora podía ver a Ramsés, inclinándose sobre mí—. ¿Está herida?

—Sólo las rodillas —contesté, aceptando la mano que me ofrecía.

—Maldita sea —dijo Ramsés, en voz tan baja que apenas pude oírlo. Sabía lo que estaba pensando, y retrocedí un poco en caso de que él decidiera tomar medidas para impedir que continuara. Sin embargo, dudaba que tuviera la osadía de imitar a su padre, que una vez me dejó inconsciente, con la esperanza de apartarme del lugar de la acción. (No tuvo éxito).

Ahora reconocía mis alrededores. El objeto que me había derribado eran las cuerdas de una de las barreras de Morley. Más allá, la luz se reflejaba en una superficie que se movía suavemente. Era agua. Habíamos llegado al Estanque de Siloé.

—¿A dónde ha ido? —pregunté. Creía que sabía la respuesta, y mi corazón latía más rápido por la emoción.

—Por ahí —dijo Ramsés, señalando.

—No, yo le habría visto. ¡Ha entrado en el túnel! ¡El túnel de Ezequías!

Tuvimos una pequeña discusión. Ramsés se retorcía de impaciencia por seguirle por temor a perderle, y yo me negaba a ceder, así que al final fue él quien se vio obligado a hacerlo.

—Quédese detrás de mí —dijo con severidad—. Tal vez esté más

segura aquí conmigo que tropezando en fosas abiertas. Pero, por favor, ¡por favor! Si le dijo que vuelva, suponga que tengo buenas razones para decirlo.

El estanque estaba bajo, ya que era el fin del verano, y debido a lo avanzado de la hora, los aguadores y peregrinos se habían ido. Sólo había sólo unos pocos centímetro de agua en el propio túnel. Era muy estrecho, con mis manos extendidas apenas medía sesenta centímetros de lado a lado.

—¿Quieres una vela? —pregunté. Ciertamente yo quería una, no podía ver ni una maldita cosa.

—Debería haber sabido que tendría una. Gracias.

La sostuvo mientras yo la encendía con una de mis cerilla de la caja impermeable. La luz vacilante dio a su rostro un aspecto misterioso, con sombras profundas que enmarcaban su apretada boca y convertían las cuencas de sus ojos en agujeros de oscuridad.

—El techo es bastante alto —dije alentadora—. No debemos temer chocar nuestras cabezas.

—Es más bajo más adelante. ¿Qué otros elementos de utilidad tiene?

—Además de mi sombrilla, sólo un rollo de vendas y una pequeña botella de brandy.

—¿Eso es todo? Esperemos que no lo necesitemos.

Sonaba bastante tranquilo, pero yo estaba lo bastante cerca para darme cuenta que estaba temblando. El agua estaba helada y el propio túnel húmedo y frío.

—Tal vez la vela no sea una buena idea —dije con inquietud—. Te estará esperando, ¿no es así?

—Supongo.

—Ten. —Le ofrecí mi sombrilla—. Si la mantienes en posición vertical te avisará cuando el techo comience a bajar. Voy a apagar la vela.

Ramsés, que había mirado la sombrilla de reojo, dejó escapar unas risas. El sonido resonó misteriosamente y me llevé un dedo a los labios.

—Sabe que estamos aquí —dijo Ramsés, tomando la sombrilla —. Si todavía está de pie oirá nuestros movimientos a través del agua. No hay nada que podamos hacer al respecto, así que continuemos.

Me devolvió el cumplido de no molestarse en aconsejarme apoyar una mano en la pared lateral. Los lados eran de roca sólida, labrada y sinuosa. Descansé la otra mano suavemente sobre su espalda para no chocar con él si se detenía.

Si no hubiera sido por la falta de luz y el hecho de que había un asesino tumbado (o de pie) a la espera, habría considerado este uno de los momentos más emocionantes de mi vida. Había perdido la esperanza de que Emerson me permitiera explorar el túnel, y ahora el destino me había presentado la oportunidad.

Nuestro progreso fue lento, por razones obvias. De vez en cuando Ramsés se detenía, presumiblemente para escuchar los sonidos de movimiento por delante. Yo, también, esforzaba mis oídos en vano. El agua era aquí un poco más profunda, pero no lo suficiente para producir ruidos de chapoteo a menos que la persona corriera rápido. Calcular el paso del tiempo era imposible. Conté mis pasos, lo que me dio una indicación aproximada de la distancia que habíamos viajado. Como recordé, el túnel tenía aproximadamente quinientos treinta metros de largo. Todavía quedaba distancia por recorrer.

Una advertencia en voz baja de Ramsés me informó que el techo había bajado. Todavía era lo bastante alto para no incomodar mi metro cincuenta y cinco, pero si no hubiera sido por la sombrilla, Ramsés podría haber estado en peligro de golpearse la cabeza. Seguimos adelante, yo también había comenzado a temblar en el aire húmedo y mis pies estaban helados, incluso con las botas. Empecé a esperar que me hubiera equivocado sobre los motivos de Mansur, que tuviera la intención de escapar a través de la salida cuando de repente una luz se encendió justo delante. Fue lo suficientemente brillante para cegarme después de la intensa oscuridad. Levanté la mano para protegerme los ojos y vi que Ramsés había hecho lo mismo.

De pie en el centro del túnel estaba Mansur. Tenía un brazo doblado sobre el pecho de su túnica. Sostenía una antorcha con la mano. En la otra tenía un cuchillo. La luz de su antorcha mostró un rostro con una mirada de incredulidad. Luego soltó una carcajada estridente.

—¿Esa es tu arma? -Preguntó—. ¿La sombrilla de una dama?

Ramsés se enderezó lentamente. El túnel en esta parte sólo tenía metro ochenta de altura. La parte superior de su despeinada cabeza morena rozaba el techo.

—Abandona -dijo.

Mansur confundió a su significado. Apretó el brazo de manera protectora sobre el objeto que apretaba contra el pecho de su túnica. Cuando volvió a hablar, supe por su voz y su mirada de ojos salvajes que había cruzado la frontera entre la obsesión y la cordura.

—Dese la vuelta, *Sitt Hakim* -canturreó—. Vuelva. No voy a seguir. Soy un hombre de honor. Este no es el lugar que yo hubiera elegido, pero voy a luchar, de hombre a hombre.

Hizo una súbita finta hacia Ramsés, quien bajó la sombrilla y empujó, con toda la longitud de su brazo. El resultado demostró lo que siempre he mantenido, que como arma defensiva una sombrilla no puede recibir demasiados grandes elogios. La punta golpeó a Mansur de lleno en el estómago, mientras que la mano con el cuchillo estaba a treinta centímetros o más del cuerpo de Ramsés. Mansur se dobló y se tambaleó hacia atrás.

Lo oí antes de verlo, un sonido que sólo puede ser descrito en metáfora. Una cascada, una gran ola estrellándose contra la orilla, una inundación, ¡un torrente! Sólo tuve una visión de una pared de agua llenando el túnel de lado a lado y del suelo al techo antes de que nos envolviera. El manantial de Gihon se había desbordado. Las lluvias invernales habían llegado un mes antes.

No me disgusta la aventura, pero esa fue una experiencia que no me gustaría repetir. La primera oleada me barrió al suelo. Fui consciente de retroceder rápidamente por el túnel en la dirección de la que habíamos llegado y me preguntaba cuánto tiempo más podría aguantar la respiración. Creo que no rezaba, pero como respuesta a la oración, mi cabeza de repente se levantó por encima del agua y fui detenida por un brazo alrededor de mi cintura. La impenetrable oscuridad me rodeaba, pero me di cuenta de que habíamos llegado a la parte del túnel que estaba en su punto más alto y que Ramsés me había sujetado todo el tiempo, remolcándome con la corriente. Esta era todavía muy rápida, pero el agua sólo me llegaba al pecho.

—Agárrese a mí -gritó—. Casi estamos fuera.

Cuando salimos del túnel caía un aguacero, uno tan pesado que apenas se podía distinguir el aire de la piscina en sí. Llegamos a un lateral y Ramsés me aupó. Durante un rato estuvimos sin hablar, sosteniéndonos con fuerza, ahogados y jadeando, y, por supuesto, calados hasta los huesos.

La oscuridad era casi tan intensa como había sido en el interior del túnel. Sería inútil tratar de encender una vela. Teníamos que llegar a un refugio, lo más rápidamente posible. Entrecerré los ojos, tratando de distinguir un punto de referencia, pero sólo divisé una luz, como la de una antorcha, y escuché una voz cuyo enorme volumen aumentó más aún el estruendo de la lluvia.

—¡Peabody! ¡Peeeeabody! Maldita sea, ¿dónde estás?

* * *

El cuerpo fue encontrado a la mañana siguiente, flotando en el Estanque de Siloé. La noticia nos llegó a través de los canales habituales (chismes y la red de cotilleos del pueblo) a eso de las ocho. Estábamos desayunando tarde, una indulgencia a la que al menos algunos de nosotros teníamos derecho. Safika, la criada, dio la noticia junto con los huevos y tostadas.

—Espera —dije cuando Ramsés dejó el tenedor y se levantó—. No hay necesidad de que vayas allí. No tienes buen aspecto y además…

—La policía querrá una identificación —dijo Ramsés—. Yo soy uno de los pocos que pueden proporcionarla. Disculpe, madre.

El argumento era lógico, pero yo sabía que tenía otra razón. Quería estar seguro de que su némesis estaba muerto.

En realidad, tenía una tercera razón, de la que no me enteré hasta que regresó una hora más tarde. Nos encontró todavía en la mesa esperando. Era imposible seguir con nuestras tareas diarias hasta que se eliminara la duda.

—¿Y bien? —dije con ansiedad.

—Era él. La policía se lo ha llevado. —Ramsés dejó un objeto sobre la mesa—. Esto estaba todavía dentro de su túnica.

Al principio no reconocí la caja tallada, estaba tan retorcida y maltrecha. Grietas recorrían los costados y la base, pero los cierres de bronce labrado habían aguantado.

—¿Qué es? —Preguntó Nefret.

—El motivo detrás de las acciones de Mansur —dijo Ramsés. Abrió la tapa. Le rodeamos con las cabezas juntas, inspeccionando el contenido. Para aquellos de nosotros que todavía teníamos la esperanza de un relicario enjoyado o adornos de oro, el resultado fue, por decir lo menos, decepcionante. La caja entera estaba llena de una capa de barro o arcilla de unos cinco centímetros de profundidad.

—¿Una caja llena de barro? —Dijo Nefret.

—Arcilla -corrigió Ramsés—. Hasta que se ha empapado tanto que se ha disuelto, esto era una tablilla de arcilla como las que se encuentran en Amarna y en los archivos hititas. Tenía una larga inscripción en cuneiforme. Encontré una esquina rota en el campamento de Frau von Eine en Sebaste, con algunos signos intactos.

El semblante expresivo de Emerson mostró un grado de sufrimiento que no había mostrado ante la noticia de la muerte de

Mansur.

—Era un valioso artefacto, ahora perdido para siempre.

—No —dijo Ramsés—. Era una falsificación. Mi descubrimiento de ese trozo, que Mansur encontró en mi persona, hizo necesario, por lo menos en su opinión, silenciarme.

—¿Quieres decir que todo esto, tu secuestro, su persecución implacable, su intento de matarte, fue todo por culpa de un pedazo miserable de tablilla de arcilla? —dijo Nefret con incredulidad.

—No en un principio. Inicialmente me atrajeron porque había averiguado demasiado de Macomber. Mansur fue bastante sincero sobre eso. Por desgracia, no era suficiente para lograr un caso sólido contra ellos, pero podría haber interferido temporalmente con sus planes. Una vez que lograran su objetivo podía transmitir la información sin dañarlos. Pero ese objetivo tenía mucho que ver con la tablilla de arcilla. Asumimos que querían encontrar algún talismán o icono bajo el templo. Lo que querían hacer era plantar un artefacto allí, un registro escrito de la época de Abraham. Incluso podría haber contenido una profecía, mencionando amablemente un emperador del otro lado del mar que liberaría la tierra de sus opresores. Morley lo encontraría, la ubicación sería verificada no sólo por madame sino por obreros de Morley.

—Eso es absurdo -exclamé—. Nadie hubiera creído tal afirmación absurda, y cualquier estudioso de renombre habría reconocido la tableta como una falsificación.

Emerson había recurrido a su pipa en busca de consuelo.

—Los estudiosos de renombre podrían haber negado su autenticidad, pero siempre hay otros expertos que no están de acuerdo, y gente que cree lo que quiere creer, sin importar la evidencia. Si la vida me ha enseñado algo, es que no hay idea absurda que alguien no aceptará como verdad, y ninguna acción tan extraña que no se justifica ante los ojos de un verdadero creyente.

—Y habría sido una excelente falsificación —agregó Ramsés—. Ella sabía cuneiforme y su historia. No dudo que fue a Boghazkoy en esta expedición para recolectar suficiente arcilla del tipo adecuado, por lo que incluso el material sería auténtico. Ella estaba trabajando en la tableta cuando estuvo en Samaria y una esquina se rompió. Eso no habría destruido el valor de la propia tableta, pero mi testimonio, que había encontrado el trozo roto a kilómetros de Jerusalén y semanas antes de que Morley debiera descubrir la tableta, habría sido un golpe devastador.

—¿Qué pasa con la caja? —Preguntó David, mirando el objeto lúgubre—. Es obviamente moderna, o al menos, hecha

recientemente.

—Por un artesano experto en Sebaste —dijo Ramsés—. Tendrían una respuesta para eso; el recipiente de origen tendría que ser reemplazado, no una sino muchas veces a lo largo de los siglos.

—Es una de los complots más locos que hemos encontrado —comentó David.

—Yo no diría eso —gruñó Emerson—. Varios de los pequeños planes de Sethos eran casi igual de extraños. Eso es algo que tenemos que agradecer, en todo caso. Nada de Sethos.

La lluvia había comenzado a caer más fuerte, así que cuando Emerson dejó caer sugerencias sobre su excavación le prohibí firmemente salir de casa.

—Y Ramsés -dije—, debe descansar. No, Ramsés, no discutas. Si no me permites comprobar si tienes fiebre, debo suponer que es superior a lo normal. Nefret, ¿te queda algo de las hierbas?

—No mucho. —Nefret se abalanzó repentinamente sobre Ramsés y apoyó la mano en su frente—. Sí, tiene un poco de fiebre. Prepararé otra dosis. Sin embargo, es posible que necesitemos más.

Ramsés había intentado varias veces decir algo. Al darse cuenta de la imposibilidad de imponerse a las dos, limitó su respuesta a un ceño digno de los mejores de su padre.

—Iré al castillo -se ofreció David—. La medicina proviene de una de las aldeas cercanas. Estoy seguro de que puedo localizar al hombre que nos guió o a uno de los otros aldeanos que le ayudaron.

—No creo que sea necesario —dije.

—Pero, tía Amelia…

—Puede haber una manera más fácil. He invitado a varias personas a tomar el té de la tarde. Quiero que todos estéis presentes. Es hora de que consigamos respuestas a las preguntas que aún quedan.

Me mantuve ocupada todo el día, instruyendo a la cocinera para preparar sándwiches de pepino y preparar una taza de té adecuada, y poniendo mis notas en orden. Emerson había ido a su estudio, la policía ya se había llevado el cuerpo de Panagopolous.

Salió más tarde exigiendo saber donde estaban nuestros visitantes. Deduje que había estado trabajando en un informe de algún tipo, probablemente tomando notas acerca de su excavación, ya que tenía la ropa arrugada y estaba manchado de tinta.

—El primero debería llegar en cualquier momento —le contesté, inspeccionando la mesa para asegurarme de que todo estaba en orden—. Ve a despertar Ramsés y tráelo aquí.

Sacudiendo la cabeza, Emerson se fue. Cuando regresó, estaba

acompañado no sólo por Ramsés sino también por David y Nefret.

—Ramsés debería estar en la cama —dijo esta última, inspeccionándole.

—Lamento haber molestado, muchacho —dije. Tenía los ojos pesados y estaba ruborizado—. Pero voy a necesitarte. Ah, creo que el primer visitante ya está aquí. Entre rabino. Lamento haberle hecho salir en un día como este. Ramsés, traduce por favor.

El rabino Ben Ezra tenía un aspecto tan andrajoso como siempre, pero yo pensaba que había una nueva mirada sobre él. Ramsés repitió lo que había dicho en hebreo.

Le hice un gesto para que se sentara y tomara algo, los otros se acomodaron alrededor de la mesa.

El rabino miró los sándwiches de pepino con dudas, pero aceptó una taza de té. Luego sacó un pequeño paquete de un bolsillo.

—Entiendo que necesitan esto.

—Gracias -contesté—. Estamos muy agradecidos por su amabilidad en esto como en tantas otras cosas. Sólo tengo un favor más que pedir.

Nefret examinó el paquete, que por supuesto contenía cierta cantidad de la hierba medicinal.

—Cómo… —exclamó ella.

—Envié recado al rabino a través de un miembro de su organización —contesté con impaciencia—. Eso no importa ahora, Nefret. No debemos entretener al rabino Ben Ezra. Parece impaciente por irse.

Ramsés tradujo las dos últimas frases, y el rabino asintió. Había terminado su té y se movía inquieto en su silla.

—¿Qué más quiere de mí, señora Emerson? Lo haré si puedo. Usted nos ha prestado un servicio y siempre hay que pagar nuestras deudas.

—Nosotros también pagamos nuestras deudas, y en este caso, la deuda sigue estando de nuestro lado. ¿Cómo podemos ayudar a los objetivos de su grupo? Porque si los entiendo correctamente, son ideales nobles con los que estamos en sintonía.

El rabino inclinó la cabeza y se puso de pie.

—Sólo continúe como ha empezado. Frustre los complots de los depredadores que nos usarían para sus propios fines egoístas. Déjenos en paz. Nos labraremos nuestro propio destino. Buenos días a todos.

La finalidad en su voz impidió un nuevo interrogatorio. Ramsés dijo en voz baja:

—Y la paz con usted. Dele las gracias a Ismail.

Ben Ezra se detuvo en su camino a la puerta.

—Lo haré. Pero ya no es el líder. Su mandato ha terminado.

—¿Quién es el líder, entonces? —pregunté.

El rabino meneó la cabeza. Sonrió con dulzura y se marchó. Sin embargo, pensé que había recibido mi respuesta, en su sonrisa y su nuevo aire de confianza.

—¡Bien! —Dijo Emerson, suspirando—. Respetaremos su solicitud, por supuesto, pero me hubiera gustado poder saber más de los Hijos de Abraham. Son un grupo increíblemente diverso de personas, ¿no es así? Un rabino, un taimado egipcio ex contrabandista, algunos aldeanos…

—Y la madame de una casa de prostitución —terminó Ramsés—. Ellos no discriminan por motivos de género o religión. Sólo podemos desearles lo mejor y espero que tengan éxito.

—Amén —dijo Emerson.

—¡Qué, Emerson! —Exclamé.

—Se me escapó —dijo Emerson rápidamente—. Tu influencia, Peabody. Mmm. ¿Dónde están el resto de nuestros visitantes misteriosos?

Pronto estuvieron en la puerta, exigiendo entrar y de un humor hosco. Entregando su abrigo mojado a Safika, el señor Glazebrook dijo:

—Siempre estoy feliz de aceptar sus invitaciones, señora Emerson, pero en esta ocasión admito que hubiera preferido quedarme en casa. ¿Qué es este asunto tan importante que necesita mi atención?

—Todo a su debido tiempo, señor Glazebrook, todo a su debido tiempo. Tome un sándwich de pepino. Usted también, señor Page.

Tal como esperaba, este recordatorio culinario inglés puso a ambos visitantes de mejor humor. El jefe de la BSEP (Sociedad Británica para la Exploración de Palestina, en caso de que el lector lo haya olvidado) se limpió las gafas con el pañuelo. Bebiendo el té, el señor Page dijo:

—Bueno, esto es agradable. ¿Tiene algo que informar, profesor?

No había esperado que llegara a la cuestión tan de repente. El asunto es, en este caso, las iniquidades del comandante Morley, con las cuales, como estaba un poco avergonzada de recordar, habíamos prometido acabar. Estaba tratando de pensar en una manera de eludir el hecho vergonzoso de que hasta ahora no habíamos sido capaces de hacerlo, cuando Emerson dijo:

—Si se refiere al comandante Morley, el problema se resolverá pronto a nuestra mutua satisfacción. La nuestra, no la de él.

—¿Tan pronto? -preguntó el señor Page.

—Dentro de cuarenta y ocho horas.

—Eso sería sin duda un alivio —dijo Glazebrook—. Si se me permite decirlo, Page y sus socios han estado… eh, es decir…

—La palabra de mi marido es sagrada -dije, preguntándome qué demonios estaba tramando Emerson. Su manera normal de hacer frente a dificultades como Morley era amenazar, acosar, y, si era necesario, eliminarlos físicamente. Por lo que yo sabía, no se había acercado a Morley en los últimos días.

—No es por eso por lo que les pedí que vinieran, caballeros -dije —. David, ¿Has traído tu cuaderno y los lápices?

—Como me pidió, tía Amelia.

David abrió su cuaderno de dibujo en una página que tenía una excelente imagen de Platón Panagopolous, como había aparecido en la muerte.

—Muy bien -dije—. Ahora bien, David, toma tus lápices, quítale la barba y ponle una mata de pelo rubio.

—Por Dios —dijo Emerson—. Se ve totalmente diferente. No tenía ni idea de que una espesa mata de pelo pudiera alterar la apariencia de una persona tan drásticamente. —Se pasó la mano con suficiencia sobre sus rizos negros.

—Se afeitó el cráneo -dije—. Noté algo de pelo cuando le examiné después de que fuera atacado en la calle, y entonces recordé que tuvo la precaución de llevar un sombrero cada vez que podía. Era una clara indicación de que tenía que disfrazarse para ocultarse de alguien aquí, en Jerusalén, que lo podría reconocer de su encarnación anterior. Estaba visiblemente ausente cuando le visitamos, señor Page. ¿Lo reconoce?

—No puedo decirlo -admitió el señor Page.

—Entonces tenía otra razón para estar en otro lugar ese día. ¿Señor Glazebrook?

Glazebrook había abierto los ojos de par en par.

—¡Dios mío, sí! Aunque no podría haberlo reconocido como Papapa… eh…

—Panagopolous —dije.

—Herbert Jenkins —exclamó el cónsul—. Ese fue el nombre con el que le conocí hace dos años, cuando tuve el placer de expulsarle de Palestina. Había sido objeto de innumerables quejas de turistas a los que había estafado vendiéndoles antigüedades falsas, pero no fue hasta que sedujo a una chica joven nativa que encontré motivos suficientes para la acción diplomática. Se fue de buena gana, de hecho, ya que la familia de la chica quería su sangre y su única

esperanza era abandonar el país.

—Dudo que vayamos a ser capaces de rastrear sus movimientos posteriores -dije—. Dado que tenía la costumbre de cambiar su apariencia, así como su nombre. Debemos suponer, sin embargo, que terminó en Grecia, donde se encontró con el original Platón Panagopolous y se dio cuenta de que las teorías salvajes del desafortunado hombre podían proporcionarle los medios para una nueva estafa, una que convenía a su conocimiento e interés por las antigüedades.

—¿Estás diciendo que asesinó al pobre hombre? —preguntó Emerson.

—Nunca lo sabremos. En cierto modo, Jenkins es una figura trágica; con su talento para el trabajo honesto podría haber sido una autoridad en el campo de la historia bíblica. Su memoria era fenomenal, su ingenio extraordinario. La inscripción que realizó cuando le desafiaste a reproducir parte del rollo era copia de la inscripción hallada en el túnel de Siloé. Actualmente se encuentra en Constantinopla y ha sido reproducida en varios libros.

—¿Cómo sabes eso? -preguntó Emerson con escepticismo.

—Se lo mostré a Ramsés.

—Oh —dijo Emerson.

—En cualquier caso, Jenkins ha recibido su merecido. No me cabe duda de que la chica a la que sedujo no fue la primera ni la última. Un hombre de apetitos bajos y sin moral, pudo haber perseguido a otras víctimas durante las horas que no estaba con nosotros. Finalmente se volvió descuidado. La venganza de un padre indignado o prometido le alcanzó. Esperemos que se produjera antes de que arruinara a esa pobre chica, como Ghada.

—¿Cómo quien? —Dijo Emerson desconcertado.

Él nunca recuerda los nombres de los sirvientes, pero en este caso yo no podía culparlo. Ella no había estado a menudo en su presencia. Nefret la recordaba, sin embargo.

—¿Ghada? ¿Quiere decir que Platón —se atragantó con el nombre—, fue su seductor?

—Herbert Jenkins -corregí—. Lo creo más bien. El bebé es de piel clara, y recuerda el comportamiento de Platón cuando la vio. Huyó precipitadamente y nunca volvió aquí con nosotros. Sabía que no podía contar con que su disfraz le dejara irreconocible, a los ojos del amor u el odio, no se les engaña fácilmente.

—El odio, sin duda —murmuró Nefret—. Me engañó completamente, tía Amelia. Tenemos que hacer algo por Ghada.

—Hablaremos de ello más tarde, Nefret.

Lo cual hicimos, tan pronto como los caballeros se fueron. Por supuesto, yo ya había considerado el problema de Ghada y llegado a una solución, que propuse de inmediato.

—Una dote considerable probablemente sería suficiente incentivo para que un joven pasara por alto su… otra deficiencia. Podrías consultar a Kamir. Él parece tener una debilidad por ella, de lo contrario no nos la habría enviado. Puede sugerir algunos candidatos idóneos, y asegurarse que el pretendiente elegido la trata bien.

Nefret apretó la mandíbula en un ángulo que estaba más acostumbrada a ver en Emerson.

—¿Está sugiriendo en realidad que le compre un marido? No puedo creer que hable en serio.

—Es la única cosa que puedes hacer por ella —dije con tristeza, pero con firmeza—, y probablemente la cosa que ella elegiría para sí misma. No dejes que tu amable corazón y las nociones románticas superen tu sentido común. No puedes llevártela lejos de su casa y su gente y tratar de convertirla en alguien que no es. Con el tiempo, esperemos, su hija, su nieta o su bisnieta tendrá otras opciones.

—Esperemos. —Nefret volvió la cabeza un momento—. Es un bebé tan dulce.

—Un bebé muy dulce

—Entrevistaré personalmente a los candidatos.

—Podrías darle voz a Ghada en la decisión también —sugerí.

Nefret me dio una sonrisa llorosa y un abrazo caluroso.

—Siempre tiene razón, tía Amelia.

* * *

No necesitaba hacer una nueva lista de "Cosas por hacer". Todos los temas más urgentes de la lista original habían sido resueltos, a excepción de dos. Decidí enfrentarme al menos difícil primero.

Había determinado que Frau von Eine se alojaba en el Grand Hotel, el mejor de Jerusalén. ¡El descaro de la mujer era increíble! Su complot había sido frustrado, su influencia acabada. Debía ser la pura arrogancia lo que la mantenía aquí. De hecho, habríamos tenido dificultades para demostrar que era culpable de un delito. Las autoridades turcas nunca habrían detenido a un prominente ciudadano de una nación cuya influencia con la Sublime Puerta era tan alta.

Envié mi tarjeta y recibí una respuesta inmediata. Una sirviente con velo me abrió la puerta y fue despedida con un gesto de la

mano de Frau von Eine.

—Por favor, siéntese, señora Emerson. Voy a pedir té.

—No, gracias, prefiero estar de pie. No la entretendré mucho tiempo.

—¿Ha venido a deleitarse con su triunfo?

De hecho, sí, pero era un motivo indigno, uno que preferí no admitir.

—Sólo para resolver algunos detalles —dije.

—Sólo es un triunfo temporal, lo sabe. Esta estrategia en particular ha fallado, pero he asentado las bases para un movimiento que al final ganará. -Levantó la barbilla con orgullo y sus pálidos ojos brillaron—. Trabajo por mi país, señora Emerson, como usted hace para el suyo. El Imperio Otomano se tambalea, está podrido hasta la médula. Y cuando caiga, será reemplazado por un gobierno firme y benevolente que le dará a esta pobre gente la seguridad que merecen.

—Ellos no lo quieren, no de otra fuerza de ocupación —dije en cierta exasperación—. Ellos quieren la independencia y el derecho a cometer sus propios errores en vez de sufrir los errores de otros. Por Dios, es usted tan mala como el imperialista británico, el señor Hogarth y sus seguidores.

—Nunca vamos a estar de acuerdo en eso, señora Emerson.

—No. No esperaba que mis argumentos razonables prevalecieran, pero me sentía obligada a hacerlos. Buenos días, Frau von Eine.

—Dele mis saludos a su hijo. Conocerle ha sido una experiencia interesante.

No me quedé. Mientras me dirigía al ascensor meditaba su última frase y la débil sonrisa enigmática que la había acompañado. ¿Era posible que Ramsés…? No, me dije. Decidí, sin embargo, que no iba a entregarle sus saludos.

* * *

Emerson y yo llegamos los primeros a la mesa del desayuno a la mañana siguiente. De hecho, Emerson había sido el primero, lo que fue lo bastante inusual como para sacarme de la cama y vestirme cuando descubrí que estaba ausente. Me saludó con una inclinación de cabeza y luego se retiró detrás de un libro. Estaba acostumbrada a esa grosería; sacando unos papeles del bolsillo de mi chaqueta, los extendí sobre la mesa.

Los ojos de Emerson aparecieron por encima del libro.

—Una de tus pequeñas listas, Peabody?

No me gustó el aspecto de esos ojos azules. Tenían un brillo que rara vez aparecía a esa hora de la mañana.

—Sí —dije.

—Claro —dijo Emerson, todavía detrás del libro a excepción de sus ojos—, ya tienes marcados todos los elementos de esa lista en particular. Has sido aún más eficaz que de costumbre, querida.

Yo ya había empezado a sospechar que estaba tramando algo. Su comportamiento presente confirmó la sospecha.

—Como sabes perfectamente bien, Emerson, hay un punto importante que no ha sido abordado: la razón por la que vinimos a Palestina en primer lugar. El comandante Morley sigue trabajando.

Emerson rió entre dientes.

—Muy bien, querida. El punto comandante.

Ahora sabía que estaba tramando algo.

—Tenemos que hacer un intento más para enfrentarnos a él, Emerson.

—Eso no será necesario —dijo Emerson, sin dejar de reír de una manera particularmente molesta—. Ya me he encargado del asunto comandante Morley.

Le quité el libro. Su sonrisa de suficiencia mostraba casi todos sus dientes.

—Tú —dije.

—Yo. —Emerson cogió la jarra de café y sirvió en nuestras tazas —. Ahora no seas como el perro del hortelano, Peabody. Tú te has hecho cargo de todo y de todos. Permíteme un pequeño triunfo.

—Bueno… —Él tenía razón, y ni siquiera le culpaba por burlarse un poquito—. Cuéntamelo, Emerson.

—Fue bastante inteligente, si digo la verdad. Más en tu línea que la mía, Peabody. Se me ocurrió, ya ves, que Morley debía estar volviéndose más frenético. Sus pozos y túneles se han inundado, no ha encontrado ni una maldita cosa. Razoné que estaría susceptible a cualquier idea, por muy arriesgada o ilegal que fuera, si se le daba una última oportunidad de éxito. Así que Ali Bey y yo juntamos nuestras mentes. Para resumir, Ali Bey le envío noticia de que por el soborno adecuado podía ser admitido en el Noble Santuario sí y excavaba bajo el suelo.

—Dios mío -exclamé—. Eso es indignante, Emerson.

—Ahí es donde todos los arqueólogos que vienen aquí quieren cavar, Peabody. La mayoría, me atrevo a decir, tendría más sentido o mejores principios que responder a esa proposición, pero Morley no. Se estaba desesperando y cree que el dinero comprará cualquier

cosa.

Emerson se detuvo y sacó su pipa.

—Vamos -insistí—. Me tienes en ascuas.

—¿En serio? —Emerson sonrió—. Bueno, subió al Monte donde estaba ayer por la noche, después de medianoche, con un acompañante. El custodio no estaba allí. Creyendo que el hombre había sido sobornado para mantenerse alejado, Morley comenzó a trabajar. Antes de que hubiera dado más que un solo golpe, estalló un horrible grito y allí estaba el custodio, retorciéndose las manos y gritando. Cogió un azadón que Morley había llevado y fue tras él, dejando a este último sin ninguna duda de que su plan había fallado. Huyó, dejando su herramientas, todas las pruebas que cualquier tribunal necesitaría de sus intenciones. Cuando llegó a los pies del Monte, tenía una pequeña multitud en sus talones. Pronto se convirtió en una enorme multitud. Ali Bey, que había estado observando todo el espectáculo desde su escondite, distrajo a los enfurecidos adoradores el tiempo suficiente para que Morley se alejara. No quería que una turba destrozara a un extranjero en pedazos, sin importar el delito. Un tipo espléndido, Ali Bey.

—Sí, por supuesto. ¿Dónde está Morley ahora?

Emerson hizo un gesto.

—Escondido, en el cobertizo de los burros de Kamir. Me encontré con él, como estaba previsto, y lo llevé allí. Kamir ha accedido a sacarle de contrabando de Jerusalén y enviarlo a Jaffa a cambio de la mayor parte de los fondos restantes de Morley. Llegará a Inglaterra empobrecido y, tan pronto como la noticia de este asunto llegue a la prensa inglesa, caído en desgracia.

—Emerson —dije con sinceridad—: no lo creía posible, pero te has superado a ti mismo. ¿Cómo convenciste a Kamir para vencer sus escrúpulos religiosos y ayudar a un hereje?

Emerson soltó un bufido.

—Kamir no tiene escrúpulos, religiosos o de otro tipo. ¿Cómo está Ramsés esta mañana?

—Durmiendo a pierna suelta. Parece estar completamente recuperado. Sin embargo…

—Lo sé, lo sé. —El ritmo incesante de la lluvia sobre el techo no se detenía. Emerson suspiró—. Vas a decirme que no debería estar trabajando con este tiempo.

—Nadie puede trabajar en estas condiciones, Emerson. Todo el mundo cierra su excavación durante la estación lluviosa. Sé que es un golpe para ti, querido, admitir la derrota, pero ya es demasiado tarde para salvar algo. Lo que la lluvia no se ha llevado, los

ladrones locales lo han encontrado. Vayamos a casa.

—¿Volver a Inglaterra? -Frunció sus espesas cejas negras—. ¿Ahora?

—No, querido. A casa. A Egipto.

Fin

NOTAS

[1] Siete Durmientes de Éfeso es la historia de siete jóvenes cristianos que se negaron a rendir culto al emperador Decio (249-251 d. C.), por ello entregaron todas sus posesiones a los pobres y se ocultaron en una gruta. Los hombres de Decio los descubrieron allí dormidos y éste mandó taponar la boca de la cueva con grandes piedras para que murieran. La leyenda asegura, sin embargo, que los jóvenes siguieron durmiendo sin despertar ni sufrir hambre, sed o frío. (*N. de la T.*)